



YUKIO
MISHIMA

EL
PABELLÓN
DE ORO





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La presente obra, publicada en 1956, está fundada en un acontecimiento real: el incendio de un famoso templo budista por un joven novicio. El autor reconstruye a su manera los hechos e intenta hallarles una explicación psicológica: el protagonista de su novela, Mizoguchi, es un muchacho torpe, tartamudo a consecuencia de un traumatismo psicológico sufrido en su niñez, y afligido por un complejo de inferioridad que todas las circunstancias de su vida contribuyen a agravar. Admitido en el monasterio del Rokuonji (al que pertenece el Pabellón de Oro) gracias a la benevolencia del prior, acaba por concebir por el famoso monumento una admiración enfermiza, que lo lleva a identificarlo con el arquetipo de la belleza y a hacer imposible para él toda otra admiración y todo otro afecto. El descubrimiento de esta influencia paralizadora lo llevará a odiar a su ídolo y a destruirlo para recobrar finalmente la libertad. En El pabellón de oro se basa en buena parte la película biográfica Mishima, producida por Francis Ford Coppola y George Lucas y dirigida por Paul Schrader, rodada en 1984.

L  **LIBROS**

Yukio Mishima

El pabellón de oro

CAPÍTULO PRIMERO

Desde mi más tierna infancia, mi padre, muchas veces, me habló del Pabellón de Oro.

Nací al noroeste de Maizuru, en un promontorio solitario que penetra como una cuña en el mar de Japón. Mi padre no era de allí, sino de Shiraku, las afueras al este de Maizuru. Cediendo a vivas instancias, mi padre abrazó el estado de clérigo, y, siendo ya monje, fue encargado de un templo situado sobre una colina perdida. Allí se casó y su mujer le dio un hijo —que soy yo—.

En la cercana aldea del cabo Nariu no había ningún colegio a propósito para mí, y muy pronto llegó el momento de abandonar el hogar. Me acogió un tío mío, en el país de mi padre, y todos los días recorría a pie el trayecto entre su casa y el colegio del barrio Este de Maizuru.

El país natal de mi padre era una tierra inundada de luz. Sin embargo, todos los años, hacia noviembre o diciembre, incluso en días que amanecían bajo un cielo puro y sin nubes, caían de pronto cuatro o cinco aguaceros. De ahí que mi corazón, mi inestable corazón, sea como esta tierra que le vio crecer.

En los atardeceres de mayo, desde la casa de mi tío, en la pequeña habitación donde hacía mis deberes, yo contemplaba, frente a mí, las colinas. Bajo los rayos del poniente, sus laderas cubiertas de hojas nuevas parecían mamparas de oro desplegadas en medio de la llanura. Pero lo que yo veía era el Pabellón de Oro. A menudo, en fotografías y en los libros de clase, mis ojos habían contemplado el verdadero Pabellón de Oro. Sin embargo, esta imagen de ahora, la del Templo de Oro de los relatos de mi padre, era la que suplantaba cualquier otra en mi corazón. Lo que mi padre no me había contado del verdadero Pabellón de Oro era que, por ejemplo, resplandecía con mil fulgores dorados. Pero según él no había nada en el mundo que le igualara en belleza: el Pabellón de Oro que se iba grabando en mi mente con el simple sonido de sus palabras, con sólo ver sus letras, tenía para mí algo fabuloso...

Veía a lo lejos espejear los arrozales. «Es la sombra de oro del Templo invisible», me decía. La garganta de la Sierra de Yoahizaka, donde pasa la frontera entre el distrito de Fukai y nuestro departamento de Kyoto, se encuentra

hacia el este; por allí se levanta el sol. Aunque Kyoto se halla en el lado opuesto, lo que yo veía surgir entre las montañas era el Pabellón de Oro, le veía surgir en medio del sol naciente y proyectarse hacia lo alto del cielo.

De modo que el Pabellón de Oro se me aparecía en todas partes. De él percibía incluso todo aquello que los ojos no podían captar realmente, una gran semejanza con el mar que baña sus orillas. Porque la bahía de Maizuru, en efecto, se halla sólo a legua y media de la aldea de Shiraku, pero una pantalla de colinas no deja ver sus aguas. Siempre había en el aire algo que dejaba adivinar su presencia: a veces la brisa traía el olor del oleaje. Los días de mal tiempo, las gaviotas, huyendo de la cólera de aquél, venían a posarse en grandes bandadas sobre los arrozales.

Yo era de complexión débil: vencido siempre en las carreras atléticas, en la barra fija; y, para colmo, tartamudo, lo cual me llevó a replegarme todavía más en mí mismo. Todos sabían que yo provenía de un templo. Los compañeros más crueles, para burlarse de mí, hacían imitaciones de un monje tartamudo leyendo oraciones. En un texto de nuestros libros de clase aparecía un detective tartamudo: adrede, me leían este párrafo en voz alta.

Ni que decir tiene que este defecto mío levantaba un muro entre el mundo exterior y yo. Es siempre el primer sonido, la primera voz, la que halla mayor dificultad en brotar; ella es, en cierto modo, la llave de la puerta que separa mi universo interior del mundo exterior. Pero jamás me ocurrió llegar a notar que esta llave diera la vuelta sin esfuerzo. La gente, en general, maneja las palabras como quiere, puede dejar abierta esa puerta que separa dos mundos y dar paso de este modo a una constante corriente de aire. Pero a mí eso me estaba totalmente vedado: la llave estaba oxidada, irremediablemente oxidada.

El tartamudo, en su desesperado esfuerzo por hacer brotar el primer sonido, es como un pájaro que se debate para liberarse de una liga tenaz (su mundo interior) y, cuando al fin se ha liberado, es siempre demasiado tarde. Por supuesto, reconozco que la realidad exterior, mientras yo me debatía desesperadamente, da la impresión de concederme una tregua, de consentir en esperarme; pero esta realidad que me hace la gracia de esperarme, ya no tiene para mí ninguna frescura... Cuando, después de esforzarme mucho, conseguía al fin comunicar con el mundo exterior, era para encontrarme delante de una realidad que en un abrir y cerrar de ojos había perdido todo su color, una realidad sin el menor resto de gracia, sin el menor resto de frescor, que olía medio a podrido; pero era la única que parecía armonizar conmigo.

Es fácil imaginar que un niño en tales condiciones se empeñara en alimentar dentro de sí una voluntad de poder equilibrada entre dos polos opuestos. Me gustaba todo lo que la historia nos cuenta acerca de los tiranos. Tirano taciturno y

tartamudo, veía a mis vasallos vigilando la más leve expresión de mi rostro, temblando desde la mañana a la noche. Y ninguna necesidad de justificar mi crueldad: palabras netas y elocuentes. Mi silencio justificaba por sí solo mi multiforme crueldad, y me deleitaba de este modo imaginando el castigo, uno tras otro, de todos aquellos —profesores, discípulos...— que diariamente me herían con su desprecio. Pero también me imaginaba con voluptuosidad surgiendo como un artista de genio, maravillosamente dotado de una serena mirada que penetraba en la corteza de las cosas, soberano absoluto del reino de las más profundas realidades. De modo que yo era débil y pobre sólo en apariencia, puesto que, en lo más hondo de mí mismo, más que ningún otro, yo era fuerte y rico, con esa riqueza que digo. ¿Puede resultar extraño que un tal muchacho, mal dotado por la naturaleza y en forma irremediable, llegue a imaginarse que es un ser secretamente escogido? Yo tenía el presentimiento de que, en alguna parte de este mundo, me esperaba una importante misión acerca de la cual no tenía aún ninguna idea...

... A mi memoria acude un pequeño recuerdo.

En medio del circo de indolentes colinas, el colegio de Maizuru formaba un conjunto de edificios modernos, claros, con vastos terrenos de juego. Un día de mayo llegó un ex alumno, interno en la Escuela de Mecánicos de la Marina, en Maizuru, y que había aprovechado un permiso para hacer una visita a su antiguo colegio. Muy bronceado, con la gorra hundida hasta los ojos, la nariz poderosa y rebasando la visera, el muchacho era, de pies a cabeza, la imagen misma del joven héroe. Explicaba a sus compañeros más jóvenes, que le rodeaban, su dura existencia hecha de sumisión a un reglamento estricto. Y esa vida que esperábamos verle presentar bajo sombríos colores, él la comentaba en el mismo tono que hubiese empleado para contar una existencia de opulencia y de lujo. El más insignificante de sus gestos desbordaba de orgullo; y sin embargo, a pesar de su juventud, tenía perfecto conocimiento del valor de la humildad consentida. Abombaba el pecho bajo su chaquetón de marinero, como uno de esos mascarones de proa que hienden la brisa marina.

Estaba sentado en un peldaño de la pequeña escalera de piedra que bajaba hasta el terreno de juego, y en torno a él había cuatro o cinco alumnos que bebían sus palabras. En la ladera, dentro de los parterres, se desplegaban todas las flores de la primavera; tulípanes, anémonas, amapolas... Por encima de nuestras cabezas, la magnolia suspendía sus opulentas corolas blancas.

Narrador y auditorio se movían menos que las figuras de un monumento. En cuanto a mí, me había quedado distanciado del grupo, sentado en un banco del campo de juegos. Aquella era mi manera de rendir homenaje: homenaje al parterre esmaltado de flores, al uniforme henchido de orgullo, a todas aquellas risas claras. Muy pronto el joven héroe pareció interesarse más por mí que por su corte de aduladores. Sólo yo tenía el aire de no querer inclinarse delante de su

augusta persona, y esta idea hería su amor propio.

Preguntó mi nombre a los demás.

—¡Eh, Mizoguchi! —gritó como si nos conociéramos de toda la vida.

Yo, sin salir de mi mutismo, clavé mis ojos en los suyos. En la sonrisa que entonces me dedicó había esa condescendencia particular de los poderosos.

—¿No dices nada? ¿El señor está mudo...?

—Es tar... tar... tartamudo —respondió por mí uno del grupo.

Todos se echaron a reír. ¡Qué deslumbrante estallido de risas! Aquella risa feroz, cuyo secreto pertenece a la juventud, me parecía lanzar mil destellos como un zarzal cuyas hojas crepitan de luz.

—¿Cómo dices? ¿Tartamudo? —decía el héroe—. ¿Y por eso el señor no puede entrar en la Escuela de Mecánicos de la Marina? Tartamudo o lo que sea, allí se endereza a todo el mundo en un solo día: ¡a palos!

¿Cómo se produjo el milagro? No lo sé. Mi respuesta brotó con ímpetu, limpiamente; sin el menor atasco, siquiera sin forzar mi voluntad, las palabras salieron de un tirón:

—No. Yo seré sacerdote.

Todos quedaron atónitos. En cuanto al gran personaje, se inclinó, recogió una brizna de hierba y se la metió entre los dientes.

—¡Ah, bueno! —dijo—, siendo así, dentro de algunos años seguramente te causaré algunas molestias. (La guerra del Pacífico acababa de estallar).

Está fuera de duda que, en este mismo instante, obró en mí una revelación —de repente se me hizo claro que yo había de esperar, con las dos manos abiertas, esperar mi hora en un mundo lleno de tinieblas; y que después, todo, aquellas flores de mayo, aquellos uniformes de mis compañeros, llenos de orgullo y de malicia, todo cabría en el hueco de mis manos—, que la montaña del mundo y o la iba estrechando y reduciendo poco a poco por la base y me iba asegurando su posesión. Semejante revelación, sin embargo, resultaba aplastante, demasiado para trocarse en orgullo juvenil. El orgullo pide ligereza, luz, evidencia. Yo necesitaba exhibir esta evidencia, necesitaba mostrar a todo el mundo un signo deslumbrante de mi orgullo. La daga, por ejemplo, aquella daga que colgaba en la cadera del otro, era exactamente lo que yo buscaba.

Esa daga fascinaba a todos los estudiantes y era en verdad un hermoso ornamento. Los cadetes de la Marina sacaban punta a sus lápices con ella, clandestinamente, según se decía. ¡Curioso refinamiento de esteta el de emplear tan prestigioso emblema en labores tan mezquinas!

Se había desprendido de su uniforme y lo tenía colgado en la empalizada pintada de blanco. Pantalón y jersey, cerca de las flores, desprendían un olor a cuerpo joven bañado en sudor. Una abeja vino a posarse sobre la ropa de un blanco deslumbrante, tomándola tal vez por corolas. La gorra con galones de oro, puesta sobre un palo, inclinaba reglamentariamente su visera, igual que si

estuviera sobre la cabeza del muchacho. Éste, al cual acababan de retar los amigos, iba con ellos a medir sus facultades atléticas en el campo de juegos.

Sus prendas de vestir, abandonadas allí, imprimían en mi espíritu la visión de un glorioso cementerio; las mil flores de la primavera acentuaban esta impresión. Pero por encima de todo, aquella gorra bajo la cual se extendía la sombra negra de la visera y aquella daga en su funda de cuero colgada a su lado —ahora todo ello despegado de la persona, aislado, envuelto en una vaga belleza lírica, convertido en la más pura y perfecta imagen que yo tenía del hombre— se hubiese dicho, en fin, que eran las reliquias de un joven héroe partido hacia la guerra.

Me aseguré de que no hubiese un alma en los alrededores. Desde el campo de juegos llegaban hasta allí los gritos alentadores. Saqué del bolsillo mi cortaplumas oxidado, que utilizaba para sacar punta al lápiz, me acerqué despacio y con paso furtivo y tracé, sobre la piel negra que cubría la hermosa daga, dos o tres profundas y fervientes cuchilladas.

Seguramente habrá quien llegue a la conclusión, un tanto prematura incluso después de haber leído estas anotaciones, que yo tenía una cierta disposición para la poesía. Sin embargo, hasta ese momento yo no había escrito absolutamente nada, ni siquiera notas personales. Y mucho menos, claro está, componer poemas. Disimular los defectos que me dejaban en inferioridad frente a los demás por medio de algún talento particular, y tomar así mi venganza sobre ellos, era algo que no me atraía ni me interesaba. O dicho de otro modo: para ser un artista, yo tenía una idea demasiado seria de mí mismo.

El Déspota, ese gran artista que imaginaba mi fantasía, no abandonaba ni un solo momento el centro de mis sueños. Mi ánimo no estaba jamás dispuesto ni gozaba del indispensable humor para emprender cualquier trabajo y conducirlo a buen fin. Mi único orgullo venía de la imposibilidad de hacerme comprender: y en estas condiciones, ¿cómo podía yo aprobar la invencible necesidad de expresar las cosas y hacerme comprender? « Lo que los demás ven y transmiten —me decía—, el destino no lo ha hecho para mí ». Y mi soledad iba creciendo, engordando igual que un cerdo.

He aquí que, de repente, mi memoria se clava en un trágico suceso, que sacudió nuestro pueblo. Si bien en honor a la verdad no podría afirmarse que el papel desempeñado por mí en tal suceso fuera muy importante, no puedo por menos que reconocer la impresión que tengo de haberme sentido estrechamente ligado a él. De un solo golpe, este acontecimiento me lo arrojó todo a la cara: vida, voluptuosidad, traición, odio, ternura; todo. Pero lo que podía haber de sublime en el fondo de todo ello, mi memoria lo rechazó voluntariamente y pasó por encima en silencio.

A diez casas de la de mi tío vivía una hermosa muchacha llamada Uiko. Tenía unos ojos grandes y puros. Su familia era rica, lo cual explica el que ella fuese un tanto altanera. Imposible imaginar en qué pensaba o soñaba aquella muchacha orgullosa de su soledad, y que, sin embargo, todo el mundo mimaba. Algunas mujeres, por celos, hacían correr rumores acerca de Uiko, la cual sin duda era todavía virgen:

—Miradla —se decían unas a otras—, ¿verdad que tiene todo el aire de ser estéril?

Uiko había salido del colegio hacía poco tiempo y ahora trabajaba de enfermera en el Hospital de la Marina de Maizuru. Todos los días iba al hospital en bicicleta. Salía de su casa muy temprano, cuando el día empieza a despuntar, dos horas antes de que yo emprendiera el camino del colegio. Una noche, pensando en el cuerpo de Uiko, me abandoné a las más extrañas ideas y dormí mal. Por la mañana me deslicé de la cama, todavía envuelta en sombras. La noche de verano moría. Aquélla no era la primera noche que yo soñaba con el cuerpo de Uiko. Primero no fueron más que destellos del pensamiento; después, poco a poco, se aglutinó en mi espíritu y se hizo dura, como un guijarro, una idea fija: el cuerpo de Uiko bañado por una penumbra y luego concretado en una forma blanca, de carnes elásticas y perfumadas. Imaginaba la fiebre de mis dedos al contacto de ese cuerpo, sus miembros flexibles, su olor a polen...

Me lancé a correr por el camino, hacia lo lejos, iluminado apenas por la pálida luz del alba. Ni una sola vez tropecé con las piedras, el camino se abría por sí solo delante de mí, en las sombras. En cierto sitio el camino se desvía, pasada la aldea de Yasuoka, donde se alza un gran olmo de Siberia. Su tronco estaba mojado por el rocío de la madrugada. Me escondí detrás y esperé que Uiko apareciese con su bicicleta.

La esperaba sin tener la menor idea de lo que iba a hacer. Había corrido hasta perder el aliento, y ahora, muy quieto detrás del árbol, lo recuperaba lentamente y sin querer pensar en lo que iba a pasar. Sin embargo, intuía vagamente que lanzándome a ello de una vez por todas —mis contactos con el mundo exterior habían sido muy pocos hasta aquel momento— todo sería fácil y posible.

Los mosquitos me picaban las piernas. Se oían cantar los gallos, aquí y allá, y yo no apartaba los ojos del camino. A lo lejos apareció una forma blanca. De momento creí que era la palidez del alba; pero era Uiko. Vi el faro de la bicicleta. Se acercaba con un rumor silencioso. Salté de donde estaba y me planté en medio del camino, cortando el paso: la bicicleta consiguió apenas frenar a unos centímetros de mí.

Entonces me quedé petrificado. Mi voluntad también, y mi deseo. El mundo exterior había roto todo contacto con mi universo interior y empezó a vivir fuera

de mí una existencia absoluta, independiente. Me había escapado de la casa de mi tío, había calzado mis zapatillas de deporte, había corrido como un loco a lo largo del camino apenas visible bajo la débil luz del alba hasta llegar al olmo de Siberia, y sin embargo, con todo, no había hecho sino moverme dentro del limitado espacio de mi propio universo. La techumbre de las casas del pueblo, que empezaban a perfilarse, los árboles negros, la negra cresta de la montaña Aoba, incluso la propia Uiko, allí, de pie delante de mí, se encontraban ahora tan totalmente desprovistos de sentido que resultaba pavoroso: todos aquellos objetos habían recibido el don de la realidad al margen de mi acción; y era esta realidad justamente, vacía, monstruosa, negra como la noche, la que ahora me caía encima de repente como una mole que me aplastaba, una inmensa mole que mis ojos jamás habían visto.

Reflexioné, según mi costumbre, y me dije que las palabras eran seguramente el único medio de salvar la situación; error muy característico en mí; cuando había que actuar yo sólo pensaba en las palabras; y como las palabras llegaban tarde y mal, me dejaba perder en ellas al intentar dominarlas y acababa siempre por olvidar la acción. Para mí, la acción era algo esplendoroso que debía ir acompañado de un lenguaje esplendoroso.

No veía nada; creo recordar solamente que Uiko, asustada al principio, me reconoció. Desde este momento toda su atención se centró en una sola cosa: mi boca. Un ridículo agujero negro gesticulando y haciendo muecas incomprensibles en medio del amanecer, un agujero diminuto, deformado, sucio como un nido de víboras; he aquí, supongo, lo que ella experimentaba delante de esta boca que todo el tiempo estuvo atrayendo su mirada. Después, segura ya de que no corría ningún peligro la armonía de aquel mundo exterior del cual ella formaba parte, exclamó con alivio:

—¡Vaya! ¡Qué divertidos sois los tartamudos!

Su voz tenía esa frescura maravillosa de la brisa de la madrugada. Hizo sonar el timbre de la bicicleta, se apoyó sobre los pedales y emprendió la marcha evitándome con un rodeo, como lo habría hecho para evitar una piedra. Mientras yo la miraba, hasta que desapareció a lo lejos, detrás de los arrozales, Uiko estuvo haciendo sonar el timbre de su bicicleta, a pesar de que no se veía un alma en todo lo que abarcaba la vista, lo hacía sonar y sonar...

Aquella misma noche, la madre de Uiko vino a ver a mi tío; y éste, de ordinario indulgente y benévolo conmigo, me reprendió con dureza. Descargué un sinfín de maldiciones sobre Uiko, llegando a desear su muerte. Meses más tarde, mi deseo se realizó, y desde entonces tengo fe absoluta en los sortilegios.

Noche y día estuve deseando la muerte de Uiko; anhelaba el aniquilamiento de aquel testigo de mi vergüenza, pues ésta, en tanto Uiko existiera, no se extirparía de la faz del mundo. Los demás, todos, son algo así como testigos; si no existieran, jamás conoceríamos la vergüenza.

Lo que vi en el semblante de Uiko, en el fondo de sus ojos, que en aquella noche agonizante habían lanzado destellos de agua al clavarse intensamente en mis labios, fue el mundo de los otros, quiero decir, el mundo en el que jamás os dejan solo los demás, y siempre están dispuestos a ser o vuestros cómplices o los testigos de vuestra abyección. A los otros es preciso destruirlos. A todos. Para que yo pueda levantar mi rostro al sol es necesario que sea devastado el mundo entero...

Dos meses después de esta aventura, Uiko dejó de trabajar en el Hospital de la Marina, permaneciendo confinada en su hogar. La aldea empezó a chismear y, hacia fines de otoño, estalló el drama.

Jamás pudimos suponer que en el pueblo se ocultara un desertor de la Marina. Un día, hacia el mediodía, unos gendarmes se llegaron a la Alcaldía; el hecho, en sí, no era extraño y a nadie se le ocurrió que la cosa fuera tan grave.

Era un día claro de fines de octubre. Como de costumbre, yo había ido al colegio y ya había terminado mis deberes nocturnos. Pensaba echarme a dormir. Ya iba a apagar la luz, cuando, asomándome a la ventana, oí corretear a la gente por la calle del pueblo; debían de ser muchos y daban la sensación de una jauría. Salí fuera. También mis tíos habían abandonado la cama. En el umbral, uno de mis compañeros de colegio nos decía a gritos con los ojos desmesuradamente abiertos por el estupor: « Los gendarmes han detenido a Uiko. Están ahí mismo. ¡Vayamos! ». Salí disparado, mientras me calzaba las sandalias al vuelo.

Había un hermoso claro de luna proyectando nítidas las sombras de los caballetes, aquí y allá, en los que pendía, secándose, el arroz segado. Tras un grupo de árboles, se removían negras siluetas. Uiko, con vestimenta oscura, se hallaba sentada en tierra. Estaba muy pálida. Sus padres y cuatro o cinco gendarmes la rodeaban, formando un cerrado círculo. Un gendarme estaba vociferando, al tiempo que blandía un paquete conteniendo, al parecer, alguna vitualla. El padre de Uiko la abrumaba con sus reproches, mientras intentaba disculparla ante los gendarmes y cabeceaba a uno y otro lado. La madre, sentada sobre sus propios talones, lloraba.

Nosotros contemplábamos la escena desde la orilla del arrozal. Paulatinamente fue aumentando el número de mirones; sus hombros se tocaban en silencio. Sobre nuestras cabezas, la luna parecía haber empequeñecido, como si la hubiesen oprimido. Mi compañero cuchicheó a mi oído: Uiko había salido a escondidas de su casa con aquel paquete de comida para el desertor y había caído en la emboscada de la policía, justamente cuando llegaba al pueblo vecino. Debió de conocer al desertor en el Hospital de la Marina. Luego quedó encinta y la echaron.

En aquellos instantes, el gendarme la acosaba a preguntas sobre el escondite de su cómplice; pero Uiko, más quieta que una piedra, permaneció en silencio.

Por mi parte, estuve devorando su rostro con los ojos. Puedo asegurar que

parecía una loca encadenada. Ni un solo trazo de su rostro llegó siquiera a estremecerse a la luz de la luna.

Por primera vez veía yo reflejada en un rostro tal obstinada repulsa; siempre he estado persuadido de que el universo expulsa, repele mi cara; en cambio, en Uiko, era su semblante el que rechazaba rotundamente al universo.

El claro de luna se deslizaba sin piedad sobre su frente, sus ojos, los pómulos, su recta nariz, como bañando aquella quieta faz. Al menor estremecimiento de sus labios, se precipitaría sobre Uiko con la fuerza de una catarata el universo que ella rechazaba decididamente. Conteniendo el aliento, la observé fijamente, fascinado por aquel rostro cuya historia se había detenido bruscamente y del que, en modo alguno, se desprendía la menor confianza sobre su pasado ni su futuro. A veces, ha podido verse una faz así de extraña sobre el tronco del árbol que acaba de ser seccionado. La cortadura está aún fresca y colorada, cuando su vida ha sido abruptamente interrumpida; la madera viva conoce el viento y el sol, cuyos fulgores no le estaban destinados, y de repente es lanzada desnuda ante un mundo que no es el suyo; su entraña descubierta dibuja una rara cara: una cara que sólo se dirige a nuestro universo para rechazarlo...

Yo no podía por menos que pensar que en toda la vida de Uiko, ni en la mía, que la estaba contemplando, volvería a encontrar un instante durante el cual el rostro de la muchacha fuese tan bello como en aquel momento. Pero tal visión fue brevísima: aquellos rasgos acababan de sufrir un repentino cambio.

Uiko se levantó. Diría que la vi sonreír; incluso aseguraría que sus blancos dientes habían brillado a la luz de la luna. Mas eso es todo lo que puedo decir sobre aquella metamorfosis, pues, al levantarse Uiko, su rostro huyó de la zona iluminada y se perdió en la sombra de los árboles.

¡Qué pena no haber podido captar y retener la alteración de sus rasgos en el instante en que había tomado la decisión de traicionar! De haber sorprendido su intención, quizás habría brotado en mí un comienzo de perdón hacia los hombres, hacia las villanías de los hombres.

Uiko señaló con su dedo hacia el vecino pueblo de Kahara, al fondo y entre las colinas.

—¡El Templo de Kongô! —gritó un gendarme.

Entonces, me invadió un gozo infantil, una alegría delirante como en los días de fiesta. Los gendarmes se repartieron en cuatro grupos con el fin de rodear el templo, y obligaron a los curiosos a cooperar. Una ansiedad, no exenta de resentimiento, me hizo unirme al primer grupo con otros cinco o seis muchachos de mi edad; Uiko iba a la cabeza, mostrando el camino, con su escolta de gendarmes. Su paso decidido a lo largo del sendero blanco de luna me llenaba de estupefacción.

El Templo de Kongô era famoso. Edificado en un entrante de la colina, a quince minutos de marcha desde Yasuoka, debía su reputación a sus árboles

plantados por la mano misma del príncipe Takaoka, así como a su elegante pagoda de tres pisos, cuya construcción se atribuía a Hidari Jingoro^[1]. Nosotros, en verano, acudíamos a menudo para bañarnos en la cascada que hay al otro lado de los montes.

El recinto del edificio principal estaba a dos pasos del río. Y sobre ese muro ruinoso, hecho de barro y paja, crecía profusamente la caña de las llanuras, cuyos penachos brillaban plateados y lustrosos en la noche. Cerca de la portada florecía, silvestre, la planta del té. Silenciosamente fuimos bordeando el río en fila india.

Todavía debíamos ascender un poco hasta llegar al mismo templo. Franqueado el puente de troncos, la pagoda queda a la derecha; a la izquierda, un bosque empurpurado por el otoño, y al fondo, una escalera de piedra de ciento cinco peldaños, verdes por el musgo y sumamente resbaladizos.

Antes de salvar el puente, los gendarmes se volvieron y, a un gesto suyo, nos detuvimos todos. Dicen que en otros tiempos hubo allí una portada flanqueada por dos colosos rituales^[2] y esculpida por Unkei y Tankei^[3]. Más allá, las colinas del valle de Kujuku forman parte de los dominios del templo.

... Contuvimos el aliento.

Los gendarmes ordenaron a Uiko que siguiera adelante. Sola, franqueó el puente; un instante después, la seguimos todos. El pie de la escalinata se hallaba envuelto en la sombra, pero más arriba, sus gradas estaban inundadas de luz. Entretanto, nos fuimos esparciendo semiocultos en la penumbra de los primeros peldaños. El rojizo follaje parecía negro bajo la luna.

El edificio principal se levanta en lo alto de la escalinata. De allí, una galería, en diagonal hacia la izquierda, conduce a un salón vacío destinado probablemente a las danzas sagradas. Este salón, asomado al vacío, imita la plataforma del Templo de Kiyomizu^[4]: todo él descansa sobre una selva de traviesas y estacas que suben del fondo del abismo. Salón, galería, armazón, lavados por el viento y la lluvia, son de una blancura tan irreprochable como la de los huesos de un esqueleto. En el otoño, cuando las hojas se cubren de un color rojizo, la llamarada de los árboles se armoniza de modo maravilloso con esta armazón de una blancura de hueso; pero en la noche de luna, el gran esqueleto blanco tiene un aire exótico y fascinante.

Según todas las apariencias, el desertor se ocultaba en ese salón. Para prenderle, pensaban los gendarmes utilizar a Uiko de reclamo. Nosotros, simples testigos, apenas alentábamos, disimulados en la sombra. Aunque el aire era frío, en aquella noche de fines de octubre, mis mejillas ardían.

Uiko ascendió sola los ciento cinco peldaños de piedra, con un aire triunfal de loca... La negrura de su pelo y de su ropa realzaban la blancura de su magnífico perfil. Bajo la luna y las estrellas, con aquella conspiración nocturna, entre las

colinas cuyas crestas destacaban sobre el cielo como alabardas, en el claro de luna del cual emergían como islotes los contornos de las construcciones, en aquel marco, en fin, la límpida belleza de la felonía de Uiko me aturdió: todo se había reunido efectivamente, para dar realce a la ascensión, por blancos peldaños, de Uiko, solitaria y de senos altivos. Su felonía era la de las estrellas, la luna y las dentadas crestas de las colinas. En una palabra, ella vivía en el mismo universo que nosotros, simples testigos; aceptaba esa naturaleza a su derredor, y hasta pisaba aquellas gradas cual delegada nuestra.

Con la respiración entrecortada, no pude por menos que pensar: « ¡Con su traición, me ha aceptado, a mí; ahora es mía!» .

Hay siempre un instante a partir del cual el detalle de lo que llamamos los hechos se esfuma en nuestra memoria. Lo que continuamente permanece ante mis ojos es la imagen de Uiko pisando los peldaños de piedra, verdes por el musgo. Tengo la sensación de que, al menos para mí, los estará pisando eternamente.

A partir de aquel momento, Uiko no es la misma. Quizá, porque una vez llegada a lo alto de la escalera, me ha traicionado, mejor, nos ha traicionado una vez más: no aceptando ni rehusando absolutamente al mundo; al doblegarse a la pasión banal; al volver al rango de la mujer que se ha entregado en cuerpo y alma a un solo hombre.

Esa es la razón por la que cuanto luego sucedió sólo ha permanecido en mi recuerdo como una escena de las que reproducían las litografías de antaño, y que a mí me es imposible variar en el menor sentido...

Uiko penetró en la galería cubierta y lanzó un grito en dirección a las tinieblas... Un hombre apareció. Uiko le dijo algo. El revólver que el hombre llevaba trazó un giro, e hizo fuego con dirección al pie de la escalera. La réplica de los gendarmes partió de la espesura próxima a la escalinata. Cuando el hombre iba a disparar por segunda vez, Uiko, volviéndose hacia la galería cubierta, hizo intención de huir. Él descerrajó varios proyectiles sobre su espalda. Uiko se desplomó. El hombre apoyó el cañón del arma en su propia sien. Hizo fuego...

Desdeñando unirme a los demás que, tras los gendarmes, corrieron escaleras arriba impacientes por llegar junto a los cadáveres, permanecí pasivamente en mi escondite hecho de sombra, bajo las hojas de otoño.

La blanca estructura con sus piezas superpuestas dirigidas en todos sentidos, me dominaba desde su altura. De lo alto llegaban a mí las pisadas en la galería, amortiguadas, irregulares y lentas. Por encima del pretil iban a morir sobre las rojizas hojas los haces desordenados de algunas linternas. Yo tenía la sensación de que todo ello estaba muy lejos de mí. Los seres poco impresionables no sienten emoción alguna a menos que la sangre corra ante sus ojos. Y cuando la

sangre ha dejado de correr, ya no hay más tragedia; ya ha pasado. Sin darme cuenta, me adormecí. Cuando desperté, no había nadie; me habían olvidado. No había más que el gorjeo de los pájaros a mi alrededor. El sol de la mañana hundía profundamente entre las ramas más bajas de los rojos árboles sus rectos dardos; su luz se reflejaba y hería, bajo la terraza, la blanca estructura, que parecía revivir; quietamente y con fiera determinación el sol proyectaba, por encima del precipicio, con colores otoñales, la plataforma sobre el vacío.

Me levanté tiritando. Tras unas fricciones, sólo me quedó una sensación de frío. Fue lo único que quedó en mí: esa sensación de frío.

Durante las vacaciones de primavera del siguiente año, vino a nuestra casa, la de mi tío, mi padre llevando cruzada su estola de bonzo. Pretendía llevarme consigo por algunos días a Kyoto. Su enfermedad había agravado considerablemente el estado de sus pulmones, y hasta yo mismo me asusté de verlo en aquella situación. Mis tíos y yo intentamos disuadirle de aquel viaje: no quiso oír hablar de ello.

Más tarde comprendí que lo que él deseaba antes de morir era presentarme al Prior del Pabellón de Oro.

Indudablemente, visitar el Pabellón de Oro era mi sueño desde muchos años atrás; pero emprender un viaje en compañía de un padre en quien, a pesar de sus heroicos esfuerzos por disimularlo, cualquiera podía reconocer de buenas a primeras a un enfermo grave, no me atraía. A medida que se acercaba el momento en que iba, al fin, a encontrarme ante la maravilla que mis ojos aún no conocían, sentí agrandarse mis dudas. A cualquier precio necesitaba que el Templo de Oro fuese algo esplendoroso. Así pues, yo confiaba no tanto en su belleza intrínseca cuanto en mi propia aptitud para imaginar tal belleza.

En la medida en que un muchacho de mi edad podía comprender algunas cosas, tenía yo ciertos conocimientos profundos acerca del Pabellón de Oro. He aquí unas líneas que un libro sobre arte dedicaba someramente a la historia del Pabellón de Oro:

ASHIKAGA YOSHIMITSU (1358-1408) heredó de la familia SAIONJI la mansión de Kitayama, que transformó en residencia rústica, de una muy amplia concepción. Esta mansión se componía, sobre todo, de edificaciones destinadas al culto budista: Sala del Relicario, Salón del Fuego Preservador, Salón de la Confesión, Estanque de la Verdad, y de otras varias piezas con destino a ser habitadas, como el Apartamento Señorial, el Salón de la Nobleza, la Sala de Reunión, el Torreón del «Espejo Celeste», la Torre del «Señor del Norte», el Patio del Manantial, el Mirador de la «Nieve contemplada» y muchos otros salones... Y fue precisamente la Sala del Relicario, construida con esmero y minuciosamente, la que vino a ser conocida por el «Pabellón

de Oro». Es difícil establecer en qué época tomó tal denominación; parece que fue, quizás, inmediatamente después de las revueltas de Ojin (1467-1477), puesto que en la era de Bummei (1467-1487) se le conocía ya bajo tal nombre.

El Pabellón de Oro es una construcción de dos pisos, desde la que se domina el llamado «Espejo de Agua», jardín de recreo. Parece ser que fue terminado de construir en 1398, quinto año de la era de Oei. Tanto los bajos como el primer piso pertenecen al estilo arquitectónico Shinden, de tipo doméstico, con sus «tablas superpuestas» cual pliegues. El segundo piso es una pieza de cinco a seis metros cuadrados, del más puro estilo zen, con puerta central corrediza y ventana con florón de un extremo a otro. El techo está construido con listones de madera de ciprés. Es de tipo «Hôkei» y está rematado por un Fénix de bronce dorado. El Pabellón de pesca, llamado «Sôsei», con techo de doble pendiente cuyo pináculo mira al estanque, rompe la monotonía del conjunto.

La suave curvatura de los tejados, la exacta separación de los cabrioles, la finura del trabajo plasmada en la madera, confieren una especial elegancia y ligereza al conjunto. Por una armoniosa distribución de construcciones destinadas unas al culto, y con fines residenciales las otras, todo ello resulta una obra maestra de arquitectura de jardín. Al tiempo que nos revela en Yoshimitsu un gusto que fue la flor más delicada de la cultura cortesana, nos da una excelente idea del ambiente de aquella época.

Tras la muerte de Yoshimitsu, de acuerdo con su última voluntad, la mansión de Kitayama fue convertida en monasterio zen, conocido por el nombre de Rokuonji. Más tarde, de las diferentes construcciones, algunas fueron trasladadas de lugar y las otras abandonadas al tiempo, a su ruina; a excepción sola del Pabellón de Oro, que, afortunadamente, aún nos queda...

Semejante a la luna en el cielo nocturno, el Pabellón de Oro había sido construido cual un símbolo en medio de las tinieblas de su tiempo. Así, también el de mis sueños precisaba destacarse sobre un fondo de espesa noche —noche que lo oprimía por todas partes—, y en esa noche negra, la urdimbre de espléndidas y esbeltas columnas reposaba sosegada, serena, suavemente iluminada desde el interior. Cualesquiera hayan sido los elogios dirigidos al mismo, convenía que el maravilloso templo prosiguiera ofreciendo en silencio a todas las miradas su delicada arquitectura, resistiendo el asalto de las tinieblas circundantes.

También pensaba en el Fénix de oro que, en lo alto de la techumbre, año tras año, había permanecido expuesto a todas las intemperies. El misterioso pájaro, que jamás anunció al día, que jamás batió sus alas, probablemente había

olvidado su propia esencia; pero sería falso creer que no tuviese el aire de volar. Así como las demás aves surcan el espacio, el Fénix de oro, con sus espléndidas alas alzadas, surca el tiempo. Es a través del tiempo por donde va dejando su estela. Para alzar el vuelo, le ha bastado permanecer inmóvil, con un destello de cólera en la pupila, levantadas las alas, extendida la cola como un penacho y plantarse fieramente sobre sus majestuosas patas de oro.

Cuando pensaba en todo esto, el Pabellón de Oro se me aparecía como un magnífico navío atravesando el océano de los tiempos. El libro decía: « Construcción de extraños tabiques, por donde se cuelan los vientos... »; y eso me evocaba un barco, entretanto que el estanque, al pie de la complicada construcción de esta nave de dos pisos, se me figuraba el mar. Del fondo de una noche inmensa nos llegaba el Pabellón de Oro, en una travesía cuyo fin no se podía prever. Durante el día, la extraña nave echaba el ancla con un aire de inocencia, sometándose a las miradas curiosas de la multitud; pero llegada la noche, extraía una fuerza nueva de las tinieblas a su alrededor, hinchaba su techumbre cual una vela y se hacía al mar abierto.

Puedo, sin exageración, afirmar que el primer problema con que he tropezado en mi vida es el de la Belleza. Mi padre no fue más que un simple sacerdote de aldea, de vocabulario pobre; sólo me decía que « ninguna cosa en el mundo igualaba en belleza al Pabellón de Oro ». El pensamiento de que la Belleza, sin yo saberlo, pudo ya existir antes en alguna parte, me causaba invenciblemente un sentimiento de malestar y de irritación; pues si la Belleza existía efectivamente en este mundo, era yo quien, por su existencia misma, me hallaba excluido de él.

Sin embargo, jamás fue para mí un simple concepto el Pabellón de Oro. Las montañas, como una pantalla, me impedían percibirlo; pero a poco que realmente yo imaginara que marchaba a contemplarlo, el percibirlo era algo perfectamente posible: el Pabellón de Oro existía, estaba allí. Así pues, la Belleza era algo que podía tocarse con la mano, claramente reflejada por el oro. Que en el seno mismo de este universo, en sus múltiples metamorfosis, el inalterable Pabellón de Oro debía seguir existiendo tranquilamente, de ello estaba yo y seguro, absolutamente seguro.

A veces me lo representaba cual menuda obra de artesanía, finamente trabajada, que era posible tenerla en mis manos; en otras ocasiones, era una gigantesca, terrorífica catedral que se perdía en las alturas del cielo. La idea de que lo Bello, ya grande ya pequeño, era cuestión de una justa apreciación, no podía ocurrírsele a un adolescente como yo. Así, cuando veía brillar vagamente las flores del verano, mojadas por el rocío, yo las encontraba bellas como el Pabellón de Oro. Del mismo modo, ¿veía una nube cargada de tormenta, totalmente negra, con sólo un ribete de oro brillante, cómo bloqueaba el fondo tras las colinas? Tal magnificencia me hacía evocar el Pabellón de Oro. Y hasta

tal punto era así, que al hallarme ante un bello rostro, lo calificaba en mi interior de « bello como el Pabellón de Oro ».

El viaje fue triste. En la línea Maizuru-Ayabe-Kyoto, el tren se detiene en todas partes, incluso en las pequeñas estaciones como Makura o Uesugi. El vagón estaba sucio; a lo largo de las gargantas de Hozu, con sus innumerables túneles, la carbonilla penetraba despiadadamente en nuestro compartimiento y un humo sofocante hacía toser sin descanso a mi padre.

Entre los viajeros, eran muchos los que de cerca o de lejos tenían que ver con la Marina de guerra. Los compartimientos de tercera iban abarrotados de contra maestres, marineros, mecánicos y familiares que volvían a sus casas, después de haber ido a visitar a los suyos en el arsenal.

Por la portezuela podía ver un cielo de primavera, cubierto y sombrío. A veces, mis ojos se posaban sobre la estola que mi padre llevaba cruzada sobre su uniforme civil; otras, también, se detenían sobre el pecho de jóvenes y bermejos contra maestres, tan oprimidos dentro del uniforme que los dorados botones parecían a punto de saltar; y yo tenía la impresión de hallarme en un « intermedio ». Pronto alcanzaría la edad, y sería mi vez de partir como soldado. No obstante, una vez bajo la bandera, ¿sería capaz de desempeñar lealmente mi papel, como ese contra maestro sentado ante mí?

Por el momento, me hallaba a horcajadas sobre dos mundos. Aunque muy joven, yo sentía, bajo mi fea frente abombada y testaruda, que el mundo de la muerte —cuyo ministro era mi padre— y el mundo de la vida —al cual pertenecían aquellos jóvenes— se unían por mediación de la guerra. Tal vez estaba yo llamado a constituir el lazo de esta unión. Y cuando me maten, mi muerte sera la evidencia misma de que, fuera el que fuese el camino emprendido por mí, de los dos que se me ofrecen, el resultado habrá sido el mismo. Mi juventud tenía los brumosos colores del amanecer. El universo, con sus opacas sombras, me asustaba; yo no tenía la menor idea sobre lo que podía ser una existencia en donde todo fuese nítido cual en pleno día.

Al tiempo que vigilaba los accesos de tos de mi padre, podía contemplar a menudo por la ventana el río Hozu. Era de un azul concentrado, casi inaguantable, como el sulfato de cobre de los experimentos químicos. Cada vez que salíamos de un túnel, aparecía el río, muy lejos a veces de la vía férrea, para acercarse de pronto a dos dedos del tren; y, dentro de su argolla de lisas rocas, se arremolinaban, como el torno del alfarero, sus aguas murmuradoras de un profundo azul.

Mi padre se sintió incómodo cuando hubo abierto, ante todos, su caja conteniendo bolas de arroz muy blanco.

—No es del mercado negro, es una gentileza de mis feligreses; no hay por qué avergonzarse —comentó.

Había hablado de modo que fuese oído por todos, y se dispuso a comer; pero

tuvo dificultad en tragar una de las bolas de arroz, que no era, por cierto, particularmente grande.

En ningún momento tuve la impresión de que el viejo tren, negro completamente de hollín, corriera en dirección a la gran ciudad; sino que me parecía correr con desuno a la estación Muerte. Con este pensamiento en la cabeza, la humareda que en cada túnel volvía a llenar el compartimiento tenía para mí un olor de horno crematorio.

... No obstante, cuando me hallé ante la gran puerta exterior del Rokuonji, mi corazón latió con fuerza, como era lógico; iba a contemplar la cosa más bella del mundo.

El sol declinaba; las colinas se envolvían en la bruma. Algunos visitantes franquearon la puerta más o menos al tiempo que mi padre y yo. A la izquierda, alrededor de la gran campana, había un grupo de ciruelos todavía floridos.

En el umbral del edificio principal, sombreado por un inmenso olmo, mi padre solicitó ser recibido. El Prior tenía una visita, le respondieron, y nos rogaba que buenamente aguardáramos no más de media hora.

—Mientras esperamos, ven a ver el Pabellón de Oro —dijo mi padre.

Ciertamente deseaba demostrar que a él se le conocía en la mansión y así se dispuso a entrar sin pagar; pero desde aquel tiempo, diez años atrás, en que él acudía con frecuencia al templo, tanto el encargado de los billetes y amuletos como el inspector del control no eran ya los mismos.

—La próxima vez, también habrán cambiado —comentó mi padre con aire afligido; pero tuve la sensación de que su «la próxima vez» estaba falto de convicción.

Sin embargo, con movimiento deliberadamente juvenil (sólo en casos como aquél, sólo cuando me decidía a actuar de una u otra determinada manera, era cuando me resurgía un algo de adolescente) me lancé alegremente, casi corriendo, y precediendo a mi padre. Y aquel Pabellón de Oro, en el que tanto había soñado, he aquí que de un solo golpe, excesivamente veloz, desplegó ante mis ojos el conjunto de sus formas.

Allí estaba yo de pie, junto al «Espejo de Agua», mientras él, en la otra orilla, exponía su fachada al sol poniente. El Pabellón de pesca, a la izquierda, se hallaba semioculto. En el estanque, en donde, dispersas, flotaban algunas algas y otras plantas, se reflejaba la imagen perfecta del Pabellón de Oro, y había más belleza en el reflejo. El sol poniente paseaba por el reverso de los aleros sus fulgores, devueltos por el estanque. Estos reflejos, comparados con la luz que nos rodeaba, eran demasiado fuertes, demasiado brillantes; y, cual un cuadro que exagerase los efectos de perspectiva, el Pabellón de Oro me daba la impresión de estar enderezándose en toda su altura y arquearse ligeramente hacia atrás.

—¿Qué? ¿Verdad que es bello? El piso bajo es el Hôsui-in^[5]; el primero, el Chôondô^[6]; el segundo, el Kuky ôchô^[7]. —Mi padre posaba sobre mi hombro su

descarnada mano.

Por mi parte, estuve contemplando el Pabellón de Oro, ya variando de ángulo, ya inclinando la cabeza; pero sin que brotara en mí la menor emoción; no era otra cosa que una vieja, insignificante construcción negruzca de dos pisos; incluso el Fénix parecía ser no más que un cuervo asentado en la punta del techo. Lejos de hallarle belleza, sufrí incluso una impresión de discordancia y de desequilibrio. « ¿Puede la Belleza ser algo tan feo? », me pregunté.

De haber sido yo un muchacho modesto y estudioso, antes que dejarme abatir tan pronto, habría comenzado por deplorar la imperfección de mi ojeada. Pero el dolor de haber sido engañado tan cruelmente en mi espera por algo de lo que tanto aguardaba, vació mi corazón de toda otra preocupación.

Llegué a suponer que el Pabellón de Oro estaba disimulando su verdadero semblante para no mostrar más que una belleza prestada. No era imposible que, para preservarse, la Belleza burlara la mirada de los hombres. Era, pues, preciso llegarme hasta muy cerca del Pabellón de Oro, despejar los obstáculos que producían a la vista una impresión tan penosa, inspeccionar minuciosamente cada detalle, alcanzar con mis ojos la esencia misma de lo Bello. Nada más natural que esa postura, puesto que yo no creía en otra belleza que la perceptible por el ojo humano.

Anduve tras mi padre que, con un profundo respeto, subió a la galería exterior del Hôsui-in. Lo primero que vi fue una maqueta del Pabellón de Oro, en una vitrina, y de una maravillosa ejecución. Me gustó; se parecía más al Pabellón de Oro de mis sueños.

Por otra parte, ese Pabellón de Oro en miniatura, tan perfectamente parecido, engarzado en el grande, sugería el juego infinito de correspondencias entre un macrocosmos y el microcosmos que entrañaba. Por primera vez, podía yo soñar. Soñar en un Pabellón de Oro mucho más pequeño que aquella miniatura, y que, en su pequeñez, alcanzaba la perfección; en un Pabellón de Oro, también, infinitamente más grande que el verdadero, hasta el punto de llegar a contener el mundo.

Pero yo no podía permanecer plantado indefinidamente delante de la maqueta. Mi padre me condujo ante la estatua de madera de Yoshimitsu, uno de nuestros tesoros nacionales más famosos. Era conocida bajo el nombre de Rokuninden-Michiyoshi, nombre tomado por Yoshimitsu en su tonsura. También ella me pareció sólo un extravagante ídolo completamente ennegrecido en el que no encontré rastro de belleza. Seguidamente, subimos al Chôondô; después, en todo lo alto, al Kukyôchô; pero ni en el primero los ángeles músicos del techo atribuidos al pincel de Kano Masanobu^[8], ni en el segundo las piadosas reliquias de la hoja de oro aplicada en todas partes en otro tiempo, despertaron en mí la menor emoción estética. Arrimado a la frágil balaustrada, dejé caer sobre el agua del estanque distraídas miradas. El poniente iluminaba su superficie,

semejante a un espejo de cobre empañado por el tiempo, donde se sumergía la sombra del Pabellón de Oro.

Bajo las algas y otras plantas, en las lejanas profundidades, se reflejaba el cielo del atardecer, diferente del que se extendía encima de nuestras cabezas: era un cielo muy puro, inundado de una luz serena y que, allí abajo, desde el fondo del abismo, aspiraba por entero el mundo en que estábamos, y el Pabellón de Oro, semejante a una gigantesca áncora de oro, gastada y ennegrecida, se abismaba en él...

La amistad entre mi padre y el Prior Tayama Dôsen databa de los tiempos de sus estudios en un templo zen; tres años habían pasado en él, compartiendo una misma existencia. Ingresados ambos en el seminario especializado del Templo Sôkoku —fundado también bajo el «shôgounado» de Yoshimitsu—, habían estado sometidos a las formalidades seculares de la secta antes de recibir el sacerdocio. Y eso no es todo, pues, de propia boca del Prior me enteré mucho más tarde, un día en que se hallaba de buen humor, de que mi padre y él no se habían contentado con departir los rigores de los ejercicios aludidos, sino que también alguna vez habían saltado juntos la tapia, después de la hora de acostarse, para ir a regalar y divertirse con mujeres.

Tras nuestra rápida ojeada al Pabellón de Oro, regresamos al edificio principal. Atravesamos una larga y amplia galería; nos introdujeron en el despacho del Prior: se trataba de una sala de la gran biblioteca, desde la que la vista se extendía sobre el jardín del famoso pino en forma de navío.

Me senté rígido y estirado dentro de mi uniforme de colegial, mientras mi padre, al contrario, apenas hubo entrado, se mostró súbitamente muy a sus anchas.

Aunque formados en la misma escuela, había entre el Prior y mi padre una increíble diferencia de complexión: en tanto que mi padre, socavado por la enfermedad, tenía un pobre aspecto con su tez polvorienta, el bonzo Dôsen ofrecía totalmente la apariencia de un pastel rosa. Sobre la mesa del Prior, montones de paquetes postales, folletos, libros, cartas, llegados de todas partes y todavía sin abrir, parecían atestiguar la prosperidad del templo. Entre sus regordetes dedos tomó unas tijeras con que abrió muy diestramente un paquete.

—Pasteles que me mandan de Tokio... Pasteles como ya apenas se ven. Ni los comerciantes llegan a tocarlos; se reservan para el ejército y las administraciones, según dicen...

Bebimos el más delicado té japonés y comimos una especie de pastel seco occidental que jamás había probado. Cuanto más me atiesaba, tanto más las migajas, incansablemente, se esparcían sobre las rodillas de mi pantalón de negra sarga completamente reluciente.

Mi padre y el Prior manifestaron su descontento contra el ejército y el gobierno por la atención que dedicaban a los templos sintoístas y su desprecio

para con los budistas; el término era poco duro; habría sido más exacto decir « castigo »; y siguieron discutiendo acerca del modo de administrar los templos en el futuro.

El Prior era un hombre regordete; ciertamente, tenía arrugas, pero parecía como si cada una de ellas hubiese sido, hasta el fondo, baldeada. En su cara redonda no había de largo más que una nariz, que parecía un pedazo suspendido de resina solidificada. Con un rostro semejante, sin embargo, el cráneo afeitado mostraba rudeza; toda la energía parecía concentrada en él y ocultaba una extraña fuerza animal.

La conversación de los dos hombres derivó hacia sus recuerdos del seminario. Yo contemplaba en el jardín el pino en forma de navío. Habían impreso a sus ramas inferiores la curvatura de una nave; el pino era inmenso y sus ramas se remontaban para unirse en un mismo punto y conseguir la forma de una proa. Un grupo de visitantes, llegados seguramente poco antes de la hora de cerrar, merodeaba por allí: se oía un rumor de pasos en dirección al Pabellón de Oro, al otro lado del cercado. Pero nada hería los oídos: ni el rumor de los pasos, ni el de las voces, ahogadas bajo la calma del atardecer de primavera; era un rumor amortiguado, sin ángulos. Después, a medida que el ruido de los pasos se iba alejando como un refluo del mar, se evocaba invenciblemente el paso por la tierra de la caravana humana. Levanté los ojos hacia la cima del techo donde el Fénix recibía las últimas luces del poniente y ya no aparté los ojos de allí.

—En cuanto a este chico, pues... —Me llegó repentinamente la voz de mi padre. Me volví hacia él. Dentro de aquella estancia sumida en la penumbra, mi padre ponía mi destino en las manos del Prior Dôsen—, ... no creo que me quede mucho tiempo. Prométeme que harás algo por él, cuando llegue el momento...

El Prior, desdeñando las banales palabras de consuelo, que nunca deben estar en boca de un sacerdote, dijo simplemente:

—Bien. Yo me ocuparé de él.

Después, con gran sorpresa por mi parte, reanudaron alegremente la conversación con anécdotas relativas a la muerte de diversos bonzos famosos. Uno de éstos había dicho: « Yo no quiero morir »; otro, como Goethe: « ¡Luz, más luz! », y hablaron de un tercero que había estado, hasta el momento mismo de expirar, contando y recontando el dinero del templo.

Nos fue servida la cena que los budistas llaman « medicación » y ofrecida hospitalidad para la noche. Después de la cena, cuando la luna estaba ya alta en la noche, yo insistí cerca de mi padre para ver de nuevo el Pabellón de Oro.

Sobreexcitado por las charlas con el Prior, después de tantos años de no verle, mi padre estaba muerto de fatiga; sin embargo, al nombre de « Pabellón de Oro », me siguió pegado a la espalda y respirando penosamente.

La luna se remontaba detrás del monte Fudo, bañando con su claridad la parte trasera del Pabellón de Oro. La negra silueta reposaba, replegando su sombra

complicada. Sobre el encuadre de las ventanas del segundo piso resbalaba la tibia imagen de la luna: el Kukyôchô, con sus aberturas, parecía la morada de su dulce luz.

Llegaba desde la isla Ashiwara el grito de los pájaros de la noche al remontar el vuelo. Yo noté en mi espalda la mano descarnada de mi padre; volviendo la cabeza, vi que la luz de la luna la había convertido en blanca mano de esqueleto.

De regreso a Yasuoka, experimenté cómo resucitaba día tras día en mi corazón la belleza del Pabellón de Oro, el cual, sin embargo, me había en un principio decepcionado tan cruelmente. Al fin se convirtió en algo todavía más maravilloso que aquello en que yo soñaba al principio. ¿En qué sentido lo era? Habría sido incapaz de decirlo; todo ocurría como si la visión que por tanto tiempo se había nutrido en mí hubiese al fin, con los retoques de la realidad, dado un nuevo impulso a mis sueños.

Se acabó el espiar los objetos, los paisajes, y el perseguir en ellos el fantasma del Templo de Oro. Día tras día él se puso a existir en mí, profundamente, sólidamente. Cada una de sus columnas, de sus portales, de sus techos, su Fénix, todo pasaba delante de mis ojos con la nitidez de objetos familiares a mis manos. El más fino detalle se conformaba al conjunto de ese cuerpo complejo, y a la inversa. Basta que algunas notas acudan a la memoria para que a menudo brote la melodía entera; así, del Pabellón de Oro, me era imposible evocar tal o cual detalle sin que vibrara en mí todo el conjunto.

«Lo que tú me decías es verdad, padre: el Pabellón de Oro es la cosa más bella del mundo», escribía yo en mi primera carta, puesto que mi padre, después de enviarme a casa de mi tío, había regresado a su promontorio perdido.

Como respuesta llegó un telegrama de mi madre: padre había muerto después de una espantosa hemorragia.

CAPÍTULO II

La muerte de mi padre marcó realmente el fin de mi adolescencia. Hasta tal punto ésta estaba falta de lo que se ha dado en llamar «solicitud humana» que yo siempre me debatí en una especie de estupor. Pero cuando constaté que la muerte de mi padre no me producía la menor pena, ya no fue propiamente estupor lo que experimenté, sino un sentimiento de impotencia afectiva.

Me puse en marcha con toda rapidez, pero fue sólo para encontrar a mi padre tendido en el féretro: tuve que emplear toda una jornada para correr hasta Uchiura, alquilar una barca y navegar por la bahía hasta alcanzar el cabo Nariu bordeando la costa. Íbamos a entrar en la estación de las lluvias; el sol era de plomo y los días se sucedían tórridos. Apenas tuve tiempo de ver a mi padre por última vez: enseguida fue trasladado el féretro al crematorio de aquel monte desolado, ya que iba a ser incinerado a la orilla del mar.

En la campiña, la muerte de un clérigo reviste un carácter muy singular. Muy singular por exceso de propósito. Mi padre era por definición el centro espiritual de la comarca, el pastor que vela por sus ovejas, el hombre en cuyas manos estaba su póstumo destino. Y he aquí que él muere en su parroquia: ¿cómo evitar la fuerte impresión de que, en cierto modo, él se ha sobrevalorado, ha sido excesivamente fiel a su misión; de que, enseñando a uno y a otro cómo hay que morir y queriendo él mismo mostrar el modo de aceptarlo, llegó incluso demasiado lejos, si así puede decirse, hasta convertirse en víctima de su propio error?

Verdaderamente, el féretro de mi padre parecía haber sido depositado en un lugar demasiado bueno y a propósito; encajado, se diría, en un conjunto donde cada elemento ocupaba su sitio previsto. Delante estaba mi madre, el joven bonzo, un grupo de feligreses, todos con lágrimas en los ojos. El clérigo leía las oraciones con una voz vacilante, como si siguiese todavía las indicaciones de mi padre tendido allí mismo, en el féretro.

El rostro de mi padre casi desaparecía bajo las primeras flores del verano. Estas flores tenían una viveza y una frescura que producían malestar. Parecían escrutar el fondo de un pozo. Entre la faz de un vivo y la de un muerto hay la

distancia de un insondable abismo, el abismo donde la vida se ha tambaleado; la faz del muerto vuelve hacia nosotros solamente un residuo, el armazón de una máscara, después de su caída en las profundidades desde las cuales ya no le es posible remontarse. No había nada que pudiese comunicarme con tanta veracidad como aquel rostro muerto hasta qué punto la existencia de eso que llamamos la materia se sitúa lejos de nosotros, hasta qué punto están fuera de nuestro alcance los medios capaces de conducirnos a ella. Por primera vez yo podía constatar este trabajo de la muerte que consiste en metamorfosear un espíritu en materia; tenía la impresión, ahora, de penetrar mejor las razones por las cuales aquellas flores de mayo, el sol, mi mesa de trabajo, la escuela, el lápiz, en fin, todos los objetos materiales, me marcaban tanto con su frialdad, me parecían existir tan lejos de mí.

Mi madre y los feligreses observaban mi última entrevista con mi padre. Mientras, mi espíritu rechazaba obstinadamente todo lo que el término «entrevista» sugiere en el mundo de los vivos; no había tal entrevista; no había más que yo mirando el rostro de mi padre muerto.

El cadáver se dejaba mirar: eso era todo. Yo miraba. Y nada más. Que la acción de mirar —sin tener conciencia de ello, como se hace a menudo—, lo mismo fuese una prueba rotunda del privilegio de los vivos que, tal vez, una simple manifestación de crueldad, era una experiencia que yo estaba viviendo por mí mismo. Así, el adolescente que había en mí y que ignoraba lo que era cantar a plena voz, y corretear chillando de un lado para otro, aprendió a asegurarse la autenticidad de su propia existencia.

Seguramente, para muchos de los que me observaban, yo era un cobarde; pero cuando volví hacia la muchedumbre un rostro feliz y desprovisto de la menor huella de llanto, no me sentí inútilmente avergonzado. El templo estaba suspendido en lo alto del acantilado, sobre el mar. Detrás del acompañamiento, las nubes de verano se alzaban en espiral sobre el mar encrespado de Japón, bloqueando el horizonte.

El sacerdote había empezado a salmodiar la oración zen.

Yo me acerqué a él. En el templo, había una gran oscuridad. Pero los crespones colgados en las columnas, las grandes flores de bronce que decoraban el santuario y los vasos de perfume refulgían tocados por la claridad vacilante de la lámpara sagrada. A veces penetraba un golpe de aire marino, que hinchaba mis amplias mangas sacerdotales. Mientras recitaba las oraciones, las nubes de verano me taladraban el rabillo del ojo con un rayo de luz cruda y me imponían la sensación constante de su presencia.

Una oleada continua de áspera luz se derramaba desde fuera sobre la mitad de mi cara... ¡Qué insultante desprecio, en medio de aquella luz deslumbrante...!

... A doscientos metros del crematorio, un súbito aguacero se abatió sobre el fúnebre cortejo. Por suerte, nos hallábamos delante de la casa de uno de los

fieles acompañantes; todos nos pusimos al abrigo rápidamente, con el féretro. Pero la lluvia no parecía dispuesta a parar en mucho rato, de modo que había que reanudar la marcha. Cada cual recibió alguna cosa para protegerse y el féretro fue cubierto con un papel impregnado de aceite y llevado hasta el crematorio.

Era una pequeña playa de guijarros, al pie de un acantilado que surgía con ímpetu del mar, al sudoeste del pueblo. Era muy probable que siempre se hubiese utilizado aquel lugar para incinerar los cuerpos, puesto que el humo no llegaba hasta las casas.

Allí, en aquella orilla, las olas son particularmente impetuosas; mientras que, en su constante vaivén, se hinchaban para luego estrellarse, su superficie agitada está siendo picada sin descanso por las gotas de lluvia. Gris, empañada, la lluvia taladra interminablemente el lomo de estas olas, indiferente a su amenaza. Pero una ráfaga de viento, de pronto, lanza las agujas de la lluvia contra las rocas desoladas. La blanca pared del acantilado, como salpicada con furia por manchas de tinta china, queda completamente negra.

Llegamos al lugar atravesando un túnel: pero mientras los ayudantes se ocupaban de los preparativos, los demás permanecemos al abrigo del subterráneo.

Yo no veía nada en toda la extensión del mar; solamente el rodar de las olas, las peñas negras y relucientes, la lluvia. Rociado con petróleo, que daba hermosos reflejos a los nervios de la madera, el féretro fue volcado al revés. Se le aplicó fuego. El petróleo estaba racionado pero, tratándose de un clérigo, se las arreglaron para conseguir una buena cantidad. La llama luchó contra el chaparrón, y después, con un ruido que pareció un latigazo, empezó a crecer. Su limpia silueta, a pesar de hallarnos en pleno día, se distinguía con toda claridad en medio de la espesa humareda. Rodando en olas sucesivas se remontaba el humo; después, en pequeños paquetes, alejándose hacia los acantilados. Hubo un instante en que la llama danzó sola, graciosamente, en medio del aguacero.

De pronto, un ruido horrible se dejó oír, el ruido de algo que estalla: la cobertura del féretro había saltado por los aires.

Miré a mi madre, de pie a mi lado; sostenía la ristra con sus dos manos. Sus facciones se habían endurecido terriblemente, y el rostro petrificado parecía tan menudo que se diría hubiese cabido en la palma de la mano.

Según la última voluntad de mi padre, partí hacia Kyoto e ingresé como novicio en el templo del Pabellón de Oro. En esta época fui ordenado bonzo por el Prior. Él costeaba mis estudios; para corresponder, yo limpiaba y ordenaba su habitación y me ocupaba de su persona. Mi situación era la misma que la de un estudiante-criado, como dicen los laicos.

Apenas hube ingresado en el templo, advertí una cosa: y era que, después de

haber ingresado en el ejército nuestro prefecto de pensión, tan quisquilloso siempre, no quedaron más que viejos y muchachos muy jóvenes. Desde todos los puntos de vista, encontrarme allí fue para mí un gran alivio. Ya no se me importunaba, como en el colegio, por el hecho de ser hijo de bonzo: aquí era la condición de todos. Sólo me diferenciaba de los demás por mi tartamudez y porque era un poquito más feo.

Mis estudios en el colegio de Maizuru habían quedado interrumpidos; pero gracias a los buenos oficios del Padre Tayama Dôsen, fueron tomadas todas las disposiciones para que pudiera continuarlos en el colegio del Instituto Rinzai. El comienzo del curso tendría lugar dentro de un mes, y yo me veía ya emprendiendo el camino de mi nueva escuela. Yo sabía, sin embargo, que poco después de principiar el curso sería designado al trabajo obligatorio en alguna fábrica. De momento me quedaban unas semanas de vacaciones, las de verano, y podía pasarlas en un lugar nuevo para mí; vacaciones de mi época de luto, vacaciones del final de la guerra sobre las cuales flotaba un extraño silencio (era en 1944)... Llevaba la existencia regular de los novicios, y cuando pienso en ella llego a creer que aquéllas fueron mis últimas vacaciones verdaderas. Puedo oír, todavía, como si estuviese allí, el canto de las cigarras... El Pabellón de Oro, que veía de nuevo después de tantos meses, reposaba serenamente bajo la luz del verano que moría.

Yo llevaba el cráneo afeitado desde mi ordenación sacerdotal y tenía la sensación de que el aire se colaba de algún modo en mi cabeza —la peligrosa sensación de que todas las ideas que anidaban en mi cerebro entraban en contacto con los fenómenos del exterior por esa única y delgada piel, tan hipersensible y vulnerable—.

Cuando levantaba el rostro hacia el Pabellón de Oro, éste entraba en mí no solamente por los ojos, sino también por el cráneo. Del mismo modo que a pleno sol este cráneo se calentaba, o bien, con la brisa del atardecer, se refrescaba.

« ¡Pabellón de Oro! ¡Por fin he venido a vivir contigo! —me murmuraba a mí mismo, dejando de barrer el jardín por un instante—. No digo que ahora mismo, pero un día hazme un signo de amistad, por favor; revélame tu secreto. Tu belleza se sostiene por un hilo que no consigo ver, que presiento, pero que se me escapa todavía. Más aún que aquel cuya imagen yo guardo siempre en mí, es el verdadero Pabellón de Oro el que te suplico me descubras en toda su belleza. Si es cierto que no hay nada sobre la tierra que pueda comparársete, dime por qué tú eres tan bello, por qué tú no puedes hacer otra cosa que serlo» .

Aquel verano, el Pabellón de Oro, encontrando alimento espiritual, por así decirlo, en las malas noticias que sobre la guerra nos llegaban todos los días, vivió una de sus épocas más esplendorosas. En junio, los americanos habían desembarcado en Saipán y los aliados se lanzaban a través de la campiña normanda. El número de los visitantes decreció repentinamente, y el Pabellón de

Oro pareció regocijarse con su soledad, su profundo silencio.

Nada más natural que guerras y alarmas, montones de cadáveres y ríos de sangre fuesen para la belleza del Templo de Oro una nueva fuente de riqueza. Su propia arquitectura, ¿no era hija del pánico? ¿No había sido concebido y edificado por una muchedumbre de posesos de alma sombría, agrupados en torno a un generalísimo? Sus tres pisos dispares, donde el historiador de arte no ve más que una mezcla ecléctica de estilos, eran sin ningún lugar a dudas el reflejo de una búsqueda de formas que cristalizan aquel pánico. Construido con un estilo determinado, hace ya mucho tiempo que el Pabellón de Oro, impotente para encarnar aquella alarma, debía haberse hundido irremediabilmente y desaparecer.

... Sea lo que fuere, cada vez que dejaba de barrer y levantaba los ojos hacia él no podía por menos que encontrar maravilloso que existiera allí, delante de mí. Aquel donde pasé una noche no hacía mucho tiempo en compañía de mi padre no me produjo de ningún modo la misma impresión; ahora apenas podía creer que en adelante, a lo largo de meses y de años, el Pabellón de Oro permanecería siempre allí, delante de mis ojos.

Cuando pensaba en él, en Maizuru, lo imaginaba ocupando permanentemente un rincón de Kyoto; ahora que vivía en él, no se me aparecía más que cuando lo tenía efectivamente delante de mis ojos. Si dormía dentro del recinto principal era como si el Pabellón hubiese dejado de existir. He aquí por qué, durante el día, iba a cada instante a contemplarlo, lo cual divertía a mis camaradas. Pero aunque lo hubiese mirado cien veces: el hecho de encontrarlo allí me dejaba maravillado; y cuando regresaba al gran salón pensaba que si me volviese, de repente, para verlo otra vez, su silueta se esfumaría al instante, como la de Eurídice.

Cuando terminé de barrer en torno al Pabellón de Oro, subí hacia la colina que hay detrás del templo, huyendo del sol de la mañana que cada vez iba siendo más duro; luego escalé el sendero que conduce al kiosco Sekikatei. Era antes de la hora en que las puertas se abren al público; no se veía un alma. Una formación de aviones de caza, probablemente de la base de Maizuru, rozaron el techo del Pabellón de Oro y luego desaparecieron dejando tras ellos la opresora estela de su paso.

Había allí detrás, en las colinas, un solitario pantano cubierto de plantas de agua y conocido con el nombre de estanque de Yasutami. Sobre el minúsculo islote central se levantaba una pequeña pagoda de piedra, de cinco pisos, llamada Shirahebizuka. Alrededor, por las mañanas, se llenaba todo con el gorjeo alborotador de los pájaros; sin que pudiera apercibirse un aleteo, el bosque entero murmuraba.

Frente al estanque crecía la hierba del verano en haces espesos. Un cercado la separaba del sendero. Al lado se había tumbado un muchacho con camisa blanca; un rastrillo de bambú estaba apoyado contra un arce enano.

El muchacho se incorporó con un movimiento tan enérgico que pareció taladrar el aire inmóvil y tranquilo de la mañana. Pero al reconocermelo dijo:

—¡Vaya! ¿Eres tú?

El chico se llamaba Tsurukawa. Nos habíamos conocido la víspera. Sus padres administraban un templo muy rico en los alrededores de Tokio. También él recibía con profusión el dinero para cubrir sus gastos de estudios, de manutención y personales. Le habían confiado al templo y al Prior para que tanteara los ejercicios del noviciado. Durante las vacaciones regresó a su casa; había vuelto aquella víspera, más pronto de lo previsto. Hablaba a la perfección la lengua de Tokio y en octubre debía ingresar en el colegio del Instituto Rinzaï, en la misma clase que yo; su manera de hablar, rápida, alegre, me había ya intimidado fuertemente la noche anterior.

Acababa de decir «¡Vaya! ¿Eres tú?» y he aquí que mi lengua se había trabado. Él pareció interpretar mi silencio como una especie de reprobación.

—Ya está bien. No vale la pena limpiar a fondo. De todos modos, los visitantes lo volverán a ensuciar. Además, no viene casi nadie.

Yo solté una risita. Era esa clase de risa involuntaria y sin significación que, en ciertas personas, provocaba una especial simpatía hacia mí. De este modo yo no me sentía totalmente responsable, por lo menos en algún aspecto, de la impresión que producía en los otros.

De una zancada crucé el cercado y me senté junto a Tsurukawa. De nuevo tendido en la hierba, él rodeaba su cabeza con el brazo; un brazo que por bronceado que fuese, resultaba tan blanco por debajo que se transparentaban las venas. El sol de la mañana se filtraba a través de las ramas y salpicaba la hierba de manchas verde pálido. El instinto me dijo que Tsurukawa no amaba el Pabellón de Oro tanto como yo. Porque esta obsesión por el Pabellón de Oro, aun sin yo saberlo, acabé por atribuirle a mi fealdad.

—Dicen que tu padre ha muerto...

—Sí.

Tsurukawa movió los ojos con viveza, y, sin disimular aquella pasión juvenil que él daba siempre a sus deducciones, añadió:

—Si quieres tanto al Pabellón de Oro, dime una cosa, ¿no será porque te recuerda a tu padre? ¿Tal vez porque también él lo quería?

Yo estaba bastante satisfecho de constatar que su razonamiento, exacto sólo a medias, no había alterado para nada la impasibilidad de mi rostro. Como un muchacho que se complace en clasificar insectos, Tsurukawa se veía obligado a ordenar con precisión los sentimientos humanos y distribuirlos en ficheros, que de vez en cuando gustaba de consultar para entregarse a alguna experiencia.

—La muerte de tu padre debió de afectarte mucho, ¿verdad? Por eso estás tan melancólico. Fue lo primero que pensé, anoche, cuando te vi.

En vez de buscar alguna réplica a sus palabras, el hecho de que él me encontrara un aire triste tuvo la feliz consecuencia de proporcionarme una especie de seguridad, una cierta libertad de espíritu; y las palabras brotaron de mis labios sin dificultad:

—¿Sabes?, no creas que haya sido muy penoso.

Tsurukawa levantó sus largas pestañas —tan largas que parecían incomodarle — y me miró.

—Ah, entonces, ¿detestabas a tu padre? O por lo menos ¿no le amabas?

—No tenía nada contra él... No le detestaba.

—Entonces, ¿por qué no te sientes triste?

—No lo sé.

—¡Esto sí que no lo comprendo!

Tsurukawa, absorbido por su difícil problema, se sentó encogiendo las rodillas.

—En este caso, tú debes de haber sufrido algún otro golpe muy duro.

—¡No lo sé, y yo no sé realmente nada! —respondí.

Y diciendo esto, me preguntaba qué extrañas razones podía yo tener para encontrar tanta satisfacción al sembrar la duda en el espíritu de la gente. En todo caso, para mí no había la menor sombra de duda; el caso era uno de los más claros: ¡mis sentimientos sufrían también una tartamudez! Había siempre un extravío entre ellos y el hecho. Consecuentemente, de un lado estaba la muerte de mi padre, y del otro mi tristeza, claramente separadas, aisladas, sin el menor vínculo entre ellas, sin la menor interferencia. El más insignificante extravío, el más ligero descuido y entonces, inevitablemente, el hecho y mi reacción afectiva se encontraban sin relación ni sentido, lo cual, en mí, es probablemente un estado fundamental. La pena que experimento, cuando llega, me cae encima de repente y sin avisar, del modo más irrazonable; es una pena totalmente independiente de un acontecimiento o de una causa concreta.

Una vez más, yo me encontraba finalmente incapaz de explicar todo esto a mi nuevo amigo sentado frente a mí; y Tsurukawa se echó a reír:

—¡Verdaderamente, eres un tipo la mar de raro!

Su camisa blanca, agitada por la risa, formaba unos pliegues sobre el vientre. El sol que atravesaba las copas de los árboles me penetraba de felicidad. Al igual que la camisa de aquel alegre muchacho, mi vida también tenía pliegues. Pero aquella camisa, por muchos pliegues que tuviera, ¡qué deslumbrante resultaba en medio del sol!... ¿Y yo?... ¿Yo también, tal vez?...

Apartado del mundo, el templo vivía la existencia habitual de los templos zen. Levantarse todas las mañanas a las cinco, lo más tarde (era el verano). Se le

llama a esto « Preludio de la orden » . Una vez levantados, declamación de sutras, función matinal: son recitadas tres veces, por lo que se le llama « triple servicio » . Después, limpieza del templo y lavado del parquet. Desayuno, denominado « sesión del grano de arroz », durante la cual es leída la sutra especialmente consagrada a esta ocupación. Luego del desayuno, desbroce y limpieza del jardín, recogida de pequeñas ramas y varias labores por el estilo. Después de lo cual, en periodo escolar, llegaba la hora de ir a clase. Inmediatamente después del regreso, « medicación » o cena. Algunas veces, el Prior nos leía libros sagrados. A las nueve, « Preludio de la almohada », es decir: a dormir.

Así era la rutina cotidiana. Todas las mañanas, a lo largo de los corredores, la campanilla agitada por el bonzo encargado de la manutención daba la señal de despertarse.

En un principio, en el templo debió de haber unas doce personas. Pero el número de movilizados y de requeridos al trabajo obligatorio había reducido esta cifra —si se exceptúa al conserje-guía, que tenía setenta años, y a la cocinera, con cerca de sesenta— a cinco personas: el intendente, el subintendente y tres novicios. Los viejos, abrumados por el peso de los años, tenían ya un pie en la tumba; nosotros, los más jóvenes, éramos todavía unos niños. El intendente llevaba todo el peso de la contabilidad bajo el nombre de « cargas auxiliares » .

Poco después de mi llegada recibí la atribución de llevar el periódico al despacho del Prior (« Venerable Deán »). Luego me ocupaba en los trabajos de limpieza de la mañana. Debido a que éramos pocos y el escaso tiempo disponible para barrer las treinta galerías —como mínimo— del templo, resultaba imposible realizar un trabajo a fondo. Yo iba entonces al vestíbulo a recoger el periódico, atravesaba el corredor frente al Salón de Embajadores y doblaba por detrás de la Sala de Huéspedes; aún había que dejar atrás otra galería antes de llegar a la gran biblioteca, donde me esperaba el Venerable Deán. Había que andar por las galerías, mal baldeadas con cubos de agua, como si estuviesen secas y simulando no ver los charcos formados en puntos donde había planchas hundidas, charcos donde llameaba el sol de la mañana y yo remojaba mis pies hasta los tobillos. Era agradable: estábamos en verano. Frente a la puerta corrediza del despacho del Prior, yo me arrodillaba diciendo: « ¿Me da usted permiso para pasar? » .

Me respondía un gruñido. Antes de entrar secaba prestamente mis pies mojados con las ropas del mismo hábito, un truco cuyo secreto me habían revelado mis compañeros. Mientras me apresuraba a lo largo de las galerías iba echando ojeadas a los grandes dardos del periódico, cuyas tintas olorosas estaban cargadas de inquietantes emanaciones del mundo profano. Podía leer: « ¿La capital está condenada a sufrir los ataques aéreos? » .

La cosa puede parecer extraña, pero hasta aquel momento yo nunca había relacionado entre sí las ideas Pabellón de Oro y ataque aéreo. Después de la caída de Saipán, los ataques aéreos sobre el Hondo eran frecuentes; en Kyoto se

apresuraba la evacuación de una parte de la población. Sin embargo, en el fondo de mí mismo, yo no establecía la menor relación entre aquella existencia semieterna llamada Pabellón de Oro y los estragos de los ataques aéreos. Estaba inclinado a creer que el inalterable, indestructible templo y las llamas nacidas de la ciencia conocían perfectamente la heterogeneidad de sus naturalezas y que, si tuvieran que encontrarse, se rehuirían.

Lo cual no excluía que el Pabellón de Oro no tardase, tal vez, a verse reducido a cenizas por las bombas incendiarias.

Tal como iban las cosas, EL PABELLÓN DE ORO MUY PRONTO NO SERÍA MÁS QUE UN MONTÓN DE CENIZAS: ESTO ERA SEGURO.

A partir del momento en que esta idea se instaló en mí, todo lo que había de trágico en la belleza del templo se acrecentó todavía más.

Transcurría una de las últimas tardes del verano, la víspera de la apertura de las clases. El Prior, requerido para un servicio fúnebre, había salido acompañado del subintendente. Tsurukawa me propuso ir con él al cine. Pero al manifestar yo poco entusiasmo ante la idea, él perdió el suyo al instante. Así era Tsurukawa de influenciable.

Disponíamos de algunas horas de libertad. Abandonamos el edificio principal con nuestros pantalones caqui recogidos con bandas en las pantorrillas, en la cabeza la gorra de los alumnos de Rinzei. Era la hora más calurosa del día; no había ni un visitante.

—¿Adónde vamos?

Respondí que, dondequiera que fuésemos, yo quería antes llenar mis ojos con la imagen del Pabellón de Oro, « porque a partir de mañana ya no podremos verlo más a esta hora del día, y porque además, cuando estemos en la fábrica podría ocurrir que fuese reducido a cenizas por los aviones ». Conseguí explicar esto bien que mal y tartamudeando mucho, mientras Tsurukawa me escuchaba con una expresión de estupor y de irritación.

Estas pocas palabras habían bastado para que el sudor empezara a resbalar sobre mi rostro, como si hubiese proferido alguna infamia. Tsurukawa era la única persona a la cual yo osaba hacer partícipe de mi pasión por el Pabellón de Oro. No obstante, mientras me escuchaba, en su cara podía leerse el enervamiento que yo encontraba siempre en cualquiera que se veía obligado a hacer heroicos esfuerzos para comprender alguna cosa en medio de mis balbuceos.

He aquí la clase de rostros que me contrarían. Que confíe un secreto importante, que tome un testigo de mi estremecimiento y mi trastorno frente a la Belleza, que exponga mis entrañas en pleno día, me tropiezo siempre con rostros semejantes. Y ésta no es la expresión que la gente exhibe de ordinario. Con una confusa fidelidad, imitan exactamente mi cómica excitación y se convierten para mí en terroríficos espejos. En estos momentos, el más hermoso rostro llega

a ser tan feo como el mío; apenas me he dado cuenta de ello, la importante cosa que yo quería expresar pierde todo su sentido, quedándose con el simple valor de un accidente inopinado...

Entre Tsurukawa y yo caían rectos los rayos de un sol de plomo. Con su rostro joven, sudoroso, reluciente, las pestañas lanzando bajo el sol una diminuta llama de oro, las aletas de la nariz dilatadas por el calor húmedo, Tsurukawa aguardaba a que yo terminara de hablar.

Apenas terminé, me puse colérico. Desde que nos conocíamos, Tsurukawa no había intentado ni una sola vez bromear a costa de mi tartamudez. Yo le preguntaba a menudo el porqué. Frente a las pruebas de simpatía sin efecto — como ya en otras ocasiones he explicado — prefiero de lejos la burla y el insulto.

Una sonrisa de inefable gentileza cruzó por el rostro de Tsurukawa.

—Yo soy de los que no prestan atención a esta clase de cosas —dijo.

Me estaba volviendo estúpido. Educado en el rudo ambiente campesino, yo desconocía este estilo de cortesía. La de Tsurukawa me descubría que, suprimida mi tartamudez, yo no podía ya seguir siendo el mismo. Entonces saboreaba plenamente el placer de haber sido, en cierto modo, puesto al desnudo. Los ojos de Tsurukawa, con sus ribetes de largas pestañas, filtraban y expulsaban mi tartamudez para acoger solamente mi yo más puro. Hasta aquel momento, yo había creído de un modo extravagante que el desprecio que provocaba mi tartamudez llevaba en sí mismo el hundimiento de esta existencia llamada Yo.

... Me sentía sosegado y feliz. No tiene nada de extraordinario el que no haya podido jamás olvidar el Pabellón de Oro tal como lo vi entonces. Pasando frente al viejo conserje, que estaba descabezando un sueño, enfilamos rápidamente el desierto sendero que bordea a lo largo del muro y entonces descubrimos el Pabellón de frente.

Veo la escena otra vez como si estuviese en ella. Permanecemos allí sentados, al borde del estanque, espalda contra espalda, con nuestras camisas blancas y nuestras bandas ceñidas a las piernas; y enfrente, separado de nosotros por nada, se levantaba el Pabellón de Oro.

Último verano... Últimas vacaciones de verano... Último día de vacaciones...

Nuestra juventud se tenía en pie al borde de algo vertiginoso. Y el Pabellón de Oro también, de pie sobre la misma arista, nos miraba, nos hablaba: de tal modo el temor de las bombas nos había unido a él, y él a nosotros. En el profundo silencio, el sol de aquel fin de verano se pegaba a las hojas doradas sobre las techumbres, mientras la luz, derramándose vertical, dejaba lleno de sombras nocturnas el interior del edificio principal. Hasta el presente, la idea de que el Pabellón era algo imperecedero me abrumaba, levantando un obstáculo entre él y yo; pero él estaba destinado también a ser incendiado por las bombas, y esto unía singularmente su suerte a la nuestra. Tal vez sería el primero en caer

destruido... Por todo ello, me parecía que su vida era semejante a la nuestra.

A su alrededor, las colinas cubiertas de rojizos pinos dormitaban sumergidas en la voz de las cigarras, como si una multitud de invisibles bonzos recitara la fórmula para la Extinción de las Calamidades: «*Gya Gya. Gyaki Gyaki. Un sun. Shifura Shifura. Harashifura Harashifura...*».

Así pues, no pasaría mucho tiempo sin que esta belleza quedara reducida a cenizas. A fuerza de pensarlo, como una imagen calcada que recubre exactamente la original, vine a dar con el verdadero Pabellón de Oro, recubierto en sus más pequeños detalles por aquel otro de mis sueños: mi techo sobre el verdadero techo, mi pabellón de pesca por encima del estanque, mi primer piso de curvada rampa y mi segundo piso de aberturas minuciosamente labradas, todo sobre lo real. El Pabellón de Oro dejó de ser una construcción inmóvil. Se metamorfoseó, por así decirlo, en símbolo de la desaparición del mundo fenomenal. Por este proceso, el Pabellón de Oro de la realidad se convertía en una obra cuya belleza no desmerecía en nada de la de aquel de mis sueños... Mañana, tal vez, el fuego se abatiría sobre él desde las alturas del cielo, reduciría a cenizas sus esbeltas columnas, sus elegantes techumbres curvadas, que nuestros ojos jamás volverían a ver. Pero de momento estaba allí, delante de nosotros, fina silueta, con una serenidad perfecta en medio de la luz llameante del verano.

Por encima de las aristas de las colinas se elevaban vertiginosamente solemnes nubes de verano, parecidas a las que yo había visto con el rabillo del ojo en el entierro de mi padre, mientras leíamos la oración de los muertos. Saturadas de luz, las nubes contemplaban desde su altura aquellas graciosas estructuras. El implacable sol borraba los detalles del conjunto; tal como se nos ofrecía, envolviendo su interior oscuridad fresca, el Pabellón de Oro parecía rechazar con la sola ayuda de sus contornos cargados de misterio el resplandeciente universo de su alrededor. Solamente el Fénix, como para evitar los efectos de una insolación, se aferraba a su pedestal con todas las fuerzas de sus afiladas garras.

Tsurukawa, que ya empezaba a estar harto de mi interminable contemplación, recogió un guijarro y, con la soltura soberana de un lanzador de béisbol, la envió al estanque, justo en medio del reflejo. El círculo de ondas se propagó a través de las plantas de agua, y al instante, el delicado y bello conjunto se quebró y desapareció...

De aquel día hasta el fin de la guerra transcurrió un año, en el curso del cual mi intimidad con el Pabellón de Oro se acentuó mucho más e hizo que viviese por su seguridad y totalmente abismado en su magnificencia. Este fue el período durante el cual, presumiendo haberlo colocado a mi nivel, tuve ocasión —al abrigo de este postulado— de amarlo entrañablemente y sin la menor sombra de temor. No sospechaba todavía su maligna influencia ni el efecto de su veneno. El hecho de que los dos estuviésemos en este mundo expuestos a los mismos

peligros me daba ánimos. En ello había encontrado el eslabón intermediario entre su belleza y yo; tenía el sentimiento de que entre yo y el objeto que parecía rechazarme, dejarme de lado, acababa de ser tendido un puente.

La idea de que la llama que acabaría conmigo acabaría también con el Pabellón de Oro, me producía casi una embriaguez. Con los mismos desastres, las mismas llamas de infortunio suspendidas sobre nuestras cabezas, habitábamos universos con las mismas dimensiones. Como mi mezquina y frágil encarnadura, la del Pabellón de Oro, por muy recia que fuese, no era en definitiva más que carbón combustible. Esto me llevaba a veces a juzgar posible la huida lejos de allí, llevándomelo disimulado entre mi propia carne o mis tejidos, como un ladrón que escapa después de haberse tragado una joya de gran valor.

Nótese que aquel año ya no aprendí una sola oración ni leí un solo libro; que día tras día y desde la mañana hasta la noche fui absorbido por la educación moral, la formación del soldado, la preparación militar, el trabajo obligatorio en la fábrica, ejercicios de evacuación, etc. Esto no hizo sino favorecer mi natural delirio: la guerra aumenta ese extravío que me separa de la vida. La guerra, para nosotros, adolescentes, era una experiencia llena de confusión y vacía de realidad, un sueño, una especie de lazareto en el cual permanecíamos desconectados de la vida y el sentido que ésta podía tener.

Desde los primeros bombardeos sobre Tokio efectuados por los B-29, en noviembre de 1944, en la ciudad se vivía constantemente bajo el temor de un nuevo ataque aéreo. Mi sueño secreto llegó a ser que la ciudad entera fuese presa de las llamas. La vieja capital se vanagloriaba demasiado de guardar intactas sus antiguas cosas; santuarios y templos habían perdido ya el recuerdo de aquellas cenizas incandescentes que les dieron vida. Cuando evocaba la extensión del desastre causado por las agitaciones de Ojin, me decía que Kyoto, olvidadiza durante demasiado tiempo de los incendios de la guerra y la alarma, había perdido de un solo golpe parte de su belleza.

Sí, lo más probable era que mañana el Pabellón de Oro ardería; que sus formas que llenaban el espacio se esfumarían... Entonces, el Fénix de su techo reviviría y emprendería un nuevo vuelo, como el inmortal y legendario pájaro. Y la maravilla, no ha mucho prisionera de su forma, se convertiría en pura ligereza, rompería sus amarras y en todas partes manifestaría su presencia, sobre las aguas de los lagos, sobre el oleaje sombrío de los mares, arrojando dulces claridades al azar de sus derivas...

Yo esperaba, esperaba y Kyoto no recibía la visita de los aviones. El 9 de marzo del año siguiente, se supo que el centro comercial de Kyoto estaba en llamas. Pero el desastre ocurría lejos, y sobre las alturas de Kyoto había el límpido cielo de una precoz primavera. Desesperado, yo probaba a convencerme de que aquel cielo de primavera, como un cristal cegado por el sol que no permite ver lo que hay detrás, disimulaba en su profundidad el fuego de la

devastación. Ya he dicho antes hasta qué punto yo estaba falto de solicitud humana. Ni la muerte de mi padre, ni el dolor de mi padre habían afectado seriamente mi vida interior. Yo soñaba con una formidable prensa, una máquina portadora de desastres, de espantosos cataclismos, de tragedias por encima de la escala humana, y que desde las alturas del cielo nivelaría con un aplastamiento universal a criaturas y objetos, sin atención a su belleza o a su fealdad. A veces, el insólito esplendor del cielo primaveral me evocaba el frío reflejo del filo de un hacha gigantesca, capaz de cubrir la tierra. Y esperaba que el hacha se abatiese, como un relámpago, tan repentinamente que no diese siquiera tiempo a pensarlo.

Hay algo que todavía hoy me parece curioso. Nunca, hasta aquel momento, me había visto perseguido por ideas tenebrosas. Lo único que me interesaba, mi único problema, era la Belleza. Pero no creo que haya sido la guerra la que me ha inculcado tales ideas. Cuando se concentra el espíritu sobre la Belleza, uno cae sin darse cuenta sobre lo más negro que hay en el mundo en materia de ideas tenebrosas. Supongo que los hombres están hechos así.

Me acuerdo de un suceso que se produjo en Kyoto hacia el final de la guerra. Es algo increíble; sin embargo, yo no fui el único testigo: Tsurukawa se encontraba conmigo.

Un día que nos habíamos quedado sin electricidad, fuimos juntos al Templo Nanzenji; era la primera vez que lo visitábamos. Atravesando el paseo para vehículos, enfilamos la pasarela de madera que une a la rampa del tobogán.

Era un día muy claro del mes de mayo. El tobogán no funcionaba y el óxido cubría los raíles por los cuales las barcas remontaban la pendiente y que ahora desaparecían casi bajo la hierba. Flores blancas en forma de pequeñas cruces se removían bajo la brisa. Hasta el pie de la pendiente llegaba un agua sucia y estancada, donde hundía su sombra una hilera de cerezos.

Desde la pasarela, dejamos vagar distraídas miradas sobre las aguas. Entre todos mis recuerdos del tiempo de la guerra, estos breves minutos de abandono son los que me han dejado una impresión más viva. Los vuelvo a encontrar ahora desparramados, estos instantes de breve distracción, como pedazos de cielo azul entre las nubes... Y me sorprende revivir este momento sobre la pasarela con tanta nitidez, como un recuerdo de punzante voluptuosidad.

—Está bien, ¿eh? —dije sonriendo, sin pensar en nada concreto.

Tsurukawa asintió con un gruñido y me miró, sonriendo a su vez. Los dos experimentábamos el vivo sentimiento de que aquellas horas nos pertenecían por completo.

Al borde del largo paseo de grava se deslizaba una zanja de agua viva, donde unas magníficas algas se doblaban al capricho de la corriente. Muy pronto la famosa Puerta Monumental nos cerró el camino y la vista del paisaje.

Ni un alma habitaba el interior del templo. Sobre el nuevo verdor de la fronda resaltaba el esplendor de las tejas de la pagoda, semejantes a gigantescos libros inclinados que mostraran solamente sus lomos color de plata vieja. Realmente, ¿qué sentido podía tener la guerra en un momento como aquél? En ciertos lugares, en ciertos momentos, la guerra se me antojaba un extraño fenómeno físico que sólo existía dentro de la conciencia humana. Fue tal vez desde lo alto de esta puerta que, tiempo atrás, con un pie sobre el pretil, el ladrón Ishikawa Goémon había contemplado las flores de los cerezos extendiéndose bajo él hasta perderse de vista. Nos sentíamos llenos de un espíritu infantil, y aunque en aquella época los cerezos no tenían sino hojas, quisimos contemplar el paisaje del mismo modo que lo había hecho Goémon. Abonamos el derecho a entrar —un precio módico— y subimos por la empinada escalera de madera ennegrecida. En la última plataforma, Tsurukawa se dio un golpe en la cabeza con el techo, que era muy bajo. Yo me eché a reír, pero muy pronto me golpeé yo también. Dimos todavía otra vuelta, luego seguimos subiendo y por fin desembocamos en lo alto.

El sentirnos de repente al aire libre, frente a aquel inmenso panorama, saliendo de una escalera angosta como una madriguera, nos comunicó una fuerte y agradable tensión. Permanecemos un momento contemplando el follaje de los cerezos y de los pinos, el parque del Templo Heian tortuosamente extendido a lo lejos, detrás de la hilera de casas, y, más allá de la aglomeración urbana, el círculo de colinas bañadas por la bruma, Arashiyama, y más al norte Kibune, Minoura, Kompira... Después de haber llenado nuestros ojos con aquel paisaje, nos despojamos de los zapatos para entrar, llenos de respeto, como verdaderos novicios, en el templo. Era una sala oscura, con el suelo cubierto por veinticuatro esteras de paja. En el centro, una estatua de Shakyamuni; las pupilas de oro de los dieciséis discípulos del Maestro brillaban en la sombra. Estábamos en la Torre de los Cinco Fénix.

El Nanzenji pertenecía a la misma secta Rinzaï que el Pabellón de Oro; sin embargo, este último estaba afiliado a la escuela Sokokaji, mientras que el otro lo estaba a la casa madre de la escuela Nanzenji. En otros términos: estábamos en un templo de la misma secta que el nuestro, pero de una escuela diferente. Mientras tanto, como dos simples colegiales, con nuestro vademécum en la mano, paseábamos la mirada por las pinturas del techo, cuyos sorprendentes colores son atribuidos al pincel de Tan'yū Morinobu^[9] de la escuela de Kano, y a Hōgen Tokutsu^[10] de la escuela de Tosa. Se veía a un lado un vuelo de ángeles tocando la flauta y el viwa. Además, presentando en su pico una peonía, batía sus alas un Kalavinka: el melodioso pájaro que según se dice vive en la India, en la «Montaña de las Nieves», y que tiene busto de mujer. Y luego, justo en medio

del techo, un Fénix, hermano del augusto pájaro de oro posado en la cima de nuestro templo y sin embargo muy diferente de él, por su semejanza con un suntuoso arco iris.

Nos arrodillamos frente a la estatua de Shakyamuni y juntamos devotamente las manos. Nos costó un esfuerzo abandonar el mirador. Nos apoyamos en la rampa de la escalera por la cual habíamos subido, en la parte sur. Yo tenía la impresión de vislumbrar en alguna parte una espléndida y delicada espiral de colores, prolongación sin duda de las deslumbrantes tonalidades que acababa de ver en las pinturas del techo. Aquella acumulación de ricos colores era algo así como si el pájaro Kalavinka estuviese escondido por allí, entre las ramas de los pinos o las hojas nuevas, y dejase entrever fugazmente una parte de sus suntuosas alas.

Pero no se trataba de eso. Debajo de nosotros, al otro lado del camino, se hallaba la ermita de Tenju. Un sendero de losas cuadradas cuyos ángulos se tocaban corría sinuoso a través de un jardín con plantas muy simples, árboles bajos y apacibles, y conducía a una amplia pieza cuyas grandes puertas corredizas estaban abiertas. Se podía ver todo el interior, la alcoba, el aparador, los estantes. Allí debían de ofrecer a menudo el té a huéspedes de categoría, o alquilar la casa para la ceremonia del té; una hermosa alfombra roja cubría el suelo. Había una mujer joven sentada. Y aquella confusión de brillantes colores que mis ojos habían captado, era ella.

Durante la guerra era casi imposible encontrarse con una mujer en kimono de largas mangas, una mujer espléndida como aquélla. Aparecer vestida así significaba correr el riesgo de sufrir durísima censura y de verse obligada a retirarse. ¡Tan suntuoso era su vestido! Yo no llegaba a percibir los detalles, pero sobre un fondo azul pálido había una variedad de flores pintadas y bordadas, y centelleaban los hilos de oro de la cintura: habría podido decirse, forzando un poco la imagen, que aquel vestido desprendía una luz en torno a ella. Viéndola así, impecablemente sentada, su blanco perfil esculpido en relieve, se tenía la duda de si aquella joven mujer estaba realmente viva. Tartamudeando abominablemente, dije:

—¿Está viva o no?

—Yo también me lo pregunto. Parece una muñeca —respondió Tsurukawa, el cual, pegado a la balaustrada, no le quitaba el ojo.

En aquel momento, en el fondo de la pieza, apareció un joven oficial vestido de uniforme. Después de los saludos conforme a la más estricta etiqueta, se sentó frente a ella, a cierta distancia. Los dos permanecieron un momento sentados frente a frente, muy quietos.

La mujer se levantó y desapareció silenciosamente en la sombra del corredor. Regresó unos instantes más tarde, ofreciendo ceremoniosamente una

taza de té. Una suave brisa movía sus amplias y largas mangas. Se arrodilló frente al hombre y le presentó el té. Una vez cumplidas estas normas de cortesía, regresó a su sitio y se sentó. El hombre dijo alguna cosa, pero no tocó todavía el té. Estos minutos me parecieron extrañamente largos, tensos. La mujer inclinó con toda deferencia una frente llena de sumisión.

Fue entonces cuando se produjo lo increíble. Sin cambiar lo más mínimo su postura perfectamente protocolaria, la mujer, de pronto, abrió el escote de su kimono. Mi oído casi percibió el crujido de la seda frotando el rígido revés del cinturón. Dos pechos de nieve aparecieron. Yo retuve mi aliento. Ella tomó en sus manos uno de los blancos y opulentos senos y me pareció ver que empezaba a oprimirlo. Arrodillado frente a la mujer, el oficial alargó la taza, de un profundo color negro.

Sin que pretenda, en rigor, haberlo visto, sí tuve por lo menos la sensación inmediata —como si todo ocurriese allí mismo, delante de mis ojos— de una leche blanca y tibia que caía sobre el té, donde una espuma verdosa llenaba la taza, fundiéndose enseguida y no dejando más que unas pequeñas manchas en la superficie tranquila del brebaje. El hombre levantó la taza y bebió hasta la última gota de aquel extraño té. La mujer reintegró sus senos dentro del kimono.

Nosotros, inmóviles, fascinados, no podíamos dejar de mirarlos. Más tarde, al pensar en ello con más sosiego, supusimos que debió de tratarse de la ceremonia del adiós entre un oficial que partía al frente y una mujer que le había dado un hijo. Sin embargo, por el momento nos hallábamos demasiado impresionados para encontrar una explicación cualquiera. Tan tensas estaban nuestras miradas, que pasó un rato antes de que nos diésemos cuenta de que la pareja había desaparecido del apartamento, donde no quedaba más que la alfombra roja.

Aquel perfil blanco y nítido... Aquellos senos, incomparables... Esfumada y a la mujer, una idea me obsesionó durante el resto del día, y durante todo el día siguiente, y el otro: la idea de que aquella mujer no podía ser otra que Uiko resucitada.

CAPÍTULO III

Llegó el aniversario de la muerte de mi padre. Mi madre tuvo una extraña ocurrencia: puesto que el trabajo obligatorio me impedía volver a mi país, ella decidió subir hasta Kyoto y pedirle al Padre Dôsen que rezara siquiera unas pocas oraciones frente a la tablilla funeraria de su viejo amigo. Como no tenía dinero, naturalmente, había escrito al sacerdote acogiéndose a su espíritu caritativo. El Padre Dôsen accedió a su petición y luego me informó de ello.

La noticia me fastidió. Si yo, hasta este momento, he evitado hablar de mi madre, es que había una razón: no me gusta mucho hablar de ella.

Había una cosa respecto a la cual jamás le había dirigido a ella una sola palabra de reproche, jamás le hice la menor alusión. Incluso es probable que ella nunca se apercibiera de que yo estaba al corriente. Sin embargo, desde el fondo de mi corazón, yo no la perdóné.

Ocurrió durante las primeras vacaciones de verano que siguieron a mi entrada en el colegio de Maizuru y el traslado a casa de mi tío. Era la primera vez que volvía a mi casa. Un pariente de mi madre, llamado Kurai, con negocios en Osaka que habían quebrado, había regresado a Nariu: su mujer, una rica heredera, ya no quería saber nada de él en su casa, lo cual le había a él obligado a pedir asilo a mi padre en espera de que las cosas se arreglaran.

Nosotros, en el templo, disponíamos de pocos mosquiteros. Fue un milagro que mi padre no nos contagiara su enfermedad a mí y a mi madre, puesto que dormíamos los tres bajo el mismo mosquitero. Ahora, con Kurai, éramos cuatro. Un atardecer —avanzada ya la noche de verano—, recuerdo que una cigarra lanzó varias veces su nota estridente mientras volaba por entre los árboles del jardín. Tal vez fue ella la que me despertó. Se oía la poderosa voz de la marea. Cerca de las esteras, la brisa agitaba los bordes verde pálido del mosquitero. Pero había algo de insólito en aquella especie de balanceo que animaba al mosquitero.

Hinchado primero por el viento, dejaba que se filtrara a través de las mallas y luego se agitaba con una especie de repugnancia; de tal suerte que, lejos de aceptar los soplos, los rechazaba reduciendo su fuerza a la nada. Se percibía, semejante a un rumor de cañas de bambú enanas, un frotamiento sobre la paja

de las esteras: los cierres del mosquitero; pero también un movimiento que, sin provenir del viento, se le comunicaba; un movimiento más sutil que el de la brisa; un movimiento que se propagaba en pequeñas oleadas por toda la tela y que sacudía espasmódicamente el tosco tejido, haciendo aparecer el interior del mosquitero como la superficie de un lago encolerizado. ¿Era tal vez la cresta, llegada hasta nosotros, de una ola levantada a lo lejos, en el lago, por un navío? ¿O un último reflejo en el horizonte, en la estela de un navío ya desaparecido?

Con aprensión, volví los ojos hacia el lugar donde nacía este movimiento. Y entonces fue como si dos alfileres traspasaran mis pupilas abiertas de par en par.

Bajo el mosquitero demasiado pequeño para cuatro, yo estaba acostado al lado de mi padre; pero sin darme cuenta, al ladearme sobre un costado, debía de haberle apartado hacia un ángulo. De modo que entre yo y la cosa que estaba viendo había un gran espacio labrado de blancos pliegues; y el aliento de mi padre, hecho un ovillo detrás de mí, me golpeaba de lleno la nuca.

Lo que me hizo pensar que también él estaba desvelado, fue el ritmo a sacudidas, irregular, que los esfuerzos que hacía para no toser imprimían a su respiración. De repente, frente a mis ojos de trece años, cayó un extenso y tibio velo que me cegó; lo comprendí enseguida: eran las manos de mi padre; desde atrás, había extendido los brazos para taparme la vista.

Todavía hoy siento el contacto de aquellas manos. Manos indeciblemente anchas. Manos que, llegando desde atrás, habían rodeado mis hombros y cubierto en un segundo la visión infernal que yo tenía ante mis ojos. Manos de otro mundo. Manos que, ya fuese por ternura, por compasión o por vergüenza —no lo sé exactamente—, en un instante me habían separado de aquel mundo de pesadilla frente al cual me encontraba y lo habían sepultado en las sombras de la noche.

Meneé ligeramente la cabeza. Al instante, mi padre adivinó que yo le había comprendido, que estaba de acuerdo: retiró sus manos. Y yo, obedeciendo a su mandato, incluso después que las hubo retirado, sin poder dormir hasta que la claridad del alba forzó mis párpados, mantuve obstinadamente los ojos cerrados.

Que no se olvide, por favor, que años más tarde, cuando la muerte de mi padre, en su entierro, no derramé ni una sola lágrima; tan ávido estaba de contemplar los rasgos del cadáver. No se olvide tampoco que por el hecho de que, al hacer caer esta muerte las trabas que las manos de mi padre me habían puesto, yo pasaba automáticamente, gracias a una ardiente contemplación de aquel rostro muerto, a ser dueño de mi propia existencia. Así, no me olvidé de tomar justas represalias respecto a aquellas manos que para mí representaban eso que la gente llama ternura; pero en relación con mi madre —aunque no le perdonaba aquella escena cuyo recuerdo me perseguía—, nunca estuvo en mi ánimo tomar

venganza.

... Se había convenido que ella llegaría al templo la víspera de la ceremonia fúnebre y que pasaría la noche allí. El Prior, por su parte, había escrito al colegio para que me permitieran ausentarme aquel día.

El trabajo obligatorio nos permitía acudir a la fábrica por la mañana y no regresar hasta la noche. La víspera de la ceremonia del aniversario, la idea de regresar al templo me pareció abrumadora.

Tsurukawa, que tenía un alma límpida y cándida, se alegró por mí ante el hecho de que, después de tanto tiempo, yo pudiese volver a ver a mi madre; los demás camaradas estaban llenos de curiosidad. Yo estaba resentido por tener una madre tan pobre y maltrecha. ¿Cómo hacerle comprender al bueno de Tsurukawa que yo no tenía ningunas ganas de verla? Mi impotencia era un suplicio. Para colmo, no bien hubo terminado el trabajo en la fábrica, Tsurukawa me cogió del brazo y me dijo: « ¡Deprisa! ¡Vámonos al templo, enseguida! ».

Sería excesivo pretender, sin embargo, que no hubiese en mí traza alguna de deseo de ver a mi madre. No es que yo estuviese para con ella desprovisto de todo sentimiento. Sencillamente, creo que lo que no me gustaba era encontrarme brutalmente en presencia de una maternal ternura expuesta sin discreción ninguna, y que yo intentaba lo mejor posible justificar de diversas maneras este sentimiento de desagrado. Aquí aparecía lo que hay de malo en mi carácter. Puesto que si no hay nada tan legítimo como el justificar diversamente un sentimiento honesto, ocurre también que las mil razones elaboradas por mi mente me obligan a experimentar sentimientos que me sorprenden a mí más que a nadie; sentimientos que originariamente no son míos.

Sólo en mi aversión hay alguna autenticidad. Porque aversión es lo que ya de por sí inspira mi persona.

—No vale la pena correr —dije yo—, es reventador. Vayamos despacio.

—¡Ya veo! Tú quieres hacerte el niño mimado y enternecer a tu madre con tu aire aperreado.

He aquí cómo Tsurukawa interpretaba siempre mi pensamiento: concluyendo con un enorme contrasentido. Pero me irritaba tan poco que llegó a hacerse indispensable. Era un intérprete realmente movido de las mejores intenciones, un amigo irremplazable que me rendía el gran servicio de traducir mi propio lenguaje al lenguaje a nivel de este bajo mundo.

Sí, Tsurukawa me hacía pensar a veces en un alquimista capaz de transformar el plomo en oro. ¡Cuántas veces pude constatar con sorpresa hasta qué punto mis pensamientos más enfangados, una vez pasados por el filtro de su alma, aparecían transparentes y llenos de fulgor! Consciente de mi tartamudez, yo estaba ahí, dudando; y Tsurukawa se apoderaba de mis pensamientos, de mis

impresiones, las transformaba y las transmitía al mundo exterior. Por grande que fuese mi sorpresa, por lo menos aquello me enseñaba que en materia de sentimientos nada hay aquí abajo que separe a los mejores de los peores; que los efectos son idénticos, que no existe ninguna diferencia visible entre una intención criminal y un movimiento de compasión. Habría sido inútil que yo hubiese podido emplear todo mi vocabulario. Tsurukawa tampoco hubiese llegado jamás a comprenderme. Lo cual no impide que para mí continuara siendo un terrible descubrimiento. Y si había llegado hasta el punto de tener que hacer el hipócrita con Tsurukawa, era porque para mí la hipocresía no implicaba ya más que una relativa culpabilidad.

En Kyoto yo no había sufrido ningún bombardeo, pero un día que me habían mandado a la fábrica central de Osaka a encargar unas piezas para aviones, fui testigo de un ataque aéreo y vi transportar en una camilla a un obrero con las entrañas al aire.

¿Qué es lo que resulta tan repugnante en las entrañas de un hombre expuestas al aire? ¿Por qué la visión del interior de un ser humano hace retroceder de horror y taparse los ojos? ¿Por qué el espectáculo de la sangre derramada produce un trastorno? ¿Por qué han de ser tan feas las vísceras...? ¿Es que no hay una relación de naturaleza entre ello y una piel joven, hermosa, rosada? ¿Qué cara habría puesto Tsurukawa si le hubiese dicho que era a él a quien debía aquella manera de pensar, una manera de pensar que me parecía reducir mi propia fealdad a cero! ¿Qué hay de inhumano en considerar al hombre con su corteza y su médula, sin hacer distinción entre lo de fuera y lo de dentro, como se hace con las rosas? ¡Ah, si solamente se pudiera mostrar el anverso del espíritu y de la carne, darle la vuelta delicadamente como hacen los pétalos de la rosa y exponerlos al sol y a la brisa de la primavera...!

... Mi madre ya estaba allí, conversando con el Prior en el despacho del Venerable Deán. Tsurukawa y yo, de rodillas en un extremo de la galería bañada por la luz del poniente, anunciamos nuestra llegada.

Sólo yo fui invitado a entrar, y cuando estuve ante mi madre el Prior dijo: «He aquí un muchacho que cumple con su deber». Sin mirar, o mirando apenas, en dirección a mi madre, yo permanecí con la frente inclinada. Veía sus dedos sucios colgando juntos sobre las rodillas de sus pantalones bombachos, de un azul deslucido por múltiples coladas.

El Prior nos invitó a retirarnos a nuestras habitaciones. Salimos del despacho después de numerosas muestras de cortesía según el uso. Mi dormitorio, sobre el ángulo sur de la pequeña biblioteca, era una reducida pieza con cinco esteras que daba a un patio.

Apenas hubimos entrado, mi madre se echó a llorar. Me lo esperaba y por eso sus lágrimas me dejaron en la más absoluta indiferencia.

—Es el Rokuonji el que me ha tomado ahora a su cargo —le dije—. Por eso

yo quiero que no vuelvas a verme antes de que termine mi noviciado.

—Comprendo, comprendo —murmuró ella.

Estaba contento por haber hallado palabras tan duras para recibir a mi madre. Pero mi ausencia absoluta de reacción, de resistencia, de todo cuanto la hizo la mujer que fue, me sacaba de quicio. Al mismo tiempo, la simple posibilidad de que ella pudiese forzar la puerta de mi vida interior y penetrar mi pensamiento me asustaba.

Tenía un rostro quemado por el sol, con pequeños ojos hundidos y llenos de astucia; labios de un rojo bermejo que parecían vivir por sí solos una vida propia; la doble hilera de sus dientes era dura y sólida como en las gentes del campo. Estaba en esa edad que, de ser una mujer de la ciudad, habría podido, sin temor al ridículo, ponerse una espesa capa de afeites; pero resultaba imposible afearse más de lo que ella se había afeado. Y en medio de todo ello, yo percibía en alguna parte la presencia de un tufillo carnal, como un poso de sedimentos. Lo cual me horrorizaba.

Ya no estábamos frente al Prior, mi madre había dado fin a su pequeña crisis de llanto, se sentía aliviada. Ahora se desnudaba el torso moreno y empezó a secarse el sudor con una toalla de racionamiento. El tejido, compuesto de pequeñas fibras, relucía como un pelaje y al impregnarse de sudor aún relucía más.

Luego extrajo arroz de su talega: « Es para el Venerable Deán », dijo. Yo no respondí nada. Luego sacó la tablilla funeraria de mi padre, envuelta cuidadosamente con un viejo trozo de filadiz gris, y la dejó en el estante de mis libros.

—Y bien, estoy muy contenta —dijo—; y tu padre también será muy feliz al ver que el Prior celebra un funeral por su alma.

—Después de la ceremonia, ¿volverás a Nariu?

Me respondió que había ya cedido nuestros derechos sobre el templo, vendido el pequeño terreno, liquidado todas las deudas del médico y farmacéutico, y que, como ahora había quedado sola, acababa de tomar las disposiciones para venir a vivir a Kasagun en casa de un tío, en las afueras de Kyoto. Yo no salía de mi asombro. ¡De modo que todo había terminado! ¡Terminado mi temor de volver un día al templo! ¡Por fin! ¡Adiós a la aldea de la colina desierta!

¿Cómo interpretó mi madre la expresión de alivio que sin duda apareció en mi rostro? Lo ignoro. Sea como fuere, inclinándose a mi oído, me dijo:

—¡Ya ves! ¡Se acabó el templo! Ya no te queda más que una cosa que hacer: llegar a Prior del Pabellón de Oro. Hazte querer por el Padre, de modo que más tarde puedas sucederle, ¿eh? ¡A partir de ahora, ya sólo viviré con la alegría de ver cómo lo consigues!

Aturdido, volví el rostro hacia mi madre; pero el terror era tan inmenso que no pude mirarla de frente.

Las sombras de la noche invadían ya la habitación. Como para hablarme al oído se había inclinado, el olor a sudor de mi «tierna madre» había quedado flotando en el aire. Recuerdo que entonces la vi reírse.

Lejanas reminiscencias de los tiempos en que yo mamaba, visiones remotas de pezones morenos..., toda clase de imágenes —¡y cuan desagradables!— daban vueltas en mi cabeza. La abyecta sugestión de mi madre como la fea y mezquina llama de un fuego de hierbajos, contenía una especie de violencia física que me parecía ser la causa de mi espanto... Mientras sus greñas rozaban mi mejilla, percibí en la penumbra del patio una libélula posada sobre el borde musgoso de la alberca. El cielo nocturno caía sobre el pequeño pilón redondo. El silencio lo invadía todo: el Rokuonji, a aquella hora, parecía un templo abandonado.

Finalmente, fijé los ojos en mi madre. En las comisuras de sus labios suaves y lisos había una sonrisa que descubría sus dientes de oro. Tartamudeando espantosamente, le respondí:

—Seguro; pero lo único que sé es que me van a movilizar y que es muy probable que no vuelva.

—Pero bueno —dijo ella—, si aceptan tartamudos como tú, entonces es que a Japón le queda muy poca vida.

Yo permanecí inmóvil, con la nuca crispada, aborreciendo a mi madre. Las palabras que se salvaron en medio del tartamudeo fueron un mero soslayar la cuestión:

—Un ataque aéreo y el Pabellón de Oro puede quedar destruido.

—Ya veremos. No hay la menor posibilidad de que Kyoto sea bombardeada. A juzgar por cómo van las cosas, es muy poco probable que los americanos la toquen.

Nada respondí. El patio, inundado de sombras, adquiriría un color de profundidades marinas, donde los bloques de piedra parecían sumergirse en una furiosa lucha cuerpo a cuerpo.

Sin tener en cuenta mi silencio para nada, mi madre se levantó, clavó descaradamente los ojos en la puerta de la pequeña habitación y dijo:

—¿Todavía no es la hora de cenar?

Cuando, más adelante, volví a pensar en este encuentro, pude constatar que había influido considerablemente en mí. Puesto que si aquél fue el día en que me di cuenta de que mi madre vivía en un universo que nada tenía que ver con el mío, fue también a partir de ahí que su modo de ver las cosas ha ejercido una poderosa acción sobre mí.

Mi madre pertenecía a estas personas para las cuales la belleza del Pabellón de Oro no tenía ningún sentido; poseía, en cambio, algo que yo nunca había

tenido: el sentido de la realidad. Para ella, un ataque aéreo sobre Kyoto era algo poco probable; y el caso es que, pese a todo cuanto mi imaginación llegó a bordar sobre este tema, ella era probablemente quien tenía razón. Pero entonces, si no existía riesgo de que el Pabellón de Oro fuese bombardeado, resultaba que yo perdía por lo mismo mi razón de vivir, se derrumbaba el universo en el cual vivía.

Por otra parte, la idea maquiavélica de mi madre —que yo estaba lejos de prever—, por repugnante que me pareciese, me tenía cogido en sus redes. Mi padre nunca me había dicho una palabra sobre el asunto, pero ¿y si su ambición también hubiese sido ésta al mandarme al templo? El Prior Tayama Dôsen era soltero. Si él había heredado el Rokuonji de un predecesor que había puesto su confianza en él, ¿no podía yo esperar lo mismo? ¡Entonces, el Pabellón de Oro sería mío!

En mis ideas reinaba una gran confusión: cuando mi nueva ambición me resultaba poco llevadera, volvía al primitivo sueño de siempre, el bombardeo del Pabellón de Oro; y cuando este sueño quedaba reducido a pedazos por el realismo implacable de mi madre, me remitía de nuevo al ambicioso intento. El resultado de estas agotadoras oscilaciones fue un enorme y rojo grano que me salió en el cuello.

Lo dejé que madurara solo. Bien agarrado, empezó a tirar de mi nuca enfebrecida, pesadamente, rabiosamente. Cuando lograba pegar el ojo, soñaba que un nimbo de oro me surgía del cuello y que, despacio pero firmemente, se dilataba tanto que terminaba por envolver mi cabeza con una aureola de luz. Una vez despierto, no quedaba sino el dolor de aquella maligna hinchazón.

Finalmente, me dio tanta fiebre que me obligó a guardar cama. El Prior me mandó a un cirujano. Éste, que llevaba el uniforme civil nacional y bandas en las piernas, diagnosticó simplemente «forúnculo» y le dio un corte de bisturí, un bisturí pasado por la llama a fin de economizar alcohol. Yo lancé un gemido. Me pareció que este mundo abrasador, angustioso, reventaba detrás de mi cabeza y se perdía, pulverizado, en un abismo...

Llegó el fin de la guerra. Mientras en la fábrica se leía en voz alta la declaración imperial, yo no hacía más que pensar en una cosa, excluyendo todas las ideas: el Pabellón de Oro.

Nadie podrá extrañarse, pues, al saber que apenas tuve ocasión de regresar al templo me precipitase a verlo. Estábamos en pleno verano; a lo largo de los senderos que recorrían los visitantes, la grava, que ardía a causa del sol, se me quedaba clavada en las suelas de caucho de mis zapatillas de deporte.

Supongo que en Tokio, mucha gente, después de haber escuchado la proclama imperial anunciando el fin de la guerra, se agrupó en la explanada que se

extiende frente al palacio. En Kyoto, una gran muchedumbre fue a derramar lágrimas delante del palacio, que sin embargo estaba vacío. Kyoto está lleno de templos, budistas y sintoístas, donde se puede ir a llorar en estas circunstancias. El clero se hizo de oro por aquellos días. Por el contrario, y a pesar de su fama, al Pabellón de Oro no acudió nadie.

De modo que mi sombra se paseaba sola a lo largo de los senderos inundados de sol. Debo precisar que el Templo de Oro y yo nos hallábamos frente por frente, él allá abajo, yo aquí; y que aquel día, apenas puse en él mis ojos, tuve el presentimiento de que nuestras relaciones, desde ahora, habían cambiado. El Pabellón de Oro estaba por encima de la amargura de la derrota y de la desesperación del pueblo; tal era, al menos, la impresión que producía. Ayer mismo, sin embargo, todavía no era así. Ahora parecía como si el hecho de haber sido perdonado por las bombas y de encontrarse desde este momento al abrigo de cualquier amenaza le hubiesen devuelto aquel viejo aire que en otro tiempo tuvo y que parecía decir: «Aquí estoy desde siempre y aquí permaneceré».

Y allí permanecía, sumido en una asombrosa calma; con sus interiores, tapizados de un oro viejo que el sol del verano, que por fuera se extendía bañando sus muros, protegía como una laca, tenía el aire de un mueble magnífico e inútil. Sus inmensas y vacías estanterías para «bibelots» puestas allí, delante del verdor inflamado de los bosques... Para estar a su altura, habría sido necesario algún incensario de fabulosas dimensiones o bien un vacío colosal... El Pabellón de Oro había perdido todo eso, había barrido de un solo golpe su sustancia, y ya no exhibía más que una forma extrañamente hueca. Más aún: este Pabellón de Oro que tantas veces me había deslumbrado con su belleza, me pareció aquel día más deslumbrante que nunca. Jamás había desplegado con tanta fuerza su belleza, remontándose a mil leguas por encima de la imagen que yo me hacía de él, por encima del mundo de las realidades y sin vínculo ninguno con lo que pasa. Jamás su belleza había sido tan fulgurante ni había rechazado tanto cualquier clase de significado.

Lo digo pensando mis palabras: mientras lo contemplaba, me temblaban las piernas y un sudor frío resbalaba por mi frente. Poco tiempo antes, al regresar a mi país después de haber visto el Pabellón de Oro, cada uno de sus elementos y el conjunto de su estructura, gracias al juego de una especie de correspondencia musical, despertaba toda clase de resonancias; pero hoy, lo que yo percibía era un absoluto silencio, una ausencia absoluta de eco. Nada pasaba, aquí; aquí nada cambiaba. El Templo de Oro existía frente a mí, se proyectaba hacia las nubes como un silencio pesado y lleno de resonancias, como, en una sinfonía, una pavorosa pausa.

«El lazo que me unía al Pabellón de Oro se ha roto», pensaba yo. Creía que él y yo vivíamos en el mismo universo: un hermoso sueño acababa de morir. Iba

a encontrarme en la misma situación que antes, más desesperado todavía; la Belleza de un lado, yo del otro. Y así hasta el fin del mundo.

La derrota de Japón no fue para mí más que una oportunidad de experimentar esta desesperación; sólo eso. Veo todavía las llamas de ese gran incendio que fue el 15 de agosto. Cada cual iba repitiendo que todos los valores estaban por tierra; sin embargo, para mí era justamente el despertar de la eternidad, su resurrección, la ocasión para reafirmar sus derechos. La derrota me decía que el Templo de Oro permanecería siempre allí, a través de los siglos. La derrota nos llovía del cielo, se pegaba a nuestros rostros, a nuestras manos, a nuestros vientres, y al cabo, nos sepultaba... ¡Una maldición!, sí, y yo la oía cernirse sobre mi cabeza en este día del fin de la guerra: una eternidad maléfica mezclada con la voz de las cigarras de las colinas cercanas; un sentimiento que me hacía desaparecer, que me cubría todo como un baño dorado.

Antes de la oración de la noche, se hicieron muchas y especiales plegarias dedicadas a la paz de Su Majestad Imperial y en consuelo de las almas de los que habían muerto en la guerra. Desde el principio de ésta, en cada secta se adquirió la costumbre de utilizar sólo los ropajes sacerdotales más indispensables. Pero esta noche, el Prior volvió a revestir el hábito escarlata que durante tanto tiempo había permanecido guardado en su cofre. Su faz gordezuela, tan limpia que las arrugas parecían haber sido baldeadas, y su color saludable desbordaban como siempre de satisfacción. En medio de la cálida noche se oía el ruido fresco y claro que hacían los pliegues de su vestidura.

Después del rezo, todas las personas del templo fueron convocadas por el Prior para escuchar una homilía. El Prior había escogido como tema de meditación el XIV caso de Mumonkan: NANSEN MATA UN GATO. (También se halla en el « Hek Iganroku », en el 63 caso, bajo el título: « Nansen mata un gatito » . Y también en el caso 64 con el título: « Choshu se pone las sandalias a la cabeza »). Este caso ha sido siempre considerado como uno de los más difíciles de la doctrina zen.

En la época Tang vivía en el monte Nan Chuan un famoso sacerdote: Pu Yuan, llamado también Nan Chuan (Nansen en japonés) por el nombre de la montaña. Un día que todos los monjes habían ido a segar al monte, un pequeño gato hizo su aparición en el desierto y tranquilo templo. Fue un acontecimiento. Todo el mundo corría detrás del gato. Lo atraparon. Pero luego hubo una disputa entre los monjes de los edificios Este y Oeste: se trataba de saber quién se quedaría con el gatito para cuidarlo. Visto lo cual, el Padre Nansen cogió al gato por la piel del cuello, apoyó la hoz en su garganta y dijo: « Si alguno de vosotros puede pronunciar la palabra, el gato está salvado; si no, morirá » . Nadie pudo responder y el Padre Nansen mató al animal en el acto.

A la noche llegó Choshu, el primero de los discípulos. El Prior le contó lo ocurrido y le preguntó qué pensaba de ello. Choshu, sin pensárselo un segundo, se

quitó las sandalias, se las puso sobre la cabeza y se fue.

El Padre Nansen se deshizo en lamentaciones: « ¡Ah, sólo con que hoy hubieses estado tú aquí! ¡El gatito se habría salvado...! ».

Ésta era la historia, a grandes trazos. El lugar donde Choshu se puso las sandalias en la cabeza se tenía por un lugar particularmente delicado. Pero a juzgar por lo que dijo el Prior, el problema no era realmente difícil. Matando al gato, el Padre Nansen había tronchado las ilusiones del Yo, había cortado de raíz todos los pensamientos malignos y las peligrosas quimeras. Por la práctica de la impasibilidad, había segado la cabeza del gato y al mismo tiempo suprimido toda contradicción, toda oposición, todo desacuerdo entre el Yo y el Otro. Si este acto era llamado la « Cuchilla-que-mata », el acto de Choshu, por el contrario, recibía el nombre de la « Espada-queda-vida »; puesto que aceptando poner sobre su cabeza, con una infinita generosidad, una cosa tan mancillada como unas sandalias, había puesto en práctica la santidad budista.

Después de esta explicación, el Prior terminó su charla sin hacer la menor alusión a la derrota de Japón. Nosotros quedamos como hechizados por los sortilegios del zorro^[11]. ¿Por qué escogió precisamente este tema el día de nuestra derrota? No teníamos la menor idea. A lo largo de los pasillos, camino de nuestras habitaciones, hice partícipe a Tsurukawa de mis inquietudes. Él movió la cabeza con un aire perplejo.

—No lo comprendo. A menos de haber sido bonzo toda la vida, es imposible entenderlo. Pero yo creo que, justo en el día de nuestra derrota militar, el secreto significado de esta charla era precisamente no hacer alusión a ello hablando de un gato degollado.

Personalmente, el haber perdido la guerra no me afectaba en absoluto; sin embargo, el aire de felicidad que envolvía la expresión del Prior me molestaba. En un monasterio, lo que de ordinario determina el buen orden es el respeto que se le tiene al Superior. Con todo, después de un año que el templo cuidaba de mí, yo no había experimentado ningún sentimiento profundo de respeto o de afecto hacia el Prior. Esto, en sí, era igual; pero desde el momento que mi madre hizo prender en mí la llama de la ambición, me puse a considerar al Prior con todo el sentido crítico de un muchacho de diecisiete años.

El Prior era un hombre de una equidad perfecta y desinteresada. Pero yo, si un día llegaba a ocupar su puesto, me imaginaba comportándome sin dificultad del mismo modo que él. Carecía totalmente del sentido del humor que caracteriza al sacerdote zen; no obstante, en las personas de su especie, un poco llenas, es frecuente notar ese sentido del humor.

Me habían dicho que el Prior consiguió de las mujeres todo el placer que éstas pueden ofrecer. Me sonreía cada vez que me imaginaba al Prior abandonándose a este género de distracciones, y, al mismo tiempo, experimentaba un desaliento. ¿Qué podía sentir una mujer en los brazos de aquel

almohadoncito color de rosa? Sin duda, una impresión parecida a la de ser enterrado en una tumba de carne cuyas blandas extremidades rosadas se distendiesen hasta el infinito...

Y el hecho de que un sacerdote zen estuviese hecho de carne no dejaba de asombrarme. Si tanto había corrido en Pos de las mujeres, seguramente era por desprecio a su Propia carne, para liberarse de su mandato. A pesar de todo, me parecía extraño que esta carne tan despreciada supiese alimentarse tan bien y hubiese llegado a tejer en torno al alma del Prior un envoltorio tan lustroso y terso... ¡Ah, esta carne! Humilde, dócil como un animal domesticado... La verdadera concubina del alma del Prior...

Debo explicar lo que la derrota militar representó para mí.

No fue una liberación; no, decididamente no lo fue. No hicimos más que reemprender la inmutable, la eterna rutina de una vida cotidiana penetrada por las reglas budistas. A partir del armisticio empezó a ser como antes, con sus labores y sus horas fijas: «apertura de la regla», «trabajos matinales», «sesión del grano de arroz», «cumplimiento del deber», «sesión de abstinencia», «medicación» (o cena), «apertura de las abluciones», «apertura de la almohada»... Además, el Prior había prohibido formalmente comprar arroz de estraperlo. De modo que al fondo de nuestras escudillas no llegaba sino un poco de grano mal molido, debido a la generosidad de los feligreses o comprado —en cantidades ínfimas— de estraperlo por el ayudante del Prior, que lo hacía inscribir en la relación de dádivas al templo. Hacía esto, según decía él, «porque nosotros estábamos en pleno crecimiento». Mañana, mediodía y noche no había otra cosa que gachas y patatas dulces; así estábamos siempre de hambrientos.

Tsurukawa lanzaba llamadas de socorro a su familia y de vez en cuando recibía de Tokio algunas golosinas. Entrada ya la noche las traía a mi habitación y nos las zampábamos juntos. A veces un relámpago atravesaba la negra profundidad del cielo.

Yo le preguntaba por qué no regresaba con su familia, a la comodidad del hogar y al afecto de sus padres.

—Yo estoy aquí para iniciarme en las prácticas de la austeridad. Porque algún día heredaré el templo de mi padre.

Nada del mundo parecía costarle caro; todo encajaba en su vida como los palillos de comer arroz dentro de su estuche. Intentando ir más lejos, le dije que tal vez se inauguraba una nueva era, imposible de imaginar todavía. Le recordé la historia que estaba en boca de todo el mundo y que yo había oído contar tres días después de la capitulación, camino del colegio: un oficial, encargado de la dirección de una fábrica, se había llevado a casa un camión lleno de víveres, declarando abiertamente que «a partir de ahora iba a dedicarse al estraperlo».

Me parecía verle, a este oficial temerario, cruel, de mirada penetrante, precipitarse por el camino del mal; ese camino abierto que él, con las botas hasta

media pierna, se disponía a recorrer, era la imagen misma de la muerte en los campos de batalla: flotaba sobre él toda una confusión de rojas auroras. Doblada la espalda bajo el peso de la mercancía robada, emprendía el camino, su faja de seda blanca golpeándole el estómago, las mejillas a merced del áspero viento del alba, hasta que se borraba a lo lejos, tragado por su propia prisa... Lejanos ecos de campanas tocando a rebato, ecos más veloces que el hombre ya desaparecido, llegaban con resonancias de confusión y desorden...

Yo estaba muy lejos de todas estas cosas; yo no tenía ni dinero, ni libertad, ni esperanza de emancipación. Pero de una cosa estaba seguro a mis diecisiete años: cuando yo hablaba de la «nueva era» significaba la firme determinación de hacer alguna cosa, aunque nada todavía hubiese adquirido forma concreta.

«Si esta gente que me rodea —me decía yo—, tienta el mal siguiendo su camino y a través de sus actos, yo llegaré mucho más lejos que ellos, iré hasta lo más profundo, hasta el corazón mismo del mal».

Sin embargo, por el momento, todo el mal que me proponía hacer no iba más allá de captarme con astucia el favor del Prior y de convertirme poco a poco en dueño del Pabellón de Oro; a lo más que llegaba era a imaginar que envenenaba al Padre Dôsen y me aseguraba la sucesión. ¡Simplezas! De todos modos, este plan tuvo al menos la virtud —una vez me hube asegurado que Tsurukawa no abrigaba la misma ambición— de tranquilizarme la conciencia.

—¿Tú no tienes proyectos ni deseos con respecto al porvenir? —le pregunté a Tsurukawa.

—No. Ninguno. ¿Para qué iban a servirme?

No había trazas de reticencia en sus palabras; y tampoco me había contestado porque sí. Justo en ese momento, un nuevo relámpago iluminó sus cejas, delgadas o suavemente arqueadas, únicos rasgos de su rostro que tenían cierta finura. Al parecer, había dejado que el barbero se las afeitara de aquel modo. Ya de por sí delgadas, las cejas aparecían ahora con una delgadez artificial, y, en los bordes, el paso de la navaja había dejado una leve sombra azulada.

La sola vista de esta sombra azulada me llenó de intranquilidad. Este adolescente, a diferencia de mí, ardía en la punta extrema más pura de la vida. ¿Por cuánto tiempo? El secreto pertenecía al futuro. La llama de su vida ardía en un vaso de aceite límpido y fresco. ¿De qué iba a servir conocer de antemano el lado inocente y puro de esta vida? A saber incluso si el porvenir nos reserva una parte de inocencia y de pureza.

... Aquella misma noche, después que Tsurukawa se hubo marchado, no conseguía pegar un ojo a causa del calor. Pero había también otra razón que me impedía dormir, y era mi voluntad de resistir a la costumbre de masturbarme. A veces me ocurría que, soñando, ensuciaba el lecho; pero esto no estaba forzosamente relacionado con imágenes sexuales. Podía ser, por ejemplo, un perro negro que corría a lo largo de una calle oscura; le veía resollar y su aliento

estaba inflamado; en su cuello tintineaba un cascabel obstinadamente; cuanto más aumentaba este tintineo, más aumentaba mi excitación: y al llegar aquél a un agudo paroxismo, la eyaculación se producía.

Cuando el hecho era voluntario, mi cabeza se llenaba de visiones demoníacas. Los senos de Uiko se me aparecían, y sus muslos. Y yo me convertía en un minúsculo y asqueroso pigmeo.

... Salté de la cama y me escabullí por la puerta trasera de la pequeña biblioteca.

Detrás del Rokuonji y al este del Sekikatei se yergue la colina llamada Fudosan; se halla cubierta de pinos rojos; entre los troncos crece una intrincada red de cañas de bambú enanas, de sembrados de dentzies, de azaleas y otros arbustos. Conocía yo tanto esta colina que incluso podía escalarla de noche sin tropezar ni una sola vez. Desde la cima se divisaba la ciudad alta, el centro de Kyoto, y se adivinaban a lo lejos los montes Eizan y Daimonjiyama.

Yo iba subiendo. Iba subiendo en medio de un aleteo de pájaros asustados, la vista clavada al frente, evitando los troncos, la cabeza vacía de pensamientos. Muy pronto me noté sosegado. En lo alto me recibió un viento fresco que envolvió mi cuerpo bañado en sudor.

Por un momento, el panorama que se extendía a mis pies me hizo dudar de su realidad. El *black-out*, que había durado tanto tiempo, había sido ya suprimido y Kyoto desplegaba bajo la noche el fulgor de su luminaria. Desde que terminó la guerra, yo no había subido a la colina ninguna noche, y lo que ahora veía me hacía casi el efecto de un milagro.

Las luces formaban una especie de masa lechosa. Desparramada sobre una vasta área, resultaba difícil determinar si se hallaba cerca o lejos: parecía una gigantesca construcción transparente, instalada en medio de la noche, hecha sólo con puntos luminosos, una especie de torre con aletas de las que salían complicadas cornamentas penetrando hacia lo oscuro. Ciertamente, era lo que se llama una gran ciudad. Solamente el parque del palacio imperial era una mancha sin luz, semejante a una inmensa y tenebrosa cueva. A lo lejos, del lado del monte Eizan, los relámpagos surcaban de vez en cuando las sombras de la noche.

«He aquí el mundo de los hombres —me decía yo—. La guerra ha terminado y, en torno a estas luces, las gentes se abandonan a la perversidad de siempre. Parejas sin nombre, bajo estas lámparas, están devorándose con los ojos y aspirando el olor del ACTO-SEMEJANTE-A-LA-MUERTE al cual se ven espoleados. La idea de que todas estas luces sin excepción, están consagradas al vicio es un bálsamo para mi corazón. ¡Ah, que la perversidad que late en mí proliferé, que se multiplique hasta el infinito! ¡Que teja mil hilos en dirección a estos millares de luces que parpadean frente a mí! ¡Que las tinieblas donde está preso mi corazón igualen en profundidad las de la noche, esta noche donde están presas las luces sin nombre...!» .

Las visitas al Pabellón de Oro empezaron a aumentar. Para compensar la inflación, el Prior pidió a la municipalidad —y le fue concedido— el permiso para aumentar la tarifa de las entradas. Hasta aquel momento, los raros visitantes que yo había visto eran gentes de lo más modesto: hombres de uniforme, o con ropas de trabajo, con viejos y deslustrados pantalones del tiempo de la guerra. Pero pronto se vio llegar a los soldados de ocupación, y las indecentes prácticas y costumbres del mundo de los hombres empezaron a proliferar alrededor del Pabellón de Oro. De un lado, se instauró de nuevo la costumbre de ofrecer «parties de té», y las mujeres, para subir al templo, se vestían con aquellas telas de vivos y alegres colores que durante tanto tiempo habían guardado escondidas. Junto a ellas, nuestras sotanas hacían un escandaloso contraste: debíamos de parecer bonzos de opereta. Eramos como esa gente que se esfuerza en conservar antiguas y curiosas tradiciones locales con el único objeto de ofrecer un espectáculo a los turistas llegados especialmente para verlo... Los soldados americanos se hacían notar muy particularmente por su descaro al tirar de nuestras mangas y sus risotadas en nuestras propias narices. A veces nos proponían un precio para que les prestásemos nuestros hábitos de monje con el fin de ponérselos y sacarse fotos como recuerdo. Como los guías habituales no conocían una palabra de inglés, su trabajo fue encargado a otros; así fue como Tsurukawa y yo fuimos requeridos para ello, puesto que podíamos chapurrear este idioma.

Llegó el primer invierno de la posguerra. Un viernes por la noche, empezó a nevar y estuvo nevando sin interrupción durante todo el sábado. Desde antes de que acabaran las clases de la mañana, yo no hacía más que soñar con el regreso para ver el Pabellón de Oro bajo la nieve.

Por la tarde seguía nevando. Tal como iba, con mis botas de caucho y mi cartera escolar en la espalda, abandoné el Paseo de los turistas y fui hasta el borde del estanque. La nieve caía uniforme y rápida. Yo hice una cosa que me gustaba hacer de niño: abrir la boca bajo el cielo. El choque imperceptible de los copos de nieve en mis dientes producía el mismo leve ruido que habrían hecho unas hojas de estaño extremadamente delgadas. Notaba la nieve entrando en mi boca, a un lado y a otro, en todas partes, y fundirse al contacto de la rosada epidermis hasta que yo la engullía. Pensaba en el Fénix del techo, imaginaba el pico abierto del misterioso pájaro de oro, un pico liso y cálido...

La nieve trae a todo el mundo una alegría juvenil. Y puesto que yo iba a por mis dieciocho años, ¿por qué sería inexacto afirmar que experimenté una excepcional y juvenil exaltación?

Bajo su manto de nieve, el Pabellón de Oro resultaba de una incomparable

belleza. Con sus grandes ventanales abiertos por donde penetraba la borrasca, con sus columnas alineadas a un lado y a otro, incluso en su misma desnudez, resultaba una imagen purificadora y tonificante.

«¿Por qué la nieve no tartamudea?», me preguntaba yo. Cuando las hojas de algún árbol se interponían a su paso, la nieve caía al suelo con una caída que era, en cierto modo, un tartamudeo. Pero cuando nada la interceptaba, cuando ella me sumergía con su oleaje interminable; entonces yo olvidaba los recodos de mi alma y, como inundado de música, mi espíritu encontraba una dulce cadencia.

En realidad, gracias a la nieve, el Pabellón de Oro había dejado de existir bajo sus tres dimensiones; y a no lanzaba ningún desafío al mundo; y a no era más que un plano, una imagen central. A los lados del estanque, sobre las rojizas colinas, las secas ramas de los arces apenas podían sostener un poco de nieve, el bosque parecía dormir bajo un aire de desnudez. Aquí y allí, los pinos tenían un formidable aspecto bajo su manto de nieve. Una espesa capa cubría también la superficie helada del estanque; pero había igualmente, ante mí, espacios de nieve, que semejaban un conjunto de nubes en un dibujo decorativo. Sin embargo, la «Roca de los Nueve-Montes y Ocho-Mares» y la isla Awaji aparecían cubiertas de nieve sin solución de continuidad: los pinos enanos, vivaces, parecían haber brotado por azar en medio de la inmensa sabana blanca.

En el deshabitado Pabellón de Oro, sólo tres elementos llamaban la atención por su blancura: los dos techos, el del Kukyôchô y el del Chôondô, y el que se unía a ellos, más pequeño, el Sôsei; el resto de la compleja construcción quedaba sombrío y el contraste con la nieve le daba como un lustre al negro de las maderas. Igual que cuando nos hallamos frente a una pintura de la Escuela meridional en la cual vemos a ese torreón que emerge de las colinas, y acercamos instintivamente nuestro rostro a la tela para comprobar si hay señales de vida tras los muros, del mismo modo la admirable pátina de aquellas viejas maderas provocaba en mí el deseo de examinar si tras ellas habitaba realmente alguna persona. Pero si hubiese intentado aproximarme demasiado, mi rostro habría tropezado con la nieve y no habría podido ir más allá.

Incluso hoy, en el segundo piso, las puertas del Kukyôchô estaban abiertas de par en par al cielo y a la nieve. Con el rostro levantado, yo imaginaba con todo detalle a los copos de nieve penetrando por ellas, arremolinándose en la estrecha sala vacía, pasando blandamente sobre los muros adornados con viejas hojas de oro empañado, donde se fundían al instante no dejando más que el rastro de las minúsculas gotas de un rocío dorado.

... A la mañana siguiente, domingo, el viejo guía me vino a llamar. Un soldado extranjero deseaba hacer una visita, a pesar de que todavía no era la hora señalada. El viejo guía, por signos, le rogó que esperara y vino a buscarme, «puesto que yo sabía el inglés». Cosa extraña, yo lo hablaba mejor que Tsurukawa, y sin tartamudear.

Había un jeep aparcado junto a la entrada. Un soldado americano, borracho, se apoyaba en uno de los montantes del porche. Cuando me vio soltó una risa insultante.

Había parado de nevar y el jardín estaba deslumbrante. La cara rubicunda y abotargada del soldado se destacaba sobre el maravilloso fondo del paisaje. Me echó sobre el rostro un aliento cargado de vapores de whisky. Como siempre, al imaginar cuál podía ser la existencia de un ser mucho más alto que yo, noté cierto malestar.

Decidido a evitar cualquier conflicto, le dije que, excepcionalmente, puesto que el horario de las visitas no era aquél, consentía en acompañarle por el templo. Le pedí que me abonara el precio de entrada con derecho a guía. Ante mi gran sorpresa, el coloso se avino a pagar con la mayor gentileza del mundo. Luego, echando una ojeada al interior del jeep, exclamó algo así como: « ¡Vente para acá!» .

Hasta aquel momento el fulgor de la nieve no me había permitido fijar mis ojos en el interior del jeep. A través del plástico de la capota vi una forma blanca que se movía, parecida a un conejo. Un pie calzado con un fino zapato de tacón alto se apoyó en el estribo. Me extrañó que la pierna, a pesar del frío, estuviese desnuda. Me bastó una mirada para comprobar que se trataba de una de esas prostitutas que se ganan la vida con la soldadesca extranjera: abrigo color rojo vivo, y uñas rojo vivo, tanto en las manos como en los pies. Al abrirse un poco el abrigo vi un dudoso vestido de noche de vulgar cotonada. La muchacha también iba con una espantosa borrachera. Tenía la mirada fija. Su acompañante se mantenía correcto dentro del uniforme, mientras que ella, según toda apariencia, acababa de saltar del lecho y no había hecho más que ponerse el abrigo y un echarpe.

En medio del cegador reflejo de la nieve, la muchacha estaba lívida, y sobre su faz exangüe destacaba la pintura roja de sus labios. Apenas hubo bajado del coche estornudó. Unas diminutas arrugas convergían hacia la fina arista de su nariz: su mirada ebria y fatigada se clavó un instante a lo lejos, y después se sumió de nuevo en un profundo y vago sopor. Entonces, llamando al soldado por su nombre, gimíó (transcribo tal como pronunció): «*Djaack! Djaack! Tsú cól(u)do! Tsú cól(u)do!*». (*Too cold!*).

Había algo patético en aquella voz que se deslizaba sobre la nieve. Pero el hombre no le respondió nada.

Era la primera « profesional » que me parecía realmente hermosa. No es que se pareciese a Uiko. Por el contrario, se hubiese dicho que aquel rostro había sido formado poniendo gran cuidado en evitar, incluso en el menor detalle, cualquier parecido con el de Uiko. La belleza original, agresiva, de aquella muchacha era, por así decirlo, la contraimagen de Uiko y del recuerdo que de ella yo guardaba. Había en ella una especie de provocación a la resistencia que yo decidí oponer a

mis ansias de sensualidad a partir de mi primera experiencia de la Belleza.

La muchacha sólo se parecía a Uiko en una cosa: no dirigió ni una sola mirada a este pequeño personaje con botas de caucho y mugriento jersey que se había despojado del hábito clerical.

En el templo, desde por la mañana temprano, todo el mundo estaba ocupado en limpiar de nieve los senderos y en barrer; pero el paseo para los visitantes seguía casi intransitable. La llegada de un grupo de numerosos visitantes había creado dificultades, y sólo unos cuantos en fila india habrían conseguido pasar. Yo emprendí la marcha, precedido por el americano y la muchacha. Llegamos cerca del estanque y ante lo que se ofrecía a su vista, el soldado aulló su admiración en términos que yo no pude comprender y luego empezó a sacudir a la muchacha furiosamente. Ella cerraba los ojos con aire de fatiga y no hacía más que repetir: «*Oh, Djaack! Tsû cõl(u)do!*».

El me hizo una pregunta acerca del fruto rojo y brillante de la «aucuba», que se veía bajo las hojas sobrecargadas de nieve, una simple pregunta a la cual yo no supe contestar más que: «Aucuba».

Tal vez en aquel cuerpo de gigante se escondía un poeta, pero era crueldad lo que yo adivinaba en sus claros ojos azules. Los occidentales, en su canción de cuna *Mother Goose*, dicen que los ojos negros esconden malicia y crueldad; en realidad, el vulgar reflejo que resulta de un confrontamiento con las particularidades extranjeras, ¿no se debe de hecho a un descubrimiento de la crueldad?

La visita al Pabellón de Oro se efectuó de acuerdo con el acostumbrado recorrido turístico. Borracho y tambaleándose, el americano se descalzó e hizo volar sus zapatos en el aire. Con los dedos entumecidos, yo busqué en mi bolsillo la nota informativa en inglés, que solía leer en casos semejantes. Pero él me la arrancó de las manos y empezó a leer en tono burlón: mis funciones de guía habían terminado. Me apoyé en la balaustrada del Hôsui-in y contemplé la deslumbrante superficie del estanque: era un hechizo. Nunca el interior del Pabellón de Oro había gozado de una luz tan viva. Uno se sentía casi violento.

Cuando volví a prestar atención a la pareja les vi dirigirse hacia el Sôsei. Disputaban entre ellos. El tono de la disputa fue aumentando poco a poco, pero no pude captar ni una sola palabra. La muchacha replicaba violentamente, no sé si en inglés o en japonés. Imposible comprender aquello. Olvidados de mi presencia por completo y sin dejar de disputarse ni un solo instante, regresaron de nuevo al Hôsui-in. El americano se volcaba sobre la muchacha y la insultaba; ella, de pronto, le lanzó una formidable bofetada. Luego, dando media vuelta, se marchó sobre sus altos tacones en dirección a la puerta de entrada.

Sin darme perfecta cuenta de lo que pasaba, yo descendí y me puse a correr a lo largo del estanque. Pero cuando llegué junto a ella, el americano, gracias a sus largas piernas, la había ya atrapado y la tenía cogida por las solapas de su

abrigo rojo. Lanzó una ojeada hacia donde yo estaba. Sus manos, que atenazaban las solapas del abrigo, se relajaron. ¡Cuánta fuerza debían de tener aquellos puños! Puesto que, una vez dejaron de hacer toda presión, la muchacha cayó como un saco sobre la nieve, de espaldas. Su abrigo quedó abierto, descubriendo la blanca desnudez de sus muslos.

Ni siquiera probó a levantarse. Sólo clavó sus ojos feroces en los del gigante que la mantenía a sus pies con su mirada. No pude resistir el arrodillarme para ayudarla a ponerse de pie.

—¡Eh! —dijo el americano. Yo me volví. Tenía frente a mis ojos el formidable desplante de sus largas piernas abiertas. Me hizo una señal con el dedo. Con una voz totalmente nueva, cálida y un poco velada, me dijo en inglés —: ¡Písala! ¡Vamos! ¡Písala!

Yo no sabía qué hacer. Pero en sus ojos azules que me dominaban desde tan alto, había una orden. Detrás de sus anchas espaldas, el Pabellón de Oro resplandecía bajo la nieve; el cielo de invierno, como si acabaran de lavarlo, era de un azul ligeramente velado. En los ojos azules del hombre ya no había ninguna traza de crueldad: ¿por qué, en este instante, me parecieron cargados de lirismo?

El enorme puño se abatió sobre mí, cogiéndome por el cuello y poniéndome de pie. Sin embargo, la imperiosa voz seguía siendo cálida y afectuosa:

—¡Sube encima de ella! —decía—. ¡Písala!

¿Cómo resistir? Levanté mi bota de caucho. Él me dio una palmada en la espalda; mi pie chocó con un cuerpo blando como el barro de primavera: era el vientre de la muchacha. Ella cerró los ojos mientras gemía.

—¡Otra vez! ¡Sigue, otra vez!

Mi pie se abatió de nuevo sobre ella. El escalofrío que me produjo el primer golpe dejó paso, en el segundo, a una alegría desbordada. « ¡Es un vientre de mujer! —me decía—. ¡Y he aquí sus senos!» . Jamás habría imaginarlo que una carne que me era extraña pudiera responderme tan fielmente, con la perfecta elasticidad de una pelota.

—¡Ya es bastante! —dijo el americano con una voz clara.

Levantó a la muchacha con la mayor cortesía, la limpió de barro y de nieve, y luego, sin dirigirme una mirada, la condujo hacia la salida. Tampoco ella, ni una sola vez, volvió los ojos hacia mí. Él la hizo subir al jeep y, con una expresión grave de donde había desaparecido toda huella de borrachera: «*Thank you,*» me dijo. Rechacé el dinero que quería darme. Entonces cogió del asiento dos paquetes de cigarrillos americanos y me los puso en las manos a la fuerza.

Con las mejillas ardiendo, permanecía de pie delante de la puerta, en medio de la luz cegadora de la nieve. El jeep se alejó dando bandazos, tras la nube de nieve que levantaba, y luego desapareció. Todo mi ser se hallaba en un estado de gran excitación.

... Mi excitación calmada, planeé una hipócrita maniobra de la cual yo

esperaba mucho. Al Prior le gustaba fumar. ¡Estaría muy contento si yo le regalaba los cigarrillos...! ¡Dejándole ignorante del resto!

Nada me obligaba a contarle todo, me habían hecho obrar a la fuerza. Si me hubiera resistido a los deseos del americano, ¡quién sabe lo que podía haberme ocurrido!

Me dirigí hacia la gran biblioteca. El Prior se hallaba en su despacho, donde su ayudante, que destacaba en este upo de cosas, estaba ocupado en afeitarse la cabeza. Yo esperé en la galería bañada por el sol matinal. En el jardín, la nieve acumulada sobre el pino en forma de navío se iluminaba con mil fuegos; se habría dicho que desplegaba una vela nueva y llameante.

El Prior, bajo la navaja, tenía los ojos cerrados y recoda en un papel los cabellos que caían. A cada pasada de la navaja, los contornos crudos, con un aire animal, de su cráneo, se iban dibujando más y más limpiamente. Cuando la operación terminó su cabeza fue envuelta con una toalla caliente, que se le retiró minutos más tarde: apareció una nueva cabeza, carmesí, como si acabara de salir de una estufa.

Finalmente, pude dirigirle unas palabras y tenderle, con una reverencia, los dos paquetes de Chesterfield.

—¡Oh! ¡Oh, muchas gracias! —dijo, gratificándose con una vaga sonrisa a flor de labios.

Y eso fue todo. Con un gesto de cervecero profesional, tiró con indiferencia los dos paquetes de cigarrillos sobre su mesa de trabajo llena de cartas y papelotes.

El masaje de hombros había empezado: el Prior cerró de nuevo los ojos. A mí sólo me restaba retirarme. Estaba tan disgustado que me sentía febril. La incomprensible, la mezquina acción que yo acababa de cometer, este tabaco que me había sido ofrecido como agradecimiento a tal servicio..., la aceptación del Prior ignorando lo ocurrido... ¡Magnífica historia, en verdad! Pero en medio de todo ello había algo todavía más triste, más amargo: que un hombre como el Prior hubiese aceptado el hecho sin sospechar nada fue para mí una razón —¡y de qué peso!— para despreciarle.

Iba a marcharme cuando me llamó; precisamente quería hacerme un favor.

—Oye —me dijo—, cuando termines en el colegio pienso enviarte a la Universidad de Otani. Pero es preciso trabajar duro y conseguir buenas notas; a tu difunto padre le preocupaba mucho este asunto.

El ayudante del Prior hizo correr rápidamente la noticia por todo el templo. Cuando un Prior hablaba de hacer entrar un novicio a la universidad, era prueba de que fundaba grandes esperanzas sobre él. A menudo, tiempo atrás, muchos novicios habían ido durante noches seguidas a hacer masajes a la espalda del

Prior con la esperanza de ser enviados a la universidad; y algunas veces les había dado buen resultado. Tsurukawa, al cual su familia tenía que ingresarle también en la Universidad de Otani, me manifestó su alegría con palmadas en la espalda. Pero otro camarada, a quien el Prior le había negado el mismo favor que ahora me concedía a mí, a partir de aquel día no volvió a dirigirme la palabra.

CAPÍTULO IV

En la primavera de 1947 empezó mi año preparatorio para el ingreso en la Universidad de Otani. A pesar del constante afecto del Prior y de los celos de mis condiscípulos, el acontecimiento no me hizo perder la cabeza en ningún momento. Ellos juzgaban, probablemente, que aquél sería para mí un gran día. En realidad, sobre él se abatió la sombra de ciertas circunstancias cuyo solo recuerdo me es odioso.

Una semana después de aquel famoso día con nieve en que el Prior me había autorizado a continuar mis estudios en la universidad, encontré, de regreso del colegio, aquel camarada que no había tenido la misma suerte que yo y que desde entonces no me dirigía la palabra. Con todo, noté que me consideraba con una expresión de extraordinaria complacencia. El mismo cambio de actitud pude constatar en el sacristán y en el ayudante del Prior, pese a sus evidentes esfuerzos para seguir considerándome con la misma indiferencia de siempre.

Por la noche fui a ver a Tsurukawa a su habitación y le pregunté qué pensaba acerca de aquella extraña actitud de los demás hacia mí. Primero fingió ignorarlo; luego, incapaz de disimular sus sentimientos por más tiempo, me miró a los ojos con aire confuso.

—Lo sé por el otro —y nombró al tercer novicio—, pero él se hallaba también en la escuela; así que no estaba muy seguro... En todo caso, durante tu ausencia, ha ocurrido una cosa extraña...

Lo acosé a preguntas, lleno de aprensión. Después de hacerme prometer que guardaría el secreto, empezó a hablar, sin atreverse a mirarme a la cara.

Durante el mediodía llegó al templo una prostituta con abrigo rojo, que pidió ser recibida por el Prior. El ayudante, que fue a recibirla al hall, se vio cubierto de insultos. «Era el Prior en persona a quien ella quería ver y a nadie más». Desgraciadamente, el Prior, que había salido al pasillo en aquel momento, la vio y se dirigió hacia ella. Y la muchacha le contó que hacía una semana, a la mañana siguiente de la nevada, mientras se encontraba visitando el Pabellón de Oro en compañía de un soldado extranjero, un novicio le había pisoteado el vientre para complacer los deseos del extranjero, que la había arrojado al suelo.

Aquella misma noche, ella había tenido un aborto. Por todo lo cual quería ser indemnizada, o de lo contrario denunciaría públicamente aquel escándalo que había tenido lugar en el Rokuonji y exigiría daños y perjuicios.

Sin pronunciar una palabra, el Prior le hizo entrega de una cantidad de dinero y se despidió de ella. Todo el mundo sabía que fui yo quien hizo aquel día las funciones de guía; pero ya que mi mala acción no podía ser confirmada por ningún testigo, el Prior decidió que no se me pedirían explicaciones: dejó caer un piadoso velo. Pero a ojos de todo el mundo, en el templo, yo era culpable y no hubo nadie que dudara de ello.

Tsurukawa, a punto de llorar, me cogió la mano. Recibí el impacto de sus limpiadas pupilas, de su voz joven y directa:

—Dime la verdad, ¿tú has hecho una cosa semejante?

Era preciso enfrentarse con mis tinieblas interiores, la Pregunta de Tsurukawa me acorralaba y me obligaba a ello. Pero ¿por qué me hacía esta pregunta? ¿Se daba cuenta de que formulándola se apartaba de su verdadero papel? ¿Comprendía que esta pregunta me hería, como una traición, en lo más profundo de mí mismo?

Lo he dicho y repetido: Tsurukawa era siempre, para mí, la prueba definitiva... Si él se hubiese atendido fielmente su papel, lejos de acosarme a preguntas, lejos de exigirme la verdad de lo ocurrido, no habría tenido más que aceptar las tinieblas de mi alma tal como eran y extraer de ellas la luz; la calumnia sería entonces la verdad y la verdad calumnia. Si él se hubiese atendido a su secreto de transformar siempre la sombra en luz, la noche en día, el claro de luna en luminoso mediodía, la humedad nocturna del musgo en rumor de hojas verdes bajo el sol, entonces acaso le habría farfullado mi confesión. Pero eso fue justamente lo que no hizo. Y todo lo que había de tenebroso en mi alma aumentó su fuerza... Solté una risa ambigua:

—Yo no he hecho nada de eso —dije.

—¿De verdad? ¡Entonces, ha estado contando embustes! ¡La asquerosa! Y todo el mundo la ha creído, incluso el ayudante del Prior...

Y herido su concepto de la justicia, se fue excitando poco a poco hasta estallar de indignación, y me declaró que al día siguiente iría a ver al Prior para contárselo todo. Entonces, de pronto, yo vi aparecer ante mis ojos la imagen del Prior recién esquilado y semejante a una legumbre hervida con sus mejillas blandas y rosadas. Y esta imagen, no sé por qué, despertó en mí un repentino sentimiento de intolerable repulsión.

Había que aplacar enseguida la justa indignación de Tsurukawa, antes que se manifestara públicamente.

—Pero vamos a ver, dime: en tu opinión, ¿el Prior me cree culpable?

—Esto... —murmuró Tsurukawa, perplejo.

—Los otros pueden decir a mis espaldas todo lo que les dé la gana. Me basta

con que el silencio del Prior aplaque sus sospechas; el resto no me importa. Así es como yo veo las cosas.

Conseguí convencer a Tsurukawa de que sus esfuerzos en mi favor no harían sino aumentar las sospechas de todos. « Es precisamente porque está convencido de mi inocencia —le dije—, que el Prior ha archivado el asunto.» A medida que iba hablando sentía brotar y crecer en mi corazón una alegría que muy pronto arraigó profundamente; esta alegría me decía: « No hay testigos, nadie ha visto nada...» .

Yo estaba muy lejos de creer que el Prior —él y nadie más— admitiese mi inocencia. Era más bien lo contrario. Que él hubiese preferido cerrar los ojos ante el hecho confirmaba esta creencia. Tal vez lo había adivinado todo en el mismo instante de recibir de mis manos los paquetes de Chesterfield. Tal vez lo sabía todo y esperaba tranquilamente, de lejos, a que yo fuese por mis propios pasos a rendirle confesión. O mejor aún: la promesa de enviarme a la universidad acaso no fue más que un cebo para hacerme caer en esa confesión: si no había tal, tampoco habría universidad, como castigo a mi depravación; en el caso contrario, y en presencia de indiscutibles señales de arrepentimiento, se podría, como favor especial, mantener la promesa de enviarme a la universidad.

La primera trampa residía en la orden dada al ayudante del Prior para que no me hiciese ninguna alusión acerca del asunto. Si yo era realmente inocente, podría seguir haciendo la vida de todos los días como si nada hubiese ocurrido. Si por el contrario era culpable, me sería preciso dar muestras de un poco de astucia, ser capaz de imitar a la perfección el ritmo cotidiano, la vida serena y pura de la inocencia; en otras palabras, la vida de cualquiera que no tiene nada que declarar. Sí, habría que hacer como si todo siguiera igual: era el mejor medio, el único que podría hacer creer en mi inocencia. Tales eran las segundas intenciones del Prior. He aquí la trampa que me tendía. Sólo de pensar en ello me ponía rabioso.

Por lo demás, yo tenía mi excusa: negarme a pisotear a la muchacha habría significado exponerme a que el americano sacase su revólver y me amenazara con matarme: ¿quién podía enfrentarse con las fuerzas de la ocupación? Todo lo que yo había hecho, lo había hecho bajo amenaza.

Sin embargo, la sensación de aquel vientre de mujer bajo mi pie, aquella elasticidad cómplice, aquel gemido, aquella impresión de ver abrirse una flor de carne aplastada, aquella confusión de los senos y el misterioso rayo brotando del pecho de la mujer para atravesarme, todo esto ¿estaba yo obligado a gozarlo? Fueron unos segundos deliciosos, que todavía no he olvidado...

Y el Prior sabía lo que yo experimentaba, mi complacencia en todo eso: el Prior había penetrado hasta el centro de mis pensamientos.

Durante todo el año que siguió, yo fui como un pájaro en una jaula. Tenía constantemente los barrotes frente a mis ojos. Resuelto a no hacer ninguna declaración, en mi vida cotidiana ya no volví a gozar del menor reposo. Y cosa extraña: aquel acto que, en su día, no despertó en mí el menor sentimiento de culpabilidad, aquel acto de pisotear a una mujer, de repente se puso a brillar en mi recuerdo con un fulgor cada día más intenso. No era porque supiese que a la muchacha le había costado un aborto, sino mejor dicho porque mi acto había dejado como un poso de polvillo de oro en el fondo de mi memoria, y ahora, constantemente, lanzaba unos dardos de fuego que me cegaban... El esplendor del Mal, en efecto. Aunque se tratara de una bagatela, ya estaba hecho; yo tenía clara conciencia de haber cometido el mal, lo sentía colgado en mi pecho como una condecoración.

Mientras esperaba el examen de ingreso en la universidad, no hice otra cosa, prácticamente, que perderme en conjeturas acerca de las verdaderas intenciones del Prior. Ni una sola vez hizo referencia a una posible anulación de su promesa. Ni una sola vez, tampoco, me dijo que activara mis preparativos para el examen. ¡Dios sabe cuánto esperaba yo una palabra suya, la que fuese! Pero no, él permanecía amurallado en su ruin silencio y me sometía a una larga, interminable tortura. Personalmente, por miedo, por temor a provocarle, no me atrevía a pedirle que precisara de nuevo sus intenciones. Antes, cuando yo le profesaba un cierto respeto, como todos los demás, le consideraba a través de un sentido crítico; pero ahora, insensiblemente, había empezado a adquirir proporciones monstruosas, hasta el punto que parecía que ya ninguna cosa humana pudiese existir en él. Y era inútil cuanto yo hiciese para alejar esta imagen: estaba allí, plantada frente a mis ojos, como un fantástico y sólido castillo.

Ocurrió hacia finales del otoño. Solicitado para celebrar los funerales de un viejo feligrés, a dos horas de tren desde allí, el Prior nos anunció una noche que partiría del templo a la mañana siguiente, a las cinco y media. El ayudante debía acompañarle. Si nosotros queríamos estar preparados para verle partir, debíamos levantarnos a las cuatro de la madrugada, hacer la limpieza y preparar el desayuno.

Apenas levantados, mientras el ayudante asistía al Prior en los preparativos, empezamos los «trabajos matinales» rezando sutras. En el corredor oscuro y frío rechinaba sin cesar la cuerda del pozo. Nos lavamos a toda prisa. El gallo del corral, con su canto penetrante, desgarró la aurora del otoño. Ajustándonos las mangas del hábito, corrimos hacia el Salón de las Visitas a reunirnos frente al altar. En la fría madrugada, la paja de las esteras de la gran sala —en las cuales nadie, jamás, se tendía para dormir—, se resistía al tacto con una especie de

repulsa. La llama de los cirios temblaba. Hicimos la «triple reverencia»: primero de pie, luego sentados, y por último a golpe de gong.

Los rezos matinales me impresionaban por la franca energía de aquel coro de voces viriles. Estas voces eran lo más fuerte que el oído percibía en el transcurso de toda la jornada: se expandían como una nube de malos pensamientos nocturnos, como si nuestras cuerdas vocales hubiesen vaporizado algún líquido negro. ¿Y yo, en medio de todo eso? No sé, pero sólo pensar que mi voz, con la de los otros, exhalaba nuestras mismas imperfecciones de hornees, me llenaba el corazón de un extraño coraje.

El momento de la partida llegó antes de finalizar la «sesión del grano de arroz». Tal como ordenaban las reglas, nosotros nos alineamos delante de la entrada para despedir al Prior. Todavía era de noche. El cielo estaba cubierto de estrellas. El camino enlosado que conduce al Gran Portal se percibía sólo vagamente bajo la débil claridad de las estrellas, invadido por completo por las sombras gigantescas y constantes de los robles, los ciruelos y los pinos. Mi jersey tenía agujeros, y el frío del alba me mordía los codos y me penetraba.

Todo se hizo sin ruido. Saludamos en silencio al Prior, que apenas respondió, y sus chanclos de madera cesaron poco a poco de resonar sobre las losas. La cortesía de la secta zen exige que se espere a que las personas que uno acompaña hayan desaparecido completamente.

A medida que se alejaban, las dos siluetas se iban haciendo menos visibles. Ya sólo se percibía la blanca orla de sus vestiduras y de sus calcetines blancos. En cierto momento creímos que habían desaparecido por completo; pero sólo se habían fundido con la sombra de los árboles. Pronto reapareció el blanco de los vestidos y de los calcetines; el eco de los pasos pareció incluso que resonara más fuerte. Nuestras miradas seguían incansablemente a las dos sombras. Pareció que transcurrieran siglos, hasta que, finalmente, más allá del recinto, se esfumaron.

Entonces fue cuando alguna cosa muy singular se operó en mí. Fue como si notase una quemadura en el fondo de la garganta, exactamente como cuando intentaba hacer brotar palabras importantes y se me quedaban paralizadas con el tartamudeo. Era un violento deseo de liberación. Y entonces no quedaba nada de mis ambiciones: ni proseguir los estudios en la universidad, ni la razón más fuerte de suceder al Prior, como mi madre había sugerido. Lo que quería era escapar a la influencia de aquella fuerza que pesaba sobre mí y me controlaba.

No se puede decir que me faltase el valor. ¿Qué valor podía sacársele a una confesión? ¿Qué precio podía tener una confesión para mí, que, después de veinte años de vivir en este mundo aún no había, por así decirlo, abierto la boca? ¿Se pensará que exagero? Sin embargo, hacer frente al Prior, negarse a declarar, ¿qué era sino sondear la pregunta: «El Mal es posible»? Si yo resistía bien hasta el final en mi negación de hacer confesión, era que el Mal, siquiera un átomo del Mal, era posible.

Pero viendo, en el crepúsculo de la madrugada, al Prior apareciendo a intervalos bajo la sombra de los árboles con su hábito ribeteado de blanco y sus calcetines blancos, sentí en el fondo de mi garganta esa intensa quemazón; entonces, no pudiendo aguantarme más, estuve a punto de correr a contárselo todo. Se apoderó de mí el deseo de echar a correr tras el Prior, de tirar de su manga y de contarle con todo detalle y en voz alta lo que pasó aquella mañana sobre la nieve. No era un sentimiento de respeto lo que me impulsaba. ¡De ningún modo! Era que aquel hombre influía poderosamente en mí, como una fuerza de la naturaleza.

Me retuvo el sentimiento de que la confesión pulverizaría la primera e ínfima manifestación del Mal de mi vida; algo en mí me empujó hacia atrás impiosamente. Allá arriba, el Prior franqueó el portal exterior y desapareció bajo el cielo todavía en sombras.

Los demás, una vez libres, se precipitaron hacia el vestíbulo a paso vivo. Como yo permanecía en mi sitio, ausente, Tsurukawa me dio una palmada en el hombro... Mi hombro despertó, mi flaco y miserable hombro recobró su altivez.

Debía haber dicho que todo esto, a fin de cuentas, no me privó de ingresar en la universidad. No tuve necesidad de hacer ninguna confesión. Simplemente ocurrió que días más tarde el Prior nos mandó llamar a Tsurukawa y a mí y nos dijo en pocas palabras que había llegado el momento de prepararnos para el examen, y que estábamos disculpaos de los «trabajos» a fin de poder dedicarnos plenamente al estudio.

De modo que entré en Otani, sin por ello haber puesto fin a mi incertidumbre. Nada vi, en la actitud del Prior, que pudiese esclarecerme ni lo que pensaba ni mucho menos la forma en que había decidido disponer su sucesión.

Otani marcó una etapa en mi vida. Fue allí donde empecé a familiarizarme con las ideas, sobre todo con aquellas que yo había especialmente elegido.

Los orígenes de esta universidad son lejanos. Hay que retroceder casi trescientos años, a 1663, cuando los dormitorios comunes del Templo Tsukushi Kanzeon fueron transferidos a la residencia Kikoku, en Kyoto. Desde entonces ya no dejó de ser el seminario de los jóvenes adeptos a la secta Otani del Templo Hongan. En tiempos del decimoquinto patriarca del Honganji, gracias a la piadosa donación de un feligrés de Naniwa llamado Soken Takagi, se edificó la universidad sobre su emplazamiento actual, en Karasumaru, al norte de la ciudad. El terreno apenas consistía en algo más de cuatro hectáreas, lo cual es bien poco para una universidad. Fue allí, sin embargo, donde un gran número de jóvenes, no solamente miembros de la secta Otani sino también de todas las demás sectas o escuelas, fueron iniciados en los conocimientos fundamentales de la filosofía budista.

Una vieja puerta de ladrillos separaba los terrenos de la universidad de la calle y los tranvías; esta puerta estaba encarada al monte Hiei, cuya silueta se dibujaba bajo el cielo, hacia el oeste. Desde la entrada, un sendero para coches, cubierto de grava, conducía a la amplia puerta del edificio principal, una antigua y deprimente construcción de ladrillos rojos, de un solo piso. Por encima del porche, en lo alto del techo, apuntaba al cielo una torre metálica que no sostenía ni campana ni cuadrante, no siendo ni campanario ni torre de reloj; al pie de un filiforme pararrayos, una anchurosa obertura encuadraba un pedazo de cielo azul.

Cerca del porche había un tilo cargado de años, cuya densa y majestuosa fronda, al sol, tenía rojos reflejos de cobre. Los edificios formaban un descosido conjunto de construcciones agrupadas al azar a través de sucesivas ampliaciones. La mayor parte de estos edificios, antiguos y carcomidos, carecían de pisos, y estaba prohibido penetrar en ellos sin descalzarse. Se comunicaban entre sí por medio de interminables galerías de delgados listones de bambú a punto de romperse y reparadas sólo en parte. Así, de un pabellón a otro, uno se encontraba con todas las tonalidades de la madera, de la más fresca a la más empañada: era como caminar sobre una especie de mosaico.

Como ocurre siempre cuando uno es nuevo en una escuela, yo me sentía todas las mañanas con el alma flamante, no sin experimentar a pesar de todo un cierto desarraigamiento. No conociendo más que a Tsurukawa, no tenía mucho para escoger: con él era con quien siempre charlaba. Pero me pareció que ya no tenían sentido las penalidades que había pasado para conseguir entrar en este nuevo universo. Tsurukawa, por su parte, debió de experimentar lo mismo puesto que al cabo de algunos días, en los recreos, los dos íbamos cada uno por nuestro lado intentando hacer nuevas amistades. Pero desalentado a causa de mi tartamudez, vi cómo crecía el número de amigos de Tsurukawa al mismo tiempo que aumentaba mi propia soledad.

El programa del año preparatorio comportaba diez materias: moral, japonés, literatura china, chino moderno, inglés, historia, escrituras budistas, lógica, matemáticas y cultura física.

Desde un principio, las clases de lógica me trastornaron. Un día, durante una de las pausas para comer que seguían a estas clases, decidí hacerle dos o tres preguntas a un estudiante al cual ya había echado el ojo hacía algún tiempo. Acostumbraba despachar su comida fría en lugar apartado, junto a un macizo de flores, en el jardín de atrás. Como lo hacía con una especie de rito, y su modo de comer estaba lleno de desagrado y de misantropía, nadie se acercaba a él. Por su parte, él tampoco dirigía la palabra a nadie y parecía rechazar toda posible amistad.

Yo sabía que su nombre era Kashiwagi. Tenía, como marca peculiar, unos pies increíblemente deformes que se movían con pasos muy bien estudiados.

Tenía el aire de caminar constantemente sobre el fango: cuando una pierna conseguía, no sin esfuerzo, despegarse, la otra parecía, por el contrario, encharcarse más. Y al mismo tiempo todo su cuerpo era presa de una vehemente agitación; su andar era una especie de danza extraordinaria, desprovista por completo de trivialidad.

Es fácil de comprender por qué reparé en Kashiwagi desde el primer día: su flaqueza era un alivio para mí. De buenas a primeras significaba la aceptación de unas condiciones en las cuales yo también me encontraba.

Estaba comiendo sentado en un parterre de tréboles del jardín. Un descalabrado edificio con todos los cristales rotos, utilizado como sala de karate y de *ping-pong*, daba sobre este jardín donde crecían cinco o seis escuálidos pinos; había unos miserables bastidores que no protegían de nada: la pintura azul estaba agrietada, corrida, arrugada, como cuando se estropean las flores artificiales. Al lado, algunas tablas superpuestas con macetas de árboles enanos, restos de un montón de tejas y grava, un macizo de primaveras y jacintos.

Era agradable sentarse sobre los tréboles. Las suaves hojas esmaltadas bebían la luz, había un movimiento inquieto de tenues sombras, el parterre entero parecía flotar por encima del suelo.

Kashiwagi sólo se distinguía de los demás cuando caminaba: sentado, no se diferenciaba en nada. Su pálido rostro mostraba una cierta belleza severa; una belleza intrépida, como la de ciertas mujeres bonitas, que para nada se veía menoscabada por su defecto físico. Los contrahechos, como las mujeres hermosas, se cansan de ser mirados; sienten la náusea de vivir continuamente bajo las miradas de los otros, y las miradas que devuelven van cargadas de su propia existencia: el vencedor es el que impone su mirada al otro.

Mientras comía, Kashiwagi mantenía los ojos bajos; pero se veía que no se le escapaba nada de lo que ocurría a su alrededor. Sentado bajo la luz del sol, respiraba su propia plenitud personal; me llamó vivamente la atención. Viendo su silueta, me di cuenta que la timidez y la secreta vergüenza que me producía la sola presencia de las flores y del sol primaveral era algo totalmente desconocido para él. Él era una sombra que se afirmaba a sí misma, o más bien la sombra que existía en sí —seguramente impenetrable bajo su dura corteza, en medio de la claridad del sol—.

El almuerzo que estaba comiendo —tan absorto y, sin embargo, con un aire de repugnancia— era sin duda insuficiente, apenas algo mejor que el mío, que preparaba yo mismo en la cocina, por la mañana. En 1947, a menos de comprar de estraperlo, era imposible alimentarse convenientemente. Me detuve junto a Kashiwagi, con mi bocadillo y mi cuaderno de notas en la mano. Mi sombra daba sobre su comida; él levantó la cabeza, me lanzó una ojeada, y luego, inclinándose de nuevo, reanudó su lenta y monótona tarea de masticar como un gusano de seda con su hoja de morera.

—¿Sería usted tan amable —empecé yo, tartamudeando como nunca— de explicarme dos o tres cosas que no he comprendido bien durante la lección...?

Me expresé en la lengua de Tokio, ya que después de mi ingreso en la universidad decidí no volver a utilizar el dialecto de Kyoto.

—No entiendo nada de ese trabalenguas —replicó Kashiwagi. Yo disimulé, en tanto que él, mientras lamía sus palillos, añadió—: Sé muy bien por qué vienes a hablarme, ¿sabes? Creo que tú te llamas Mizoguchi, ¿no es eso? Pues bien, Mizoguchi, si lo que quieres es que seamos amigos porque los dos estamos mal paridos, yo no tengo inconveniente. Pero compara nuestros dos infortunios y reconoce que el tuyo no es muy grave. Tú le das demasiada importancia a tu persona; por lo tanto, se la das también demasiada a tu tartamudez.

Cuando, por lo que siguió, supe que pertenecía a una familia zen de la secta Rinzai, como yo, me di cuenta de que durante este diálogo había utilizado como cebo las maneras de un sacerdote zen; pero ¿cómo negar la poderosa impresión que entonces me produjo?

—¡Tartamudea, venga! —dijo—. ¿Y luego qué? —Tenía todo el aire de estar divirtiéndose, y yo me quedé con la boca cerrada, sin pronunciar palabra—. Por lo que se ve, has terminado por dar con uno con el cual podrás tartajear sin sentir vergüenza, ¿eh? Todo el mundo hace lo mismo, y se busca un compañero de miserias. Y ahora, dime, ¿todavía eres virgen?

Sin ni siquiera la sombra de una sonrisa, yo asentí con la cabeza. Me había hecho la pregunta como esos médicos que inmediatamente nos hacen comprender que, para nuestro interés, es mejor no responder con mentiras.

—Lo suponía. Eres virgen. Pero no tienes nada de mancebo, ¡claro! No tienes ningún éxito con las mujeres ni el suficiente valor para entregarte a las prostitutas. ¡Esa es la cuestión! Y bien, amigo, si has creído encontrar a otro mancebo como tú, es que te has puesto la venda en los ojos. Y si quieres saber cómo perdí mi virginidad, te lo voy a contar...

Y, sin esperar mi respuesta, empecé:

—Mi padre es un sacerdote zen de las cercanías de Sannomiya, y yo nací con los pies deformes... Viéndome lanzado así, en semejante confesión, debes tomarme por un pobre diablo, por uno de esos enfermos siempre dispuestos a volcar su alma en el regazo del primero que llega. Pero no hay nada de eso, yo no tengo por costumbre el hacer confidencias a cualquiera. Me molesta tener que confesarlo, pero yo también te había escogido desde hace días para hacerte esta confidencia. ¿Sabes?, me pareció que sacarías provecho de ella más que cualquier otro, y que si hacías lo mismo que yo hice, sin duda sería para ti una cosa magnífica. Tú no ignoras que es así como el clero huele de lejos a las almas piadosas, que es así como los partidarios de la ley seca se atraen a los adeptos al antialcoholismo.

» Y bien. Yo sentía vergüenza por mis condiciones físicas. Creía que

reconciliarme, vivir en buenas relaciones con ellas, habría sido un desastre. Motivos de rencor no me faltaban, ciertamente. El deber de mis padres, cuando yo era niño, era hacerme operar; ahora ya es demasiado tarde. No he experimentado para con ellos más que indiferencia: hoy ya me costaría demasiado guardarles rencor.

» Estaba convencido de que las mujeres no podrían amarme nunca. Esto, que está muy por encima de lo que la gente imagina, es una certeza confortable y tranquilizadora; puede que tú mismo te hayas dado cuenta. Entre mi negativa absoluta de reconciliarme con mis condiciones de existencia y esta convicción, no hay necesariamente contradicción. Porque si yo hubiese creído poder ser amado, tal como soy, por las mujeres, esto me habría llevado a reconciliarme de igual modo con mis condiciones de existencia. El valor para juzgar implacablemente la realidad y el valor para combatir este juicio, según me di cuenta, se compenetraban como dos ladrones en el acto de robar. Sin mover siquiera un dedo, yo podía pasar a tomar disposiciones combativas.

» En estas condiciones, debo confesar que no me seducía demasiado perder mi virginidad en brazos de una prostituta, como la mayoría de mis camaradas. Y se comprende muy bien, puesto que esas mujeres se acuestan con uno sin amor; todo les da lo mismo: viejos decrepitos, mendigos, tuertos, adonis, leprosos, ¡con tal que ellas no lo sepan! Esta igualdad de trato hace sentirse a sus anchas a la gente joven, compran a la primera mujer que encuentran; pero a mí todo esto no me decía nada. Yo no podía admitir ser tratado del mismo modo que un hombre normal: me habría sentido abominablemente degradado. Como ves, era presa de un miedo análogo al que tú sientes actualmente; el miedo a dejar de existir, en un sentido, por poco que dejen de reparar en mis pies deformes o por si hacen como si no existieran. Para que fuese plenamente reconocida y admitida mi condición particular, me era esencial organizar las cosas para mí de un modo cien veces más suntuosamente que para el común de los mortales. Es preciso que mi vida, a cualquier precio, me decía yo, ¡sea de este modo!

» El espantoso sentimiento de insuficiencia y abandono que nace de un antagonismo entre nosotros y el mundo, podría sin duda desaparecer, a condición de que cambiara uno de los dos: o el mundo o nosotros; quimeras de soñador que yo execraba. Sin embargo, habiendo llegado después de una larga investigación a este convencimiento de que si el mundo cambiase yo dejaría de existir, y viceversa, percibí aquí, de un modo bastante paradójico, una forma de reconciliación, de compromiso. En el sentido de que la coexistencia era posible entre el mundo, de una parte, y de otra parte la idea de que sólo se me debía amar tal como yo era. La trampa donde el contrahecho acaba siempre por caer no es la de resolver el antagonismo que le opone al mundo, sino la de asumir integralmente este antagonismo. Y es por ello que el contrahecho es incurable...

» Fue en esta época, en la flor de mi adolescencia —y hablo en el más

riguroso sentido de la palabra—, cuando me ocurrió una cosa increíble. En nuestra parroquia había una rica familia cuya hija, diplomada en el colegio femenino de Kobe, era conocida por su belleza. Un día, inesperadamente, me declaró que me amaba. Yo me quedé un rato sin poder creerlo. Debido a mi desgracia, yo aventajaba a muchos en el secreto de penetrar el alma de las personas. No era hombre que me dejase ofuscar tanto como para colocar este amor por encima de la simple y pura simpatía. Jamás la simpatía, por sí sola, conduciría a una mujer a amarme, y yo lo sabía pertinentemente. No, aquel amor tenía su raíz en un excepcional orgullo. Porque la muchacha era perfectamente consciente de su belleza, perfectamente consciente de su alto precio en tanto que mujer, no podía tolerar los pretendientes demasiado seguros de sí mismos, no podía colocar en la balanza su propio orgullo frente a la suficiencia de un joven presuntuoso. Los “buenos partidos” no provocaban en ella más que odio, tanto más cuanto más aduladores. Al fin, cansada de esquivar, con una repugnancia casi maniaca, toda unión susceptible de establecer una paridad (en lo cual ella quería ser de una absoluta honestidad), la muchacha había puesto sus ojos en mí.

» Mi respuesta ya estaba preparada desde mucho antes. Tal vez te reirás; pero le contesté directamente, en su misma cara: “Yo no te quiero”. ¿Qué otra cosa podía responder? Fue una respuesta honesta, sin la menor traza de fanfarronada. Sí, en lugar de eso, me hubiese dado por aprovecharme de la ganga y decirle: “Yo también te quiero”, entonces habría dejado de ser un personaje cómico para ser casi trágico. Los hombres cuyo aspecto se presta a la risa tienen la sabiduría de evitar el error de aparecer trágicos. Y me daba cuenta de que si yo caía en este error, la gente, en mi presencia dejaría de sentirse a sus anchas. Sobre todo, lo que no debía hacer ante los otros es inspirar lástima; lo esencial es no contrariar su espíritu. Por eso cortaba toda complicación de este género al responder resueltamente: “Yo no te quiero”.

» La muchacha, por su parte, tampoco cedió; dijo que yo estaba mintiendo. Fue realmente un espectáculo curioso verla cómo se esforzaba para convencerme en medio de mil precauciones a fin de no herir mi orgullo. Que un hombre no pudiera estar prendado de ella, he aquí lo que no podía concebir; y si existía uno, es que se engañaba a sí mismo. Y se lanzó a un minucioso análisis de mí mismo, por el cual concluyó terminantemente que en realidad yo estaba, desde hacía tiempo, enamorado de ella. A pesar de todo, se mostraba sagaz: partiendo de ese postulado por el cual ella me amaba con un amor verdadero, y del hecho de que yo era una conquista difícil, lo que me dijo no fue que me amara por mi belleza —lo cual me habría encolerizado—, ni por mis magníficas piernas —lo cual me habría encolerizado aún más—, ni por lo que había en mí y no por mi aspecto exterior —lo que me habría puesto a rabiar—. No, teniendo globalmente en cuenta todos estos datos, ella se contentó con repetirme: “Te

quiero”. Naturalmente, su análisis le hizo descubrir que había una ternura, también en mí, que respondía a la suya. Yo no podía admitir semejante sofisma.

» Aquí, el deseo me invadió en oleadas cada vez más poderosas. Pero no me pareció que pudiera conducirnos al abrazo. Pues si ella efectivamente me amaba a mí y no a otro, era, de toda evidencia, porque encontraba en mí alguna cosa particular, única, que me distinguía de los demás; y esta cosa no podía ser otra que mi debilidad física. Es decir, que este amor, para mí, era claramente imposible. Puesto que también habría podido producirse lo contrario en el caso de que mi originalidad hubiese sido otra cosa en lugar de mis pies torcidos. Pero para mí, reconocer esta originalidad, o más bien esta justificación de mi existencia, en cualquier otra parte que en mis pies deformes, significaba ser conducido a admitir al lado de lo esencial alguna cosa accesorio; por consiguiente, a admitir también de la misma manera la justificación de la existencia de los otros; lo cual me conducía a admitir la disolución de mi individualidad en el contexto del mundo. Así que, del amor, ni hablar. Lo que aquella muchacha creía amor no era más que una ilusión; por mi parte, amarla me era imposible. De modo que no hice más que repetirle: “Yo no te quiero”.

» Cosa extraña, cuanto más le repetía yo que no la quería, más profundamente ella se hundía en la ilusión de que me amaba. De tal modo que una noche me abandonó su cuerpo. ¡Y qué cuerpo! ¡Espléndido! ¡De una increíble belleza!...

» Una malhadada flojedad me privó de hacer frente a la situación.

» Este fracaso catastrófico arregló el asunto de manera muy simple. La muchacha debió de ver en ello una irrefutable prueba de que yo no la amaba, puesto que me abandonó.

» Estaba humillado; pero comparándola con la que me venía de mi cuerpo enfermo, ninguna humillación contaba para mí. Lo que me consternaba era otra cosa. Yo conocía perfectamente las razones de mi flojedad: era el pensamiento de mis pies deformes tocando los bonitos pies de ella. Y la paz que me daba la certitud de no ser jamás amado, este descubrimiento la atacaba por dentro y no dejaba de ella más que escombros.

» Yo había, en aquel momento, experimentado una falsa alegría al creer que mi deseo, que la satisfacción de mi deseo, me daría la prueba evidente de mi imposibilidad de vivir el amor. Pero la carne me había traicionado: lo que mi espíritu quería hacer, lo había hecho la carne poniéndose en su lugar. De modo que yo me encontraba ante una nueva contradicción. Expresándome de un modo un poco vulgar, diría que, seguro de no ser amado jamás, yo no había hecho más que soñar con el amor; y que, para terminar, había sustituido este amor por el deseo, lo cual me había traído la paz. Pero al mismo tiempo descubrí que este deseo exigía de mí el olvido de mis condiciones de existencia, dejar de lado lo que consumía la sola y única barrera entre mí y el amor: la certeza de no ser

amado nunca. Yo había creído que el deseo era una cosa muy clara, y nunca sospeché que estuviese sujeto a dejarse ver, por poco que fuese, a la luz del sueño.

» Desde entonces me interesó mi cuerpo más que mi espíritu. No es que me hubiese convertido en la encarnación del deseo puro; me contentaba con soñarlo. Frente al deseo, me hice como el viento: invisible pero riéndolo todo, yendo hasta el fondo a través de delicados contactos, cubriéndolo todo con una caricia uniforme, insinuándose para acabar guardando su más íntimo secreto... Si te digo que mi carne adquirió conciencia de sí misma, imaginarás sin duda alguna cosa de aspecto parecido a un objeto macizo, opaco, sólido. No se trata de nada de eso. Para mí realizarme en tanto que cuerpo singular, en tanto que deseo singular, significaba llegar a ser transparente, invisible; como el viento, en una palabra.

» Pero al instante surgía el obstáculo de mis pies deformes: ellos se negaban siempre a toda transparencia. Más que dos pies, lo que representaban era un par de espíritus obstinados; allí estaban, existiendo como objetos más sólidos, más perdurables que mi propia carne.

» La gente piensa que sin espejo no puede uno verse; pero los contrahechos tienen un espejo constantemente ante su nariz. En este espejo, durante las veinticuatro horas del día se reflejaba mi persona. ¡Imposible olvidarlo! Para mí, lo que la gente llama inquietud o malestar no son más que chiquilladas. Lo mío no era nada de eso; yo existía con este cuerpo hecho así, tan seguro y definitivo como la existencia de un sol, de una tierra, de bonitos pájaros y repugnantes cocodrilos. El mundo era como la piedra de una tumba: inmóvil.

» Sin inquietud, sin prisas, he aquí lo que determinaba la singularidad de mi estilo de vida. “¿Para qué vivir?”, se pregunta la gente, y les ves angustiados, incluso se suicidan. Pero para mí no había problema. Yo tenía los pies deformes: era ésta la condición que me había formado, la justificación de mi existencia, mi objetivo, mi ideal, la vida en sí. El solo hecho de existir era suficiente para colmarme. Esa angustia de vivir, ¿acaso no se debe ante todo a lo que uno paga por el lujo de ser un insatisfecho, de encontrar que la vida no llega a colmar lo suficiente?

» Mi atención se centró en una vieja viuda de mi pueblo que vivía sola. Le hacíamos sesenta años o incluso más. En el aniversario de la muerte de su marido, yo reemplacé a mi padre y fui a casa de ella para rezar las oraciones según la costumbre. No vino ningún pariente; ante el altar de la familia no había nadie más que la vieja y yo. Concluida la plegaria, ella me sirvió el té en una habitación contigua, y como era en verano, yo le pregunté si me permitía tomar un baño. Me desnudé, y ella me echó el agua sobre la espalda. Fijó en mis pies una mirada llena de compasión, y entonces, de repente, se me ocurrió una idea.

» Al volver al cuarto donde había tomado el té, mientras me secaba, empecé a contarle con la mayor seriedad del mundo que en mi nacimiento Buda se había

manifestado a mi madre mientras ella dormía y le anunció que la mujer que adorase con fervor los pies de su hijo cuando fuese adulto reviviría en el paraíso. La vieja, embotada por la religión, me escuchaba desgranando las cuentas de su rosario y devorándome con los ojos. Tendido de espaldas, como un cadáver, desnudo, las manos juntas sobre el pecho sosteniendo el rosario, yo musitaba oraciones de mi invención. Había cerrado los ojos. Mis labios, incansablemente, mascullaban jaculatorias.

» Puedes imaginarte mis ganas de reír. Me contenía, pero por dentro me estaba desternillando de risa. Te aseguro que estaba muy lejos de delirar acerca de mi persona. Tenía perfecta conciencia de que la vieja, mientras rezaba junto a mis pies, estaba abandonada a la más ardiente de las adoraciones. Yo no pensaba más que en esa adoración de mis pies, y lo ridículo de la situación me sofocaba. Sólo pensaba en mis pies deformes, no veía más que mis pies deformes, su aspecto monstruoso; esta condición que me había convertido en el non plus ultra de la fealdad. ¡La bárbara bufonada! Y para colmo de lo verdaderamente burlesco, las greñas de la vieja, que no paraba de prosternarse, me hacían cosquillas en la planta de los pies.

» Me di cuenta de que desde el día que me mostré impotente al contacto de aquellos bonitos pies de la muchacha, había estado completamente engañado respecto a mi deseo. Puesto que en pleno desarrollo de la innoble ceremonia, descubrí que yo estaba excitado. Y sin la menor complacencia por parte de mi imaginación. Puesto que me encontraba en las más desalentadoras condiciones.

» Me incorporé, y, bruscamente, volqué a la vieja. No tuve ni siquiera el tiempo de asombrarme ante el hecho de que ella no manifestó la más leve sorpresa. Tal como la había volcado, los ojos fuertemente cerrados, ella seguía recitando sus oraciones sin la menor interrupción. Recuerdo con toda claridad, es extraordinario, que se trataba de un pasaje del sortilegio de la Gran Alma Compasiva: *“Iki, iki. Shino shinó. Orasan. Furashari. Hazá haza fura shayá”*.

» Según los comentarios del texto, como tú sabes, esto quiere decir: “De Ti imploramos, de Ti imploramos la pura sustancia de integral pureza a fin de destruir los Tres Venenos del alma: la Concupiscencia, la Cólera y la Injuria”.

» Tenía ante mí, para acogerme, a una vieja con los ojos cerrados, de sesenta años por lo menos, de rostro curtido y sin afeites. Mi excitación, sin embargo, no sufrió esta vez ninguna caída: aquí es donde culmina la farsa, pero yo me sentía, inconscientemente, SEDUCIDO... “Inconscientemente” no es la palabra exacta, puesto que yo lo veía todo; lo característico del infierno es que allí todo se distingue, incluso la más leve cosa, con una nitidez definitiva a pesar de ser en medio de la noche más negra.

» En el rostro surcado de arrugas de la vieja no había ninguna traza de belleza ni de santidad. Sin embargo, su edad y su fealdad, ¿no me confirmaban una vez más que en mis estructuras mentales no había lugar para los sueños? Por bello

que sea un rostro de mujer, ¿quién puede asegurar que, bajo una mirada desprovista de la más ínfima carga de sueños, no llegará a transformarse en esta cabeza de vieja? Era exactamente esto: había esta cabeza, y había mis pies deformes. En definitiva, ver las cosas en su verdad desnuda era lo que determinaba mi estado de excitación física. Por primera vez yo podía creer en mi propio deseo, con un matiz de amistad. Todo el problema —ahora lo veía claro— consistía no en reducir la distancia entre mí y el objeto, sino al contrario, en mantener esta distancia, de modo que el objeto, si lo había, permaneciese como tal.

» Nada mejor que contemplar las cosas a distancia. ¿Tu ves?, en aquellos momentos, a raíz de mi lógica de contrahecho según la cual el deseo alcanza su coronamiento en el instante mismo en que uno se inmoviliza —lo que excluye toda sospecha de malestar y de inquietud—, en aquellos momentos, digo, descubrí la lógica de mi erotismo. Y por lo mismo descubrí una ficción para mi uso, una especie de sucedáneo parecido a eso que la gente llama de ordinario la embriaguez del deseo. Puesto que para mí, el acuerdo fundado únicamente sobre el deseo —un deseo que se parece al viento, que se parece a una capa mágica que le hace a uno invisible— no sería más que un sueño ilusorio; al mismo tiempo que yo miro es preciso que yo sea, a mi vez, mirado, y en todos los aspectos. Así, por mis pies deformes, las amantes se ven expulsadas fuera de mi esfera; y se quedan guardando las distancias: en eso está la realidad desnuda, y mi deseo no es sino una especie de “apariencia”. Fijando esta realidad, yo me lanzo al revés, en una caída sin fin, al seno de esta apariencia y es entonces cuando la eyaculación se produce en dirección a la realidad fijada. Mujeres, pies deformes, sin tocarse jamás, sin juntarse jamás, son expulsados al mismo tiempo de mi universo... y mi deseo se exacerba hasta el infinito. Porque nunca, decididamente nunca —¡y tanto mejor!— estas bonitas piernas y mis feos pies entrarán en contacto.

» ¿Te cuesta entender lo que quiero decir? ¿Hace falta que me explique mejor? Comprenderás, por lo menos, por qué a partir de aquel día he podido sin dificultad hacerme a la idea de que para mí el amor es imposible. Liberado de toda inquietud. ¡Liberado del amor! El mundo se había inmovilizado para siempre, y al mismo tiempo había alcanzado el objetivo deseado. ¿Es necesario insistir, precisar, diciendo: “el mundo de los hombres”? Entonces, con una sola frase, puedo definir la ilusión de que este mundo es inseparable del amor: es el esfuerzo, condenado al fracaso, Para aplicar a lo real eso que yo he llamado la “apariencia”. Desde entonces, desde mi convicción de no ser jamás amado, fui conducido a darme cuenta de que ésta estaba fundamentalmente unida a la condición humana. He aquí todo lo que puedo decirte acerca de la pérdida de mi virginidad.

Kashiwagi se calló. Yo le había escuchado conteniendo el aliento, y al fin

dejé escapar un suspiro. Sus argumentos me habían trastornado; me costó mucho liberarme de la dolorosa sensación que me produjo aquel choque con un modo de ver las cosas que, hasta entonces, yo no había siquiera imaginado.

Apenas había Kashiwagi terminado de hablar que reapareció el sol primaveral, envolviéndome con sus rayos. Los tréboles resplandecían bajo la luz. De nuevo se podían oír los gritos que nos llegaban del campo de baloncesto, detrás del edificio. Era el mismo mediodía de la misma primavera de siempre, y sin embargo, parecía que todo hubiese cambiado completamente de significado.

Incapaz de permanecer en silencio, yo quería decir también algo, exponer mi parecer. Y tartamudeé torpemente:

—Te habrás sentido muy solo, después.

Con toda la mala intención, una vez más, Kashiwagi hizo como que no entendía mis palabras y me obligó a repetirlas. Sin embargo, en su respuesta había ya un poco de amistad:

—¿Solo, has dicho? ¿Por qué iba yo a encontrarme solo? Lo que he llegado a ser después lo sabrás poco a poco, a medida que vayamos conociéndonos mejor.

La campana anunció la reanudación de las clases. Me estaba levantando cuando Kashiwagi, todavía sentado, tiró brutalmente de mi manga. Yo llevaba el uniforme que ya había usado en el colegio zen; solamente lo habían remendado y cosido botones nuevos; la tela estaba deslucida y en pésimo estado. Y para colmo era demasiado estrecho para mi cuerpo ya de por sí flaco, haciéndome parecer todavía más pequeño.

—La clase de literatura china, ¿no? ¿No la encuentras un poco fastidiosa? Mejor será que vayamos a dar una vuelta.

Dicho lo cual se incorporó sobre sus piernas haciendo un extraordinario esfuerzo: primero pareció que se dislocara y luego como si volviera a colocar todos los pedazos en su sitio; me hacía pensar en los camellos que yo había visto en el cine.

Yo no había fallado nunca a ninguna clase, pero no quería dejar escapar aquella ocasión de aprender algo más con Kashiwagi. Nos dirigimos hacia la puerta principal. En la calle, la particularísima manera de caminar de Kashiwagi se impuso de repente a mi atención y me sentí molesto. ¡Yo, participando así de las reacciones de la muchedumbre! ¡Yo, avergonzado de ir en compañía de Kashiwagi! ¡Era algo inesperado!

Kashiwagi me permitía percibir con claridad dónde se alojaba mi vergüenza y al mismo tiempo me empujaba hacia la vida. Todas las vergüenzas de mi alma, todos los demonios de mi corazón, remodelados por sus palabras, se convertían en cosas llenas de frescura. ¿Fue por esta razón que, una vez franqueada la gran puerta de ladrillos rojos, mientras nuestros pasos oprimían la grava, se me apareció el monte Hiei, envuelto a lo lejos en una leve bruma, como si lo viera por primera vez? Igual que muchas cosas adormecidas en torno

a mí, el monte Hiei parecía recuperar una vida y una significación nuevas. Su cima apuntaba al cielo, pero las colinas, a sus pies, se extendían hacia el infinito como un tema musical cuyas últimas vibraciones se prolongaran indefinidamente. Más allá de la hilera de bajas techumbres, mientras los declives sombreados con los tonos de la primavera permanecían sepultados en un profundo azul-negro, los pliegues del monte se destacaban solos y nítidos con un relieve que parecía muy próximo.

Poca gente y pocos coches pasaban frente a la universidad. De vez en cuando se oía el retumbar de un tranvía de la línea Estación Depósito-Central de Karasumaru. Al otro lado de la calle, los montantes carcomidos de la puerta de acceso al campo de deportes quedaban frente a la puerta que nosotros acabábamos de cruzar, prolongándose hacia la izquierda con una hilera de ginkgos de dos lóbulos y cubiertos de hojas nuevas.

—¡Demos una vuelta por el campo de deportes! —exclamó Kashiwagi.

Fue el primero en cruzar la calle. Con la impetuosidad de una rueda de molino, dando bandazos frente a mí, cruzó la calle casi desierta agitando furiosamente toda la masa de su cuerpo. En los vastos terrenos de juego se entrenaban estudiantes que no tenían clase o que estaban dispensados de ir; al fondo había varios grupos que practicaban el catch; más cerca, cinco o seis muchachos se entrenaban para el maratón. No hacía ni dos años que la guerra había terminado y la juventud ya buscaba el medio de derrochar su energía. Yo me acordé de las frugales comidas en el templo. Nos sentamos en un columpio medio podrido, mirando, sin verlos, a nuestros camaradas que la elipse de su maratón unas veces los traía muy cerca y otras los alejaba. El haber faltado a una clase era para mí como el contacto en la piel de una camisa que se estrena; el sol que nos envolvía, el roce imperceptible de la brisa me producían esta sensación. Un pelotón de corredores, jadeantes, se acercaba a nosotros poco a poco, y a medida que aumentaba su fatiga el ruido de sus pasos se hacía más desordenado; luego, dejando tras ellos una nube de polvo, se alejaron.

—¡Los imbéciles! —exclamó Kashiwagi. No había en sus palabras ninguna traza de envidia o resentimiento—. ¿Para qué sirve todo ese espectáculo? ¿Dirán que sirve para su salud? En todas partes se multiplican las manifestaciones deportivas, claro. ¡Verdaderamente, qué síntoma de decadencia! La clase de espectáculos que habría que ofrecer a la gente es el que nunca se le deja ver; lo que habría que mostrarles son las ejecuciones de la pena capital. ¿Por qué esas ejecuciones no son públicas?

Después de reflexionar un momento, añadió:

—¿Cómo crees que se mantiene el orden durante la guerra sino dando el espectáculo de muertes violentas? ¿Y por qué han decidido que las ejecuciones ya no deben tener lugar en público? Se dice: « Es para evitarle a la gente el gusto a la sangre ». ¡Qué idiotez! Durante la guerra, los que se ocupaban de sacar

cadáveres entre los escombros, ¿qué cara ponían? Pues todo lo apacible y sumisa que se pueda imaginar. Ver a los seres humanos cubiertos de sangre, retorcidos por el dolor de la agonía, oír los lamentos de los moribundos, he aquí lo que hace humildes a los hombres, lo que colma sus almas de delicadeza, de clarividencia, de paz. No es entonces, nunca, cuando nos convertimos en seres sanguinarios y crueles; es, por ejemplo, en un hermoso mediodía de primavera como éste, contemplando distraídamente un rayo de sol que juega al escondite con las hojas sobre el fresco césped recortado... Sí, es en estos momentos que uno se transforma...

» Todas las pesadillas del mundo, todas las pesadillas de la historia han nacido de este modo. Es bajo un sol luminoso que los agonizantes ensangrentados adquieren contornos de pesadilla, que la pesadilla se materializa; y entonces ya no es la imagen de nuestro sufrimiento, sino la de la espantosa tortura de los otros. Y ante el sufrimiento de los otros, uno puede permanecer perfectamente insensible. ¡Ah!, ¡qué liberado se queda uno!

Por fascinante que resultara el sanguinario dogmatismo de mi compañero — y lo era, ciertamente—, lo que yo deseaba saber de él en aquel momento, antes que nada, era el camino que había recorrido después de la pérdida de su virginidad. Porque, como ya he dicho, esperaba ardientemente que él me enseñara la « vida ». Así que dije algunas palabras relacionadas con el problema que deseaba plantear:

—¿Quieres decir las mujeres? Pues bien, actualmente he llegado ya a distinguir, con toda exactitud, por INTUICIÓN, aquellas que se sienten atraídas por los hombres con pies deformes. Hay una clase de mujeres que son así. Este secreto puede que ellas lo guarden durante toda su vida, incluso puede que se lo lleven a la tumba. Tal vez es su única y exclusiva concesión al mal gusto, la única cosa acerca de la cual se permiten soñar... Sí, se las puede reconocer a la primera ojeada. ¿De qué modo? Son, en general, bellezas de primer orden, con una nariz afilada y deliciosa, y una boca, por el contrario, un poco débil, tibia...

Justo en aquel momento, apareció una muchacha que se dirigía hacia nosotros.

CAPÍTULO V

La muchacha no cruzó el campo de deportes, sino que siguió avanzando fuera de él, por una calle ligeramente más baja que bordeaba un barrio residencial. La habíamos visto salir de una suntuosa propiedad de estilo español. Con sus dos chimeneas, sus ventanas acristaladas de enrejado oblicuo y la vasta vidriera de su invernadero, aquella mansión ofrecía un aspecto de extrema fragilidad, y fue sin duda a petición de su propietario que se había instalado la alta red metálica que separaba el terreno de juego de la calle.

Kashiwagi y yo seguíamos sentados en el columpio, cerca de la red metálica. Observé el rostro de la muchacha que se acercaba y me quedé estupefacto: aquella noble fisonomía era la misma, trazo por trazo, que Kashiwagi me acababa de describir en las mujeres «que se sienten atraídas por los pies deformes». Cuando más adelante pude reflexionar acerca de mi repentino estupor del momento, me sentí un poco ridículo: Kashiwagi podía conocer ese rostro desde hacía tiempo y haber hecho de él el tema habitual de sus reflexiones...

Permanecemos a la espera. Bajo el sol primaveral, el monte Hiei levantaba frente a nosotros su cresta de un azul denso. La muchacha se acercaba lentamente. Los argumentos que Kashiwagi acababa de exponerme acerca de sus pies deformes y sus amantes —que él comparaba a dos puntos perdidos en medio del mundo de las realidades, como dos estrellas en el cielo que nunca han de encontrarse—, este deseo carnal que sólo se cumplía huyendo a un universo fantasmagórico, el *shock* que me habían dado estos extraños conceptos y yo no lo había aún superado. Justo en aquel momento, una nube cruzó delante del sol: Kashiwagi y yo nos encontramos inmersos en una ligera sombra, en un universo que de pronto adquirió un aspecto irreal. Todo se fundió en un gris de ceniza, se hizo vaporoso; incluso mi existencia se convirtió en algo vaporoso. Solamente parecían resplandecer, en el firmamento de las verdaderas realidades, y existir auténticamente, la cima violeta del monte Hiei a lo lejos y, cerca de nosotros, la noble silueta que se acercaba lentamente.

En efecto, ella estaba llegando. Pero el paso de los minutos era un verdadero

sufrimiento que se iba haciendo más y más agudo, puesto que a medida que la muchacha se acercaba adquiría insensiblemente un rostro distinto, sin relación ninguna con su verdadero rostro.

Kashiwagi se levantó. Bajando la voz, en un tono grave, me murmuró al oído: «¡Haz lo que te diré! ¡Ven!». Yo no podía hacer otra cosa que seguirle. Caminamos a lo largo del pequeño muro que daba a la calle, siguiendo la misma dirección que la muchacha y paralelamente a ella.

—¡Salta!

Sentí en mi espalda los dedos puntiagudos de Kashiwagi que me empujaban: pasé las piernas por encima del muro y salté a la calle. Un salto de menos de un metro no representaba nada para mí, pero cuando mi contrahecho amigo me hubo imitado, se encontró, en medio de un ruido horrendo, desplomado en el suelo; como era de esperar, había saltado mal y se había caído.

Lo que vi entonces a mis pies era el dorso de un uniforme negro con enormes pliegues, una forma boca abajo que no tenía nada de humano; por un instante creí ver una de esas grandes manchas negras que uno no sabe exactamente lo que son, una de esas charcas de agua enfangada que siembran los caminos después de la lluvia.

Kashiwagi se había desplomado justo a los pies de la muchacha. Ella se quedó petrificada. Al arrodillarme para ayudar a mi amigo a levantarse, vi aquella nariz de arista alta y fresca, aquella boca de comisuras un poco blandas, aquellos ojos velados, y entonces, como en un rayo, se me apareció el rostro de Uiko bajo el claro de luna. Pero la imagen se esfumó enseguida: no vi más que una muchacha que no tenía más de veinte años y que clavaba en mi una mirada de desprecio, disponiéndose a seguir su camino.

Kashiwagi, cuya sensibilidad era todavía más desatada que la mía, adivinó todo lo que pasaba sin necesidad de verlo. Se puso a dar alaridos. Sus terribles gritos llenaron la avenida que el mediodía había dejado desierta.

—¡Corazón de piedra! ¿Va usted a dejarme aquí? Es por culpa suya que me encuentro en este estado.

La muchacha se volvió. Temblaba. Con la punta de sus dedos delgados y finos se frotaba las mejillas, que se le habían quedado exangües. Finalmente, me preguntó:

—¿Qué puedo hacer...?

Kashiwagi ya había levantado la cabeza. Clavando fijamente los ojos en la muchacha y haciendo resaltar cada palabra, dijo:

—¿Quiere usted decir que en su casa no hay ni un simple botiquín?

Ella permaneció un instante sin responder; luego, dando media vuelta, se fue por donde había venido. Yo ayudé a Kashiwagi a levantarse. Hasta que no le tuve en pie, me pareció terriblemente pesado y con un doloroso jadeo. Pero cuando empezó a caminar apoyado en mi espalda, me sorprendió la soltura de

movimientos de su gran cuerpo...

Corrí hasta la parada del tranvía, frente a la estación de Karasumaru, y salté al coche. Pero hasta el momento de parto en dirección al Pabellón de Oro me sentí oprimido. Mis manos estaban cubiertas de sudor.

Apenas hube ayudado a Kashiwagi, siguiendo los pasos de la muchacha, a franquear el umbral de la gran mansión española, me sobrevino el pánico y lo dejé allí plantado huyendo sin mirar detrás de mí ni una sola vez. No sintiéndome ya con ánimo de volver a la universidad, me precipité a lo largo de la avenida desierta, pasando como una tromba por delante de las tiendas, alineadas como una ristra de cebollas, la farmacia, la pastelería, el electricista. Percibí vagamente, con el raballo del ojo, una mancha violeta y escarlata que se agitaba; debió de ser frente a la iglesia Terni, de Kotoku: probablemente farolillos de papel, grabados con la flor del ciruelo y colgados a lo largo del negro cercado, y las tapicerías violetas de la gran portalada adornadas con el mismo blasón. ¿Hacia dónde corría? Ni yo mismo podía saberlo. Sólo cuando el tranvía, arrastrándose penosamente, se acercó a Murasakino, me di cuenta hasta qué punto mi corazón estaba impaciente por regresar de nuevo al Pabellón de Oro.

En plena temporada turística y a pesar de ser un día laborable, una muchedumbre increíble circulaba por los jardines del templo. El viejo guía, viéndome cómo me abría paso violentamente en medio de la muchedumbre para llegar cuanto antes al Pabellón de Oro, me clavó una mirada de asombro.

De nuevo me encontraba frente a este Pabellón de Oro que la primavera envolvía con un polvillo danzante y los horrendos grupos de turistas. Mientras resonaba la potente voz del guía, el Templo de Oro parecía disimular su belleza con un gesto de despeggo, de indiferencia fingida. Toda su pureza estaba contenida en el simple reflejo de su imagen en las aguas del estanque. Sin embargo, mirándolo desde cierto ángulo, la nube de polvo se parecía a la nube dorada que en el conocido cuadro envuelve a los budistas que escoltan a Buda en su descenso a la tierra; del mismo modo, detrás de su velo de polvo, el Pabellón de Oro hacía pensar en viejos colores desvaídos por el tiempo, en un dibujo casi borrado. Y no tenía nada de extraño que la confusión y la algaraza que reinaban en torno penetrasen las delicadas columnas para ir a perderse, como aspiradas, en el blanco cielo donde el frágil Kukyôchô se remontaba con su Fénix de cemento, empequeñeciéndose hasta tocarle.

Con su sola presencia, el edificio ejercía no sé qué extraño poder de control y disciplina. Cuanto más aumentaba en torno a él el alboroto, más el Pabellón de Oro —con su Sôsei al oeste, su segundo piso cuyo techo se afila bruscamente, su arquitectura simétrica y delicada— operaba como un filtro que convierte el agua turbia en agua limpia. Lejos de ser rechazados por el Templo de Oro, los alegres

y locuaces visitantes se colaban al interior por entre las graciosas columnas, y lo admiraban, a fin de cuentas, para convertirse en parte integral del aire diáfano y del silencio: exacta y casi indiscernible réplica, sobre el suelo firme, de la imagen que se reflejaba en las aguas inmóviles del estanque.

La calma volvió a mí, disipando poco a poco mi terror. Así debía ser para mí la Belleza: capaz de defenderme contra la vida, de protegerme de ella. Pensaba, y era casi una oración dirigida al templo: «Si mi vida ha de ser como la de Kashiwagi, protégeme. ¡Porque creo que no lo podría soportar!».

La única enseñanza que podía sacar de los argumentos de Kashiwagi y de la improvisación que había desplegado ante mis ojos, era que vivir y destruir son sinónimos. A semejante existencia le faltaba toda espontaneidad, y le faltaba también la belleza de un edificio como el Pabellón de Oro: en cierto modo, no era más que una serie de piadosas convulsiones. Confieso que aquella vida me atraía, la verdad, que en ella adivinaba mi propia pendiente. Pero si había que empezar por hacerse sangre en los dedos con las espinas y astillas de la existencia, resultaba pavoroso. Kashiwagi despreciaba el instinto lo mismo que el intelecto. Como una pelota de forma extravagante, su existencia avanzaba sola, caprichosamente, rodando, tropezando, instando abatir el muro de la realidad. Pero en medio de todo eso, no había un solo acto auténtico. En una palabra: la vida, tal como él la sugería, no era más que una peligrosa farsa destinada a abatir esta realidad disfrazada, irreconocible, ante la cual nosotros obrábamos como incautos, y a despejar el universo de todo lo desconocido que inspira recelo.

Todo eso pude comprobarlo más tarde contemplando un cartel en su habitación. Era una bonita litografía de una agencia turística y representaba un paisaje de los Alpes japoneses. A través de las blancas cimas, destacándose sobre un cielo azul, habían impreso: «Invitación para un mundo desconocido...». La venenosa pluma de Kashiwagi había tachado estas palabras y las montañas con una cruz en tinta roja, y debajo había garabateado, con aquella escritura a sacudidas que recordaba los andares de sus pies deformes: «Toda vida desconocida me es intolerable».

Al día siguiente reanudé las clases, muy preocupado a causa de todo esto. No es que lamentase haberme escapado, la víspera, dejando que se las apañase él solo: más bien tenía la impresión de haberme comportado como un verdadero amigo dispuesto a todo; pero aunque no me sintiese exactamente culpable, el solo temor de no ver aparecer su silueta en la clase me desalentaba. Vana inquietud, puesto que, justo cuando la clase iba a empezar, vi entrar al Kashiwagi de siempre, absolutamente inmutable, enderezando la espalda con gesto de desafío, en una actitud forzada.

Durante el recreo, fui rápidamente en su busca y le tomé del brazo: este súbito impulso de alegría, saliendo de mí, es rarísimo. Kashiwagi, con una sonrisa en las comisuras de los labios, me siguió hacia la galería.

—¿Qué tal tu herida? —le pregunté.

—¿Qué herida? —Me lanzó una mirada llena de piedad—. ¿Cuándo he sido yo herido? ¿Eh? ¿De dónde diablos has sacado eso?...

Me quedé estupefacto. Después de burlarse de mi aturdimiento, Kashiwagi me reveló la clave del enigma:

—¡Todo era comedia! Había ensayado cien veces aquella caída a la calle; tenía preparado un truco para lograr una caída sensacional que hiciese pensar en alguna fractura. Confieso que en mi plan no había previsto que la muchacha pondría cara de disponerse a seguir su camino afectando falsa indiferencia. ¡Pero tenías que haberlo visto! ¡Porque ya está, ahí la tienes con el flechazo! No, no creas que me equivoco: ¡está con el flechazo por mis pies deformes! Con sus propias manos, ¿me oyes?, con sus propias manos aplicó la tintura de yodo a mis piernas.

Se remangó el pantalón y me hizo ver sus pantorrillas teñidas de amarillo claro. Entonces tuve el presentimiento de que tocaba el fondo de aquel engaño: que Kashiwagi se hubiese desplomado expresamente sobre la calle para llamar la atención de la muchacha, me parecía muy plausible; pero con el pretexto de haberse herido, ¿no había tal vez intentado disimular su impotencia física? Esta sospecha, sin embargo, lejos de provocar mi desprecio por Kashiwagi, fue el punto de partida de una creciente intimidación. Sin contar —y aquí se trataba de una reacción claramente juvenil— que cuantos más trucajes descubría su filosofía, mejor demostraba a mis ojos su sinceridad respecto a la vida.

Tsurukawa no vio con buenos ojos mis relaciones con Kashiwagi. Me hizo algunas afectuosas observaciones al respecto, llenas de buena intención. Las recibí un tanto irritado; discutí tontamente con él, llegando incluso a decirle que un chico como él podía hacer amistades de buena ley sin dificultad, pero que a las personas como yo, lo que nos iba de maravilla eran los tipos como Kashiwagi. Lo que entonces vi pasar por los ojos de Tsurukawa, aqueja nube de indecible tristeza ¡cuánto remordimiento y pesadumbre habría de traerme con el tiempo!

Era el mes de mayo y Kashiwagi tenía listo un proyecto de excursión a Arashiyama. Para evitar la muchedumbre de los domingos, decidió que nos dispensáramos de ir a clase un día entre semana, añadiendo —y ahí se manifestaba su verdadero estilo— que la salida no tendría lugar si hacía un hermoso día; solamente saldríamos si el cielo estaba cubierto, sombrío y triste. Se las había arreglado para llevar con nosotros a aquella muchacha de la mansión española y una chica de su pensión de familia, para que fuese mi pareja. Teníamos que encontrarnos en la estación Kitano, de la red ferroviaria Keifuku, y vulgarmente conocida por Randen.

Por suerte —ya que en mayo no es frecuente—, aquel día el cielo se cubrió de sombrías y deprimentes nubes.

Tsurukawa, reclamado a Tokio por cuestiones de familia, pidió algunos días de

permiso para subir a la capital. Sin duda, Tsurukawa era incapaz de chivatear a un amigo, pero su ausencia me ahorró la molestia, aquella mañana, camino de la universidad, de tener que esconderle mis intenciones.

Esta excursión no me ha dejado más que amargos recuerdos. Sí. Los cuatro éramos muy jóvenes, y sin embargo, todo lo que la juventud lleva consigo a menudo, melancolía, vehemencia, inquietud, nihilismo, todo, al parecer, coloreó cada instante de esta jornada. Es muy probable que Kashiwagi lo hubiese presentido; pero lo que es seguro es que escogió expresamente un día semejante, con semejante cielo sombrío y lúgubre.

El viento silbaba del sudoeste y se esperaba que su violencia aumentase cuando, por el contrario, decayó, quedándose en un simple rumor de una dulzura inquietante. El cielo se ensombreció más. El sol no era totalmente invisible: un blanco desfiladero se abría al sesgo entre espesas nubes superpuestas, y al fondo surgía a veces un resplandor; en las profundidades imprecisas de aquella luz blanca se adivinaba la presencia del sol, que pronto se diluía en la gris monotonía que cubría el cielo.

Kashiwagi no me había mentido: le vi cruzar la puerta de la estación acompañado de las dos chicas. Una de ellas era la del otro día, en efecto; nariz recta y deliciosa, boca de comisuras débiles, vestido de tejido de importación; era realmente una hermosa muchacha. Llevaba una cantimplora colgada a su espalda. Junto a ella, la otra muchacha, regordeta, no le llegaba a la suela del zapato ni en altura ni en distinción; no tenía de femenino más que su pequeño mentón y sus labios estrechamente cerrados.

Desde el principio, la atmósfera del viaje, que debía ser alegre, se estropeó. Sin que pudiese saberse exactamente por qué motivo, Kashiwagi y su amiga no cesaron de disputarse y ella se mordía los labios de vez en cuando para contener el llanto. Mi pareja mantenía una inalterable indiferencia y tarareaba una melodía de moda. De repente se volvió hacia mí:

—En mi barrio —dijo— hay una profesora de decoración floral, una mujer muy bonita. El otro día me contó su historia, una historia realmente triste. Durante la guerra tuvo un amigo, un oficial. El tuvo que marcharse al frente y sólo disponían de unos instantes para decirse adiós en el Templo Nanzen. Los padres de él no aprobaban aquella unión; inútil actitud, puesto que poco antes de la separación (¡qué lástima!) ella había dado a luz un niño que murió al nacer. Muy afectado por ello, el oficial, en el momento del adiós le dijo que, puesto que la criatura había muerto, él quisiera al menos beber un poco de leche de sus pechos. Como disponían de poco tiempo, allí mismo hizo ella salir un poco de leche de su seno recogiénola en una taza de té que había preparado para él. Un mes más tarde, el oficial fue muerto, y ella, desde entonces, vive sola, guardando absoluta fidelidad a la memoria del muerto. Es una mujer todavía joven y muy bonita...

Yo apenas podía creer lo que oía. La increíble escena de la que fui testigo en los últimos días de la guerra en compañía de Tsurukawa, desde lo alto de la Puerta Monumental, en Nanzenji, revivía delante de mí. Sin embargo, me guardé de decírselo a la chica; presentía que si hablaba, la emoción que acababa de experimentar con su relato traicionaría el misterio donde se bañaba mi emoción de la otra vez; con mi silencio, el relato que acababa de escudar, lejos de volcar más luz sobre el misterio, le daría todavía una mayor profundidad y grandeza.

El tren corría junto al gran bosque de bambúes de los alrededores de Narutaki. En mayo, como siempre, las hojas se ponen amarillas. El viento zumbaba entre las ramas y las hojas secas caían, amontonándose en el suelo, junto a los tallos. Pero como si nada de todo eso les concerniese, los tallos permanecían en su placidez, prolongando hasta las más lejanas profundidades del bosque la confusión de sus poderosas nudosidades. Cuando el tren las rozaba a toda velocidad, entonces las cañas se doblegaban, como si entraran en trance. Una de ellas me llamó la atención: una joven caña de bambú, de un verde lustroso y bello; se dobló dolorosamente, con un movimiento extraño, como si fuese víctima de un hechizo... Se alejó, desapareciendo...

Cuando llegamos a Arashiyama nos dirigimos hacia el puente Togetsu para ver la tumba —que ninguno de nosotros conocía— de la dama Kogo. Antiguamente, la dama Kogo, por temor a no ser del agrado de Taira-no-Kiyomori, se escondió en Sagano. Habiendo partido en su busca por orden del Emperador, Minomoto-no-Nakakuni descubrió su escondite guiado por los lejanos acentos de un arpa, una noche de otoño iluminada por una luna clara. ¿Cuál era la melodía que ella cantaba? *En mi esposo sueño con amor*. En el *Nô* que lleva su nombre se lee: «Sedienta de luna —pensó él—, ha debido de salir a la noche...». Y dirigió sus pasos hacia el Templo de Horin. Entonces escuchó los acentos del arpa, semejante a la borrasca sobre las cimas o al viento entre los pinos. «¿Qué es esto? —dijo—. La canción de la dama que sueña en su esposo con amor». Y él se sintió regocijado. La dama Kogo vivió el resto de sus días retirada en Sagano y rezando por el Emperador Takakura.

Su tumba se hallaba al borde de un estrecho sendero, un simple monolito entre un gigantesco arce y un viejo y ruinoso ciruelo. Kashiwagi y yo, compungidos, rezamos una corta oración. Había en la dicción exageradamente solemne de Kashiwagi como un tono de profanación que llegó a infectar, y me puse a decir la plegaria con la cantinela gangosa de los escolares: irreverencia gracias a la cual me sentí maravillosamente liberado y lleno de entusiasmo.

—¿A vosotros no os parece que causan lástima esas nobles tumbas? —dijo Kashiwagi—. El que fue poderoso por la política, o por el dinero, deja esculturas suntuosas, verdaderamente impresionantes. Esta gente, que no tuvo una onza de imaginación mientras vivió, ha levantado sepulcros, como era de esperar, donde nada, absolutamente nada puede servir de trampolín para la imaginación. Pero la

gente de bien, la que sólo vive de imaginación, la suya y la de los otros, dejan tumbas como ésta, que decididamente dan impulso a la fantasía; lo más triste, para mí, es que, incluso muertos, les es preciso continuar pidiendo a la gente, como los mendigos, que tengan a bien querer seguir sirviéndose de su imaginación.

—¿Quieres decir con eso que sólo existe nobleza en la imaginación? —dije yo a mi vez, divertido—. ¿Tú, que tienes siempre la palabra «realidad» en los labios? La realidad de la nobleza, ¿qué es?

—¡Esto! —Y Kashiwagi golpeó con la palma de la mano la extremidad musgosa del monolito—. Piedra, huesos..., en resumen: la reliquia inerte de lo que fue el hombre.

—¡Condenado budista! ¡Venga ya!

—¿Qué insinúas con tu budismo? La nobleza, la cultura, todo eso que la gente considera como estético, en realidad no es más que desierto y caos inorgánico. Esto es como el Templo de Ryuan^[12]: nada más que piedras. La filosofía es piedras, el arte es piedras. Una piedra, una señal, eso es todo. La única cosa de la cual se ocupan los hombres de un modo, en cierto sentido, orgánico —¿no es lamentable?—, es la política. En casi todo lo demás, el hombre es una criatura que reniega de sí misma.

—¿Y el deseo? ¿Qué haces con él?

—¿El deseo? Y bien, está justo en medio, a mitad de camino entre el hombre y la piedra, que se persiguen en torno a él, mientras él gira en redondo en medio, como, en el juego de las cuatro esquinas, el que se queda.

Yo quería proseguir, discutirle resueltamente su concepto de lo Bello, pero las dos muchachas, cansadas de esta discusión, emprendían el camino de regreso; nos pusimos de nuevo en marcha, por el sendero, y las alcanzamos. Desde allí se dominaba el río Hozu. Nos encontrábamos al nivel del puente Togetsu, hacia la vertiente norte. Enfrente, las laderas, cubiertas de un verde sombrío, eran tristes, pero a sus pies transcurría una línea de aguas vivas y blancas cuyo sordo rumor resonaba por todo el contorno.

En el río había gran número de barcas. Lo bordeamos hasta el parque de Kameyama, que estaba adornado con viejos papelitos de colores y se hallaba casi vacío de visitantes. Al franquear la puerta nos volvimos para dirigir una última mirada al río Hozu y a las hojas nuevas de los árboles de Arashiyama. En la otra ribera se precipitaba una pequeña cascada.

—Bonito rincón, ¿eh? Como el infierno —dijo Kashiwagi.

Cuando decía estas cosas, yo adivinaba que hablaba porque sí; sin embargo, probaba a ver las cosas a través de sus ojos y poder así reconocer un rincón de infierno. Lo conseguí admirablemente: vi en efecto el infierno reflejado en aquel apacible paisaje adornado de hojas nuevas y que parecía tan inocente. De modo que era posible, a instancia de la voluntad o del simple deseo, hacer surgir el

infierno en pleno día, en plena noche, donde fuese. Al parecer bastaba con una simple disposición a la fantasía, una simple llamada, y, al instante, el infierno aparecía.

Los cerezos, que se dice fueron trasplantados en el siglo XIII desde el monte Yoshino hasta Arashiyama, estaban ya sin flor y empezaban a cubrirse de hojas. Pasado ya el tiempo de su florecimiento, ¿cómo no darles a las corolas apagadas el nombre que se les da a las jóvenes beldades muertas?

En el parque de Kameyama abundaban sobre todo los pinos. De modo que el color no variaba con el cambio de estación. Era un parque inmenso y accidentado. Los pinos se erguían gigantescos y desprovistos de ramas hasta una considerable altura, así que la profundidad del parque no ofrecía a los ojos más que un hacinamiento desordenado y numeroso de troncos que producía una impresión de malestar. Alrededor corría un largo y sinuoso sendero en el que, cuando uno esperaba trepar por una pendiente, invariablemente volvía a descender. Aquí y allá se veía un tronco, un arbusto, un pino joven. Donde asomaban enormes peñascos blancos, cuyas tres cuartas partes permanecían enterradas, se esparcía una profusión de azaleas púrpura y su color parecía, bajo el cielo gris, cargado de maleficio. Trepamos por un collado y nos sentamos bajo un kiosco en forma de parasol; un poco más abajo, en un columpio instalado en medio de los árboles, una joven pareja se balanceaba. Hacia el este se divisaba la casi totalidad del parque; hacia el oeste, nuestras miradas iban a través de los árboles hasta el río Hozu. El rechinar del columpio subía hasta nosotros semejando un continuo rechinar de dientes...

Kashiwagi no había mentido al decirme que no tendríamos necesidad de traer comida; en efecto, su amiga desenvolvía un paquete conteniendo bocadillos para cuatro, varios bizcochos de importación, muy difíciles de encontrar, y para terminar una botella de whisky Suntory, que sólo podía conseguirse de estraperlo y estaba reservado a las fuerzas de ocupación. Kyoto pasaba por aquel entonces, en el sector Kyoto-Osaka-Kobe, por ser el centro más importante del estraperlo.

Yo soportaba mal el alcohol; sin embargo acepté amablemente el vaso que me tendieron, como antes habían hecho con Kashiwagi. Las chicas bebieron té negro que llevaban en la cantimplora.

¿Cómo pudo nacer aquella gran intimidad entre Kashiwagi y su amiga? Me hacía esta pregunta sin poder hallarle respuesta. ¿Cómo había podido una muchacha como aquélla, nada fácil al parecer, encapricharse de un Kashiwagi, de un estudiante sin un céntimo y para colmo contrahecho? Yo no podía comprenderlo. Como respondiendo a mis preguntas, Kashiwagi —ayudado por el whisky— me dijo:

—¿Te acuerdas de nuestra disputa en el tren, hace un momento? Era porque su familia la hostiga para que se case con un hombre que ella no quiere. ¡Y ella parecía a punto de dejarse atrapar! ¡De querer dejar hacer! Así que yo, ora

consolándola, ora amenazándola, le he dicho que no lo consentiría de ningún modo.

Aquello no era lo más apropiado para decir delante de la interesada, pero Kashiwagi hablaba con la mayor flemma del mundo, como si ella no estuviese allí; con todo, en la expresión de la muchacha no se operó ningún cambio. Un collar de bolas de porcelana azul rodeaba su gracioso cuello. El fondo gris del cielo acusaba el relieve de sus rasgos, suavizados a su vez por el dibujo de su espesa cabellera. Sus ojos, como velados por una húmeda bruma, daban por sí solos una impresión de voluptuosa desnudez. Como siempre, entreabría su boca de comisuras blandas, dejando ver por entre los labios una fina hilera de dientes blancos y cortantes, de un esmalte seco y resplandeciente —dientes de joven roedor—.

—¡Oh, cómo me duelen! —empezó a gemir de repente Kashiwagi, roto en dos y apretándose furiosamente las piernas con las manos.

Turbado, me precipité a atenderle, pero él, con la mano, me rechazó al tiempo que me guiñaba el ojo con un aire extraño y burlón. Yo me aparté.

—¡Oh, cómo me duelen! ¡Cómo me duelen!

Sus gemidos se reanudaban, decididamente patéticos. La casualidad quiso que en aquel momento mi mirada tropezase con la muchacha, que se hallaba de pie junto a mí: estaba transformada. De sus ojos había desaparecido toda señal de sangre fría. Su boca temblaba de escalofríos. Sólo la nariz de línea alta y fresca no parecía afectada por el acontecimiento, contrastando violentamente con el resto del rostro cuya armonía y equilibrio estaban ahora devastados.

—¡Perdón! ¡Oh, perdón! ¡Yo le calmaré! ¡Enseguida, sí, enseguida!

Así gritaba la muchacha, sin ninguna vergüenza, con una voz más que aguda que yo escuchaba por primera vez. Luego, estirando su largo y delgado cuello, lanzó una mirada en torno a ella, se arrodilló sobre una piedra y abrazó las pantorrillas de Kashiwagi. Las acarició largamente con sus mejillas antes de cubrirlas finalmente de besos.

Por segunda vez, el horror me paralizó. Me volví hacia la otra muchacha: desviaba la vista y tarareaba una canción... En aquel momento creí ver al sol filtrándose entre las nubes; simple ilusión mía, tal vez; lo cierto fue que el orden y la tranquilidad del gran parque se vieron trastornados. Tuve la súbita impresión de que crujía toda la superficie, todo el barniz de aquel cuadro dentro del cual nosotros nos hallábamos integrados lo mismo que el bosque de pinos y el resplandor del río, las lejanas colinas y el dorso blanco de los peñascos y las flores de azalea...

En todo caso, el milagro esperado pareció que iba a realizarse, puesto que Kashiwagi dejó de gemir poco a poco. Levantó la cabeza, guiñándome el ojo una vez más con aire burlón.

—¡Ah! ¡Eso ya está mejor!... Es curioso. Cuando empieza a dolerme, basta

que tú me hagas esto para que el dolor desaparezca al instante...

Cogió con sus manos los cabellos de la muchacha; dócil, ella levantó hacia él sus ojos de perro fiel y sonrió. Un pálido rayo de luz, en aquel instante, hizo que el bello rostro se pareciese al de la sexagenaria que Kashiwagi me había descrito tiempo atrás. Orgulloso de su milagro, él resplandecía, deliraba casi. Riendo en voz alta, sentó a la muchacha en sus rodillas y empezó a besarla. Su risa, saltando de rama en rama, repercutía al fondo de la pendiente.

Como yo no decía nada, Kashiwagi dijo:

—¿Por qué no te ocupas de ella? —Y señalaba a la otra chica—. La he traído para ti. ¿Temes que se burle de ti, porque eres tartamudo? ¡Tartamudea, santo Dios, tartamudea! Tal vez a ella le encantan los tartamudos.

—¿Ah, es usted tartamudo? —preguntó ella, como si acabara de darse cuenta—. ¡Entonces sólo falta el Ciego para completar el Trío de los Tullidos!

Herido en lo más vivo, yo me sentía incapaz de permanecer allí por más tiempo. Odiaba a aquella muchacha. Pero mi odio, en medio de una especie de vértigo, se transformó extrañamente en un repentino deseo.

—¡Separémonos y que cada pareja vaya por su lado! Nos reuniremos aquí dentro de dos horas —dijo Kashiwagi, mirando a nuestros pies la pareja que aún no se había hartado de columpio.

Dejándoles a ellos, mi compañera y yo descendimos al pie de la pequeña cima por el lado norte. Luego, torciendo hacia el este, trepamos por una suave pendiente.

—Ha conseguido hacerle creer que ella es una santa. ¡Es su gran jugada de siempre! —dijo la muchacha.

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunté, tartamudeando espantosamente.

—¡Toma! Kashiwagi y yo hemos salido juntos...

—¡Y ahora aquello ha terminado! Y todo eso que hace él la deja a usted fría, ¿no?

—Completamente fría... ¡Con esas patatas no hay nada que hacer...!

Sus palabras, esta vez, me llenaron de coraje y la pregunta asomó a mis labios sin dificultad:

—Tú también estabas enamorada de sus piernas, ¿verdad?

—¡Basta! Olvidemos ya sus patas de rana... Lo que tiene es unos hermosos ojos...

Ante esta observación, mi seguridad se desvaneció por completo. Pese a lo que Kashiwagi pudiese pensar de sí mismo, había al menos en él una cualidad que se le escapaba y que le valía ser amado. Yo, por el contrario, a fuerza de considerar que no había ni un rasgo de mi personalidad del cual yo no tuviese conciencia, estaba tan lleno de orgullo que sólo yo me negaba a mí mismo la posesión de semejantes cualidades...

En lo alto de la pendiente había un pequeño llano donde reinaba una profunda

paz. A través de los pinos y los «cryptomer» se adivinaba, en medio de otras colinas, el vago perfil de Daimonjiyama y de Nyo-i-ga-take. Las cañas de bambú tapizaban la pendiente, que descendía desde donde nos hallábamos nosotros hasta la ciudad. Junto al bambú, un cerezo tardío guardaba todavía sus flores. ¿Por qué tan tarde, estas flores?, me preguntaba yo. ¿Tanto habían balbuceado, tanto habían tartamudeado su eclosión...?

Yo me sentía como oprimido y tenía un peso en el estómago. No era a causa del whisky. A medida que se acercaba el instante crucial, mi deseo se hacía más pesado, guardaba sus distancias en relación con mi cuerpo, se abstraía de algún modo para caer con todo su peso sobre mis espaldas, tan negro y pesado como una biela de acero.

Ya he dicho cuánto apreciaba —benevolencia o malicia— los esfuerzos de Kashiwagi para lanzarme resueltamente a la vida. Pero yo era aquel que en el colegio había rayado la funda de la daga de nuestro predecesor, y nada me ayudaba a abordar la vida por su lado más claro; hacía tiempo que lo había percibido con toda nitidez. Kashiwagi me había enseñado el retorcido y tenebroso camino que podía conducirme a la vida entrando al revés. A primera vista, esto parecía conducir directamente a la destrucción; en realidad, lo que hacía era aumentar las estratagemas insospechadas metamorfoseando la cobardía en valor: era una especie de alquimia destinada a conseguir que esto que nosotros llamamos vicio vuelva a quedarse en lo que originariamente fue, es decir, que vuelva a pasar de la energía al estado puro. No bastaba vivir según cierto sistema: vida de marcha forzada, de conquista, vida de mutación y que podía perderse, que difícilmente podía ser llevada como típica con todo y tener la función y el carácter de la vida. En el supuesto de encontrarnos en un lugar que escapa a nuestras miradas frente a esta premisa según la cual toda vida carece de sentido, forzoso nos será concederle al tipo de vida de que hablo el mismo valor que a la existencia banal. Mientras tanto, yo me decía que en el caso de Kashiwagi debía de haber una especie de intoxicación. Muy pronto me di cuenta de ello: cualquier aspecto que revistan nuestras relaciones, por deprimentes que sean, en el fondo se agazapa siempre la borrachera del conocimiento. Después de todo, no siempre es alcohol lo que la gente utiliza para embriagarse...

... Estábamos sentados cerca de los matorrales de azalea, sobre cuyo mustio color ya se había posado el verde. ¿Qué idea fantasiosa había empujado a aquella muchacha a hacerme compañía? Lo ignoraba. ¿A qué movimiento había obedecido —empleo a conciencia la expresión brutal— para quererse *ensuciar de aquel modo*? También lo ignoraba. Debe de existir aquí abajo, sin duda, una forma de pasividad llena de timidez y de gentileza: no fue nada; ella me dejó solamente posar mis manos sobre las suyas, pequeñas y regordetas, como un enjambre de moscas buscando hacer la siesta. Un interminable beso, la dulce piel de su mentón fustigando mi deseo... ¿De modo que era eso lo que tanto

tiempo había yo soñado? La sensación que experimenté me pareció corta, bien poca cosa... Mi deseo mientras tanto galopaba aparte... El cielo nublado y blanquecino, el rumor de las cañas de bambú removiéndose, los patéticos esfuerzos de un insecto escalando una hoja de azalea, todas estas cosas continuaban existiendo como antes, aquí y allí, sin orden ni armonía.

Para salir del atolladero, intenté no pensar más en la muchacha que estaba allí, frente a mí, como un objeto de deseo; es mejor pensar que ella es la vida, me decía yo, que es la barrera que hay que franquear para seguir adelante y continuar la conquista; no debo dejar pasar esta ocasión, pues la vida no vendrá eternamente a ofrecérseme... Estas ideas pasaban veloces por mi cabeza, al mismo tiempo que las innumerables humillaciones que mi tartamudez me había valido cada vez que, incapaces de brotar de mis labios, las palabras quedaban bloqueadas en mi boca. Yo debía, en aquellos momentos, haber abierto la boca resueltamente y gritar alguna cosa para ampararme a la vida, incluso tartamudeando. La brutal exhortación de Kashiwagi: «¡Tartamudea, santo Dios, tartamudea!», aquel clamor del pecho resonaba en mis oídos para estimularme... Mi mano se deslizó hacia el borde de la falda...

Entonces se me apareció el Pabellón de Oro.

Con toda su majestad. Con su gracia melancólica. Caparazón de fastuosas estructuras donde subsisten los dorados agrietados. Siempre nítido, en aquel incomprensible punto del espacio que de repente lo alejaba de quien lo creía próximo, amistoso y distante a la vez... Así se me apareció.

Ahora obstruía el paso entre mí y la vida hacia la cual yo tendía. Primero como una miniatura, se agrandó bajo mis ojos hasta cubrir enteramente el mundo que me rodeaba sin omitir el más mínimo detalle, igual como le vi otra vez, en la fina maqueta del Pabellón de Oro: un Pabellón de Oro gigantesco englobando casi todo el universo. Llenaba el mundo de una poderosa música que acabó por encerrar dentro de ella la significación del universo entero. El Templo de Oro cuyo impulso hacia las nubes me había a veces ignorado tanto, he aquí que se abría a mí, me ofrecía un sitio en el seno de su estructura...

De repente, mi compañera se alejó deslizándose con tanta ligereza que pronto se hizo tan imperceptible como una mota de polvo: el Pabellón de Oro la rechazaba; pero al mismo tiempo, también rechazaba la vida que yo intentaba apresar. Y así, rodeado de belleza por todas partes, ¿cómo tender los brazos hacia la vida? ¿No tenía también derecho la Belleza a exigir que se la tuviese en cuenta, que se renunciara al resto? Tocar con una mano la eternidad y con la otra la vida es un imposible. Si lo que le da un sentido a nuestro comportamiento en relación con la vida es la fidelidad a cierto instante y nuestro esfuerzo por eternizar este instante, tal vez el Pabellón de Oro lo sabía y quería, siquiera por breves segundos, desistir de su indiferencia para conmigo. Era como si hubiese tomado el rostro de ese instante y hubiese venido hacia mí para mostrarme la nulidad de

mi sed de vivir. En la vida, el instante que adquiere color de eternidad nos embriaga; pero el Pabellón de Oro sabía muy bien que esto no tiene ningún valor comparado con la eternidad que asume el aspecto de un instante, como él mismo hacía precisamente en aquel minuto. Y era verdaderamente en momentos como aquél que la inalterable Belleza era capaz de paralizar nuestras vidas, de destilar su veneno en nuestra existencia. La belleza momentánea que la vida nos deja entrever es impotente contra semejantes venenos; ellos la dejan reducida a piezas, la eliminan y acaban por instalar la vida en medio de la sucia luz de la nada...

El tiempo que la visión me había tenido completamente bajo su poder había sido muy corto. Cuando volví en mí, el Templo de Oro había desaparecido: ya no era más que una construcción invisible para mí, muy lejos, hacia el nordeste, sobre Kinugasa. El instante de ilusión durante el cual yo me había sentido aceptado, abrazado por él, había pasado; me encontraba tendido en lo alto de una colina del parque de Kameyama, sin otra cosa en torno que hierba, flores, el vuelo monótono de los insectos y una muchacha revolcada en una postura lasciva.

Ante mi repentina timidez, ella se sentó lanzándome una mirada vacía. Observé el gesto de torcimiento de sus nalgas mientras me daba la espalda. Sacó un espejo del bolso; no dijo una palabra, pero su desprecio me traspaso toda la piel y se quedó dentro como la polilla se queda en los vestidos, en otoño.

El cielo colgaba bajo. Sobre la hierba y las hojas de azalea cayeron finas gotas de lluvia con un leve ruido seco. Levantándonos rápidamente, regresamos corriendo por el sendero.

Si aquella salida al campo me ha dejado un sabor a ceniza tan fuerte no se debe solamente a que acabase de modo tan lamentable. Aquella misma noche, antes de acostarnos, el Prior recibió un telegrama de Tokio cuyo texto reveló inmediatamente a todo el personal del templo.

Tsurukawa había muerto. El texto sólo hablaba de un accidente. Más tarde supimos los detalles: la víspera por la noche, Tsurukawa había hecho una visita a su tío de Asakusa y bebió un poco de sake, licor al cual no estaba habituado. Al regresar a su casa, a dos pasos de la estación, había sido volteado y atropellado por un camión surgido de una calle transversal. Fractura de cráneo: murió en el acto. Su familia, desesperada, no se acordó de dar la noticia al Rokuonji hasta mucho después, la tarde del día siguiente.

Yo no había llorado la muerte de mi padre, y lloré la de Tsurukawa. Poco más incluso que la muerte de mi padre, ésta significaba para mí una estrecha unión con los problemas que me obsesionaban. Después de conocer a Kashiwagi, yo había desatendido un poco a Tsurukawa; y ahora que él estaba muerto se había

roto para siempre el único hilo que me ataba al mundo de la luz y del día. Lo que yo lloraba era el mediodía perdido, la claridad perdida, el verano perdido...

Habría querido volar hacia Tokio para presentar mis condolencias a su familia; pero no tenía dinero. El Prior sólo me daba quinientos yens cada mes para gastos personales. En cuanto a mi madre, como se sabe, estaba sin recursos, y todo lo que podía hacer era mandarme dos o trescientos yens alguna que otra vez cada año; si fue a vivir a casa de mi tío en el distrito de Kasa después de haber arreglado sus asuntos, era que no podía vivir con los quinientos yens — apenas— de las ofrendas de los feligreses, ni con el ínfimo subsidio concedido por la prefectura.

Me resultaba difícil convencerme de la muerte de Tsurukawa sin haber visto su cuerpo ni asistido a sus exequias. Veía otra vez aquel día en que el sol se filtraba a través de las hojas y su camisa blanca formaba pliegues sobre su vientre... ¿Es posible que aquel cuerpo no sea ya más que ceniza? ¿Cómo imaginarlo en la tumba, aquel cuerpo, y aquella alma, que sólo parecían hechos para la luz, que sólo la luz se acordaba a ellos? Nada en él, absolutamente nada podía hacer prever su fin prematuro. No había en él traza ninguna de nada que se pareciese ni de lejos ni de cerca a la muerte, de tal modo parecía naturalmente al abrigo de la angustia y el dolor... Pero yo me preguntaba si no estaba ahí precisamente la explicación a su fin brutal. Tal vez no había ningún medio de preservarle. Porque todo en él era de un metal puro y tenía la fragilidad de un animal de raza. En cuanto a mí, que fui en todo su contrario, ¿no era una existencia interminable y maldita lo que me había sido prometido?

Él habitaba un universo de transparentes estructuras que para mí siempre había sido un impenetrable abismo; pero su muerte hacía aún más terrorífico el abismo. Aquel universo transparente, un camión surgido de repente lo había triturado, como habría hecho con una hoja de cristal invisible por su misma transparencia. Que Tsurukawa no hubiese muerto de una enfermedad, ¡ah, qué bien cuadraba con esta imagen! De un lado, una vida de un tejido incomparablemente puro; del otro, la muerte en su más pura forma, el accidente: ¡maravillosa conveniencia! ¡Una colisión de un segundo, y su vida se había combinado con la muerte! ¡Como en una fulminante reacción química! Era necesario aquel medio brutal para que el adolescente extraño y sin sombra pudiese alcanzar su sombra y su muerte...

El universo habitado por Tsurukawa era rico en sentimientos claros e intenciones generosas; pero esto, y lo afirmo categóricamente, no reposaba ni sobre un permanente desprecio ni sobre un exceso de indulgencia en su manera de juzgar. Aquella alma llena de luz, que no era de este mundo, se sostenía por un vigor físico, por una poderosa flexibilidad que servía de regulador a sus actos. Había una extraña e incomparable precisión en su modo de traducir mis tinieblas interiores en sentimientos claros. Incluso a veces, ante esa minuciosa exactitud de

las correspondencias, ante esa perfección del contraste, una sospecha surgía en mí: ¿no habría Tsurukawa hecho consigo mismo, en su propio corazón, experiencias semejantes a las mías...? No había pasado nada. Su universo, donde la luz pura iluminaba sólo un lado de las cosas, componía un sistema de una fina textura y una precisión en el detalle que parecía muy próxima a la del Mal. Sin la joven, infatigable fuerza de su cuerpo, sin el incesante juego de sus músculos para retenerlo, aquel bello y transparente universo fue —¿quién sabe?— derrumbado en el acto. Tsurukawa había corrido y corrido; y el camión le derribó.

Aquel aire de satisfacción, aquel cuerpo perfectamente flexible que le valió a Tsurukawa la simpatía de todos, ahora que había desaparecido me empujó a insondables reflexiones acerca de todo eso que nosotros vemos en las criaturas humanas. Me parecía extraño que un ser, por su sola existencia, por su sola presencia ante nuestros ojos, pudiese ejercer tan deslumbrante poder sobre nosotros. Pensaba en todo eso que el espíritu debe saber del cuerpo para obtener un tan espontáneo sentimiento de su existencia. Se puede decir que el zen hace la realidad absoluta al borrar las apariencias; y que el poder de la auténtica visión reside, en suma, en la conciencia de que nuestro corazón no tiene forma ni apariencia. Pero para estar en condiciones de alcanzar esta ausencia de apariencias, ¿no se precisa dirigir a la fascinación de las formas una mirada particularmente aguda? Y quien no sería capaz de percibir objetivamente formas y apariencias, ¿cómo podría distinguir, reconocer su ausencia? Así era como la clara y distinta forma de Tsurukawa —ser que, por el solo hecho de existir, producía claridad, y al cual se podía llegar por la vista o por el tacto, ser que era en cierto modo la vida misma—, ahora que había desaparecido parecía haber sido la más clara representación de la oscura ausencia, el modelo más real de la nada sin forma: pasando, en suma, como si él se hubiese convertido simplemente en una equivalencia y un símbolo del no ser. Si se podía por ejemplo asociar, con una perfecta correspondencia, a Tsurukawa y las flores de mayo, era precisamente porque esas flores convenían a maravilla con su repentina muerte en mayo, y armonizaban con las que fueron depositadas en su fétetro.

Mi vida, para mí, a diferencia de la de Tsurukawa, no ofrecía ninguna seria posibilidad de símbolo; y era por eso que me resultaba tan indispensable. Lo que le envidiaba por encima de todo era que hubiese conducido su vida a término sin tener la más leve conciencia de llevar sobre sus espaldas, como yo, una individualidad y una misión particular. Porque era eso precisamente, ese sentimiento de ser una individualidad particular lo que despojaba a mi vida de toda carga simbólica; en una palabra: la despojaba de toda posibilidad de llegar a ser, como la de Tsurukawa, una base de comparación con otra cosa; que me

descarnaba, en consecuencia, del sentido de la expansión y de la solidaridad de todo lo vivo; y que se hallaba en el origen de esta soledad que me perseguía por todas partes sin cesar. Sí, era extraño: ni siquiera me sentía solidario con la nada.

Y de nuevo me encontré solo.

No volví a ver a la muchacha de Kameyama. Mis relaciones con Kashiwagi se hicieron mucho más distantes. Ciertamente, su manera de vivir continuó ejerciendo sobre mí un fuerte poder de fascinación. Pero era a la memoria de Tsurukawa que yo me sentía atraído a rendir homenaje, aunque me resistiese a ello e incluso probara, a regañadientes, a olvidarlo.

Escribí a mi madre para decirle sin ambages que no viniera a verme más hasta el día de mi ordenación. Se lo había dicho ya verbalmente pero me era necesario repetírselo, en el tono más enérgico, para mi propia tranquilidad de espíritu. En su respuesta me describía torpemente el duro trabajo que llevaba a cabo en la hacienda del tío. Seguía un rosario de recomendaciones bastante simples y, para terminar, esta frase: «No quiero morir sin haberte visto a la cabeza del Rokuonji». Estas palabras me llenaron de asco y de malestar durante muchos días.

Ni siquiera durante el verano iba a ver a mi madre. Fue un verano en que la deficiencia de la alimentación se me hizo muy penosa. Hacia la mitad de septiembre se anunció el probable paso de un violento tifón. Se necesitaba a alguien que velara toda la noche en el Pabellón de Oro. Yo me ofrecí y fui designado para ello.

Creo que fue por aquel tiempo que un sutil cambio empezó a perfilarse en mis sentimientos con respecto al Pabellón de Oro. No es que pudiera hablarse de aversión, pero presentía que iba a llegar inevitablemente un día en que eso que germinaba poco a poco en mí se revelaría absolutamente incompatible con su existencia. Esto empezó a estar claro a partir de la historia del parque de Kameyama, pero yo temía darle un nombre a lo que experimentaba. Con todo, me sentía feliz porque el Pabellón de Oro me había sido confiado para toda una noche y no disimulaba mi alegría.

Me fue dada la llave del Kikyôchô, objeto de una veneración muy particular porque, a unos quince metros del suelo, había colgada dignamente una placa de madera con un texto autógrafo del emperador Gokomatsu.

La radio había anunciado que el tifón estaría sobre nosotros de un momento a otro, pero todavía no se notaba ningún síntoma. Si al mediodía hubo chaparrones, ahora la luna subía resplandeciente en medio del cielo nocturno. La gente del templo salió al jardín y escrutaba el cielo haciendo comentarios. «Es la calma que precede a la tempestad», dijo alguien.

Luego, la quietud del sueño cubrió el templo. Yo estaba solo en el interior del

Pabellón de Oro. En los sitios no bañados por la luz del claro de luna, yo me sentía envuelto por las pesadas, suntuosas tinieblas del Templo de Oro, y me extasiaba. Esta sensación tan real me fue penetrando lentamente, profundamente, hasta convertirse en una especie de alucinación. Me di cuenta de ello y comprendí que en aquel momento me encontraba DENTRO de la visión que, en el parque de Kameyama, me había separado de la vida. Estaba solo, envuelto en el absoluto del Pabellón de Oro. ¿Era yo el que lo poseía? ¿O yo era poseído por él? O mejor, ¿alcanzaríamos un extraño punto de equilibrio por el cual yo sería el Pabellón de Oro en la misma medida que el Pabellón de Oro sería yo?

Hacia las once y media, el viento empezó a arreciar. Encendí mi linterna de bolsillo, subí a los pisos y metí la llave en la cerradura del Kukyôchô.

Me apoyé en la balastrada. El viento venía del sudoeste. Sin embargo, el cielo seguía como antes. Entre las algas del estanque, las aguas reflejaban la imagen de la luna. La noche no era más que un rumor de insectos y croar de ranas.

Cuando recibí la primera bofetada del viento, un estremecimiento casi voluptuoso me corrió por toda la piel. ¿Y si el viento, soplando cada vez más fuerte, adquiriese la potencia de una tempestad y lo devastara todo borrándonos juntos, al Pabellón de Oro y a mí, de la faz de la tierra? Mi alma estaba en dos sitios a la vez: en el seno del Pabellón de Oro y sobre las alas del viento. El templo, sobre el cual se modelaban dócilmente las estructuras de mi universo, sin ninguna clase de colgaduras abandonadas al viento, mantenía su flema bajo el luminoso aguacero de rayos de luna. Pero el viento, acelerando mis deseos, acabaría sin duda por sacudirle, y, en el instante del hundimiento, robarle el sentido de su arrogante existencia.

Sí, yo estaba preso en los pliegues de la Belleza; indiscutiblemente, me hallaba en el seno de lo Bello, pero ¿habría podido experimentar esta sensación con tanta plenitud si no hubiese atizado al viento cuya voluntad salvaje se hacía cada vez más imperiosa? Del mismo modo que Kashiwagi me había gritado: « ¡Tartamudea, santo Dios, tartamudea! », yo intentaba también espolear al viento gritándole como cuando se enardece a un caballo lanzado al galope: « ¡Más fuerte! ¡Más rápido! ¡Vamos! ¡Un esfuerzo más! ».

El bosque empezó a zumbar. En los bordes del estanque, las ramas se agitaban golpeándose. El bello y apacible añil del cielo nocturno había dado paso a un espeso y turbio gris rojo. Más allá del rumor inútilmente atenuado de los insectos, llegaba, todavía débil, desde el fondo del horizonte, y como aterciopelando el paisaje, el silbido misterioso.

Miraba las nubes pasando en tropel delante de la luna. Surgían una tras otra, como batallones, detrás de las colinas de enfrente y remontándose desde el sur para ir al asalto del norte. Algunas de ellas eran compactas, otras eran como una

gasa. Las había inmensas, y las había, innumerables, que no eran más que abortos. Todas se deslizaban frente a la luna, sobrevolando el techo del Pabellón de Oro, y luego, galopando siempre, desaparecían hacia el norte como si allí las llamaran para algún importante asunto. Por encima de mi cabeza me pareció oír el grito del Fénix de oro.

De pronto, el viento amainó; luego volvió a adquirir su fuerza. A estas sacudidas, el bosque reaccionaba con una extrema sensibilidad, ora silencioso, ora alborotado. También el reflejo de la luna en el estanque fluctuaba, apagándose y encendiéndose a intervalos; a veces se parecía a esas luces que se esparcen de golpe barriendo la superficie de las aguas.

Los paquetes de nubes en espiral sobre las colinas se desenrollaban por todo el cielo como una gigantesca mano. Era algo fantástico verlas torcerse y trastornarse mientras se acercaban. Si se formaba alguna brecha, al instante era cubierta. Pero cuando pasaba una nube ligera, yo podía a través de ella adivinar la luna rodeada de una indecisa aureola.

Durante toda la noche el cielo se mantuvo con igual agitación, pero sin mostrar violencia alguna que pudiese inquietar. Yo dormí al pie de la balaustrada. A la mañana siguiente el cielo estaba despejado. El viejo sacristán vino a despertarme:

—¡Ha sido una suerte que el tifón se desviara de la ruta de Kyoto! —me dijo.

CAPÍTULO VI

La muerte de Tsurukawa me llenó el alma de duelo durante casi un año. De nuevo me hice a la soledad sin dificultad. Me di cuenta una vez más de que para mí la forma menos penosa de vivir era no dirigiendo la palabra a nadie. Incluso mi impaciencia de vivir me abandonó. Cada día que moría tenía su encanto.

Mi única distracción era la biblioteca de la universidad. ¿Qué leía en ella? No eran libros sobre el zen, sino, según iban cayendo en mis manos, traducciones de novelas y de obras filosóficas. No me atrevo a dar aquí el nombre de estos escritores y filósofos. Ciertamente, sufrí su influencia y ellos fueron más o menos responsables del acto que cometí más tarde; sin embargo, quiero creer que este acto me pertenece por completo y me irritaría particularmente que fuese atribuido a la influencia directa de cualquier filósofo existente.

Ya lo he dicho: mi único orgullo, desde mi infancia, nacía de no poder hacerme comprender, y no me sentía inclinado bajo ningún concepto a querer expresarme de modo que fuese comprendido. ¿Me esforzaba por esclarecer mi pensamiento? Era sin preocupación de ninguna clase. ¿Hacía lo mismo para comprenderme a mí mismo? Sigo estando en la duda; porque semejante exigencia sube desde el fondo del ser y acaba siempre por tender un Puente entre uno y los demás. Cuando la venenosa belleza del Pabellón de Oro influía sobre mí, todo un pedazo de mí mismo se hacía opaco; y como esta forma de intoxicación excluía todas las demás, yo sólo podía ofrecerle resistencia con una especial tensión de mi voluntad a fin de preservar aquello que en mí permanecía claro. Ignoro lo que esto representa para los demás; pero para mí es justamente esta claridad lo que hace mi *yo*, sin que pueda, sin embargo, pretender, en definitiva, ser poseedor de un *yo* perfectamente claro...

Entré en el segundo curso de universidad, era en 1948. Una noche, durante las vacaciones de primavera, el Prior se ausentó. Solo, sin amigos, yo no tenía más que un medio de aprovechar esta libertad que me caía del cielo: un paseo solitario. De modo que salí y crucé el portal del recinto exterior. Cerca del foso que lo rodeaba había plantado un cartel. Lo había visto más de cien veces, aquel viejo cartel, pero he aquí que hoy me volví hacia él y me puse a descifrar sin

ninguna prisa sus caracteres iluminados por la luna.

AVISO

Terminantemente prohibido:

Primero: Tocar lo que sea sin autorización.

Segundo: Causar perjuicio, bajo la forma que sea, a la protección de esta finca.

Toda infracción será castigada conforme a la ley.

Decreto ministerial del 31 de marzo de 1928

EL MINISTRO DEL INTERIOR

Evidentemente, el aviso concernía al Pabellón de Oro. Sin embargo, ¿quién podría deducirlo por esos términos abstractos? ¿Qué conclusión había derecho a sacar sino que el lugar que mostraba semejante cartel y el lugar donde se levantaba el inalterable, el indestructible Templo de Oro no tenían ciertamente nada en común? El mismo letrado anunciaba por anticipado, en cierto modo, un acto propiamente inimaginable, imposible. El autor del decreto se equivocó de medio a medio al designar en términos tan generales un acto que sólo un loco podía concebir. ¿Y cómo atemorizar a un loco con la amenaza del castigo? Habría sido necesaria sin duda una escritura especial, inteligible sólo para locos.

Mientras me abandonaba a estas frivolidades, percibí una silueta que venía hacia mí a lo largo del camino real. A esta hora, la ola de visitantes hacía ya rato que había pasado. La noche pertenecía a los efectos del claro de luna sobre los pinos y a los haces de luz de los faros, allá abajo, en la avenida donde pasaban los coches.

De pronto le reconocí; fue por su modo de caminar: era Kashiwagi. Entonces, borrando la distancia que yo había mantenido entre nosotros expresamente durante todo un año, ya sólo me acordé de lo que él había hecho por mí y del agradecimiento que por ello le debía. Porque él me había curado a conciencia y bien. Desde el día que le conocí, sus extraños pies deformes, su lenguaje abrupto, hiriente, y sus cínicas confidencias habían aliviado mi alma parálitica. Entonces había de gustar por vez primera la felicidad de conversar con cualquiera sobre un pie de igualdad. Debía gustar la alegría —tan viva como la del pecado— de zambullirme hasta lo más profundo de mi propia conciencia: allí me reconocía sacerdote y tartamudo a la vez, y aquel conocimiento me cuadraba; mientras que la influencia de Tsurukawa lo barría todo.

Acogí a Kashiwagi con una sonrisa. Llevaba su uniforme de estudiante, y, en la mano, un paquete largo y delgado.

—¿Salías? —me preguntó.

—No.

—Me alegro de verte. Porque... —añadió sentándose en una grada. Deshizo su paquete: dos flautas negras y relucientes aparecieron— uno de mis tíos acaba de morir, en la provincia, y me ha dejado esta flauta como recuerdo. La otra parece más bonita, pero yo prefiero la mía, me he acostumbrado a ella. Y como sería estúpido quedarme con las dos, he venido con la idea de regalarte una.

Nadie me había hecho nunca un regalo; significaba para mí una gran alegría el recibir uno, el que fuese. Cogí la flauta y la examiné. Tenía cinco agujeros, cuatro encima y uno debajo.

Kashiwagi continuó:

—Yo he aprendido a tocar en el estilo Kinko... Como la luna, esta noche, es excepcionalmente bella, he venido con la esperanza de poder tocar en el Pabellón de Oro; y de darte también una lección, tal vez...

—No podías caer en mejor momento, el Prior ha salido; y el viejo factótum no es de cuidado. Todavía no ha terminado de barrer, y hasta después no se cierra.

Esta repentina llegada, y su intención de tocar la flauta en el Pabellón de Oro bajo pretexto de que la luna estaba hermosa, contradecía la imagen que yo me hacía de Kashiwagi. Pero en mi monótona existencia toda sorpresa era en sí misma una alegría. Con mi flauta en la mano, conduje a Kashiwagi hacia el Pabellón de Oro.

¿De qué estuvimos hablando esta noche? Ya no me acuerdo muy bien. No creo que los temas fuesen muy sustanciales. Lo cierto es que Kashiwagi renunció totalmente a sus excentricidades filosóficas y al veneno de sus paradojas. ¿Vino tal vez para desvelarme un aspecto insospechado de sí mismo?... De cualquier modo, aquella lengua dañina, que sólo parecía interesarse por la Belleza para profanarla, se reveló con una naturaleza llena de refinamiento. Él tenía de la Belleza un concepto infinitamente más sutil que el mío, el cual se expresaba no con frases, sino con sus gestos, sus miradas, la música que arrancaba a su flauta o aquella frente que destacaba en el claro de luna...

Nos recostamos en el pretil del Chôondô, en el primer piso. La galería donde nos hallábamos corría bajo el saliente del alero de suave línea comba, sostenida por ocho elegantes repisas de estilo indio; parecía surgir del estanque habitado por la luna. Kashiwagi empezó con una corta melodía: *La carretilla del palacio*. Su virtuosismo me dejó estupefacto. Como él, apliqué la boquilla de la flauta a mis labios, pero no salió ningún sonido. Entonces, con paciencia, Kashiwagi me enseñó el arte de sostener la flauta manteniendo la mano izquierda debajo, el modo de colocar los dedos justo en el sitio preciso y de pegar los labios a la boquilla soplando a todo lo largo del instrumento. Probé otra vez, muchas veces,

pero sin éxito. Con las mejillas y los ojos congestionados, veía la luna en el estanque rompiéndose, pese a que no soplabla la menor brizna de aire, en mil resplandores.

Completamente agotado, me pregunté por un momento si Kashiwagi no me imponía aquella tortura adrede, para divertirse con mi tartamudeo. Poco a poco, sin embargo, el esfuerzo físico que desplegaba para conseguir hacer brotar un sonido que se resistía a ello me pareció, en cierto modo, purificar el esfuerzo cerebral al cual yo estaba habitualmente obligado cuando, lleno de aprensión, intentaba sacar provecho de la primera palabra sin ningún desgarrón. Me parecía que esos sonidos que no querían salir existían, estaba seguro de ello, en alguna parte de aquel sereno universo bañado por la luna. ¡Feliz si yo pudiese, al precio de mi esfuerzo, por lo menos alcanzarlos, despertarlos!

Pero ¿cómo conseguirlo, cómo alcanzar aquel divino sonido que Kashiwagi arrancaba de su flauta? Cuestión de técnica, nada más que eso. La Belleza era una cuestión de técnica. Me dije que su horrenda deformidad no le privaba a Kashiwagi de remontarse hasta la más bella, la más Pura música, y que yo también podría conseguirlo si trabajaba. Esta idea me llenó de valor. Pero también comprendí otra cosa: que si las notas de *La carretilla del palacio* tenían una tan pura resonancia, se debía sin duda a la belleza de la noche, a aquel decorado cargado de poesía, pero también a los repugnantes pies torcidos de Kashiwagi.

Cuando le conocí mejor supe que la Belleza duradera le horrorizaba. Él no amaba más que lo que se evapora en un instante: la música, los ornamentos de flores que se marchitan en unos días; detestaba la arquitectura, la literatura. Para que viniese al Pabellón de Oro había sido preciso un claro de luna sobre el templo...

Con todo, ¡qué cosa más extraña es la música! Esta Belleza tan breve a la que el flautista da el ser, transforma el fin de un instante en una pura prolongación; jamás se la volverá a ver; como estos seres que no hacen más que pensar, como las efímeras, es una emanación pura, una abstracción perfecta de la misma vida. Nada se parece a la vida como la música; sin embargo, aunque la belleza del Pabellón de Oro fuese de la misma esencia, ello no privaba que, por lo mismo, pareciese alejada de la vida, repleta de ella por dentro... En el mismo instante que Kashiwagi terminó *La carretilla del palacio*, la música, esa existencia inmaterial, expiró; y no quedaron, intactos, sin alteración, más que la repugnante forma de Kashiwagi y su tenebroso pensamiento.

¡Lo que él esperaba de la Belleza no era seguramente consuelo! Yo no tenía necesidad de que me lo dijera para saberlo. Lo que a él le gustaba era el momento en que, después de haber llenado la flauta con su aliento durante unos minutos y de haber creado una belleza soluble en el aire, volvía a encontrar más límpidos y más claros que antes sus pies de patizambo y sus pensamientos

sombrios. La inutilidad de lo Bello, la Belleza que no deja ningún rastro una vez salida de su cuerpo, he aquí lo que a él le gustaba. Solamente eso. ¡Ah, si para mí hubiese podido ser también así, qué llevadera se me habría hecho la vida!

Incansablemente, sin perder el gusto por ello, reanudaba mis ensayos siguiendo los consejos de Kashiwagi. Tenía la cara congestionada y jadeaba... Y bruscamente, como si me hubiese convertido en pájaro y mi gaznate dejara pasar un pequeño grito, mi flauta rindió un sonido único, muy tosco y bárbaro.

—¡Ya está! —rio Kashiwagi.

Ciertamente, un sonido armonioso, lo que se dice un sonido armonioso, no lo era. Pero en fin, ¡brotaba, se sucedía a sí mismo! Oyendo aquella misteriosa voz, que no me parecía surgir de mí en absoluto, y yo soñaba en otra, en la del Fénix de cobre dorado que se hallaba por encima de nuestras cabezas.

A fuerza de trabajar, cada noche, según las directrices de un manual que Kashiwagi me había prestado, hice grandes progresos. Muy pronto fui capaz de interpretar aires como *Sol naciente rojo sobre fondo blanco*, y recuperé todo aquel afecto de antes por Kashiwagi.

En mayo me pareció que debía hacerle un regalo como agradecimiento. Pero sin dinero, me conformé con hablarle de ello.

—No quiero nada comprado —me respondió. Luego, torciendo la boca de un modo extraño, añadió—: Oye, puesto que has tenido la gentileza de hablarme de eso, hay una cosa que me encantaría. Últimamente me habría gustado poner algunas flores en casa, pero son demasiado caras... Ahora, en el Pabellón de Oro, los lirios y los gladiolos se dan en abundancia. ¿Podrías traerme una media docena? ¿Algunos capullos, otros a medio abrir y otros en plena flor? ¿Con unas cuantas cañas floridas? Esta misma noche, mira; sería perfecto. ¿Qué te parece venir esta noche a mi casa?

Fue solamente después de haber aceptado —¡tan a la ligera!—, que me di cuenta que me había pedido lisa y llanamente que cometiese un robo. Estaba condenado, a menos que no me importara quedar en ridículo, a convertirme en ladrón de flores.

En la cena de esa noche no hubo arroz: solamente legumbres hervidas con pan negro, pesado como el plomo. Por suerte era sábado y desde el mediodía —habían dado permiso— podía salir todo aquel que quisiera. El sábado por la noche puede uno escoger entre acostarse pronto o no hacerlo hasta las once, y a la mañana siguiente puede hacer el remolón: «el olvido en el sueño», según se le llama. El Prior también había ya salido.

A partir de las seis y media empezó a oscurecer. Se levantó viento. Esperé la primera campanada de la noche. A las ocho resonaron, altas y claras, anunciando la primera vigilia, las dieciocho notas de la melodía *Ojikicho*, a la

izquierda de la puerta central; las vibraciones se mantuvieron largo rato en el aire.

Cerca del Pabellón de Oro se encontraba una especie de alberca con flores de loto, protegida por una empalizada en semicírculo, y cuyas aguas caían en forma de pequeña cascada dentro del gran estanque. Allí crecían a placer los lirios de los prados. En aquella época eran excepcionalmente bellos: acercándome, los oía removerse con la brisa de la noche. Altos y desplegados, los pétalos violeta se estremecían en medio del apacible murmullo del agua. Aquel rincón del jardín estaba oscuro, y el violeta de las corolas, como el verde subido de las hojas, parecía negro. Quise cortar algunos tallos, pero el viento, su cómplice, me hacía resbalar, silbantes, entre mis dedos; el filo de una hoja me hizo un corte.

Al llegar a casa de Kashiwagi con una gran brazada de cañas floridas y de lirios, le hallé leyendo tumbado en el suelo. Temía encontrarme con la muchacha de la otra vez —vivía en la misma pensión—, pero debía de haber salido.

El pillaje me había puesto alegre. El primer contacto con Kashiwagi, para mí se traducía siempre en menudas inmoralidades, en menudos sacrilegios, en menudas manifestaciones del espíritu del Mal, cosas que me llenaban de contento. Me pregunté, sin embargo, si a un crecimiento regular de esta «carga» de mal correspondería indefinidamente un crecimiento paralelo de mi placer.

A Kashiwagi, mi regalo le hizo sentirse locamente feliz. Fue a pedirle prestado a su propietaria todo lo que le hacía falta: un recipiente plano, un cubo, etc. (La casa no tenía pisos y la habitación de Kashiwagi era una pieza minúscula y aislada).

Cogí su flauta, apoyada contra el muro de la alcoba, y me puse a tocar un breve estudio, muy bien además puesto que al volver, él se quedó asombrado. Pero el Kashiwagi de esta noche no era el mismo que había venido al Pabellón de Oro.

—Con la flauta no tartamudeas nada —dijo—. Sin embargo yo tenía curiosidad por oírte tartamudear un aire musical. Fue por eso, además, que te enseñé a tocar.

Esta simple alusión nos reintegró a la misma situación que al principio. Kashiwagi recuperaba sus posiciones; esto me facilitaba volver a hablarle de la muchacha aquella de la mansión española.

—¡Ah, aquella chica! Acabó el arrendamiento, se ha casado —dijo simplemente—. He removido cielo y tierra para enseñarle a disimular que ella ya no es virgen. Su marido es un buen tipo, sin malicia. Así que todo marcha bien, me parece...

Mientras hablaba sacó los lirios del cubo donde estaban en remojo, uno por uno, examinándolos con gran atención y cortando los tallos bajo el agua. La sombra de la flor que sostenía entre sus dedos se movía, inmensa, sobre la paja

de las esteras. De pronto dijo:

—¿Tú conoces, en el capítulo de la Ilustración popular de *Rinzairoku*, la célebre frase: «Si te cruzas con Buda, mata a Buda; si te cruzas con tu antepasado, mata a tu antepasado...»?

—Si te cruzas con un discípulo de Buda —continué yo—, mata al discípulo de Buda; si te cruzas con tu padre y tu madre, mata a tu padre y a tu madre; si te cruzas con tu pariente, mata a tu pariente. Sólo así alcanzarás la redención.

—Exacto. Pues bien, se trataba de eso. Esta muchacha era discípula de Buda.

—¿Y has alcanzado la redención?

Kashiwagi gruñó alguna cosa considerando la disposición de sus lirios y luego dijo:

—Para eso sería preciso matar mejor.

Un agua límpida llenaba el jarrón, cuyo interior era de color plateado. Una de las puntas de erizo para fijar los tallos estaba un poco torcida; con meticuloso cuidado, Kashiwagi la enderezó. Incómodo, sólo para romper el silencio, yo dije:

—Tú ya debes de conocer el problema del «sabio Nansen matando un gato». Al terminar la guerra, en el templo, el Prior se sirvió de él como tema para una homilía...

—¿Quieres hablar de «Nansen mata un gato»? —diciendo esto, Kashiwagi calculaba según la forma del jarrón la adecuada longitud de un tallo de caña—. Es un problema que al hombre se le presenta muchas veces durante su vida, pero siempre bajo un aspecto distinto. ¡Y es un cochino problema! En cada revuelta de la existencia, allí está, siempre el mismo, y sin embargo, con un aspecto, un sentido diferente. Este gato, debes admitirlo, no era un gato ordinario: hermoso, en efecto, no había otro como él, ¿no es eso? Unos ojos de oro... Un pelaje lustroso... Toda la Belleza, toda la delicia del mundo, como bajo un resorte presto a dejarlas saltar a la vez, escondidas en ese pequeño y elástico cuerpo... Un bloque de belleza: he aquí lo que la mayoría de exégetas no han sabido ver. Excepto yo. Porque nuestro gato saltó de la maleza repentinamente. Las pupilas de sus ojos son dulces y tienen un brillo astuto; se deja coger; exactamente como si lo hubiera hecho adrede. Y eso es lo que provoca la querella entre los dos grupos de monjes. Porque, si bien la Belleza puede ofrecerse a cualquiera, ella no pertenece a nadie. La Belleza, ¿cómo decirlo?, sí... es como una muela cariada, que nos roza la lengua, nos la agarra, nos hace daño, que yergue su existencia como un alfiler. Finalmente, no podemos en ya más con el dolor y el dentista nos la arranca. Entonces, al contemplar en el hueco de nuestra mano aquella pequeña cosa marrón, sucia, sanguinolenta, uno se dice más o mea nos: «¿Es esto? ¿Es esto lo que me hacía tanto daño, lo que no cesaba de recordarme su existencia de un modo tan desagradable, lo que me clavaba raíces tan tenaces? ¡No es más que materia muerta! Pero esta cosa y la de hace un instante, ¿son realmente una misma cosa? Si ésta, al principio, formaba parte de mi envoltura

exterior, ¿cómo, por qué conexión, ligándose a mi yo interno, pudo convertirse para mí en una fuente de dolor? ¿Sobre qué base reposaba? Y esta base, ¿existía en mí? ¿O bien existía en este objeto? Sea lo que fuere, lo que me han arrancado de las encías y lo que yace en el hueco de mi mano son dos cosas totalmente diferentes. De una manera positiva, ESTO ya no es AQUELLO». Y bien, ¿tú ves?, con la Belleza ocurre lo mismo. Matar al gato significaba arrancar la muela que causaba dolor, extirpar la Belleza de raíz. ¿Quedaba resuelto el problema? Yo no lo sé. Las raíces de lo Bello, a pesar de todo, no habían sido cortadas; se mató a la bestia, pero no, tal vez, su belleza. Y es para burlarse de esta solución demasiado cómoda que Choshu se pone las sandalias sobre la cabeza. Él sabía, por así decirlo, que no hay otra solución sino soportar el dolor de muelas.

La interpretación de Kashiwagi era indudablemente original. Pero tuve la impresión de que, en realidad, me estaba dedicada y que Kashiwagi, penetrándome a fondo, ironizaba sobre mi impotencia para resolver mis problemas. Por vez primera, Kashiwagi me dio realmente miedo. Asustado de mi propio silencio, le pregunté:

—Bueno, entonces tú quién eres, ¿Nansen o Choshu?

—¿Quién soy yo? De momento soy Nansen, y tú eres Choshu. Pero llegará un día que tal vez sea al revés... Porque este problema, tomado al pie de la letra, es tan mutable como las PUPILAS DE UN GATO...

Mientras platicaba, Kashiwagi iba moviendo las manos con delicadeza, disponiendo y fijando los tallos con alambre oxidado, en medio de la alberca, empalmando una caña florida que figuraba el cielo, ajustando previamente los lirios en grupos de a tres: poco a poco fue tomando forma una disposición de flores según la escuela Kansui. Un montón de menudos y redondos guijarros, blancos o marrones, lavados, limpios, impecables, esperaban junto a la diminuta alberca el instante de la última mano.

No hay más que una palabra para dar cuenta de la habilidad de Kashiwagi: prodigioso. Era una sucesión de pequeñas decisiones categóricas; efectos de contraste y de simetría convergían con una infalible seguridad. De tal modo que, sumisas a las sujeciones fijas de una melodía, se veía a estas plantas de la naturaleza introducidas con todo su magnífico esplendor en el seno del orden artificial. Flores y hojas, que existían SEGÚN ELLAS ERAN, se metamorfoseaban instantáneamente en flores y hojas SEGÚN ELLAS DEBÍAN SER. Aquello ya no eran lirios y cañas floridas venidos de la espesura, de cualquier planta anónima, sino más bien, en medio de una absoluta nitidez de contornos, de una absoluta desnudez, la esencia misma de los lirios, la esencia misma de la caña florida.

No obstante, en los gestos de Kashiwagi había crueldad. En relación con las plantas, sus manos se comportaban como si se hubiesen beneficiado de no sé qué oscuro y desagradable privilegio. He aquí quizá por qué cada vez que, con un

chasquido, las tijeras cortaban un tallo, tenía la impresión de ver gotear sangre...

Kashiwagi había terminado. Sobre la derecha del jarrón, en el arranque rectilíneo de la caña florida, se unían las curvas puras de las hojas de lirio; una flor estaba abierta; las otras dos eran capullos a punto de abrirse. El conjunto llenaba casi por completo el espacio de la pequeña alcoba. Sobre el agua de la minúscula alberca, los ojos de las sombras y de la luz se inmovilizaron. La grava que disimulaba los alambres de metal sugería la orilla de un río de aguas extraordinariamente límpidas.

—¡Una verdadera obra maestra! —le dije—. ¿Dónde has aprendido?

—Con una mujer del barrio que da lecciones. Tiene que venir de un momento a otro. Nos hemos hecho amigos y me da lecciones. Pero ahora que ya puedo desenvolverme solo, como tú mismo has podido ver, ella empieza a fastidiarme. Todavía es joven y hermosa. Creo que durante la guerra tuvo relaciones con un militar; ella tuvo un aborto y luego a él lo mataron en el frente. Desde entonces, no hace otra cosa que correr tras los hombres. Tiene un poco de dinero, y las lecciones que da son para satisfacer sus manías. De cualquier modo, esta noche, tú puedes llevarla adonde quieras; sea adonde sea, ella irá contigo...

... Me sentí sumergido en una ola de impresiones desordenadas. Cuando vi a aquella mujer desde lo alto de la Puerta Monumental, en el Nanzenji, Tsurukawa estaba a mi lado. Hoy, tres años más tarde, la vería de nuevo aparecer ante mí, pero esta vez la vería con los ojos de Kashiwagi. Su drama, cuyo misterio había sido contemplado por mis pupilas con respeto, ya sólo sería visto por mí con una mirada lanzada a hurtadillas y avergonzada, por los ojos llenos de tinieblas del que ya no cree en nada. Era preciso admitirlo: aquel seno entrevisto desde lejos igual que una pálida luna en el mediodía, las manos de Kashiwagi lo habían tocado. Aquellas piernas que arrojaba el amplio y espléndido vestido, los pies deformes de Kashiwagi las habían tocado. Sí, había que admitirlo: Kashiwagi había ensuciado a aquella mujer, Kashiwagi, es decir, el hombre que ve las cosas tal como son.

Este penoso, torturante pensamiento, me puso en el estado de no poder soportar el estar allí por más tiempo. Pero la curiosidad me retuvo. Y me consumía de impaciencia esperando ver aparecer a aquella mujer en quien había visto la reencarnación de Uiko y que ahora no era más que la querida abandonada de un estudiante contrahecho. Cómplice momentáneo de Kashiwagi, me dejé vencer por la insensata alegría de ensuciar, con mis propias manos, mis propios recuerdos...

Ella entró, y su aparición no provocó en mí ningún torbellino. Vuelvo a verlo todo, como si estuviese allí: la increíble distinción de su porte, de su lenguaje, la voz un poco ronca y, juntamente con todo eso, los fulgores salvajes de su mirada, recriminaciones que no hacían nada por reprimir su contrariedad ante mi presencia... Comprendí finalmente por qué Kashiwagi me había rogado que

fuera aquella noche: para servirle de escudo.

Entre aquella mujer y la de mi visión no había la menor correspondencia. Ésta me hacía el efecto de ser una persona completamente distinta. Era inútil que se esforzara en controlar sus palabras, estaba llena de confusión, y la atención que me prestaba era como si yo no existiese.

Finalmente, cuando su angustia se hacía ya insoportable, pareció que de momento renunciara a querer cambiar las disposiciones de Kashiwagi. Fingiendo de pronto una gran calma, paseó su mirada por el apartamento. El ornato de flores se destacaba en la alcoba: a pesar de hallarse allí desde hacía media hora, pareció no haberse fijado en ello hasta entonces.

—¡Oh, maravilloso, un éxito total! Ya le tenemos a usted, y no exagero, convertido en un maestro —dijo.

Kashiwagi sólo esperaba estas palabras para hundirle la cuña de la ruptura.

—¿No está mal, eh? Ya ve usted, no necesito más lecciones. Ya no me hace usted falta. ¡En absoluto!

Hablaba con una lentitud sentenciosa. La mujer cambió de color. Yo aparté la mirada. Ella soltó como una leve risa, pero se acercó a la alcoba deslizándose sobre sus rodillas sin la menor ausencia de elegancia. Oí su voz que decía:

—¡Oh, estas flores...! ¡Sucias flores...!

Mientras desparramaba el agua, tiraba por el suelo la caña florida y hacía pedazos los lirios. Todas las flores de mi rapiña cubriendo las esteras en desorden: un lodazal. Inconscientemente me levanté, sin saber qué hacer, y me pegué a la puerta acristalada. Vi a Kashiwagi que asía a la mujer por las finas muñecas, la agarraba por los cabellos y la abofeteaba. No había la menor diferencia entre esta sucesión de gestos salvajes y la plácida crueldad que había manifestado hacía un instante al seccionar hojas y tallos con un golpe seco de las tijeras: esto no era, en definitiva, más que la prolongación de aquello.

La mujer se cubrió el rostro con las dos manos y se precipitó fuera. Yo me quedé petrificado. Kashiwagi levantó los ojos hacia mí; mostraba una extraña sonrisa de niño. Me dijo:

—¡Vamos! ¡Corre tras ella! ¡Ve a consolarla! ¡Ve con ella! ¡Lárgate!

¿Fue la autoridad de Kashiwagi lo que me empujó? ¿Fue un movimiento compasivo surgido del fondo de mi corazón? Esto permanece en la duda; lo único cierto es que mis piernas se pusieron enseguida en movimiento y que me lancé en persecución de la mujer. La alcancé unas casas más lejos, en la esquina de la calle Itakuramachi, detrás de la cochera de tranvías de Karasumaru. El ruido ferruginoso de un tranvía que entraba invadía el cielo opaco de la noche, donde adquiriría más relieve la llama azulosa de las estrellas...

Ella dejó la calle Itakuramachi, se dirigió hacia el este y enfiló la pendiente de una callejuela de atrás. Estaba llorando. Me puse a caminar a su lado sin decir palabra. Ella se dio cuenta enseguida y se me acercó. Luego, con una voz cuya

ronquera se veía acentuada por las lágrimas, sin que por ello se alterase su forma demasiado afectada de expresarse, fue desgranando la letanía de sus agrarios contra Kashiwagi.

... ¡Cuánto tiempo estuvimos deambulando! Fechorías y bajezas de Kashiwagi expuestas con todo detalle, desde la A hasta la Z. En medio de ese rumor confuso y ensordecedor, mi oído elaboraba en todo y por todo estas palabras: «¡LA VIDA!». El sadismo de Kashiwagi, sus caminos siempre tortuosos, sus traiciones, su insensibilidad de hielo y sus mil modos de obtener dinero de las mujeres, en el fondo no hacían sino ilustrar la indecible fascinación del personaje... Si yo, después de todo, podía creerle sincero en su manera de aceptar su desgracia física, era lo perfecto.

Tras la muerte brutal de Tsurukawa, yo había estado largo tiempo sin contactos con lo que es propiamente la vida; y he aquí que de nuevo acababa de ser empujado al juego atroz de una vida totalmente diferente, más tenebrosa, menos desesperada pero que en revancha le condenaba a uno a herir sin cesar a los otros mientras durase. Las lacónicas palabras de Kashiwagi: «Para eso sería preciso matar mejor» resonaron de nuevo en mis oídos y me acordé del ferviente ruego que hice al terminar la guerra, en lo alto del Fudo, detrás del templo y de cara a Kyoto iluminada como una constelación: «¡Que las tinieblas de mi alma —decía poco más o menos— lleguen a ser tan negras como la noche que abraza estas innumerables luces!».

... La mujer no se dirigía hacia su casa. Caminaba al azar, no cogiendo más que callejas donde no pasaba casi nadie para poder hablar. Cuando finalmente nos encontramos frente a su casa, donde vivía sola, yo habría sido incapaz de decir en qué barrio estábamos.

Eran ya las diez y media. Yo quería dejarla y regresar al templo; pero ella me obligó a quedarme y la seguí. Encendió la luz y me dijo a quemarropa:

—¿Le ha echado usted un maleficio a alguien alguna vez? ¿Ha deseado su muerte? ¿Lo ha hecho usted?

—Sí —respondí sin vacilar.

Es curioso. Hasta ese momento no había pensado en ello lo más mínimo; pero estaba claro que yo alimentaba dentro de mí la materia, tenaz como la liga, del deseo de ver la muerte llamando a la puerta de la muchacha que en el parque de Kameyama había sido testigo de mi vergüenza.

—¡Es una cosa terrible! Yo también lo he hecho —dijo dejándose caer sobre las esteras y apoyándose de codos en una difícil postura.

Una lámpara de por lo menos cien vatios esparcía una claridad inhabitual en tiempos de restricción, tres veces más fuerte que la de la habitación de Kashiwagi. Por primera vez, mi compañera se me apareció entera a plena luz: su cinturón de Nagoya, de maravillosa blancura, hacía resaltar el vaporoso violeta de las glicinas de su kimono.

En el Nanzenji, una distancia infranqueable, a menos de ser pájaro, separaba lo alto de la Puerta Monumental del Salón de Tenjuan. Pero ahora tenía la impresión que los pocos años transcurridos habían reducido poco a poco esta distancia, y que esta vez tocaba ya por fin el límite. A fuerza, después de aquel día, de desglosar el tiempo en menudos instantes, ahora iba seguramente a poseer la clave de la misteriosa escena de Tenjuan. Así tenía que ser, me dije. Del mismo modo que el aspecto del globo terrestre ya se ha modificado cuando llega hasta él la luz de una estrella lejana, resultaba fatal que en aquella mujer se hubiesen producido alteraciones. Si el día que yo la percibí desde lo alto de la puerta del templo, ella y yo, por una prefiguración de lo que hoy tenía lugar, nos hubiésemos encontrado juntos, habrían bastado algunos leves retoques para borrar estas alteraciones y volverle a dar a ella su aspecto de antaño; y el que yo había sido y la que ella había sido podrían hoy encontrarse de nuevo frente a frente.

Le conté la aventura del Nanzenji, jadeando y tartamudeando como nunca. Las hojas nuevas de aquel día recobraron su frescura, y el Fénix y los ángeles del techo de la Torre de los Cinco Fénix recobraron su esplendor. Los colores de la vida volvieron a los pómulos de la mujer, y en el fondo de sus pupilas, en lugar de fulgores feroces, no había más que un brillo vago y extraviado.

—¿Es verdad? —dijo—. ¿Es verdad...? ¡Qué curiosa relación de circunstancias! Verdaderamente, el destino es extraño...

Sus ojos estaban llenos de lágrimas de alegría y de exaltación. Había olvidado que acababa de ser humillada y se sumergía de nuevo en sus recuerdos. Oscilando de un estado de sobreexcitación a otro, se hundió en una especie de trance casi demente. Un gran desorden trastornó la tela de su kimono de vaporosas glicinas.

—¡Ya no tengo leche...! —dijo—. ¡Oh, mi pequeño y pobrecito bebé! ¡Ya no tengo leche...! Pero yo haré para usted los mismos gestos de otras veces. Puesto que no ha dejado de amarme, usted es para mí como el hombre que estaba entonces conmigo; si pienso esto, ¿de qué tengo que avergonzarme? Sí, sí, haré como la otra vez.

Hablaba como alguien que estuviese dando parte de una importante decisión. Después de lo cual pareció obrar bajo los efectos de un exceso de alegría, a menos que se tratase de un exceso de desesperación. Sin duda ella estaba persuadida de que obraba bajo el imperio de la alegría; pero la verdadera fuerza que le dictó su gesto arrebatado fue, creo yo, la desesperación que Kashiwagi había puesto en su corazón o el tenaz resabio de la misma.

Y así, delante de mí, deshaciendo la armazón del lazo de su cintura, desanudó los múltiples cordones; vi caer el cinturón por sí mismo con un crujido de seda. El escote del kimono, donde apenas se adivinaban los blancos senos, se abrió; sacó su pecho izquierdo y me lo presentó.

Si dijera que no experimenté una especie de vértigo, sería falso. Yo miraba. Evidentemente. Sin embargo, mi mirada no pasaba de ser la de un testigo. Aquel misterioso punto blanco que desde lo alto de la Puerta Monumental yo había percibido a lo lejos no tenía nada en común con ese globo de carne de una masa determinada; la impresión había sido demasiado fuerte, demasiado larga la fermentación de mi espíritu para que este seno que ahora tenía ante mis ojos pudiese ser otra cosa más que carne, otra cosa más que un objeto material. Esto no tenía ningún poder de evocación, ni tampoco de envite. Completamente cortado de la vida, simple objeto ofrecido a mi vista, no era más que un testimonio del desierto de la existencia.

No, no quiero mentir, y estoy seguro de haber sido presa del vértigo. Pero la causa estaba, además, en la excesiva tensión de mi mirada, que a fuerza de una implacable inquisición había acabado por ir más allá del justo punto de mira para desposeer a aquel seno de mujer de su cualidad de seno de mujer, para aislarlo y convertirlo en un simple residuo desprovisto de significado.

Entonces fue cuando ocurrió el prodigio. Una calma siguió a aquellos penosos minutos y el seno, lentamente, recobró su esplendor. Estéril como la misma Belleza, impasible como ella, por más que se me ofreciese a la vista, el seno se atrincheró poco a poco tras su secreto esencial: lo mismo hace la rosa, emparedada dentro de su más secreta existencia de rosa. Necesito tiempo para que la Belleza se me revele. Yo voy siempre con retraso con relación a los otros. Ellos descubren al mismo tiempo la Belleza y el deseo; en mí, eso ocurre mucho más tarde. Así, en un instante, el seno volvía a atar sus lazos con el conjunto, hacia trascendente la carne, mudada sin duda en sustancia insensible, pero incorruptible, ligada de nuevo a lo eterno. Quisiera que se comprendiese bien lo que quiero decir.

Y he aquí que por segunda vez surgió el Templo de Oro. Más bien debería decir que el seno que contemplaba tomó la forma del Templo de Oro.

Me acordé de la noche del tifón, a principios del otoño, y de mi vigilia en el Pabellón de Oro. A pesar del claro de luna que lo cubría, pesadas y suntuosas tinieblas se estancaban en sus salas, detrás de las contraventanas, de la madera de las puertas, bajo los techos donde las hojas de oro se agrietaban. Y era muy natural, puesto que el Pabellón de Oro, en sí, ¿qué era sino estructuras minuciosamente elaboradas, edificadas sobre el no ser? Lo mismo aquel seno: exteriormente, no era más que carne luminosa, deslumbrante; pero por dentro, lo mismo que el Pabellón, estaba saturado de noche: su sustancia, idéntica a la del otro, estaba hecha de pesadas, suntuosas tinieblas.

Que no se diga que fue el desorden de una inteligencia demasiado lúcida. No fue nada de eso. ¡Bien pronto habría de verse burlada mi inteligencia, y pisoteada juntamente —no hace falta decirlo— con el apetito de vivir y el deseo! Sumergido en un profundo y duradero éxtasis permanecí largo tiempo sentado,

como paralizado, delante del seno descubierto...

Así fue como, por segunda vez, mi mirada se cruzó con una mirada de mujer glacial y cargada de desprecio. Ella volvió a cubrirse el pecho con el kimono. Yo pedí permiso para retirarme. La mujer me condujo hasta la puerta, que se cerró violentamente detrás de mí.

Permanecí sumergido en el éxtasis hasta llegar a las cercanías del templo. El Pabellón de Oro, el pecho de la mujer, uno tras de otro y dando vueltas, pasaban por delante de mi espíritu. Me llenaba el alma una sensación de alegría impotente.

Pero cuando, a través de los negros troncos de los pinos donde silbaba el viento, se dibujó la puerta exterior del Rokujonji, mi excitación cayó progresivamente, y un sentimiento de impotencia se instaló dentro de mí, la embriaguez se transformó en aversión y sentí crecer un odio cuyo objetivo no sabía precisar.

«De modo que, también esta vez, he sido apartado de la vida —me dije—. ¡Otra vez! Pero ¿por qué quiere protegerme el Pabellón de Oro? ¿Por qué, cuando yo no le pido nada, quiere apartarme de la vida? ¡Sin duda es para salvarme del infierno! Pero haciendo eso me vuelve peor que los que caen en él; hace de mí EL HOMBRE QUE SABE DEL INFIERNO MÁS QUE CUALQUIERA».

... La gran puerta negra dormía. El candil de la puerta baja, que permanecía encendido hasta el toque de la madrugada, iluminaba débilmente. Empujé la puerta que se abrió con el rechinar de la vieja cadena oxidada que hacía subir las pesas. El portero ya se había acostado. Un anuncio recordaba que, según el reglamento, la última persona en entrar después de las diez debía asegurarse que las puertas quedaran cerradas. En la tabla de avisos, dos placas con nombres presentaban todavía su anverso: el Prior y el viejo jardinero aún no habían regresado.

Al dirigirme hacia los edificios del templo vi en un almacén, a mi derecha, varios tablones de madera de cinco o seis metros de largo. A pesar de la oscuridad se percibía el color claro. Más cerca distinguí como un semillero de flores de serrín, finas y amarillas; un envolvente olor a madera flotaba en la noche.

Cuando llegué junto al pozo, al extremo del almacén, volví sobre mis pasos para cruzar la cocina. Antes de acostarme necesitaba ver el Pabellón de Oro. Pasé frente al Gran Salón adormecido, delante de la Puerta Karamon, buscando mi camino en medio de las sombras.

Le vi. Cercado de sombras rumorosas, entronizado en el seno de la noche y en una inmovilidad absoluta, aunque bien despierto. Como si velara a la misma noche... Es verdad, jamás le había visto dormido, como dormía el resto del templo. Sus estructuras deshabitadas podían pasarse sin dormir. Su noche

escapaba totalmente a las leyes que rigen a los hombres.

Por primera vez en mi vida le hablé con violencia: en un tono próximo al de la maldición, le lancé a la cara: « Algún día, tú sufrirás mi ley. Sí, para que no te cruces más en mi camino, algún día, cueste lo que cueste, seré tu dueño» .

Las aguas negras del estanque repitieron mi voz hasta el fondo de la noche vacía.

CAPÍTULO VII

Todo ocurría como si mi experiencia personal hiciese jugar secretas connivencias. Como en un corredor de espejos donde cada objeto reflejado se repite indefinidamente, las cosas vistas en el pasado se reflejaban en las cosas nuevamente encontradas, y yo tenía la sensación de ser conducido sin saberlo de imagen en imagen hasta las más lejanas profundidades del corredor, a un insondable destierro. No es una brusca colisión lo que nos pone en contacto con nuestro destino. Cuando un hombre está marcado por el patíbulo, se forma en él, en cada instante —de un poste eléctrico, de un paso a nivel, hallados todos los días en su trayecto—, la imagen del lugar de su suplicio, y esta imagen acaba siéndole familiar.

En lo que me concierne, sin embargo, no puede hablarse de «acumulación». Nada que haga recordar, en efecto, los partos geológicos cuya superposición constituye una montaña. A excepción del Pabellón de Oro, yo no había hecho intimidad con nada en el mundo; ni siquiera de un modo particular con mis propias experiencias. Pero yo sabía que de los elementos sacados de estas experiencias y no engullidos por el sombrío abismo del tiempo, no caídos en la insignificancia de las cosas que se repiten, de todos esos elementos tan menudos iba tejiéndose una odiosa y siniestra tela.

¿Cuáles eran estos elementos? A veces reflexionaba sobre ello. Pero esos pedazos esparcidos y reverberantes, más que cascotes de botella que brillan al borde de un camino estaban desprovistos de significado, desprovistos de toda virtud de orden, y me resultaba imposible admitir que aquello fuesen los residuos de lo que hacía poco tiempo fue construido como una forma perfectamente hermosa, puesto que dentro de su misma insignificancia, de su absoluta falta de orden, dentro de su total desamparo de formas feas, todos aquellos elementos parecían soñar con el porvenir. Por muy residuos que fuesen, ahí estaban maravillosamente a sus anchas, relajados, serenos, soñando en el porvenir. Un porvenir sin la sombra de una cicatriz o de una restauración, sin trazas de manos, verdaderamente sin precedentes.

El oleaje de estas reflexiones me comunicaba una especie de excitación

lírica, que, según me parecía, a mí no me iba en absoluto. Si la suerte quería que en aquel momento hubiese claro de luna, cogía mi flauta y me iba a tocar en los alrededores del Pabellón de Oro. Ahora ya era capaz de tocar sin partitura la pieza que no hacía mucho me había interpretado Kashiwagi, *La carretilla del palacio*.

La música se parece al sueño y al mismo tiempo a lo que se opone diametralmente a él: a un estado de vigilia particularmente lúcido. «¿Cuál de los dos es música?», me preguntaba. En todo caso, la música poseía a veces el poder de hacerle a uno oscilar de un polo a otro. Y me ocurría, tocando *La carretilla del palacio*, que me identificara muy fácilmente con la melodía. Mi espíritu conocía las delicias de fundirse con la música; a diferencia de Kashiwagi, ésta era para mí realmente un consuelo.

... Al terminar de tocar nunca dejaba de decirme: «¿Por qué el Pabellón de Oro no me reprocha esta entrega a la música? ¿Por qué no opone ningún obstáculo? ¿Por qué cierra los ojos? Por el contrario, cuando he querido perderme en la felicidad o las voluptuosidades de la existencia, ¿acaso ha fingido no ver nada, siquiera por una vez? Al instante se ha atravesado en mi camino y me ha hecho replegar de nuevo en mí mismo: ¡ése es su estilo! ¿Por qué sólo me concede la embriaguez y el olvido de mí en el caso exclusivo de la música?».

Al pensar que aquello era lo único que me permitía el Pabellón de Oro, todo el encanto de la música se marchitaba. Porque una vez dado este tácito consentimiento, por muy semejante que fuese la música a la vida, no era sin embargo más que una imitación vacía, y, aunque yo hubiese deseado incorporarme a ella, sólo habría podido ser por un instante...

No se vaya a creer que mi doble fracaso ante la vida y las mujeres me hizo renunciar y abandonar la partida. Hasta el fin de 1948 no me faltaron ni las ocasiones ni los consejos de Kashiwagi. Afronté las pruebas sin desfallecer. Terminaban siempre del mismo modo: siempre surgía el Pabellón de Oro entre la muchacha y yo, entre la vida y yo. En mis manos se hacía ceniza lo que yo quería alcanzar, y ante mis ojos, hasta donde se perdía la mirada, no había más que desierto.

Un día, durante una tregua que me dejaba el trabajo en el campo, detrás de la cocina, me divertía observando los manejos de una abeja en torno a la pequeña rueda amarilla de un crisantemo de verano. Atravesando el océano de luz con la vibración de sus alas de oro, escogió entre mil una flor ante la cual se agitó un momento, perpleja. Yo intenté ver las cosas tal como ella debía de verlas. El crisantemo desplegaba sus pétalos amarillos, clásicos, perfectos. Tenía la belleza y la perfección de un Pabellón de Oro en miniatura; ¡pero no se transformaba en Pabellón de Oro! Seguía siendo lo mismo, una simple flor de crisantemo. Un crisantemo tomado en su conjunto definitivo, una flor y nada más, una forma vacía de toda sugestión metafísica. Respetando de este modo las

leyes de la existencia, el crisantemo rebosaba seducción, mudado en la misma forma que el deseo de la abeja pedía. ¡Turbador misterio, verlo palpitir así, agazapado en su forma de objeto ofrecido a aquel deseo amorfo, alado, fluido, siempre en movimiento! Progresivamente fue perdiendo su densidad, pareció al borde del desfallecimiento y se agitó presa de estremecimientos y temblores. Se comprende, puesto que el crisantemo ha sido modelado para ajustarse estrechamente al deseo de la abeja, y su belleza se abre en previsión de este deseo. Y he aquí por su forma el instante de lanzarse a la vida y de entregar en pleno día el secreto de su razón de ser. Pues ella es en verdad el molde donde se vierte la vida que se escapa y no tiene forma, al mismo tiempo que la huida alada de la vida informe es el molde donde se vierten todas las formas de este mundo... De este modo la abeja se arrojó a lo más profundo del corazón de la flor embadurnándose de polen, ahogándose en la embriaguez; y la flor que en su seno acogió al insecto se transformó a sí misma en amarilla abeja deuntuosa armadura, donde yo observaba frenéticos sobresaltos, como si ella intentase echarse a volar lejos de su tallo.

La luz, y aquello que se estaba consumando bajo la luz, me dieron casi vértigo. Luego, justo en el momento que dejé de mirar con los ojos de la abeja y recuperé mi mirada, descubrí que había estado contemplando la escena exactamente como lo había hecho, en otras circunstancias, con los ojos del Pabellón de Oro. Exactamente, sí. De la misma manera que podía cambiar mi visión pasando de la de la abeja a la mía, en los momentos en que la vida venía a mí y yo dejaba de ver con mis propios ojos para tomar los del Pabellón de Oro. Y era precisamente entonces cuando el templo surgía entre la vida y yo.

Así pues, recuperada mi visión normal, en el inmenso universo de las cosas no quedó más que la abeja y el crisantemo remitidos, por así decirlo, «a su sitio». Entre el vuelo del insecto, las sacudidas de la flor y los estremecimientos de la brisa no había ya la menor diferencia. En el universo inmóvil y helado todas las cosas volvían a encontrarse al mismo nivel, y la forma de la cual había emanado poco antes un tan poderoso atractivo se desvaneció. De la flor ya no quedaba más que su belleza, pero con el vago nombre de «crisantemo», es decir, con un simple convencionalismo. No siendo ni abeja ni crisantemo, yo no me sentía ni atraído por la flor ni deseado por el insecto. El afecto que yo había experimentado por todas las formas que revela el incansable flujo de la vida se había extinguido. El mundo había sido arrojado a la relatividad, solamente el tiempo se movía aún.

Sin querer extenderme demasiado, diré simplemente esto: cuando el Pabellón de Oro surgía en medio del absoluto de su eternidad, y cuando yo no veía ya las cosas más que a través de él, el mundo se metamorfoseaba del modo que he dicho y, dentro de este mundo así transformado, sólo el Pabellón de Oro guardaba su forma, retenía la Belleza; el resto volvía al polvo. Desde que pisoteé

el vientre de la prostituta en el jardín del templo, desde la muerte de Tsurukawa, y yo no hacía más que plantearme la misma pregunta: «¿El Mal es posible, a pesar de todo?».

Un sábado del mes de enero de 1949, para aprovechar mi libertad, fui a un cine de tercera categoría y barato precio. Después de ver la película deambulé solo por el barrio Shinkyogoku, donde no había vuelto a poner los pies desde hacía una eternidad. En medio del bullicio de la calle descubrí de pronto un rostro que me era conocido; pero lo perdí de vista antes de poderlo identificar: el gentío, detrás de mí, lo envolvió en su torbellino. El hombre llevaba un sombrero blando, una bufanda y un abrigo de inmejorable corte. Le acompañaba una mujer vestida con una capa deslucida: según toda evidencia, una geisha. Aquella cara rosada y mofletuda, tersa como la de un bebé, tan singular en medio de todas aquellas caras de hombres maduros, aquella nariz larga... sí, desde luego eran las facciones del Prior, pero muertas, de algún modo, por el sombrero de fieltro.

Yo no tenía ningún motivo para sentirme avergonzado. Sin embargo, mi reflejo fue de temor, el temor de haber sido visto. Porque inmediatamente presentí que debía evitar ser el que sorprendía las escapadas clandestinas del Prior, ser un testigo, evitar entre él y yo todo vínculo tácito de confianza y de desconfianza.

En ese momento pasó un perro negro, perdido en medio de la muchedumbre nocturna. Era un perro de aguas, acostumbrado, al parecer, a circular por las negras regiones del mundo ya que se deslizaba hábilmente entre las piernas de los transeúntes, multitud donde se codeaban en tropel uniformes militares y trajes femeninos de vivos colores. De vez en cuando se paraba frente a una tienda. Delante del almacén de souvenirs Shogoin Yatsunashi, que no había cambiado desde tiempos lejanos, el perro husmeó alguna cosa. Pude ver su cabeza a la luz de la tienda: era tuerto, y en el ángulo de su ojo reventado, humor y sangre coagulada formaban un poso de color ágata. El ojo intacto tenía la mirada fija en el suelo. Los pelos de su dorso estaban erizados formando una dura arista.

¿Qué había de interesante en aquel perro para captar mi atención de tal modo? No lo sé. ¿Quizá porque transportaba obstinadamente consigo, a lo largo de su vagabundeo, un mundo totalmente distinto al de aquella calle animada y llena de luz? El universo a través del cual él caminaba era el oscuro reino del olfato, que superaba el universo humano de las calles, donde lenguas eléctricas, majaderías moldeadas por los altavoces, explosiones de risa, todo estaba amenazado por oscuros y tenaces olores. Porque éstos se organizaban según un orden más riguroso, y el olor a orines pegado a las húmedas patas del perro se aliaba rigurosamente a la ligera fetidez que emanaba de los órganos y vísceras humanas.

Hacía mucho frío. Un grupo de gente joven que seguramente vivía —no había más que verlos— del estraperlo, bajaba por la calle «desplumando» al pasar los pequeños abetos del Año Nuevo que aún no habían sido retirados de algunos portales. Jugaban a ver quién cogería más cosas con sus manos enguantadas de cuero nuevo: uno no llevaba más que algunas agujas de pino, otro llevaba una ramita entera. Se alejaron en medio de sus estallidos de risa.

Me di cuenta de que estaba siguiendo al perro. Por un momento creía haberle perdido de vista, pero reapareció. Dobló hacia una calle perpendicular a la de Kawaramachi^[13] y así fue como yo desemboqué en la acera de la gran arteria. Aquí había un poco más de oscuridad que en el barrio Shinkyogoku. La silueta del perro desapareció. Yo me paré, mirando a todos lados, luego seguí avanzando hasta un extremo de la calle, siempre en busca del perro. En este momento, un reluciente coche de alquiler se paró delante de mí. El chófer abrió la puerta, una mujer se deslizó en su interior. Inconscientemente, yo la miré. Un hombre se disponía a subir tras ella cuando, de pronto, viéndome, se quedó clavado en su sitio.

Era el Prior. ¿Por qué azar volvía a encontrarle aquí, después de habérmelo encontrado hacía un instante, ya que debía de haber dado un rodeo con la muchacha? No sé nada. Lo cierto es que era él, como ella era la mujer de antes, con su capa deslustrada.

Esta vez era imposible evitarle. Pasmado, yo no podía pronunciar una palabra, una ebullición de sonidos farfullantes se produjo dentro de mi boca antes de que pudiera proferir uno solo. Finalmente, me comporté de un modo inesperado —incluso para mí—, absolutamente sin relación con lo que estaba pasando: me puse a sonreír mirando al Prior.

No puedo explicarme esta sonrisa: llegaba de fuera y de repente se pegó, por así decirlo, a mis labios. Pero al verme reír, el Prior cambió de expresión: « ¡Imbécil! ¿Es que intentabas espiarme? », me espetó colérico. Luego me volvió la espalda con desprecio, saltó al interior del coche y cerró la puerta de golpe. Cuando el coche se hubo alejado tuve el presentimiento, como una súbita iluminación, de que el Prior ya me había visto en la calle Shinkyogoku: no había ninguna duda.

Al día siguiente me esperaba una severa reprimenda. Pero también será, me decía, una excelente ocasión para explicarme. Nada ocurrió; como al siguiente día del asunto de la prostituta pisoteada, comenzó el suplicio del silencio.

En medio de todo esto recibí otra carta de mi madre. Al final había el estribillo de siempre: « Vivo sólo esperando el día en que tendré la alegría de verte a la cabeza del Rokuonji... ».

« ... ¡Imbécil! ¿Es que intentabas espiarme? ». Cuanto más pensaba en la exclamación del Prior más la encontraba desplazada. Si hubiese tenido, como un verdadero sacerdote zen, un poco más de sentido del humor y de soltura de

espíritu no habría apostrofado a un acólito de modo tan vulgar; le habría lanzado algunos acerados, vigorosos y eficaces dardos... Lo que estaba dicho, dicho quedaba. Pero yo seguí convencido de que aquella entristecedora manifestación de cólera se le había escapado al Padre Dôsen en un momento de pánico; equivocándose respecto a mis intenciones, creyó que en mí obraba la intención deliberada de espiarle y acabó interpretando mi mofa como la expresión de mi contento por haberle descubierto.

Sea lo que fuere, su silencio me llenó de una inquietud que cada día se hacía más pesada. La simple existencia del Prior llegó a adquirir una tremenda fuerza, semejante a la de una mariposa nocturna que describe círculos frente a los ojos de uno y le extenúa.

Cuando el Prior era llamado fuera del templo para algún servicio religioso, la regla exigía que fuese acompañado por uno o dos sirvientes. Antes le acompañaba siempre su ayudante, pero desde hacía algún tiempo, bajo pretexto de democratización, se habían establecido unos turnos: el ayudante, el diácono, yo, y después cada uno de los otros dos acólitos. El «prefecto del dormitorio común», hombre cuya severidad era proverbial, había muerto, víctima de la guerra: fue el prior-ayudante —cuarenta y cinco años— quien desempeñó este servicio. En cuanto a los acólitos, el vacío que dejó la muerte de Tsurukawa fue inmediatamente cubierto.

El Prior de un templo que pertenecía como nosotros a la secta Sokokuji, y por tanto con el mismo pasado y la misma tradición que nosotros, acababa de morir. A la ceremonia de entronización del nuevo Prior había sido invitado el nuestro y me tocaba a mí acompañarle. Como él no había manifestado ninguna oposición, yo contaba que en el viaje de ida o vuelta tendría tiempo para darle explicaciones. Pero a la víspera supe que un recién llegado sería nuestro ayudante y las esperanzas que ya había puesto en el viaje se vieron de un solo golpe casi esfumadas.

Los que estén familiarizados con la literatura Gazan^[14] recordarán seguramente el discurso pronunciado el primer año de la era Kôan por Ishimuro Zenkyu, con ocasión de instalarse en el templo Manju de Kyoto. Nosotros hemos conservado las admirables palabras que pronunció en el momento de su llegada al templo, después ante el Gran Santuario, en la Sala de la Tierra, en la de los Antepasados y en fin, en su apartamento de Bonzo-Prior. Señalando con el índice a la Gran Portada, con el corazón rebosando gozo por asumir sus nuevas funciones, dijo con altivez:

«En las profundidades del Recinto Celeste, frente a la Puerta Eterna del Divino Palacio, con las manos vacías hago correr los cerrojos, con los pies desnudos escalo el Konron sagrado...».

La quema de incienso comenzó por el «Shihoko» en homenaje a la memoria del Maestro Shiho. Antiguamente, cuando el zen no era todavía esclavo de la

rutina, en tiempos en que lo que sobre todo contaba era la perpetuación del «despertar espiritual» del individuo, no era el maestro el que escogía a su discípulo, sino al revés. El discípulo recibía la «investidura» no solamente del maestro del cual era deudor, sino de muchos otros. Y era durante la ceremonia del Shihoko que él hacía público el nombre del maestro de la doctrina a la cual tenía intención de consagrarse en cuerpo y alma.

Mientras seguía con los ojos el imponente despliegue del rito del incienso me preguntaba perplejo si, llegado el momento de pasar a la cabeza del Rokuonji y de proceder a la misma ceremonia, me sacrificaría a la costumbre y nombraría al Prior o si, rompiendo una tradición siete veces secular, daría otro nombre... Aquella tarde de precoz primavera, el frío del apartamiento del Prior, aquel fluctuante olor de cinco perfumes, los fuegos de la diadema detrás de los Tres Utensilios, la deslumbrante gloria en torno al Gran ídolo, las vivas estolas de los bonzos alineados... ¿Y si un día me tocara a mí presidir aquella ceremonia?... De este modo me abandonaba yo a los sueños... Me figuraba verme entronizado... Sí, aquel día, animado por el mordiente de la precoz primavera, yo le jugaba a la tradición una mala pasada con la mayor gallardía del mundo: la pisoteaba. Los bonzos, sentados en línea sobre las esteras, mudos y pálidos de furor, no daban crédito a sus ojos. No, yo no quería pronunciar el nombre del Prior, y era otro el que acudía a mis labios... ¿Otro? Pero ¿a qué maestro le debía yo mi verdadero despertar espiritual? ¿Cuál me había convencido para seguir su camino? Su nombre quedó bloqueado en mi boca, no llegó a salir, trabado por mi tartamudez. Porque yo tartamudeaba y, a pesar de todo, un nombre acabó por brotar: «La Belleza»; y luego: «La Nada». Entonces, un inmenso estallido de risas inundó la sala y yo seguía allí, clavado en medio de las risas, como un harapo...

Desperté de mi sueño bruscamente. El Prior tenía que cumplir un rito y como es natural me llamaba para que le asistiese. Para un joven acólito, era motivo de orgullo ser admitido a participar en tal ceremonia; y en mi caso, además, ocurría que de todas las personalidades presentes la primera en dignidad era el maestro del Rokuonji.

Cuando se ha procedido a la quema del incienso, es la norma que el huésped de honor dé un golpe con la aldaba llamada «Aldaba Blanca», testimoniando con ello que el nuevo investido no es «Ganfuto», es decir, «sacerdote impostor». El Prior pronunció la fórmula sacramental: «Vosotros aquí reunidos, oh, mis venerables hermanos, veréis al Príncipe de la Verdad». Después llamó con un golpe, muy fuerte, que resonó por toda la sala; y yo experimenté, una vez más, el milagro de la autoridad que emanaba de su persona.

Llegó un momento en que no pude soportar por más tiempo —ya que me era imposible prever el fin— el silencio del Prior. Si por mi parte yo era capaz de

sentimientos humanos, no había ninguna razón para no esperar otro tanto de la suya, ya fuese odio o afecto. Adquirí la detestable costumbre de espiar en todo momento su expresión, y a pesar de ello no conseguí sorprender la menor traza de un sentimiento particular.

Esta ausencia de expresión no era siquiera frialdad. Admitiendo que se tratara de desprecio, este desprecio no se dirigía lo más mínimo a mí en particular; había en él un carácter de universalidad y estaba dedicado al género humano en general, o, si se quiere, a diversos conceptos y abstracciones.

Desde entonces me esforcé en no figurarme al Prior más que con una jeta bestial o en medio del cumplimiento de las más degradantes funciones del cuerpo. Lo imaginaba, por ejemplo, haciendo sus necesidades o acostándose con la muchacha de la capa desastrada. Y veía distenderse su rostro cerrado, flotar sobre aquella cara que se fundía de voluptuosidad alguna cosa que podía ser muy bien una sonrisa beata lo mismo que una expresión de sufrimiento. Imagen de aquellas dos carnes tan tiernas, tan lisa la una como la otra y fundidas en una masa indistinta... De aquellos dos vientres redondos frotándose el uno al otro... Sin embargo —cosa extraña—, por vigorosa que fuese mi imaginación, el rostro inexpresivo del Prior pasaba instantáneamente a la expresión bestial de la defecación o de la cópula sin que nada ocupara el intervalo. Pasaba sin transición de un extremo a otro, sin ese arco de matices que la vida cotidiana pone sobre los rostros. Apenas había, a lo largo y a lo ancho de todo este vacío, un imperceptible paréntesis: la vulgarísima exclamación del Prior el otro día: « ¡Imbécil! ¿Es que intentabas espiarme? ».

Irritado de tanto rumiar unas mismas cosas, irritado por la espera, fui presa del deseo desenfrenado, indestructible, del cual muy pronto fui prisionero, de apoderarme aunque sólo fuese por una vez de una expresión de odio pintada en las facciones del Prior. De modo que concebí un plan de auténtica locura, que resultaba pueril y que —su evidencia hacía daño a los ojos— se saldaría con un desastre para mí; no había nada que hacer: yo había perdido el control. Iba a hacerle al Prior una mala jugada que no tendría otro resultado que el de hacer cristalizar definitivamente el malentendido que nos separaba; pero yo no prestaba a todo eso la menor atención.

En la universidad, le pedí a Kashiwagi que me diera el nombre y la dirección de cierta tienda, lo cual hizo sin pedirme explicaciones. Corrí a la tienda inmediatamente y pasé revista a un buen número de postales que reproducían fotos de geishas del barrio de Gion. Al principio, aquellos rostros cubiertos de afeites me parecieron todos iguales; luego, el sutil juego de sombras y luces dibujó poco a poco las individualidades que bajo la misma máscara de polvos y colorete surgían diversamente: oscuridad o sol, vivacidad de espíritu o tontería, mal humor o inevitable alegría, desgracia o felicidad. Finalmente puse la mano sobre la foto que buscaba. El papel satinado brillaba bajo la luz demasiado viva

de la tienda de modo que me era difícil distinguir la imagen; pero cuando ella se inmovilizó en mi mano, vi aparecer la cabeza de la mujer de la desastrada capa.

—Quisiera ésta —dije al vendedor.

Puede que esta repentina llamada de audacia sea un misterio: otro igual de grande le animaba con el inexplicable gozo y la alegría que se habían amparado en mí una vez adopté el proyecto. Al principio había pensado en acechar una ausencia del Prior para que él no pudiese adivinar quién era el autor de la fechoría. Pero ahora la excitación me espoleaba y escogí la vía peligrosa: actuaría al descubierto.

Yo seguía estando encargado de llevar cada mañana los periódicos al despacho del Prior. Una mañana de marzo, en que el fondo del aire aún era vivo, me dirigí como de costumbre hacia el recibidor para recoger los periódicos. Mi corazón latía fuertemente cuando saqué de mi bolsillo interior la foto de la geisha y la deslicé entre las páginas del periódico.

En el patio, en medio del parterre que los coches tenían que rodear, el sol naciente inundaba la palmera cercada por un seto vivo. Las ásperas rugosidades del tronco recogían la luz a su paso. A la izquierda había un tilo joven. Algunos pájaros pardillos, perdidos en sus ramas, dejaban oír unos gorjeos tan confidenciales como el rumor de las cuentas de un rosario al deslizarse entre los dedos. Resultaba inesperado ver todavía aquellos pájaros en tal época del año; pero las pequeñas bolas de plumón dorado que se agitaban en medio de los rayos del sol no podían ser otra cosa. La blanca grava del patio respiraba serenidad.

Cuidando de no mojarme los pies, seguí a lo largo de la galería todavía no seca del baldeo de la mañana y con charcos de agua. La puerta del Prior estaba cerrada del todo. Era tan temprano que el papel blanco de los tabiques corredizos parecía nuevo y flamante.

Me arrodillé en el umbral, como de costumbre, y dije: «¿Puedo entrar, por favor?». Con la respuesta afirmativa del Prior abrí la puerta grande, entré y dejé el periódico, ligeramente doblado, sobre un ángulo de la mesa. El Prior, con la nariz pegada a las páginas de un libro, no vio mi mirada. Me retiré cerrando la puerta detrás de mí, esforzándome por mantener la calma, y regresé a mi habitación por la misma galería y tomándome todo el tiempo necesario.

Me senté sobre las esteras aguardando la hora de ir a la universidad. Mi corazón empezó a latir cada vez más fuerte: nada hice para disminuir el ritmo de las pulsaciones. Jamás había esperado algo tan intensamente. Sabía muy bien que mi acto me haría odioso ante el Prior; pero lo único que entonces ocupaba mi espíritu era la escena, rica en patetismo, en que dos adversarios se explican de hombre a hombre.

... Tal vez el Prior iba a entrar de repente en mi cuarto, y me traería el perdón. Perdonado, quizás iba a alcanzar por primera vez en mi vida aquella pureza sin mancha, aquella alma hecha de luz que Tsurukawa había llevado

siempre consigo. Acaso íbamos a caer los dos, el Prior y yo, el uno en brazos del otro, y de todo ello no guardaríamos más que el pesar de habernos comprendido tan tarde...

¿Cómo pude, por poco que fuese, descender hasta ese abismo de bobería? No encuentro explicación. Considerando las cosas fríamente, me parece que en el momento de exponerme por una tontería a sufrir el resentimiento del Prior —a inducirle a tachar mi nombre de la lista de sus posibles sucesores—, de meter, en una palabra, el dedo en el engranaje que iba a triturar todas mis esperanzas de verme un día a la cabeza del Rokuonji, yo había olvidado completamente mi vieja amistad con el Pabellón de Oro.

Tendí la oreja hacia el lado de la biblioteca. No llegaba ningún ruido...

Espiraba un estallido de furia, de atronadoras vociferaciones. Pero ni puñetazos ni patadas, ni lamentos ni sangre conseguirían, estaba seguro de ello, hacerme sentir remordimientos. Mientras tanto, del lado de la gran biblioteca, continuaba el mismo profundo silencio...

De modo que aquella mañana, al abandonar el templo para dirigirme a la universidad, me hallaba moralmente extenuado, desolado. La clase no consiguió interesarme. Al ser preguntado respondí al revés, y todo el mundo se echó a reír. Sólo Kashiwagi miraba más allá de la ventana con cierto despeggo. Pero yo estaba seguro de que sabía lo que me pasaba.

De regreso al templo, encontré que nada había cambiado. Se vivía allí una vida tan gris, se respiraba una atmósfera enmohecida tan perpetua, que entre ayer y hoy no podía esperarse encontrar el más pequeño cambio, la más ligera diferencia.

Dos veces por mes y sobre un hecho de la doctrina, el Prior hacía una exposición, y precisamente tocaba aquella noche. Para escucharle, la comunidad completa se reunía en su habitación. Yo estaba inclinado a creer que aprovecharía su comentario sobre Mumonkan para censurarme delante de todo el mundo. Lo creía por la siguiente razón: aquella noche íbamos a encontrarnos sentados el uno frente al otro y yo me sentía henchido de esto que es preciso llamar una especie de intrépida virilidad, que por lo demás no le iba en absoluto a mi persona. De lo cual deducía que el Prior desearía colocarse a mi nivel, mostraría también él una virtud viril, haría pedazos su máscara de hipocresía y confesaría públicamente su propia falta antes de denunciar la abyección de mi conducta.

En el cuarto mal iluminado, todos los miembros del templo estaban reunidos con el texto de Mumonkan en las manos. A pesar del frío no había más que un pequeño brasero, cerca del Prior. Se oía sorberse el moco. Con la frente inclinada, jóvenes y viejos ofrecían unos rostros esculpidos en sombras, todos increíblemente desprovistos de vitalidad. El nuevo, que de día hacía de maestro, era miope y sus gafas resbalaban sin cesar a lo largo de la delgada arista de su

nariz.

Yo era el único que me sentía fuerte; por lo menos así me lo parecía. El Prior abrió su libro y paseó los ojos en torno al auditorio. Mi mirada siguió la suya: deseaba hacerle constatar que yo no bajaba los ojos. Pero los suyos, cerrados de arrugas e hinchazones, no parecieron observar nada y se deslizaron hacia mi vecino.

Comenzó la exposición. Yo acechaba el momento en que el tema sugeriría al Prior un pretexto repentino para hablar de mi caso. Agucé el oído. La voz de falsete se desplegó monótona. Pero del corazón no brotó ningún acento.

Por la noche no pude dormir. El Prior me daba asco. Ardía en ganas de cubrirle de ridículo por su hipocresía. Luego despuntó el remordimiento, se agrandó, y mi orgullo no pudo resistir lo más mínimo. De manera bastante singular, este abatimiento interior arrastró consigo un abatimiento relacionado con mi desprecio; y terminé por convencerme de que mi adversario no merecía ser tomado en consideración ni poco ni mucho, y que todas las excusas que yo pudiese encontrarle no tendrían para mí ningún carácter de derrota: llegada a la cumbre, mi alma iniciaba el descenso.

« Iré a presentarle mis excusas mañana por la mañana », me decía. Al día siguiente, me remitía a la intención de la víspera. Mientras tanto, el rostro del Prior permanecía inalterable.

Un día que hacía mucho viento a mi regreso de la universidad, abrí por casualidad mi cajón y descubrí un papel blanco que contenía alguna cosa. Era la fotografía. Sin una palabra escrita. Éste era pues el camino que, con toda evidencia, el Prior había escogido para ponerle punto final al asunto: no cerraba totalmente los ojos, sino que tenía a bien hacerme ver la esterilidad de mi acto. Esta curiosa manera de « devolver al remitente » no dejó sin embargo de despertar en mí un cúmulo de suposiciones.

« Esta vez está claro; tiene plomo en el ala —pensé—. ¡Por cuánta incertitud poco común habrá tenido que pasar antes de decidirse a proceder así! Ahora es seguro, me odia. Probablemente no a causa de la fotografía en sí, sino porque una simple foto le obligaba a gestos degradantes, a temer la mirada de los otros en su propio templo, a agazaparse en espera del momento propicio para deslizarse como un ladrón a lo largo de la galería, a entrar en la habitación de un acólito en la que jamás había puesto los pies y abrir un cajón como un culpable ». Sí, verdaderamente, el Prior tenía ahora grandes razones para odiarme...

Ante esta idea, en mi pecho se produjo de pronto una explosión de indescriptible alegría. Luego me ocupé en un pequeño trabajo muy agradable; cogí las tijeras, corté la fotografía en mil diminutos pedazos, arranqué de mi

cuaderno de notas una hoja de papel duro que doblé por la mitad, deslicé en su interior los fragmentos de la foto, lo cerré todo sólidamente y, llevándolo apretado en mi mano, me dirigí hacia el Pabellón de Oro.

Se levantaba en medio del cielo de la noche donde brillaba la luna, donde rugía el viento —cumbre de este melancólico equilibrio que era inmutablemente el suyo—. Allí donde el claro de luna caía sobre el oquedal de finos pilares, uno creía ver a veces las cuerdas de un arpa, y el mismo templo parecía un extraño y gigantesco instrumento de música. Sí, era ésa la impresión que la luna ayudaba a crear esta noche desde su altura. Pero el viento se esforzaba en vano soplando entre las cuerdas y el arpa no emitía ningún sonido...

Recogí un guijarro, lo puse dentro del papel y lo oprimí todo hasta formar un objeto duro. Con tal lastre, los residuos del rostro penetraron en las profundidades del estanque, en cuyas aguas los círculos se propagaron blandamente y muy pronto vinieron a morir a mis pies, contra la orilla.

Sí, en noviembre de aquel mismo año, yo me fugué del templo, fue a causa de todos estos pequeños incidentes acumulados. Pensándolo ahora, aquella fuga no fue repentina más que en apariencia: en realidad era el resultado de largas tergiversaciones. Sin embargo, me gusta decirme a mí mismo que aquel acto fue suscitado por un impulso súbito. Como yo estoy radicalmente desprovisto de impulsividad, me contentaba sobre todo con sucedáneos de impulsividad. Cuando un hombre ha proyectado visitar la tumba de su padre al día siguiente pero, una vez en la estación, cambia súbitamente de parecer y va a ver a un amigo en un café, ¿se puede decir que este hombre es auténticamente impulsivo? ¿No se puede ver en ese cambio repentino una revancha sobre su propia voluntad, y cierta cosa más consciente que todos estos planes y preparativos a largo plazo?

La causa inmediata de mi huida fue que el Prior, la víspera, me había dicho claramente y en un tono que no admitía réplica: «Hubo un tiempo en que pensé hacer de ti, para más adelante, mi sucesor; pero quiero informarte de que en el presente he cambiado totalmente mis disposiciones».

Era la primera vez que me notificaba alguna cosa de esta especie, pero yo debía esperarlo ya y estaba preparado: de modo que no estalló como una bomba y no quedé ni pasmado ni consternado. Me gusta pensar que, a pesar de todo, las palabras del Prior representaron el papel de detonador que provocó el impulso y el acto.

En adelante, seguro del odio del Prior —a partir de la jugada de la fotografía—, me abandoné a una ostensible negligencia en mis trabajos escolares. El primer año fui a la cabeza en chino e historia, con un total de ochenta y cuatro puntos, clasificándome, en el conjunto, el veinticuatro sobre los ochenta y cuatro alumnos, con setecientos cuarenta y ocho puntos. De cuatrocientas sesenta y

cuatro horas de clase no había faltado más que a catorce. El segundo año no había totalizado más que seiscientos noventa y tres puntos, retrocediendo al puesto número treinta y cinco en un conjunto de setenta y siete alumnos. Pero el tercer año también multipliqué mis ausencias a las clases; no es que tuviese dinero para divertirme, sino que era por el placer de no hacer nada; el año escolar, además, había comenzado inmediatamente después del incidente de la foto.

Al terminar aquel primer trimestre, la universidad enrió una carta de advertencia al Prior y éste me hizo reproches, justificados por mis malas notas y mis múltiples ausencias. Pero por lo que estaba sobre todo resentido era por mi falta de asistencia a las tres infaustas «jornadas» del trimestre reservadas al estudio de la doctrina zen. (Se le consagraba los tres días que precedían a las vacaciones de verano, de invierno y de primavera, y los ejercicios se desarrollaban según las mismas normas que en los diversos monasterios especializados).

Para esta reprimenda, el Prior me convocó en su apartamento personal, lo cual era una excepción. Yo permanecí con la frente inclinada, sin decir nada. En mi fuero interno, esperaba verle abordar cierto tema, pero no hizo alusión ni a la foto ni —remontándonos más lejos— al chantaje de la prostituta.

Sin embargo, a partir de ese día el Prior cambió de actitud respecto a mí, distinguiéndome con una manifiesta frialdad. Era el desenlace que yo esperaba, la evidencia que yo estaba afanoso de constatar; para mí, en suma, una manera de victoria, obtenida sin haber tenido que hacer otra cosa que cruzarme de brazos. En aquel primer trimestre había acumulado ya sesenta horas de ausencia a las clases, es decir, cinco veces más que durante todo mi primer año. Estas horas no las empleaba ni en leer ni en gastar dinero. A veces, raramente, charlaba con Kashiwagi; pero sobre todo estaba sin hacer nada. En efecto, me sumergía tan totalmente en la inacción y el silencio que mis recuerdos de Otani no son ni más ni menos que recuerdos de ociosidad. Tal vez era, después de todo, mi manera personal de practicar el zen; haciéndolo, jamás he conocido un solo minuto de aburrimiento.

Me ocurría que durante horas estaba sentado en la hierba, observando los manejos de un hormiguero acarreado granos de roja arcilla; aquellas hormigas, sin embargo, no me interesaban. Otras veces permanecía durante horas con los ojos distraídos y fijos en el hilo de humo que salía de una chimenea de fábrica, detrás de la universidad; aquel humo no me cautivaba de ninguna manera. En tales momentos, yo tenía el sentimiento de hallarme sumergido hasta el cuello en esta existencia que era YO MISMO. El mundo exterior, enfriado parcialmente, volvía a arder. ¿Cómo decirlo...? Formaba manchas y rayas. Un movimiento de cambios recíprocos se establecía suavemente y sin leyes fijas entre mi ser profundo y el mundo exterior. El paisaje del contorno, vacío de todo sentido que

reflejara en mis ojos, irrumpía dentro de mí; los únicos elementos que permanecían fuera de la operación proseguían a lo lejos una danza de deslumbrantes relámpagos: éstos podían ser la bandera de la fábrica, o una insignificante mancha en la pared del cercado, o un viejo zueco tirado sobre la hierba como un desecho. En mí, todo ello surgía a la vida de segundo en segundo para desaparecer enseguida sin dejar rastro; pero ¿no eran más bien ideas informes y no objetos? Las cosas importantes iban de la mano con las más fútiles; una sutil red de hilos se tendía entre los acontecimientos políticos de Europa, leídos en el periódico de la mañana, y el viejo zueco que yo tenía frente a mis ojos.

También llegué a meditar interminablemente acerca del ángulo agudo que formaba la punta de una brizna de hierba. A decir verdad, «meditar» no es el vocablo que conviene a estas burbujas del pensamiento, extrañas y sin ilación, ni vivas ni muertas, que afloraban a la percepción con una pesada obstinación. ¿Por qué tenía que ser agudo este ángulo? ¿Y si fuese obtuso? ¿Quedaría destruida su clasificación dentro de la categoría de hierba, desmantelada su naturaleza a causa de esta simple púa? ¿Basta con cercenar un minúsculo diente del engranaje natural para que todo se trastorne...? Así, mi espíritu, en busca de un medio para hacer bascular el mundo, fluctuaba de aquí para allá sin llegar a conclusión alguna.

La noticia de la amonestación que yo había recibido no tardó en extenderse y la actitud de la gente del templo para conmigo se hizo más rígida de día en día. Recuérdese aquel discípulo que se consumía en celos a partir del día que el Prior decidió hacerme seguir los cursos de la universidad: pues bien, no dejaba pasar ni una ocasión para mirarme con una sonrisa de triunfo.

Pasó el verano, y luego el otoño; yo no dirigía, por decirlo así, la palabra a nadie. La víspera de mi huida, por la mañana, el Prior me mandó llamar por su ayudante. Era el 9 de noviembre. Yo estaba a punto de partir para clase, así que me presenté ante el Prior con el uniforme.

Su cara no era ya la de costumbre, rosada y beata; había en sus rasgos una curiosa crispación provocada por el fastidio de tener que decirme en la cara lo que había de decirme. Me miró como si yo hubiese sido un leproso. Todo ello me parecía divertido. ¡Ahí estaba, por fin, la expresión humana que yo tanto había deseado ver en su rostro! Su mirada estaba llena de ella.

El Prior desvió enseguida la mirada y me habló frotándose las manos por encima del brasero. El dulce frotamiento de las palmas entre sí, por discreto que resultara en medio del aire de aquella mañana de invierno, destruía desagradablemente, como una discordancia, la pureza. Aquella carne de sacerdote en contacto con aquella otra carne de sacerdote daba la impresión de una apretada, íntima caricia que iba más allá de la estricta necesidad.

—¡Qué pena tendría tu padre si viviese! —dijo—. Mira, otra carta de la

universidad. Y redactada en los más severos términos. Deberías reflexionar a fondo sobre lo que va a l ocurrirte si continuas así... —Y luego añadió, sin transición—: Hubo un tiempo en que pensé hacer de ti, para más adelante, mi sucesor; pero quiero informarte de que en el presente he cambiado totalmente mis disposiciones.

Después de un largo silencio dije:

—¿Quiere esto decir que me retira usted su apoyo?

Él no respondió inmediatamente. Por fin dijo:

—¿Crees que tu conducta tiende a poder hacerme cambiar de opinión?

Dejé su pregunta sin respuesta. Luego me oí tartamudeando maquinalmente alguna cosa que no tenía que ver.

—Usted me conoce, Padre, en todos mis aspectos. Pero yo también creo conocerle a usted muy bien.

—¿Y bien? —Una oscura llama inundó sus pupilas—. Esto no tiene absolutamente ninguna importancia. No tiene ningún interés.

Jamás hasta entonces había visto un rostro de hombre tan completamente desligado de las cosas de este mundo. Jamás, por muy mancilladas que las manos pudiesen estar al contacto con las cosas de la vida, el dinero, las mujeres, había visto en un rostro de hombre semejante desprecio por este mundo.

Hice un movimiento de repulsión, como si hubiese tocado un cadáver todavía tibio y rosado.

Entonces brotó de mí, impetuoso como el agua de un surtidor, el deseo de huir de todo lo que me rodeaba aunque sólo fuese por poco tiempo. No dejé de rumiarse en ello desde que me retiré de la habitación del Prior. La idea de partir de allí se hizo cada vez más urgente, despótica.

Hice un paquete con mi flauta y mi diccionario budista, cogí mi cartera de clase y corrí hacia la universidad con una sola idea en la cabeza: partir.

Cuando cruzaba el portal, la suerte me sonrió: Kashiwagi caminaba delante de mí. Tiré de su manga, me lo llevé hacia un sendero lateral y le pedí que me prestara tres mil yens.

—Toma mi diccionario y la flauta que me diste —añadí—, en previsión, a cuenta de ello.

Las facciones de su cara no dejaron aparecer nada de eso que podría llamarse el «ardor filosófico» que él mostraba siempre al despachar sus paradojas. Con los ojos replegados, achicados, fijó en mí una mirada envuelta en un velo de bruma.

—¿Te acuerdas del consejo que el viejo Polonio da a su hijo Laertes?: «No pidas dinero prestado ni lo prestes. Prestar es perder a la vez dinero y amigo».

—Yo no tengo padre —respondí—. Además, si no puedes, no hablemos más de ello.

—Yo no he dicho que no pudiera. Estudiemos las cosas sin embalarnos.

¿Estoy en situación, actualmente, rascando el fondo del cajón, de reunir tres mil yens...?

A pesar mío, no pude evitar el evocar los argumentos de la profesora de decoración floral: los trucos de Kashiwagi, sus astucias para arrancarles dinero a las mujeres. Pero me contuve de decir nada...

—... Consideremos primero las disposiciones a tomar respecto al diccionario y la flauta.

Diciendo esto dio la vuelta sobre sus talones y se dirigió hacia el portal; y o le seguí, ajustando mi paso al suyo. Me habló nuevamente de aquel antiguo estudiante convertido en presidente de una sociedad de créditos, La Claridad, el cual, sospechoso de estar complicado en un asunto de tráfico de divisas, había sido detenido. Fue soltado en septiembre y se decía que se hallaba en una situación difícil a causa del duro golpe asestado a su crédito. Desde marzo-abril, este personaje había suscitado un fuerte interés en Kashiwagi y alimentó numerosas conversaciones nuestras. Convencidos como estábamos los dos de que él pertenecía a la raza de los « fuertes », no podíamos esperar su suicidio, quince días más tarde.

—¿Para qué es este dinero? —me lanzó Kashiwagi a quemarropa; pregunta, de su parte, muy sorprendente.

—Para irme a cualquier parte, así, sin más.

—¿Volverás?

—Sin duda...

—¿De qué quieres huir?

—De todo lo que me rodea... De este olor a impotencia que emana a bocanadas de todas las cosas que me rodean... El mismo Prior apesta a impotencia. Espantosamente... También en él lo he notado...

—¿También quieres huir del Pabellón de Oro?

—Sí, también.

—¿Porque incluso él transpira impotencia?

—¡No, ciertamente! Al contrario, él es quien segrega esta impotencia que lo invade todo.

—Por lo menos, eso es lo que a ti te gusta imaginar.

Y Kashiwagi, con su paso exageradamente danzarín, enfiló a lo largo de la acera haciendo chasquear la lengua con un aire de extrema satisfacción. Me condujo a una pequeña tienda de antigüedades de aspecto muy miserable; allí vendió la flauta, sin sacar por ella más que cuatrocientos yens. Luego fue a un puesto de compraventa de libros, donde hubo que dejar el diccionario por cien yens. Para los dos mil quinientos yens que faltaban, Kashiwagi me condujo a su casa.

Allí me propuso un singular negocio: la flauta no era en definitiva más que una restitución; en cuanto al diccionario, se lo podía considerar como un regalo.

En consecuencia, los dos objetos no habían hecho sino retornar simplemente a su propietario y por lo tanto los quinientos yens obtenidos con la venta pertenecían a Kashiwagi. Los cuales, junto con el préstamo de dos mil quinientos yens, elevaban la deuda —¡nada más lógico!— a tres mil yens. Hasta su devolución, él exigía el diez por ciento de interés mensual, lo cual —comparado con el treinta y cuatro por ciento mensual exigido por la sociedad La Claridad— era un rédito extremadamente bajo, un rédito de amigo... Kashiwagi sacó una hoja de papel, la carpeta, escribió brevemente los términos del acuerdo y me pidió que imprimiese sobre el documento la huella de mi pulgar. Puesto que pensar en el porvenir no me inspiraba más que repugnancia, apreté mi dedo sobre el tampón y luego sobre el papel.

Mi corazón bullía de impaciencia. Con los tres mil yens en el bolsillo, abandoné a Kashiwagi, salté a un tranvía, bajé delante del parque de Funaoka y subí de cuatro en cuatro los peldaños de piedra de la escalera que, con un rodeo, conduce al templo sintoísta Kenkun: quería proveerme de una varita de zahorí, esperando obtener con ella una indicación acerca de la dirección que debía tomar.

Al pie de la escalera, a la derecha, se veía el santuario de Yoshiteri Inari, de un bermejo llameante, con sus dos zorros de piedra encarados y rodeados por una alambrada. Cada uno apretaba en su boca un documento enrollado y el interior de sus orejas puntiagudas y rectas estaba también pintado de bermellón.

El pálido sol se escondía de vez en cuando; entonces pasaba un leve viento seco. La escalera de piedra estaba como espolvoreada de ceniza fina, del mismo tono que aquel día gris que se filtraba a través de los árboles, tan débil, tan apagado que parecía una sucia ceniza.

Desemboqué en el amplio patio del Templo Kenkun. Había subido de un solo tirón y estaba empapado en sudor. Frente a mí, otra escalera conducía al mismo santuario; un camino enlosado iba hasta las gradas, y a ambos lados los pinos postraban sus ramas atormentadas sobre el fondo del cielo. Las viejas construcciones de madera de la cancelería del templo se encontraban a la derecha; un tablero colgado en la puerta de entrada indicaba: «Instituto de investigaciones sobre el destino humano». Entre la Cancillería y la escalera había un hueco en forma de cueva, enjalbegado de blanco, y más allá un bosquecillo de «cryptomer» diseminados. En el cielo reinaba un tumulto de nubes frías, opalinas, cargadas de una luz lúgubre. El panorama se extendía hasta las colinas que rodeaban Kyoto por el oeste.

El santuario de Kenkun está consagrado a los héroes feudales Nobunaga y su hijo mayor Nobutana, unidos en un solo homenaje. Es un templo de una simplicidad desnuda que ofrece una sola nota de color: la balastrada bermellón que la rodea.

Una vez llegado, hice mis devociones y cogí de un estante, cercano a la

arquilla de las ofrendas, la vieja caja de madera hexagonal. La agité e hice caer por el agujero una varilla de bambú finamente tallada. Llevaba escrito el número « 14 » en tinta china.

Di media vuelta y sali. « Catorce... Catorce », murmuraba mientras bajaba las escaleras. El sonido de estas sílabas bloqueadas por mi lengua al pasar pareció cargarse poco a poco de significado.

En el vestíbulo di una voz para que acudiera alguien. Una mujer de mediana edad, que debía ocuparse de la limpieza, apareció secándose las manos en el delantal concienzudamente. Cogió los diez yens reglamentarios que le di con un aire totalmente inexpressivo.

—¿Qué número?

—El catorce.

—Espere en la galería, por favor.

Me senté al borde. Mientras esperaba pude medir hasta qué punto era insensato poner mi suerte en las manos mojadas y agrietadas de aquella mujer. Pero poco importaba, puesto que había venido precisamente con la idea de apostar sobre este absurdo. Detrás del tabique oí tintinear la anilla de un viejo cajón que alguien tenía una dificultad de mil diablos en abrir; luego el ruido de un papel arrancado. El tabique corredizo se entreabrió:

—¡Tenga! —dijo la mujer tendiéndome un pedazo de papel; y el tabique se cerró.

El papel llevaba en un rincón la marca de un dedo mojado. Leí:

Número 14. Nefasto.

Si permaneces en esta casa, los Mil y Un Dioses te destruirán. El príncipe Okuni, después de haber soportado piedras de fuego, descargas de flechas y otras calamidades, tuvo que alejarse de esta provincia según las enseñanzas de los Dioses sus Antepasados.

Advertencia para ti: debes huir en secreto.

El comentario que seguía enumeraba toda clase de avatares o de alarmas que uno podía hallar en su camino: no me impresionaron en absoluto. Finalmente había una nube de diversas rúbricas, una de las cuales se titulaba: « Viaje ». Clavé los ojos en ella: « Viaje. Nefasto. Particularmente hacia el noroeste ».

Decidí lanzarme de cabeza al noroeste.

El tren de Tsuruga salía de Kyoto a las siete menos cinco de la mañana. En el templo nos levantábamos a las cinco y media. En la mañana del día 10, tan pronto me hube levantado me vestí mi uniforme de estudiante sin que ello despertara sin embargo la menor sospecha: tan arraigada estaba ahora la costumbre de no hacerme caso.

En las primeras horas de la mañana reinaba siempre una cierta confusión. El

uno aquí y el otro allá, empuñando escobas y estropajos, todo el mundo se afanaba en limpiar. El trabajo duraba hasta las seis y media.

Yo me puse a barrer el patio de entrada. Mi plan era largarme sin equipaje, desaparecer como por encantamiento: manejaría la escoba sobre la grava apenas teñida de blanco bajo el alba; de pronto la dejaría caer; me volatilizaría; y cuando llegara el pleno día, el sendero estaría vacío. Así imaginaba que debía ser mi partida.

He aquí por qué no me despedí del Pabellón de Oro; él formaba parte del marco que me rodeaba y del que yo debía desprenderme de una vez. Paso a paso, mientras barria, me acercaba a la puerta del recinto exterior. A través de los pinos podían verse las estrellas de la madrugada.

Mi corazón latía sordamente. «Es la hora: VETE». Era como si estas palabras revoloteasen en torno a mis orejas. «Es preciso huir de este marco, de esta idea que me hago de la Belleza y que me ata, de este desamparo en que me he estancado, de esta tartamudez, de esta existencia a la que se le ponen tantas condiciones. Hay que huir de todo eso. Pase lo que pase».

Igual que un fruto maduro que se desprende, mi escoba cayó sola de mis manos en medio de la penumbra de los matorrales. Furtivamente, escondiéndome detrás de los árboles, gané el portal exterior; después de lo cual me lancé a correr con los talones al cuello.

Llegó el primer tren con algunos viajeros —obreros, probablemente— en medio de los cuales me senté dejando que la luz eléctrica se vertiera de lleno sobre mí. Me pareció que nunca había ocupado un sitio tan claro.

Todavía puedo recordar con absoluta nitidez los detalles de aquel viaje. Yo no ignoraba adonde iba; había escogido un paraje que cuando iba al colegio habíamos visitado un día en una excursión educativa. Sin embargo, a medida que me acercaba, la sensación de huida y de liberación era tan fuerte que creía tener delante de los ojos un paisaje totalmente desconocido.

Aquella era la línea que conducía a mi país natal, y me era familiar. No obstante, jamás me habían parecido tan extraordinarios aquellos viejos vagones ennegrecidos de sudor, jamás les había notado tanto esplendor. Estaciones, silbidos del tren, voces rasgadas de los altavoces sonoros en la madrugada despertaban dentro de mí la misma emoción, amplificándola, desplegando delante de mis ojos horizontes vírgenes, deslumbrantes, líricos. El sol naciente partía en zonas los inmensos andenes. Ruidos de pasos apresurados, golpear de chanclos de madera, imperturbable y monótono rumor, el color de las mandarinas que un vendedor sacaba de la cesta... eran otras tantas alusiones estimulantes, otros tantos presagios, para la gran aventura a la cual me había lanzado.

El más ínfimo detalle de una estación ayudaba a entregarme por entero a la sensación única de ruptura y alejamiento. Y lo que se alejaba reculando, ¡con

qué aire de realeza, con qué perfecta cortesía se alejaba! Lo notaba. La inexpresiva superficie de hormigón, ¡qué deslumbrante resplandor no recibía de esta cosa que se agitaba, se desprendía, partía!

Dejaba ciegamente que lo decidiera el tren. Esta expresión puede parecer extraña, pero es la única que da cuenta con autenticidad del estado de ánimo en que me encontraba entonces, cuando cada vuelta de rueda me alejaba más de la estación de Kyoto. ¡Cuántas veces en el Rokuonji, de noche, había escuchado el silbido de los trenes de mercancías pasando por Hanazono! ¡Cómo no iba a ser una sorpresa para mí el verme presente en uno de estos ingenios que noche y día, infaliblemente, corrían a toda marcha hacia las lejanías!

Remontamos estas gargantas de Hozu con profundidades de lapislázuli que yo había visto otras veces con mi enfermo padre. Sobre la vertiente occidental de la cadena Atago y de Arashiyama y hasta las cercanías de Sonobe, el clima, por una verdadera ilación de corrientes atmosféricas, es totalmente diferente del de Kyoto. De octubre a diciembre, entre las once de la noche y las diez de la mañana, invariablemente, la niebla sube desde el río e invade toda la región desplegándose casi continuamente.

Los arrozales se extienden anegados de vapor, bajo un verde de moho allí donde ya se ha hecho la cosecha. Sobre las apretadas gavillas que limitan las parcelas, crecían unos pocos árboles pequeños y grandes, delgados y tripudos, según leyes de la más completa fantasía. Talados a buena altura, los escuálidos troncos estaban cercados de estos manguitos de paja que en el país se les llama « maná del calor ». Viéndoles emerger de la niebla uno tras otro se hubiese dicho que eran árboles fantasmas. Muchas veces, rozando el cristal, se destacaba con extraordinaria nitidez sobre el gris de los arrozales extendiéndose hasta perderse de vista un gigantesco sauce cuyas hojas mojadas se doblaban bajo el peso de las gotas; se balanceaba débilmente en medio de la bruma.

Mis pensamientos, tan vigilantes al salir de Kyoto, ahora habían tomado otro curso: yo rememoraba a todos aquellos que habían muerto. Y al evocar a Uiko, a mi padre, a Tsurukawa, sentí brotar en mí una indecible ternura que me hizo dudar de si yo no sería solamente capaz de amar a los muertos... ¡Cuando menos, es mucho más fácil amarlos a ellos que a los vivos!

En mi compartimiento de tercera no había mucha gente. Los pocos especímenes sentados allí de esta humanidad tan difícil de amar chupaban febrilmente de sus cigarrillos o mondaban mandarinas. Un viejo empleado de algún organismo oficial platicaba en alta voz con su vecino. Los dos llevaban viejos trajes deformados; un despojo de forro a rayas asomaba de una manga. Me admiró una vez más hasta qué punto la acumulación de años es impotente contra la mediocridad. Aquellos rostros de destripaterrones cocidos por el sol, surcados de arrugas, aquellas voces rasposas estropeadas por el alcohol ilustraban muy bien eso que podríamos llamar la flor y nata de una cierta especie de

mediocridad.

Pasaban revista a todas aquellas personas que podían ser asaltadas para engrosar los fondos de la organización. Otro infeliz, plácido y calvo, se mantenía apartado de la conversación, pero no paraba de secarse las manos con un pañuelo blanco que los muchos contactos con la lejía, sin duda, habían dejado amarillento.

—¡Miren estas manos! ¡Totalmente negras! ¡Se diría que se ensucian solas! ¡Qué fastidio!

A esto, otro personaje:

—Dígame a propósito de este hollín, ¿no envió usted una vez una carta al director de un periódico?

—No —respondió el calvo—. Pero de todos modos es un fastidio.

Sin escuchar la conversación, propiamente dicha, oía de todos modos lo que decían. El nombre del Pabellón de Oro y del Pabellón de Plata^[15] fueron pronunciados varias veces. En sus argumentos había una completa identidad de puntos de vista: se les debería arrancar una fuerte contribución. Las rentas del Pabellón de Plata representaban la mitad de las del Pabellón de Oro, lo que no impedía que fuesen enormes. Para dar una idea de ello, baste saber que debían entrar cada año en el Pabellón de Oro más de cinco millones de yens; teniendo en cuenta el tren de vida ordinario de una comunidad zen, los gastos —agua y electricidad comprendidos— no podían ir más allá de los doscientos mil yens por año. ¿Qué se hacía con el resto? ¡Los jóvenes acólitos comían arroz frío mientras que el Prior se largaba a Gion todas las noches! ¡Y encima, ni un céntimo de impuestos! ¡Ni que se tratara de un verdadero privilegio de extraterritorialidad! Y el diálogo seguía su curso.

El calvo, mientras seguía secándose las manos, aprovechó una pausa para deslizarse un: « ¡Qué fastidio, de todos modos! », que fue, para todo el mundo, la última palabra. Baldeadas, pulidas, frotadas, sus manos no mostraban ni rastro de manchas de humo de tabaco; por el contrario, eran resplandecientes, lustrosas como objetos de marfil, verdaderamente dispuestas a servir, por su apariencia, más como guantes nuevos que como manos.

La cosa puede parecer extraña, pero era la primera vez que yo escuchaba la voz de la censura pública. Pertenecíamos al mundo de los sacerdotes, del cual forma parte incluso la universidad, y jamás se nos ocurría ponernos a criticar lo que se hacía en el templo.

Sin embargo, la conversación de los dos viejos no me causó la menor sorpresa: ¡todo lo que decían no era más que la evidencia misma! El arroz frío, las visitas a Gion, todo esto era indiscutible. Pero por encima de toda expresión, me repugnaba ser comprendido según el modo de comprensión de estos viejos chupatinteros. Ser comprendido « en su lenguaje » me era realmente intolerable. Su lenguaje y el mío no tenían nada en común. Recuérdese, por favor, que yo

había podido ver al Prior deambulando por Gion con su geisha sin por ello sentirme invadido por una repulsión de tipo moral.

También la conversación de mis compañeros de viaje voló de mi espíritu y no quedó flotando más que un relente de aversión y algo así como un olor a mediocridad. Por mi parte, no estaba en absoluto dispuesto a solicitar que la gente aprobase mis puntos de vista personales. Ni tampoco a procurarles un sistema de indicios que les permitiera ver más claro en mí. Lo repito una vez más: mi imposibilidad de hacerme comprender era mi verdadera razón de ser.

La puerta del vagón se abrió bruscamente y apareció un vendedor de voz ronca con una cesta colgada a su cuello. Esto me recordó que tenía el estómago vacío. Compré una comida en conserva: pastas aderezadas con algas que, visiblemente, hacían las veces de arroz. La niebla se había levantado pero no había ninguna claridad en el cielo. Bajo las áridas pendientes del monte Tamba, en medio de las moreras, empezaban a verse algunas de estas casas donde se fabrica papel.

... ¡Bahía de Maizuru! Lo mismo que antes, este solo nombre me hizo latir el corazón. No sabría decir por qué. Pero después de mis años de infancia pasados en la aldea de Shiraku, era como un término global que designaba el invisible mar, y que había terminado por designar la inminencia del mar.

Este invisible mar se percibía muy bien desde lo alto del monte Aoba, que por detrás sobresale por encima del pueblo. Yo había subido dos veces. La segunda había visto fuerzas navales combinadas al abrigo del puerto militar. ¡Quién sabe si aquellas unidades ancladas en la bahía fosforescente no estaban reunidas allí según disposiciones de un plan secreto! Flotaba tal atmósfera de misterio en torno a los barcos de guerra que uno casi llegaba a dudar de su existencia. En el horizonte, aquella escuadra se parecía a una bandada de aves marinas, negras y majestuosas, cuyo nombre se ignora y que sólo hemos visto en imágenes: sin sospechar que el ojo humano las contempla, apartadas, gustan de las delicias del baño bajo la atenta y altanera vigilancia de uno más viejo...

La voz del revisor anunció la estación siguiente: Maizuru Oeste cortó mis pensamientos. De aquellos marinos que antes, con una sugestiva precipitación, cargaban su saco con un golpe de espalda, hoy no había ni uno solo. Además de mí, no se disponían a descender más que algunos tipos con maneras de estraperlistas.

¡Qué cambiado todo! Uno creía hallarse en un puerto extranjero: en todas las calles habían surgido unos letreros en inglés casi amenazadores. Soldados americanos iban y venían sin parar. Bajo el cielo rasante de principios de invierno, una brisa fría y saturada de sal barría la gran avenida trazada para las necesidades de la armada. La brisa llegaba con menos fragancias del mar abierto que olores inorgánicos de herrumbre. El delgado brazo de mar que penetraba como un canal hasta el corazón de la ciudad, la superficie muerta de

sus aguas, la lancha torpedera americana amarrada al muelle... todo ello respiraba seguramente paz; y sin embargo, los excesos de una puntillosa política de higiene habían despojado al puerto, antes tan bullicioso, de su vitalidad física, de modo que la ciudad entera tenía un aire de hospital.

Yo no descartaba un feliz reencuentro con el mar de este país; un jeep podía echárseme encima por la espalda y, como un juego, precipitarme al agua. Pero volviéndolo a pensar hoy, me doy cuenta de que aquel viaje sólo lo emprendí para acudir a una llamada del mar. Desde luego, no el mar de un puerto artificial como aquél, sino el mar salvaje y virgen de mi infancia, pegado a los bordes natales del cabo Nariu: el mar inmenso y bronco, impaciente, eternamente saturado de cólera que bordea la espalda de Japón.

Decidí dirigirme a Yura. Es una playa que en el verano está invadida por una alegre multitud de bañistas; en esta época del año debía de hallarse desierta: solamente la tierra y el mar debían medir sus oscuras fuerzas. De Maizuru Oeste a Yura había una docena de kilómetros; mis piernas habían guardado confusamente la memoria del camino a seguir.

A la salida de la ciudad la carretera partía hacia el oeste, costeaba a lo largo de la bahía, cortaba en ángulo recto la línea de Miyazu y enseguida franqueaba la garganta del Takijiri para desembocar en el río Yura. Pasado el puente de Okawa se remontaba hacia el norte a lo largo de la orilla oeste del río, bordeando muy cerca de su curso hasta la desembocadura.

Sali de Maizuru y me puse en camino... A la larga llegó la fatiga. Me preguntaba: «¿Qué voy a encontrar en Yura? ¿Sobre qué voy a precipitarme, hacia qué choque con la evidencia? ¿Acaso, allá abajo, no hay sino el mar de Japón y una playa sin alma viviente?».

Con todo, mi caminata no perdía vigor. Yo quería llegar a ALGUNA PARTE. Donde fuera. El nombre no significaba nada. Y me sentía con el suficiente valor para llegar directamente, con un valor casi inmortal.

De vez en cuando, un ínfimo rayo de sol se permitía la fantasía de traspasar las nubes; los grandes olmos de Siberia a lo largo de la carretera me invitaban a hacer una pausa bajo sus ramas traspasadas de pálidas claridades. Pero una secreta fuerza me empujaba hacia delante, impidiéndome todo retraso.

En lugar de un paraje de suave pendiente, de una bajada insensible hasta el lecho de un amplio río, lo que vi de pronto fue el torrente surgiendo de una garganta. A pesar de su altura y de los tonos verde-azules de sus aguas, caía deslucido bajo el cielo encapotado y parecía dirigirse paso a paso, mal de su grado, hacia el mar.

En la orilla oeste no vi ni coches ni peatones. Por el camino encontré varias plantaciones de limoneros de China; pero ni sombra de un ser humano. En la aldea de Kazue, un rumor de hierbas removidas me llamó la atención: era un perro, que sólo asomó el negro hocico.

Una tradición, dudosa por cierto, pretende que la residencia de Sansho Dayu, señor feudal muy temido antiguamente, se encuentra en estos parajes. Pero no teniendo el menor deseo de pararme, pasé por delante sin darme siquiera cuenta: sólo tenía ojos para el río. En su centro había un gran islote con un bosque de cañas de bambú, cuyos tallos se postraban al viento a pesar de que donde yo me hallaba, en la carretera, no soplaban ni una brizna de aire. En la isla había también una o dos hectáreas de arrozales que se regaban con agua de lluvia. Pero ni sombra de un campesino; solamente la espalda de un pescador de caña. Hacía ya un rato que no veía a nadie y sentí afecto hacia él. «¿Estará pescando el mujol? Porque si por casualidad es el mujol lo que pesca, no estamos lejos del mar...».

En aquel instante, las dobladas cañas de bambú prorrumpieron en un fuerte ruido que llegó a cubrir los chapoteos del agua. Una bruma pareció remontar hacia la isla: era la lluvia, que remojaba los secos arrecifes. En el tiempo de verla llegar, la onda estaba ya sobre mí. Pero sobre la isla, que yo seguía mirando calado hasta los huesos, el chaparrón había ya pasado. El pescador continuaba lo mismo que antes, no se había movido ni un centímetro.

Pasó el chubasco. A cada revuelta del camino, matorrales de vastas llanuras y plantas de otoño me obstruían el paisaje. Pero no tardaría mucho en ver el estuario desplegarse delante de mí: una brisa marina atrozmente fresca me flagelaba el rostro. Ya no estaba muy lejos, aparecieron varios islotes desolados. El cercano mar ya lanzaba sus aguas salinas al asalto del río. En la superficie, sin embargo, reinaba una calma cada vez más grande, sin nada que denunciara el desorden subyacente, como cuando una persona cae en un síncope y muere sin haber recobrado el conocimiento.

La desembocadura del río sorprendía por su estrechez. La alfombra de aguas mezcladas, entrelazadas, se confundía hasta el equívoco con el cielo sombrío y su apelonamiento de nubes. Para sentir el contacto era preciso caminar todavía un buen rato contra el violento soplo que llegaba de los llanos, de los arrozales, y que orlaba de blanco las sinuosidades del litoral del Norte. Si en medio de un sorprendente derroche de fuerzas, los vientos se desencadenaban también sobre aquellas desiertas extensiones, era a causa del mar que cubría de vapores la invernal provincia —este mar indiscernible, imperioso, dominador—.

En alta mar las olas avanzaban en repliegues sucesivos, revelando cada vez más próxima la inmensidad color ceniza. En el eje del estuario flotaba una isla en forma de bombín, a una treintena de kilómetros: la isla de la Corona, refugio reservado a los últimos grandes frailecillos cenicientos.

Me interné en un campo. Paseé la mirada por todo el contorno: era un desierto. En aquel mismo instante tuve una iluminación. Pero apenas llegué a vislumbrar el fulgor de su llamarada ésta ya se había apagado, desvanecido, perdido su significado. Habría sido inútil permanecer un rato más allí, inmóvil: el

viento helado que me embestía iba llevándose todos mis pensamientos. Empecé la marcha de cara al viento. A las tierras secas sucedían otras tierras estériles y pedregosas, con hierbas a medio secar; el único verdor correspondía a silvestres hierbajos semejantes al musgo, de briznas plantadas al suelo, rizadas y magulladas completamente. La tierra ya no era más que una mezcla de arenas.

Oí un sordo y trémulo runrún. También voces humanas. Entonces, inconscientemente, le di la espalda al furioso viento para contemplar el pico Yura-ga-take.

Quise saber de dónde venían las voces. Un sendero descendía hacia la playa, a lo largo de la baja y escarpada ribera. Yo sabía que un dique, discontinuo aún, estaba en curso de construcción para contener la erosión prodigiosamente rápida. Blancas como huesos de esqueletos, las estacas de hormigón surgían aquí y allá; el color del cemento fresco sobre la arena tenía una cualidad extrañamente vigilante. El runrún venía de la tolva que vertía cemento en los encofrados. Algunos obreros con la nariz roja por el frío miraron mi uniforme de estudiante con suspicacia. Yo les clavé una rápida ojeada: ahí acabaron los cumplidos entre hermanos de una misma especie humana.

La arena gruesa bajaba hasta el mar, donde se sumergía en forma de embudo. Oprimiéndola a mi paso, avancé hacia las olas. Entonces fue cuando, por segunda vez, sentí que la alegría me inundaba, seguro de que cada paso me acercaba a la CLAVE de la iluminación que había tenido hacía un instante. El viento duro, helado, entumecía mis dedos al descubierto, pero no hice caso.

¡Así pues, aquél era el mar de Japón! La fuente de todas mis desgracias, de mis tenebrosos pensamientos, de mi fealdad y de mi fuerza. ¡Qué agitado estaba! Las olas, sin reposo, una tras otra, rodaban hacia la orilla. Entre dos pliegues de agua se adivinaba la superficie lisa y gris del abismo. En el funesto cielo, por encima del mar abierto, las amontonadas nubes aliaban la delicadeza con la pesadez; su masa grave, sin claras fronteras, tenía como una franja de fría pelusa insuperablemente ligera que aprisionaba lo que podía tomarse por un trozo de cielo azul pálido. Las colinas violetas del promontorio desafiaban el oleaje de plomo. Todo estaba preso en una mezcla de agitación y de inercia, de sombrías fuerzas jamás en reposo y de reflejos inmovilizados en una coagulación mineral.

De pronto me vino a la memoria lo que Kashiwagi me dijo el día de nuestro primer encuentro: es en una apacible tarde de primavera, sobre un fresco y recortado césped, en el instante que seguimos con distraída mirada los juegos de un rayo de sol entre las ramas, cuando hace irrupción en nuestras almas.

Ahora, yo sólo tenía contacto con las olas y el viento del norte; no se trataba de primavera ni de tarde serena, y tampoco de fresco césped. Sin embargo, aquella naturaleza desolada sonreía a mi corazón más que un césped a principios de tarde, y se avenía estrechamente a mi existencia. Aquí, yo me bastaba a mí mismo; aquí, nada me amenazaba.

De pronto me cruzó una idea. Yo diría una idea CRUEL, en el sentido que Kashiwagi le da a la palabra. Lo cierto es que, brotada repentinamente del fondo de mí mismo, le dio sentido a mi iluminación de antes y me inundó de una luz viva. Sin querer profundizar en ella todavía, me contenté con sufrir el impacto, como hubiese hecho con una violenta clarividencia. Pero esta idea que jamás, hasta aquel día, se me había ocurrido, apenas hubo despuntado en mí que sus fuerzas y sus dimensiones al punto se multiplicaron por diez. Era ella, ahora, la que me envolvía con sus pliegues; y esta idea decía:

« ES PRECISO INCENDIAR EL PABELLÓN DE ORO» .

CAPÍTULO VIII

Emprendí la marcha y llegué a la estación de Tongo-Yura, en la línea de Maizuru. Cuando vine de excursión con el colegio de Maizuru habíamos hecho el mismo trayecto y tomamos el tren de regreso en la misma estación. Muy pocas siluetas cruzaban frente a la calle mayor, testimoniando que sólo le daba vida al país el corto período de verano en que los baños de mar atraían a la multitud.

Me decidí a descender hasta un pequeño albergue que daba frente a la estación y cuyo letrero decía: «Yura-Hotel de Bañistas». Abrí la puerta de entrada, de cristales sucios, y llamé sin obtener respuesta. Había una capa de polvo sobre el piso elevado del vestíbulo. Los postigos de las ventanas estaban cerrados y la casa sumida en la oscuridad. No había nadie.

Pasé a la parte trasera. Los crisantemos se consumían en un huertecito sencillo. Sobre una tabla había un cubo, bastante alto, provisto de un caño de ducha; era para el verano, cuando los clientes regresaban de la playa y se rociaban con agua para despegarse la arena de la piel.

Un poco apartada, una casita: de los propietarios, probablemente. La puerta acristalada, totalmente cerrada, resultaba insuficiente para contener los chillidos de un aparato de radio cuya inútil intensidad de volumen sonaba a hueco, y no podía creerse que no hubiese nadie en el interior. Frente a la entrada, donde varios pares de zuecos yacían en desorden, esperé todavía un rato, aprovechando las pausas de la radio para anunciar mi presencia. Pero fue sin resultado, como era de prever.

Detrás de mí surgió una sombra, que sólo descubrí cuando un pálido rayo de sol hizo brillar la madera del parquet para andar calzado. Con un vigor que brotaba de todas sus formas, color lozano, ojos tan chicos que uno podía preguntarse si existían, una mujer me observaba. Pedí una habitación. Sin pedirme siquiera que la siguiera, la mujer dio media vuelta sin decir palabra y se dirigió hacia la entrada del hotel. Me dio un pequeño cuarto en el primer piso, encarado al mar. Debía de haber estado cerrado durante largo tiempo; el brasero que me trajo la mujer lo llenó todo de humo, soltando un intolerable olor a moho. Abrí la ventana y ofrecí la cara al viento del norte. Por encima del mar, las

nubes proseguían sus juegos de antes, sus solemnes desplazamientos que no estaban destinados a ninguna mirada. Reflejos, en cierto modo, de impulsos sin objeto de la naturaleza, dejaban fatalmente entrever fragmentos de cielo azul semejantes a menudos cristales de clara inteligencia. El mar permanecía invisible.

... Estuve frente a la ventana reflexionando sobre la idea que se me había ocurrido poco antes. ¿Por qué, me preguntaba, no había pensado en asesinar al Prior ANTES de vislumbrar el incendio del Pabellón de Oro? A decir verdad, la idea de matar nunca había dejado de rondarme la cabeza; pero su ineficacia se me hizo clara al mismo tiempo. Porque incluso en el supuesto de que el golpe fuera un éxito, me daba perfecta cuenta de que otros, con la misma esquilada cabeza de sacerdote y la misma lastimosa impotencia, continuarían surgiendo sin fin desde el horizonte tenebroso. En general, lo que vive no posee datos, de una manera absoluta, de una vez por todas —como el Pabellón de Oro—, su cualidad de ser viviente. El hombre recibe una parte de diversos atributos de la naturaleza; él no hace más que propagarlos y multiplicarlos gracias a un fácil juego de equivalencias y de sustituciones. Matar para destruir en la víctima la «cualidad-de-ser-una-vez-por-todas-una-probabilidad» es cometer un falso cálculo en toda la línea. Así razonaba, y mis reflexiones me descubrieron una innegable y total diferencia entre la existencia del Pabellón de Oro y la del ser humano. De una parte, un simulacro de eternidad emanaba de la forma humana tan fácilmente destructible; inversamente, de la indestructible belleza del Pabellón de Oro emanaba una posibilidad de aniquilamiento. No más que el hombre, los objetos destinados a la muerte no pueden ser destruidos hasta la raíz; pero lo que, como el Pabellón de Oro, es indestructible, puede ser abolido. ¿Cómo es que nadie ha sido consciente de eso? ¿Y cómo dudar de la originalidad de mis conclusiones? Prendiendo fuego al Pabellón de Oro, tesoro nacional desde el año 1890, yo cometería un acto de pura abolición, de definitivo aniquilamiento, que reduciría la suma de Belleza creada por la mano del hombre.

A medida que se prolongaba mi meditación sentía crecer en mí un humor jovial. «Si quemo el Pabellón de Oro —me decía—, cometeré un acto altamente educativo. Gracias a ello, las gentes aprenderán lo insensato de concluir por analogía en la destrucción de cualquier cosa, aprenderán que el simple hecho de haber seguido existiendo, de haber permanecido de pie sobre las riberas del Espejo de Agua durante quinientos cincuenta años no implica garantía de ninguna clase; del postulado “evidencia fulminante”, al cual nos amarramos desesperadamente para nuestra tranquilidad, las gentes aprenderán a estar menos seguras, con la inquietud de pensar que mañana mismo puede ser arrojado como un desecho...» .

Verdaderamente, lo que preserva nuestra suerte de sobrevivir es este envoltorio, donde nos vemos presos, de tiempo solidificado, el tiempo de una

duración determinada. Tomemos el ejemplo de un simple cajón construido por un ebanista para uso doméstico: a la larga, la duración sumerge su forma de objeto; al cabo de algunas décadas, o siglos, es ella la que a su vez se solidifica tomando la forma del objeto. Un pequeño espacio cualquiera, que en su origen fue ocupado por un objeto, ahora, en cierto modo, es ocupado por la permanencia solidificada de éste. Se ha metamorfoseado en una cierta especie de sustancia espiritual. En la serie de cuentos medievales titulada «Tsukumogami-Ki» se lee al empezar: «Se dice en la *Miscelánea* respecto a YIN y a YANG^[16] que, después de un lapso de cien años, los objetos del hogar, al sufrir una metamorfosis y convertirse en espíritus, vuelcan el maleficio en el corazón de los hombres; y es por eso que se le llama Tsukumogami o Espíritu de la Desgracia. La costumbre es que cada año, antes que llegue la primavera, se proceda a la expulsión de los objetos domésticos y se les arroje a la calle; a esto se le llama ennoblecer la casa. Y se hace para prevenir los desastres de las cosas, antes que se cumpla el siglo, y para que ellas no se conviertan en Tsukumogami...».

Así, mi gesto abriría los ojos de los hombres a los desastres de Tsukumogami y les salvaría de ellos. Mi gesto haría zozobrar el mundo donde el Pabellón de Oro existía en un mundo que no existía. Y el mundo cambiaría seguramente de significado.

Cuanto más meditaba en ello, más mi alma se llenaba de alegría. En fin, la aniquilación del universo presente y desplegado en torno a mí, estaba próxima. Los rayos del sol poniente se prolongarían por todo el país. Caerían sobre el iluminado Pabellón de Oro. Y el mundo en el cual él estaba embarcado, segundo a segundo, como granos de arena resbalando entre nuestros dedos, se encaminaría hacia el abismo. Yo estaba seguro.

Mi estancia en el hotel de Yura se terminó bruscamente al cabo de tres días. Como no salí fuera en todo el tiempo, la dueña concibió sospechas y la vi llegar acompañada de un agente de policía. Al ver aquel uniforme entrando en mi habitación, tuve miedo de que mi plan fuese descubierto, pero enseguida comprendí que me había alarmado sin motivo. Respondí a las preguntas sin disimular nada de mi situación, diciendo que me había fugado ante la necesidad de escapar por algún tiempo de la vida del templo. Enseñé mi carnet de estudiante y pagué mi cuenta de hotel en presencia del hombre. Así, él tomó con respecto a mí una actitud protectora. Telefoné al Rokuonji, verificó la exactitud de mis palabras y luego me informó que él mismo iba a conducirme al templo. Y para no comprometer mi «porvenir», se tomó la molestia de quitarme el uniforme y vestirme con ropas de paisano.

Mientras esperábamos cayó un chaparrón que en un instante dejó calado el andén descubierto de la estación de Tango-Yura. Mi guardia de corps entró en la oficina con la satisfacción de demostrar que era tan amigo del jefe de estación

como de los empleados. No contento con ello, me presentó como su sobrino, legado de Kyoto para visitarle.

Comprendí la psicología de los revolucionarios. Todos aquellos funcionarios de provincias platicaban en torno al brasero lleno de rojas brasas sin sospechar ni por asomo las transformaciones que estaban en vísperas de producirse bajo sus ojos, en los cuatro puntos del planeta, sin presentir la inminente dislocación de este «orden del mundo» que era el suyo.

«Si el Pabellón de Oro arde... Sí, si él arde, ¡qué cambio en el universo de estos pobres tipos! ¡Lo de arriba abajo, revuelta la regla de oro de sus existencias! ¡Inoperantes, sus leyes!...».

Me deleitaba con la idea de que aquella gente no prestaba la menor atención al muchacho tan inocentemente sentado a su lado, calentándose las manos en el brasero, y que no obstante era un criminal en potencia. Un joven y expansivo empleado, de mucha verborrea, hablaba de la película que iría a ver en su próximo día de fiesta: una sensacional película histórica, que hacía llorar y al mismo tiempo estaba llena de formidables batallas... ¡De modo que iría al cine, aquel joven realmente más vigoroso que yo, desbordante de vida! En su próximo día de fiesta iría al cine, llevaría a una muchacha, y todo acabaría en la cama...

El joven no paraba de fastidiar al jefe de estación, de bromear, de hacerse mandar a paseo, y mientras tanto no permanecía quieto, reponiendo carbón al brasero, anotando cifras. De nuevo yo sentí el encanto fascinador de la vida y le dirigí una mirada de envidia: estuvo a dos dedos de pillarme... Aún podía no incendiar el Pabellón de Oro, huir del templo por las buenas, volver a entrar en el sigilo y sepultarme en una existencia como la de este joven.

Pero inmediatamente, las fuerzas de las tinieblas surgieron y me arrastraron lejos de todo aquello. ¡Claro que había que incendiar el Pabellón de Oro! Sería después, solamente después, que empezaría para mí una nueva vida, especialmente hecha a mi medida.

El jefe de estación contestó algo al teléfono, se acercó a un espejo, se ajustó la gorra con galón dorado, tosió aclarándose la voz, abombó el torso y salió al andén remojado como si penetrara en un lujoso salón. El tren que nosotros debíamos tomar no tardó mucho en anunciarse por el retumbar que producía su paso por la zanja abierta en el acantilado, retumbar al cual las paredes empapadas de lluvia comunicaban una húmeda frescura.

Llegamos a Kyoto a las ocho menos diez de la noche. El policía me acompañó hasta la puerta exterior del Rokuonji. La noche era fresca. Al desembocar en el borde oscuro del bosquecillo de pinos, acercándome a la altiva silueta de la puerta, allí delante, de pie, percibí a mi madre.

Casualmente se hallaba junto al cartel donde podía leerse: «Toda infracción

será castigada conforme a la ley...». Desgreñada bajo la luz de la linterna, como si cada uno de sus blancos cabellos estuviese plantado de pie. Parecía más canosa de lo que en realidad era, bajo aquella luz, pero todos aquellos cabellos en desorden rodeaban un rostro desmedrado donde no se reflejaba ninguna emoción. Era pequeña y, sin embargo, parecía dilatada, inmensa, descolorida. Detrás de ella, por la gran puerta abierta, se veían las sombras desplegadas sobre el patio. Erguida sobre el fondo de la noche, grotescamente ataviada con sus únicas prendas de viaje —un miserable kimono que ya no podía más con su alma, apretado en un cinturón bordado en oro y desgastado—, se la habría tomado por una muerta.

Yo dudaba en abordarla. ¿Por qué había venido? Aquello me sorprendía y no lo comprendí hasta más tarde: advertido de mi fuga, el Prior había hecho preguntar a mi madre si yo estaba en casa. Trastornada, ella había acudido al Rokuonji para esperar mi llegada.

El policía me empujó ligeramente por la espalda. Cuanto más me acercaba, más se empequeñecía la silueta de mi madre. Mi rostro quedaba por encima del suyo, de modo que para mirarme tuvo que torcer la cabeza con un feo gesto.

Mi primera impresión no me engañaba casi nunca. Sus pequeños ojos hundidos y maliciosos me hicieron ver una vez más cuán justificado era mi odio hacia ella: primero, porque me exasperaba que ella me hubiese puesto en el mundo; y luego ¡ese distintivo que su infamia había marcado en mí! Era esto, como ya he dicho, lo que me había separado radicalmente de mi madre sin dejar siquiera una posibilidad de represalias. Sin embargo, algunos hilos no estaban aún rotos.

Pero esta vez, viéndola tocada en su amor propio maternal, me sentí de repente liberado. ¿Por qué? Es difícil de decir; pero sentía que ya nunca más ella podría usar amenazas conmigo.

Se oyó un pequeño grito agudo, como el de alguien que se estrangula. Al mismo tiempo, el brazo estirado, mi madre empezó a abofetearme con una mano febril.

—¡Hijo ingrato! ¡Monstruo de ingratitud! —decía.

Mi policía asistió a la escena de las bofetadas sin decir palabra. Los febriles dedos perdieron su precisión muy pronto, y toda su fuerza, poco a poco, abandonó la mano que golpeaba: no sentía en mis mejillas más que una granizada de menudos golpes de uñas. Observé que mi madre, mientras me iba golpeando, conservaba una expresión suplicante: aparté los ojos.

Al cabo de un instante cambió de tono:

—¿Dónde has encontrado el dinero para ir tan lejos? Dime.

—¿El dinero? Lo pedí prestado a un compañero.

—¿Es verdad eso?... ¿No has robado nada?

—No. No he robado nada.

Como si aquello hubiera sido su única preocupación, mi madre dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces, ¿no has hecho nada malo?

—No, nada.

—Ah. Mejor. Pero es preciso presentarle excusas al Prior. Yo ya lo he hecho, pero ahora te toca hacerlo a ti, y de todo corazón, para que te perdone. Es un hombre de espíritu muy amplio y espero que tendrá la bondad de pasar la esponja sobre lo ocurrido. Pero esta vez procura enmendarte, si no causarás la muerte de tu madre. Es la verdad. Causarás la muerte de tu pobre madre si no te corriges. De modo que procura convertirte en un sacerdote que sea alguien... Pero lo más urgente, ahora, es ir a excusarte...

En silencio, mi guardia de corps y yo ajustamos nuestro paso al suyo. Mi madre, en su turbación, había olvidado dirigirle el más elemental saludo de cortesía. Caminaba con un trotecillo, y mientras yo consideraba su deplorable cinturón, me pregunté qué era lo que la hacía tan fea. Y era... la esperanza. Una incurable esperanza semejante a una sarna tenaz de esas que dejan en la piel costurones profundos, sucios, húmedos y encarnados, provocando una eterna picazón que no hay modo de aliviar.

Llegó el invierno. Mi decisión se afirmaba de día en día, pero tuve que aplazar varias veces la ejecución del proyecto, sin que mi gusto por él se viera sin embargo afectado por aquellos frecuentes aplazamientos. No; en el curso de aquellos seis meses fue lo externo lo que me trajo motivos de contrariedad. Kashiwagi me acosaba cada fin de mes: quería que le pagara, me notificaba el descuento de mi deuda, interés incluido, me ponía en un suplicio con el torrente de groseras injurias que me volcaba encima. Pero yo había decidido de antemano no pagarle nada. Cuanto más tiempo estuviera sin poner los pies en la universidad, menos riesgo corría de encontrarme con él.

Tal vez parecerá extraño que no diga una palabra sobre las vacilaciones y las fluctuaciones que mi decisión, una vez tomada, hacía todavía posibles. Ello se debe a que estas vacilaciones no se produjeron en absoluto. Durante aquellos seis meses, mis ojos permanecieron inmutablemente fijos en un punto del futuro. Aquel muchacho que entonces fui, es muy posible que llegase a conocer la felicidad...

Para empezar, la vida en el templo se me hizo agradable: sólo con pensar que dentro de poco el Pabellón de Oro sería presa de las llamas, las cosas que me eran difíciles de soportar se me hacían tolerables. Como quien presiente su próximo fin, fui amable con toda la gente del templo. Puse calor a mi trato con ellos, me afané por reconciliarme con todas las cosas. Incluso me reconcilé con la naturaleza. Cada mañana de aquel invierno, cuando los pájaros acudían a picotear las últimas bayas de acebo, todo en ellos, hasta el plumaje de su pecho, me inspiraba amistad.

¡Incluso olvidé mi odio hacia el Prior! De mi madre, de mis camaradas, de todo me liberé. Pero no estaba lo bastante loco como para imaginarme que todo aquel nuevo confort en mi vida cotidiana se debía a una transformación del mundo que se había realizado al margen de mí y sin que yo hubiese movido ni un solo dedo. Cualquier cosa, no importa cuál, puede ser justificada desde el momento en que se la considera desde el punto de vista de su resultado. ¿Y sobre qué se apoyaba precisamente mi nueva libertad? Sobre aquello en que yo mismo me situaba desde el punto de vista del resultado, sobre el sentimiento de que la decisión —de la cual dependía el resultado— reposaba enteramente en mis manos.

La idea de incendiar el Pabellón de Oro me había llegado de la manera más abrupta; pese a todo, me iba de maravilla, ajustándose a mí tan perfectamente como un traje hecho a medida. Era como si no hubiese estado pensando más que en ella desde el día de mi nacimiento. En todo caso, desde el día de mi primer encuentro con el Pabellón de Oro, en compañía de mi padre, esta idea se había desarrollado en mí aguardando, por así decirlo, el momento de mostrarse. El solo hecho de que el Templo de Oro hubiese parecido al adolescente, que era yo entonces, de una belleza sin par en este mundo, contenía ya las distintas razones propias para hacer de mí un incendiario.

El 17 de marzo de 1950 terminaron mis estudios preparatorios en la Universidad de Otani. A los dos días, el 19, yo cumplía mis veintiún años. El resultado de estos tres años de estudios era impresionante. Quedé el setenta y nueve en un total de setenta y nueve alumnos; mis notas más bajas las tuve en japonés, donde totalicé cuarenta y dos puntos; el número de mis ausencias, sobre seiscientos dieciséis horas de curso, alcanzaba a doscientas dieciocho: ¡más de un tercio! Sin embargo, de acuerdo con la doctrina budista del Alma Compasiva practicada en esta universidad, puesto que no existe lo que se llama «fracaso», fui admitido para proseguir mis estudios. A lo que el Prior dio su aprobación tácita.

Seguí sin hacer nada y, a fines de primavera y principios de verano, me pasé todos los días de sol visitando templos budistas y sintoístas, cuya entrada era gratuita. Caminé todo el tiempo que me permitieron mis piernas. Recuerdo uno de esos días.

Iba por la gran calle que pasa frente al Templo de Myoshin. Me fijé en un estudiante que caminaba delante de mí al mismo paso. Se paró para comprar cigarrillos en un estanco de vieja techumbre con tejadillo. Entonces pude verle de perfil: perfil agudo, tez pálida, cejas delgadas, gorra de la Universidad de Kyoto. Me echó una mirada con el rabillo del ojo. La línea de su mirada parecía un haz de espesas sombras. Mi reacción fue inmediata: « ¡He ahí un incendiario, lo juraría! ».

Eran las tres de la tarde; una hora, pues, poco propicia para los incendiarios.

Una mariposa llegada de improviso, que volaba caprichosamente sobre el asfalto de la calle, vino a enredarse en una camelia que se marchitaba en un pequeño jarrón bajo el tejadillo del estanco. Los ajados bordes de la blanca corola parecían chamuscados. El autobús tardaba mucho en llegar. Por encima de la calle, el tiempo se había detenido.

Sin que supiese decir por qué, yo sentí que mi estudiante se encaminaba paso a paso hacia el criminal incendio. Esta convicción se imponía: tenía todas las trazas de un incendiario. Había decidido, audazmente, cometer su acto en el momento más difícil: en pleno día; y dirigía sin prisa sus pasos decididos, inquebrantablemente, hacia el acto premeditado. Tenía ante él el fuego y la destrucción; detrás, un mundo cuyo orden había rechazado. Por lo menos eso es lo que yo creí leer en aquella espalda de negro uniforme, que tenía un algo de imponente. Pero quizás a aquel joven incendiario yo le había atribuido una tal silueta por la imagen que de él me había construido en mi pensamiento; y aquel uniforme negro bajo la luz del día clamaba la rebeldía y la desgracia.

Yo aminoré el paso, resuelto a seguir al estudiante. Observé que tenía el hombro izquierdo ligeramente más bajo que el otro y creí ver mi propia silueta. Era infinitamente más guapo que yo, pero no cabía duda alguna de que él no había sido empujado al mismo acto que yo por un mismo sentimiento de soledad, un mismo infortunio, una misma obsesión por la Belleza. Mientras le seguía, tenía la sensación de contemplar de antemano lo mismo que yo iba a hacer... Éstas son las cosas que suelen producirse en una tarde de primavera agonizante: yo me había totalmente desdoblado y mi doble, cumpliendo exactamente y de antemano lo que yo mismo tenía que hacer, me descubría —¡con qué nitidez!— mi propio yo, al que no tendría tiempo de observar en el instante de actuar.

El autobús seguía sin llegar. En la calle, nadie. Nos acercábamos a la inmensa puerta sur del Templo de Myoshin. Las hojas de las puertas estaban abiertas de par en par y era como si aquella anchurosa puerta hubiese engullido infinidad de cosas. Desde donde yo estaba se combinaban, en el grandioso encuadre, una confusión de pilares de la Puerta Central y de la Puerta de los Mensajeros Imperiales, el Hall de Buda con sus tejas grises, innumerables pinos, y, por encima de todo ello, recortado a troquel, un pedazo de cielo azul fresco con algunas nubes apenas visibles. A medida que me acercaba a la puerta se añadían nuevos elementos: el enlosado de los senderos se cruzaba en el vasto recinto del templo, los muros de las pagodas e infinidad de otros. Franqueada la puerta, se comprendía que encerraba misteriosamente la totalidad del cielo azul y cada una de sus nubes. Igual que una catedral.

El estudiante la franqueó, rodeó la Puerta de los Mensajeros Imperiales, se paró cerca del borde del estanque de lotos, frente a la Puerta Principal. Allí, inmóvil sobre el puente chino que se tendía sobre el agua, levantó los ojos a la mencionada puerta, que le dominaba desde su altura. « Es la puerta lo que va a

quemar», me dije.

Semejante esplendor estaba hecho para ser envuelto en llamas. En una tarde clara como ésta sin duda no podrían ser distinguidas. En medio de la humareda, las llamas irían a lamer el cielo, cuya faz sacudida sería lo único que revelaría las convulsiones.

El estudiante se acercó a la puerta. Yo me aposté al otro lado, dando un rodeo para que no me viera. Era la hora en que los bonzos limosneros regresaban al templo. Vi a tres que venían juntos a lo largo del camino enlosado, sandalias de paja en los pies y un sombrero de mimbres trenzados en la mano. Se dirigían a sus celdas caminando, según la regla, sin mirar más allá de algunos pasos al frente. Pasaron junto a mí sin cambiar palabra y torcieron a la derecha, siempre con una extrema mansedumbre.

El estudiante, cerca de la gran puerta, dudaba. Finalmente se apoyó en un pilar y sacó del bolsillo el paquete de cigarrillos que había comprado. Dirigió miradas inquietas en torno a él. «Seguramente —me dije—, le prenderá fuego a la puerta haciendo ver que enciende un cigarrillo». Tal como lo había previsto, colgó uno en sus labios, avanzó el mentón y frotó una cerilla.

La llama, por un instante, brilló menuda y clara. Se habría dicho que ni siquiera él la distinguía; era que el sol de la tarde iluminaba en aquel momento tres lados de la puerta, no dejando en la sombra más que el que yo me encontraba.

La llama surgió, leve como una burbuja —una fracción de segundo—, pegada al rostro del estudiante inclinado hacia el pilar de madera. Luego la apagó rápidamente, agitando la mano con fuerza.

Estaba apagada, y sin embargo él parecía no estar aún satisfecho. Aplastó cuidadosamente con el zapato los restos de la cerilla que yacían sobre las losas del basamento. Después de lo cual, con soltura e indiferente por completo a mi decepción, cruzó el puente de piedra con el cigarrillo en los labios y llegó a la Puerta de los Mensajeros Imperiales, con la mayor cachaza, ganduleando, antes de desaparecer finalmente por la puerta sur al fondo de la cual se veía la gran calle y su doble hilera de casas.

No era un incendiario, solamente un estudiante que iba de paseo, pobre en apariencia, y que se aburría. Cada uno de sus gestos —los había observado atentamente— me desagradaban soberanamente: en primer lugar su cobardía, que le había hecho lanzar miradas inquietas en torno a sí mismo porque iba, no a provocar un incendio, sino a fumar un cigarrillo; su mezquino placer, típicamente estudiantil, por infringir los reglamentos; el meticuloso cuidado con que había aplastado con la suela del zapato una cerilla ya apagada; y por encima de todo, su «educación cívica»: era gracias a esta educación, buena para tirar a la basura, que había controlado con toda seguridad la pequeña llama. ¡Sin duda estaba contentísimo de poseer este poder de control sobre su cerilla, este total e

inmediato poder de control gracias al cual preservaba del fuego a la sociedad!

Desde la restauración de Meiji, raros fueron los templos que tanto en Kyoto como en la periferia habían sido quemados: era uno de los « beneficios » de esta « educación ». Y cuando se daba el caso de alguno, el incendio era inmediatamente circunscrito, cortado, dominado. Antiguamente no ocurría lo mismo. El Chion-in fue quemado en el año 1431 y luego conoció sucesivas veces el mismo desastre. El cuerpo principal del Nanzenji sufrió la misma suerte en 1393, en que fueron reducidos a cenizas el Salón de Buda, la Sala de los Ritos, la Sala de Diamante, la Ermita de la Gran Conspiración y muchas otras. El Enryakuji había sido aniquilado en 1571; el Kenninji, incendiado durante la guerra en 1552; al Sanjusangendo le tocó el turno en 1249, y en cuanto al Honnoji, la guerra lo dejó también en ruinas en 1582.

En aquellos lejanos tiempos, una especie de íntima amistad unía a los incendios entre sí. Un incendio no se reducía como hoy a un hecho aislado. No eran tratados con desdén. Las distintas fogatas podían siempre darse la mano y reunir innumerables fuegos en uno solo... Las gentes estaban sin duda hechas de igual modo. Dondequiera que estallaba el fuego, podía dar la señal a otro fuego y su llamada era enseguida escuchada. Si los documentos antiguos, a propósito de todos estos templos destruidos, no citan más que causas accidentales — fuegos que se propagan, guerras... —, exceptuando toda posibilidad de incendio criminal, significa que si entonces se hubiese encontrado alguien como yo no habría tenido más que retener su aliento, esconderse y esperar. Todos los templos estaban infaliblemente destinados, un día u otro, a ser destruidos por el fuego. Pasto para las alegres llamas lo había en abundancia, a voluntad. No había más que esperar: el fuego aguardaba el momento propicio y no dejaba nunca de manifestarse; un foco se unía a otro y los dos juntos cumplían lo que debía ser cumplido. ¡Habría sido seguramente un milagro que pudiese haber sorteado todo eso! El fuego brotaba por sí mismo, destrucción y negación estaban en el orden natural de las cosas, y los edificios de los grandes templos estaban fatalmente destinados a ser presa de las llamas... Así regían el mundo, con el rigor más exacto, los principios y las leyes budistas. Incluso de haberse dado el hecho de incendiarios que hubiesen apelado, del modo más natural, a las diversas fuerzas del fuego, ningún historiador se habría visto en el caso de tener que recurrir al incendio criminal para explicar las cosas.

En aquel tiempo, la inseguridad reinaba en el mundo. Hoy, en 1950, la inseguridad no es menos. Si se admite que todos aquellos templos fueron quemados a causa de la inseguridad de la época, ¿qué razones hay para no creer que el Pabellón de Oro pueda ser quemado hoy?

No acudía a las clases, pero en cambio iba a menudo a la biblioteca. Un día del mes de mayo me encontré cara a cara con quien tanto cuidado ponía en evitar: Kashiwagi. Quise escapar de él una vez más; pero me persiguió con aire

divertido. Me dije que yo no tenía necesidad de correr, que él no podría alcanzarme con sus pies deformes. Pero fue precisamente él quien paralizó por completo mi huida. Kashiwagi me alcanzó por la espalda, jadeando. Debían de ser las cinco y media de la tarde y las clases habían terminado. Al salir de la biblioteca, para no tropezarme con Kashiwagi, había rodeado el edificio por atrás y escapado a todo correr entre el gran muro de piedra y los barracones que servían de aulas. En el cercano solar, la manzanilla salvaje se propagaba como la grana y el suelo estaba cubierto de viejos papeles y botellas vacías. Algunos chiquillos que se habían colado estaban entrenándose a béisbol. Sus voces chillonas hacían resaltar el silencio de las clases desiertas, a través de cuyos cristales rotos podían verse las hileras de polvorientos pupitres.

Al salir del solar me encontré cerca del edificio principal, frente al barracón que llevaba escrito «Taller» en una placa y era utilizado para las clases de arte floral; allí fue donde me detuve. Una hilera de alcanforeros crecía arrimada al muro, y el sol poniente, partido por las hojas, recortaba delicadas sombras sobre la fachada principal cuyos ladrillos rojos e inundados de luz tenían un fulgor espléndido.

Jadeando, Kashiwagi se apoyó contra el muro. El juego de sombras coloreaba sus mejillas, desde luego siempre descarnadas, pero que ahora recibían una animación, una vida singular. A menos que no fuesen los reflejos rojos de los ladrillos lo que le prestaba esos colores tan poco hechos para él.

—Ya son cinco mil cien yens, querido —dijo—. Cinco mil cien yens al terminar este mes. Cada vez te será más difícil devolvérmelos.

Sacó el documento del bolsillo interior, donde lo llevaba siempre, y lo desdobló ante mis ojos. Luego, temiendo sin duda que yo me apoderase de él y lo rompiera, volvió a doblarlo precipitadamente y lo hizo desaparecer bajo la ropa; en los ojos sólo me quedó la imagen tenaz de la marca de mi pulgar, roja y maligna. Tenía un aire, esa huella de mi dedo, horriblemente feroz.

—Procura pagarme enseguida. Lo digo por tu propio interés. ¿No podrías sacar ese dinero de tus derechos de inscripción a los cursos, o de otra cosa?

Yo dejé su pregunta sin respuesta. ¿Qué obligación había de pagar tales deudas cuando tenía ante mí una catástrofe universal? Por un instante tuve la tentación de poner a Kashiwagi al corriente de mis secretas intenciones, pero me contuve.

—Si callas —me dijo—, ¿cómo quieres que te entienda? ¿Te avergüenza tartamudear? Pues ya tendrías que haberte acostumbrado. Todo el mundo sabe que eres tartamudo. ¡Incluso esto! —Y golpeó con el puño el muro iluminado por el poniente. Un leve polvillo ocre le ensució la mano—. ¡Sí, incluso este muro! ¡No hay un solo individuo en la universidad que no lo sepa!

Yo seguía observándole en silencio. En aquel momento, la pelota de los niños llegó rodando entre Kashiwagi y yo. Él se inclinó para cogerla y dársela.

Entonces yo fui presa de una curiosidad maligna: la pelota se hallaba a menos de cincuenta centímetros de Kashiwagi y yo quise ver cómo se las iba a arreglar, con su defecto físico, para atraparla con la mano. Inconscientemente, mis ojos debieron de posarse sobre sus pies; él lo adivinó con una rapidez realmente prodigiosa. Antes de que pudiera decirse que estaba verdaderamente inclinado, se irguió y me clavó los ojos; en su mirada había unos fulgores de odio que me avenían mal a su habitual sangre fría.

Uno de los niños se acercó tímidamente, recogió la pelota y escapó. Por fin, Kashiwagi me dijo:

—¡Perfecto! Si te tomas las cosas así, sé muy bien lo que tengo que hacer. Antes de irme a casa el mes próximo, habré recuperado todo lo que pueda. ¡Puedes creerme! ¡Prepárate!

A partir de junio los cursos importantes se hicieron menos frecuentes y los estudiantes empezaron los preparativos para regresar a sus casas. El 10 fue un día que no olvidaré jamás.

Había estado lloviendo durante toda la mañana sin interrupción; por la noche el agua cayó a cántaros. Después de cenar yo estaba leyendo en mi habitación. Hacia las ocho oí pasos en la galería que iba desde el locutorio hasta la gran biblioteca. Los pasos se acercaron. El Prior no había salido, lo cual era poco corriente. Los pasos debían de ser de un visitante. Pero hacían un ruido extraño, como ráfagas de lluvia aplastándose sobre una puerta de madera. El novicio que le mostraba el camino caminaba con un paso blando y regular; en cuanto al visitante, hacía crujir espantosamente las viejas tablas de la galería y su paso era lento en extremo.

Se oía la lluvia hostigando las negras techumbres del Rokuonji. El agua se derramaba sobre el vasto y antiguo monasterio, y era como si inundase las innumerables y vacías salas donde reinaba un olor a moho. En la cocina, en los apartamentos del diácono y del sacristán, en todas partes, se oía un solo y mismo ruido: el fragor de la lluvia. Y yo pensaba en aquella que, en este mismo momento, reinaba sobre el Pabellón de Oro...

Entreabrí la puerta de mi habitación. El pequeño patio interior estaba inundado y el agua resbalaba de una piedra a otra mostrando su lomo negro y lustroso.

El novicio regresó de la habitación del Prior y asomó la cabeza en mi puerta.

—Un estudiante llamado Kashiwagi ha venido a ver al Prior. ¿No es uno de sus amigos?

Sentí un fuerte malestar. Él iba a retirarse cuando le invité a pasar. Imaginaba la conversación que tenía lugar en la gran biblioteca y no podía soportar quedarme solo.

Pasaron algunos minutos. El Prior llamó con la campanilla. Su tintineo desgarró el rumor de la lluvia, se propagó, imperioso, y de repente se cortó. El novicio y yo nos miramos.

—Es para usted —dijo él.

Tuve que hacer un esfuerzo para ponerme de pie.

El documento con la huella de mi pulgar estaba desplegado sobre la mesa del despacho del Prior. Mientras yo permanecía arrodillado en el umbral del corredor, el Prior cogió el papel por una esquina y lo blandió, sin darme la autorización para entrar:

—Esta es la huella de tu pulgar, ¿verdad?

—Sí.

—¡Bien, he aquí una bonita faena! Si vuelve a ocurrir una cosa semejante no podré tenerte por más tiempo en este templo. Piénsalo bien. Además, no es la primera vez...

Se interrumpió a causa de la presencia de Kashiwagi.

—Yo arreglaré este asunto. Ahora puedes retirarte.

Entonces pude mirar a Kashiwagi. Estaba sentado sobre la estera, en una actitud muy ceremoniosa. Ni siquiera se atrevía a mirarme de frente. Después de cada mala acción, su rostro tenía una expresión muy pura, como si el fondo de su personalidad surgiese de su interior sin que él tuviese conciencia de ello. Pero yo era el único que lo sabía.

Al regresar a mi habitación, aquella noche de lluvia tenaz, en medio de mi soledad, me sentí de pronto liberado. «No podré tenerte por más tiempo en este templo», había dicho. Era la primera vez que tales palabras asomaban a los labios del Prior, la primera vez que él tomaba semejante determinación. ¡Todo estaba muy claro! Ahora vislumbraba mi punto de referencia: TENÍA QUE APRESURARME A ACTUAR.

Si Kashiwagi no se hubiese conducido como lo había hecho aquella noche, yo no habría tenido jamás la ocasión de oír hablar de aquel modo al Prior, y los preparativos para la ejecución de mi plan habrían sido sin duda aplazados una vez más hasta más adelante. Ante la idea de que era a Kashiwagi a quien yo debía la fuerza que me ayudaría a dar el último paso, me sentía inundado de una extraña gratitud.

La lluvia seguía cayendo con fuerza. Hacía fresco, tratándose de una noche de junio, y mi cuarto con cinco esteras en los tabiques de tablas, bajo la débil luz de la bombilla, tenía un aire de desolación. Aquella era mi yacija, de donde probablemente iba a ser arrojado dentro de poco. Ni un adorno. En los negros bordes de la paja amarillenta de las esteras estaba desgarrada, enrollada, destrenzada a trechos la dura cuerda que sostenía las fibras. A menudo, cuando entraba en mi habitación invadida por la noche, los dedos de mis pies se enganchaban en aquellos bordes deshechos. En cuanto a repararlos, nunca lo

había hecho: mi fervor por la vida no tenía nada que ver con las esteras de paja o cosas parecidas.

Con la proximidad del verano, el cuarto guardaba el olor ácido de mi cuerpo. Era bastante risible que, por sacerdote que fuese, yo oliese a joven varón como cualquier otro. Aquel olor se había pegado incluso a los antiguos y pesados pilares de oscuros reflejos que ocupaban los cuatro ángulos, incluso a la madera de los viejos tabiques. El desagradable olor del animal joven rezumaba por los poros de la madera añosa y patinada. Pilares y tabiques se habían convertido a medias en cosas vivientes, inmóviles, desprendiendo un olor a carne cruda.

En aquel momento, los extraños pasos de un momento antes volvieron a sonar en la galería. Me levanté y salí. Kashiwagi estaba allí, de pie, contraído como un juguete mecánico que acabara de parar de golpe. Detrás de él, bañado por la luz que salía de las habitaciones del Prior, el pino en forma de navío erguía muy alta en el jardín su copa verdinegra y mojada.

Yo me sonreí; y tuve la satisfacción de ver aparecer por vez primera en los rasgos de Kashiwagi una expresión próxima al miedo.

—¿No quieres entrar un minuto?

—¡Bien! No vale la pena jugar a espantajos. Eres un tipo curioso.

Terminó por entrar, se sentó de lado, sobre la almohadilla que le tendí, poco a poco, igual a como se hace para agacharse. Levantando la nariz, recorrió mi habitación con los ojos. Fuera, la lluvia corría en torno a nosotros una espesa cortina. En medio del repiqueteo del agua azotando el parquet de la galería podía percibirse de vez en cuando el ruido de una gota rebotando aquí y allá, sobre los tabiques corredizos.

—No hay que guardarme rencor —dijo Kashiwagi—. Después de todo, si he tenido que recurrir a este procedimiento es por tu culpa. Y ahora otra cosa.

Sacó de su bolsillo un sobre que llevaba impreso el nombre del Rokuonji y contó los billetes que contenía. Eran billetes flamantes, recién impresos, puestos en circulación en enero: tres billetes de mil yens.

—Aquí los billetes son limpios, ¿eh? —dije yo—. El quisquilloso en cuestiones de limpieza que cada tres días envía a su ayudante al banco a cambiar billetes pequeños por grandes.

—¡Mira! ¡Mira esto! Tres mil justos, eso es todo. ¡Qué tacaño! Pretende que entre compañeros de clase no debe haber préstamos con interés. Sin embargo él debe de haber hecho dinero a carretadas por ese sistema.

Esta inesperada decepción de Kashiwagi me hizo sentirme a mis anchas. Sin embarazo alguno me eché a reír y él se unió a mi risa. Pero esta reconciliación no duró más que un instante, puesto que Kashiwagi, cesando bruscamente de reír, fijó los ojos en mi frente y añadió, como si hiciera un gesto para apartarme violentamente:

—¡Ya comprendo! Últimamente tú estás maquinando demoler alguna cosa.

Me costó terriblemente sostener el peso de su mirada. Pero dándome cuenta de que por «demoler» él entendía algo muy distinto de lo que yo vislumbraba, recuperé mi sangre fría y repliqué sin sombra de tartamudeo:

—No. Nada.

—¡Ah, qué tipo más curioso eres! ¡El más extraño que jamás he conocido!

Yo sabía que estas palabras se dirigían a la sonrisa amistosa que todavía flotaba en las comisuras de mis labios; pero tenía la completa certeza que él estaba a cien leguas de imaginar el significado de esta sonrisa, todo cuanto ella reflejaba de profunda gratitud. Y con toda naturalidad, mi sonrisa se desvaneció de antemano.

—¿Vuelves a casa de tus padres? —pregunté en un tono amistoso y corriente.

—Sí, me marchó mañana... Un verano en Sannomiya... Pero aquello tampoco es nada divertido...

—Entonces, pasará una buena temporada sin vernos en la universidad.

—¿Qué? ¡Si nunca se te ve por allí!

Diciendo esto, Kashiwagi se desabrochó el chaquetón y manoseó en su interior.

—He querido traerte esto antes de irme —añadió—. He pensado que te gustaría... ¡Como lo habías colocado tan absurdamente en un pedestal!

Tiró sobre mi mesa de trabajo un pequeño paquete de cartas. El nombre del remitente me llenó de estupor.

—¡Lee! —dijo Kashiwagi—. Son las reliquias de Tsurukawa.

—¿Erais amigos, Tsurukawa y tú?

—¡Oh...! A mi manera, sí... Pero él, por encima de todo, detestaba que se le tomara por amigo mío. Sin embargo yo era la única persona que recibía sus confidencias. Ya han pasado tres años desde que murió; por eso puedo enseñarte sus cartas. Como tú estabas particularmente ligado a él, siempre tuve la intención de enseñártelas algún día, a ti solo.

Las cartas estaban todas fechadas en el período que había precedido inmediatamente a su muerte. Todas habían sido remitidas desde Tokio a Kashiwagi, casi cada día, durante el mes de mayo de 1947. A mí no me había enviado ni una sola; en cambio —me era forzoso constatarlo— todos los días que siguieron a su regreso a Tokio, había escrito a Kashiwagi. No había duda posible: estaban escritas de la mano de Tsurukawa, aquélla era su gruesa letra de niño. Sentí un asomo de celos. De modo que aquel Tsurukawa que me había parecido que jamás escondía el fondo de su alma transparente, que a veces me había hablado mal de Kashiwagi, que había desaprobado toda relación entre Kashiwagi y yo, me había disimulado totalmente sus lazos secretos con él.

Empecé a leer, por orden cronológico, aquellas cartas de papel delgado escritas con una letra apretada. El estilo era indiscutiblemente torpe; las ideas se atascaban en todas partes, entraban con dificultad. Pero de su enredado estilo se

elevaba como una marea de sufrimiento; y, poco a poco, el sufrimiento de Tsurukawa se me apareció en medio de una luz cegadora. A medida que avanzaba en la lectura, las lágrimas se me subieron a los ojos. Pero al mismo tiempo, quedé sorprendido ante la banalidad de este sufrimiento.

Se trataba de una ínfima historia de amor. ¡Eso era todo! Del amor contrariado de un muchacho, que no sabe nada de la vida, por una chica cuyos padres no quieren oír hablar de él. Con todo, fui absorbido por la frase siguiente, donde Tsurukawa —sin él saberlo tal vez— había exagerado la expresión de sus sentimientos: «Cuando ahora pienso en ello, me pregunto si este amor desgraciado no se debe a mi desgraciada naturaleza. Yo nací con un humor sombrío. Creo que en ningún momento he sabido lo que es ser un alma perfectamente sosegada y llena de luz». La última carta se quebraba en una nota violenta y entonces, por primera vez, se me despertó una duda que hasta aquel momento no había asomado jamás.

—¿Es posible...?

—¡Claro que sí! —interrumpió Kashiwagi—. Se suicidó. No me lo quitarás de la cabeza. Y fue para cubrir las apariencias que su familia inventó la historia del camión...

Tartamudeando de indignación, le pregunté inmediatamente a Kashiwagi:

—¿Le respondiste?

—Sí. Pero mi carta llegaría después de su muerte.

—¿Qué le decías?

—Que no hiciera ninguna tontería. Nada más que eso.

Me callé. ¿Qué quedaba de aquella hermosa certeza de que mi instinto jamás me había engañado? Kashiwagi le dio el golpe de gracia.

—¿Y ahora qué? ¿No modifican tus puntos de vista sobre la existencia humana, estas cartas? Todos tus planes por tierra, ¿eh?

La razón por la cual Kashiwagi me había enseñado aquellas cartas después de tres años estaba clara. Sin embargo, pese al rudo golpe que acababa de recibir, yo no podía apartar de mi pensamiento ciertas imágenes del pasado: el adolescente con su blanca camisa tumbado sobre la densa hierba del verano: las manchas claras que un rayo del sol naciente, traspasando la fronda de los árboles, esparcía sobre él... Tres años habían pasado ¡y he aquí en qué acaba todo! Aquello por lo cual yo creí en él pareció que tenía que esfumarse con su muerte; pero no: en este minuto empezaba a vivir otra vez, con una realidad distinta. Más que en su significación, acabé por creer en la materialidad de estos recuerdos. Y si dejaba de creer en ellos, sería la vida misma lo que se derrumbaría. Por lo menos esto era lo que pensaba entonces... Kashiwagi dejó caer su mirada sobre mí plenamente satisfecho de haber destruido mi corazón de manera tan implacable.

—¿Y bien? —dijo—. Algo acaba de romperse en tu interior, ¿no? Yo no puedo

soportar ver a un amigo que viva con algo fácil de romper dentro de sí. Y hago todos los posibles para romperlo. ¡Es mi manera de ser bueno!

—¿Y cuando no se rompe?

—¡Acaba ya con tus pueriles bravatas! —dijo con sarcasmo—. Sólo quería hacerte ver una cosa: lo que hace cambiar el mundo es el conocimiento. ¿Lo comprendes? Nada más que eso puede transformar el mundo. El simple conocimiento puede cambiarlo con todo y dejarlo tal como es, invariable. Visto así, el mundo es eternamente inmutable, pero también está en perpetua transformación. Me dirás que esto no nos sirve de gran cosa. Pero no impide que para hacer la vida más soportable, se puede decir, la humanidad disponga de un arma, que es el conocimiento. Los animales no lo necesitan, porque, para ellos, hacer la vida soportable no significa nada. Pero el hombre conoce la dificultad y se hace de ella un arma incluso para soportar la existencia, sin que por ello esta dificultad se suavice en absoluto. Eso es todo.

—¿Tú no crees que pueda haber otros medios para hacer la vida soportable?

—No. Aparte de eso, no hay más que la locura y la muerte.

—El conocimiento es totalmente incapaz de cambiar el mundo...

Había dejado escapar estas palabras rozando peligrosamente la confesión.

—Lo que transforma el mundo —añadí— es la acción, y nada más...

Tal como había previsto, Kashiwagi paró el golpe con aquella fría sonrisa que parecía pegada a sus rasgos.

—¿Lo crees así? Tú dices: la acción. Pero esta belleza por la que tú sientes ternura, ¿no ves que no aspira sino a dormir bajo la vigilancia del conocimiento? Un día estuvimos hablando del gato de Nansen, este gato de incomparable belleza. Si los dos bandos de monjes se disputaron, es que tanto uno como otro querían protegerle, acunarle, hacerle dormir blandamente, y esto según el conocimiento particular de cada uno. El Padre Nansen era un hombre de acción: no lo dio a unos ni a otros, sino que traspasó el animal y asunto liquidado. Llegó Choshu y se pone las sandalias sobre la cabeza. ¿Qué quiere decir esto? Que él sabe muy bien que la Belleza es algo que debe permanecer dormido bajo la protección del conocimiento, pero que no hay un conocimiento INDIVIDUAL, un conocimiento PARTICULAR de esto o de aquello. ¡No! El conocimiento es un océano para los hombres, una vasta pampa, y de ordinario la condición misma de la existencia. He aquí, según creo yo, lo que significó su gesto. Y ahora tú quieres jugar a ser Nansen, ¿verdad? Pues bien, esta belleza que amas no es más que el fantasma de esa «reliquia», de esa «sobrepelliz» que persiste en el alma humana una vez hecho, en términos devoradores, el conocimiento. No es más que el fantasma de este «otro medio», del cual hablabas, «para hacer la vida soportable». Incluso se puede llegar a decir que tal cosa, de hecho, no existe. En cambio, lo que da tanta fuerza a la ilusión, lo que le confiere carácter de realidad, es precisamente el conocimiento. Desde el punto de vista del conocimiento, la

Belleza jamás es una consolación. Puede ser una mujer, puede ser una esposa, pero jamás una consolación. Mientras que de la unión de este conocimiento con esta Belleza que no es una consolación, algo nace. Algo efímero, semejante a una burbuja, contra lo que nada se puede. Sí, algo nace; y es lo que la gente llama el ARTE.

—La Belleza... —empecé, pero me puse a tartamudear furiosamente. Era una idea absurda, pero una sospecha acababa de cruzar por mi mente: ¿acaso mi tartamudez no nacía en el concepto que yo me hacía de la Belleza?—. La Belleza... Todo lo que es bello... es ahora mi mortal enemigo.

—¿La Belleza? ¿Tu mortal enemiga? —preguntó Kashiwagi, abriendo unos ojos como platos. Pero su habitual jovialidad filosófica reapareció enseguida en su rostro aturdido durante un instante—: ¡Cómo has cambiado! ¡Oírte decir eso! ¡Tendré que graduar los lentes de mi conocimiento...!

Seguimos discutiendo durante mucho rato. ¿Cuántas semanas hacía que no habíamos cambiado impresiones con tanta intimidad? Seguía lloviendo. En el momento de irse, Kashiwagi me habló de Sannomiya y del puerto de Kobe, que yo nunca había visto, citando los grandes barcos que en el verano parten de la dársena... Todo eso adquiriría vida para mí, en el recuerdo de Maizuru... Éramos dos estudiantes pobres que teníamos los mismos sueños y que no habríamos cambiado la alegría de partir hacia el mar abierto ni por el conocimiento ni por la acción: por vez primera, los dos estábamos maravillosamente de acuerdo.

CAPÍTULO IX

Probablemente no fue por azar que el Prior, en lugar de darme la reprimenda que las circunstancias parecían exigir, me hiciese por el contrario un favor. Cinco días después que Kashiwagi vino a reclamar su dinero, el Prior me mandó llamar y me dio los tres mil cuatrocientos yens destinados a pagar los cursos del primer trimestre, más trescientos cincuenta para mis gastos de tranvías y quinientos cincuenta para material escolar. El reglamento de la universidad exigía que los derechos fuesen abonados antes de las vacaciones del verano. Pero después de lo que había pasado, jamás imaginé que el Prior volvería a darme dinero. Admitiendo incluso que consintiese pagar mis cursos, pensaba que, no teniendo ya más confianza en mí, enviaría el dinero a la universidad directamente por correo.

Pero de nada le sirvió ponerlo en mis manos: había hipocresía en su confianza. Me daba cuenta mejor que él. Aquel favor concedido sin una palabra era la imagen misma de su carne rosada y lisa: la opulenta falsedad, distinguiendo con la confianza, fuera del alcance de la putrefacción, reproduciéndose sin hacer ruido, dentro de su tibieza rosada.

Igual que cuando vi al agente de policía entrar en el albergue de Yura había temido, como en un relámpago, que mis planes fuesen descubiertos, también esta vez se apoderoó de mí el temor, próximo a la alucinación, de que el Prior hubiese penetrado mis intenciones y tal vez intentase con aquel medio hacerme perder la ocasión decisiva de pasar a la ejecución. Yo sabía que mientras estuviese en posesión de aquel dinero jamás tendría el valor de actuar. Debía encontrar un medio de utilizarlo sin perder un solo día. Cuando uno es pobre no sabe malgastar demasiado el dinero que tiene. En todo caso, yo debía emplear aquella suma de dinero de forma que si el Prior llegara a enterarse no se pusiera loco de furia ni pudiese expulsarme del templo en el acto.

Aquel día yo estaba de servicio en la cocina. Después de cenar me encontraba lavando los platos cuando por casualidad volví los ojos hacia el refectorio desierto. En la entrada había un pilar ennegrecido por una pátina oscura, al cual había fijado un cartel, sucio y apenas visible a causa de la

ATAKO

SÍMBOI

SAGRAI

ATENCIÓN AL FUEGO

Vi en mí mismo la pálida imagen de un fuego cautivo de aquel talismán. Algo que había sido tan alegre parecía ahora, tras el arcaico símbolo, viejo, débil, enfermo, degenerado. ¿Se me creerá si digo que aquel día el espejismo del fuego excitó mi sensualidad? ¿Cómo extrañarse —puesto que mi voluntad de vivir dependía por completo del fuego— de que mi sensualidad también tendiese hacia él? Mi deseo moldeaba las dóciles formas de las llamas que, conscientes de ser vistas por mí a través del pilar de oscuros reflejos, parecían haberse acicalado gentilmente. Dedos, brazos, busto, todo en ellas era fragilidad.

La noche del 18 de junio, con mi dinero en la cartera, salí clandestinamente del templo y me dirigí hacia Kita Shinchí, vulgarmente conocido por Gobancho. Me habían dicho que no era un barrio caro y que estaba lleno de benevolencia, incluso para los novicios. Se encontraba alrededor de tres cuartos de hora a pie del Rokaonji. La noche estaba muy húmeda, el cielo ligeramente cubierto, la luna incierta. Yo vestía pantalón caqui, chaqueta y chanclos de madera. Tenía todas las posibilidades, a mi regreso dentro de algunas horas, de seguir siendo el mismo. ¿Cómo se me metió la idea de que, bajo la misma ropa, volvería convertido en otro?

Indudablemente era para VIVIR que yo quería prenderle fuego al Pabellón de Oro; pero lo que estaba ahora a punto de hacer se parecía más bien a unos preparativos para morir. Semejante a un hombre virgen decidido a suicidarse que empieza por darse una vuelta por el barrio prohibido, así obraba yo. Pero no nos engañemos: al obrar de tal manera, este hombre no hace más que poner su firma al pie de una fórmula hecha y no sabría de ningún modo —aun después de perder su virginidad— convertirse en « otro ».

Esta vez ya no temía el fracaso tan a menudo repetido, aquella intrusión del Pabellón de Oro entre la mujer y yo. Porque ningún sueño ocupaba mi espíritu, porque no deseaba en absoluto participar en la existencia por medio de la mujer. Mi vida estaba ahora sólidamente amarrada más allá de mi existencia presente;

todos mis actos hasta aquel día no habían sido más que crueles y tenebrosas diligencias.

Así platicaba conmigo mismo, cuando me vinieron a la memoria las palabras de Kashiwagi: «... esas mujeres se acuestan con uno sin amor; todo les da lo mismo: viejos decréptos, mendigos, tuertos, adonis, leprosos, ¡con tal que ellas no lo sepan! Esta igualdad de trato hace sentirse a sus anchas a la gente joven, compran a la primera mujer que encuentran; pero a mí todo esto no me decía nada. Yo no podía admitir ser tratado del mismo modo que un hombre normal: me habría sentido abominablemente degradado».

Hoy sentía desagrado al recordar aquellas palabras. Sin embargo, dejando aparte mi tartamudez, no había en mi físico nada fuera de sitio y, a diferencia de Kashiwagi, sin duda podía creermelo feo, pero no más que cualquier otro.

«No obstante —me dije— una mujer, con su intuición, ¿descifrará tal vez sobre mi fea frente los signos del criminal nato?».

Esta idea me llenó repentinamente de una inquietud absurda. Aflojé el paso. Acabé por sentir náuseas a causa de estas reflexiones. Ya no sabía precisar si iba a perder mi virginidad con el fin de incendiar el Pabellón de Oro, o incendiar el Pabellón de Oro con el fin de perder mi virginidad. Entonces, sin ninguna razón particular, cruzó por mi espíritu la noble fórmula «TEMPO-KANNAN» —Vía del Destino sembrado de rudos obstáculos— y seguí mi camino repitiéndome a mí mismo: «Tempo-Kannan... Tempo-Kannan».

Estando en esto vislumburé, en el límite de un barrio invadido por la animación y el color de salas de baile y de bares, una zona en sombras donde se alineaban junto a los intervalos regulares de luces fluorescentes unos farolillos de papel de débil resplandor.

Desde que había salido del templo, no podía apartar de mi mente la ridícula idea de que Uiko aún vivía, en alguna parte de aquel barrio, enclaustrada. Esta idea me enardecía. Porque desde que tomé la decisión de incendiar el Pabellón de Oro había recuperado la frescura sin mácula de mi primera adolescencia, y me habría parecido muy natural encontrar las personas y las cosas de los comienzos de mi existencia.

De ahora en adelante yo iba a VIVIR, y sin embargo —cosa singular—, los pensamientos de mal augurio crecían dentro de mí. Imaginaba que mañana, tal vez, recibiría la visita de la muerte, y que yo le suplicaba que consintiese en esperar solamente el tiempo justo de prenderle fuego al Pabellón de Oro. Jamás había estado enfermo y en el presente no daba ningún síntoma de una posible enfermedad. Sin embargo, el control de los distintos engranajes que me mantenían vivo, la responsabilidad de continuar viviendo, y los notaba sobre mis espaldas con un peso que aumentaba de día en día.

El día anterior, al hacer mis trabajos de limpieza, me herí el dedo índice con una astilla de bambú de mi escoba, y esta pequeña herida fue suficiente para

hacer nacer en mí la inquietud. Me acordé de aquel poeta que murió a causa de haberse pinchado los dedos con una rosa. La mayoría de los mortales no estaban nada expuestos a morir así. Pero ahora mi persona se había convertido en algo precioso, y yo no podía saber qué clase de muerte me tenía reservada el desuno. Felizmente, mi pinchazo no se había infectado, y aquel mismo día, al apretarme la herida, no había sentido más que un leve dolor.

No es necesario decir que en previsión a mi visita al Gobancho no había dejado de tomar ciertas precauciones. La víspera fui a una farmacia distante, donde no corría el riesgo de que me reconocieran, para comprar unos preservativos. La membrana, afelpada y sin color, estaba desprovista de vitalidad y de fuerza hasta un grado increíble. Por la noche había probado uno. En medio del desorden de mi habitación —retratos y escenas alegóricas budistas pintarrajeadas de rojo, un calendario de la Oficina de Turismo de Kyoto, los *Ejercicios zen* abiertos por la página del encantamiento Butcho-Sonsho, calcetines sucios, esteras deshilachadas...—, se mantenía erguido, semejante a un dios de la desgracia, sin ojos ni nariz, liso y de un gris ceniza. Su desagradable forma me recordaba el rito salvaje del «Rasetsu» —el Cercenamiento del órgano genital —, del cual hoy sólo se hallan vestigios en ciertas tradiciones orales.

Me interné en una calleja bordeada de faroles. Había allí más de cien casas, todas bautizadas con el mismo nombre. Cualquiera que tuviese líos con la policía podía obtener, por decirlo así, derecho de asilo por parte del «caíd» que regentaba el rector. El cual no tenía más que apretar un botón: una señal sonaba en cada casa, advirtiendo del peligro al interesado.

Cada casa tenía una ventana con celosía de madera, a un lado de la entrada, y comprendía unos bajos y un piso, las pesadas techumbres de viejas tejas estaban todas a la misma altura, extendiéndose hasta perderse de vista bajo la húmeda luna.

En todas las entradas colgaba una cortina azul con los dos caracteres, en blanco, de «Nishi-jin» ^[17]; detrás, atisbando la calle, inclinadas, se percibía a las mujeres con delantales blancos de hacer limpieza.

Yo no tenía la menor idea de lo que podía ser el placer. Como arrojado fuera del orden natural de las cosas, excluido de todo rango, solo, tenía la impresión de arrastrar mis fatigados pies en medio de un desierto. El deseo, agazapado en mi interior, con las rodillas prietas, mostraba su desagradable dorso.

«Cueste lo que cueste, debes gastarte el dinero aquí —me decía una y otra vez—. Y si en ello se te va todo el dinero de los cursos, tanto mejor. Será para el Prior un excelente pretexto para ponerme de patas en la calle». Yo no me daba cuenta de la extraña contradicción que significaba este modo de ver las cosas. Sin embargo, si tal era mi sentimiento más profundo, ¿no significaba de mi parte un

cierto afecto por el Prior?

Quizá no era todavía la hora, pero los paseantes eran muy pocos. Mis sandalias de madera se oían claramente en medio de la calle. La monótona voz de los «ganchos» parecía arrastrarse en medio del aire húmedo y bajo de la estación de las lluvias. Los dedos de los pies, crispados, apretaban las flojas correas. ¿En qué pensaba? En el fin de la guerra, en aquella noche en lo alto de la colina Fudo, desde donde contemplé a mis pies el sembrado de luces; seguramente entre ellas se encontraban las de esta calle...

Esperaba encontrarme con Uiko allí donde mis pasos me condujeran. En un cruce, la casa de una esquina llevaba por nombre Otaki. En busca de la felicidad efímera, aparté la cortina y entré. Me encontré bruscamente en medio de una sala embalsada al fondo de la cual había tres mujeres sentadas, en una actitud de fatiga semejante a la de esas mujeres que esperan el tren. Una de ellas vestía kimono y llevaba un vendaje alrededor de su cuello. Otra, vestida a la europea, miraba al suelo; se había bajado una media y se rascaba la pantorrilla. Desde luego Uiko no estaba allí: su ausencia me quitó un peso de encima.

La que se rascaba levantó la cabeza, como un perro al que hubiesen llamado. Bajo el maquillaje blanco y rojo, su cara redonda, un poco como soplada, tenía el crudo esplendor de los dibujos infantiles. El aire con el cual me miró, es curioso tener que decirlo, estaba realmente impregnado de benevolencia: exactamente la mirada que se le puede dirigir a un hermano, a un ser humano desconocido que uno se tropieza en la esquina. Nada en esta mirada indicaba que ella hubiese descubierto lo más mínimo el deseo agazapado en mi interior.

Estando Uiko ausente, no me importaba cuál de ellas hiciese el trabajo. Escoger, anticipar los hechos, significaba el fracaso, me decía supersticiosamente. Así como las chicas no tenían la libertad de escoger a sus clientes, yo tampoco debía escoger a mi pareja. De ser posible, era preciso que la terrorífica noción de la Belleza ENERVANTE viniera a interponerse.

—¿Cuál de estas señoritas desea usted?—preguntó la patraña.

Yo designé la que se rascaba la pierna. Aquella leve comezón, debida probablemente a la picada de aquel mosquito que rondaba por encima del embalsado, creó un vínculo entre la muchacha y yo. Gracias a él, más tarde, ella adquiriría el derecho a testimoniar...

Se levantó, acercándose a mí, y tocó la manga de mi chaqueta con una sonrisa que remangaba su labio. Mientras subíamos al primer piso por una vieja y sombría escalera, evoqué una vez más a Uiko. Me decía que ella acababa de ausentarse, de ausentarse del mundo tal cual existía en aquella hora; y como ella ya no estaba aquí abajo, sería inútil que la buscase, no la encontraría. Pero era como si hubiese salido de este mundo simplemente para tomar un baño, por ejemplo, o para ocuparse en cualquier otra actividad ordinaria...

Mientras vivía, me pareció poseer igualmente el poder de pasar libremente

de un lado a otro en un universo de dos caras. Incluso en el momento de la tragedia, después de haber rechazado este mundo, lo aceptó de nuevo. La misma muerte acaso no había sido para Uiko más que un incidente sin consecuencias. La sangre que había dejado en la galería del Kongo-in quizá no fue más que ese polvillo de alas abandonado una mañana, en el borde de una ventana, por una mariposa que echa a volar en el instante en que se abre...

En el primer piso una vetusta barandilla corría en torno a un hueco por donde subía desde el patio una corriente de aire. Una pértiga de bambú para tender la colada iba de una armazón a otra; una falda roja, ropa interior y una camisa de noche colgaban de ella. Estaba oscuro; la camisa de noche dibujaba vagamente una forma humana.

En un cuarto, una mujer cantaba una canción que se deslizaba sin altibajos. Una voz de hombre, que desentonaba, se unía a veces a la otra. La canción se cortó bruscamente y hubo un breve silencio; luego la mujer se echó a reír, como si una cuerda se hubiese roto.

—Es la Kinuko —dijo la chica que me acompañaba, a la patrona.

—¡Rediós! ¡Siempre será lo mismo! ¡Siempre! —respondió la otra; preocupada, volvió la espalda a la puerta de donde partían las risas.

La sala donde se me hizo entrar era minúscula —tres esteras— y de aspecto corriente. El sitio de la alcoba estaba ocupado por una especie de buffet sobre el cual habían colocado de cualquier modo una estatuilla de Hotei, el bonzo que traía suerte, y una figurilla de «gato-caza-clientes» como las que se encuentran en los escaparates de las tiendas. En la pared, un reglamento detallado y un calendario colgado. En el techo, una bombilla sola y débil. Por la gran ventana abierta entraba de vez en cuando el ruido de los pasos de un hombre, en la calle, buscando placer.

La patrona me preguntó si era para un rato o para toda la noche. Para un rato valía cuatrocientos yens. Encargué sake (vino de arroz) y pastas, que la patrona bajó a buscar. Mientras tanto, la muchacha se mantenía a distancia. Fue sólo cuando regresó la otra, y a instancias suyas, que se acercó a mí. Observé entonces que su labio superior estaba ligeramente rojo por habérselo frotado. Para matar el tiempo, no solamente debía rascarse la pierna, sino un poco en todas partes. A menos que aquella rojez no fuese un poco de pintura desplazada de los labios. No debe parecer extraño que lo observase todo con detalle: era la primera vez en mi vida que entraba en una de esas casas, y me esforzaba por descubrir indicios de voluptuosidad en todo lo que caía bajo mi mirada. Cada detalle aparecía tan límpido como en un aguafuerte, inmovilizado y fijo a una distancia de mi ojo.

—Me llamo Mariko. Nos hemos visto otra vez, ¿verdad?

—No. Es la primera vez.

—¿Y es la primera vez que usted entra en una casa como ésta?

—Sí.

—Debe de ser verdad, su mano tiembla.

Constaté, en efecto, que mi copa de sake temblaba.

—Si es verdad, Mariko —dijo la patrona—, esta noche la suerte es para ti.

—¡No tardaré mucho en saberlo! —dijo ella con negligencia.

No había traza de picardía en sus palabras. Adiviné que el espíritu de Mariko erraba perezosamente en un lugar sin relación alguna con mi cuerpo o el suyo, como un niño privado de sus compañeros de juego. Corpiño verde pálido, falda amarilla, ella no llevaba rojo de uñas más que en los pulgares; que tal vez se había pintado por jugar, con esmalte prestado.

Pasamos a la habitación donde la cama estaba hecha y las esteras extendidas. Mariko puso un pie encima para tirar del cordón de la lámpara. La luz arrancó un vivo fulgor a los colores de la lujosa colcha. La alcoba tenía cierta elegancia; una muñeca francesa servía de adorno.

Me desnudé torpemente. Mariko se puso una bata rosa de tejido esponjoso, bajo la cual se quitó la ropa. Había una botella junto a la cabecera del lecho, y me tragué un gran vaso de agua. Ella me oyó beber.

—¡Ah! ¡Bebedor de agua! —exclamó riendo.

En la cama, rostro contra rostro, Mariko me hizo carantoñas en la punta de la nariz con los dedos.

—¿De verdad es la primera vez? —preguntaba riéndose.

Pese a la deficiente luz, yo no me olvidé de observarlo todo. Porque era una prueba de que yo estaba bien vivo. Poco importa, además. En todo caso, era la primera vez que veía otros ojos tan cerca de los míos. Las leyes ópticas que regían mi universo habían saltado en pedazos. Una muchacha desconocida había penetrado sin escrúpulos en mi existencia. Aquella extraña tibieza, aquellos efluvios de perfume barato adquirieron gradualmente amplitud y fueron ganando terreno hasta inundarme y finalmente sumergirme. Era la primera vez que yo VEÍA fundirse y desaparecer de este modo el mundo de los demás.

Fui tratado como un simple átomo de la unidad universal, en una forma que nunca pude haber imaginado. Al desnudarme de mis ropas me había desnudado, al mismo tiempo, de infinidad de cosas: de mi tartamudez, de mi fealdad, de mi pobreza. Conseguí la satisfacción física, indiscutiblemente, y sin embargo, no podía llegar a creer que era yo el que la disfrutaba. La sensación, de la cual yo estaba excluido, brotó a lo lejos y volvió a desvanecerse enseguida... Al momento me despegué de la muchacha y ajusté la almohada bajo mi mentón. Tenía una parte de la cabeza embotada y fría; me di unos ligeros golpes. Luego tuve la penosa sensación de que las cosas, una tras otra, me relegaban a un segundo plano: todo aquello no bastaba, sin embargo, para hacerme llorar. Cuando todo terminó, empezaron las confidencias sobre la almohada. Oía la voz de la muchacha, igual que a través de la niebla, contándome entre otras cosas

cómo había venido a parar allí desde Nagoya. Pero el Pabellón de Oro ocupaba todo mi pensamiento. A decir verdad, eran reflexiones abstractas, muy distintas de mis ideas habituales, tan pesadas y untadas de sensualidad.

—Volverá usted, ¿verdad?

El tono de su voz me hizo pensar que Mariko era mi hermana mayor, de uno o dos años más. Sus dos senos se hallaban a la altura de mis ojos, mojados de sudor; dos senos de pura y simple carne, esta vez, sin riesgo de verles convertirse en Pabellón de Oro. Tímidamente, los rocé con la punta de mis dedos.

—Estas cosas son nuevas para usted, ¿verdad?

Mariko se sentó en la cama, envolvió sus pechos en una intensa mirada y luego, igual como se juega con un animalillo, los agitó dulcemente. Aquel ligero temblor me recordó el sol del atardecer sobre la bahía de Maizuru. La fragilidad de la carne se confundió en mi pensamiento con la de la luz del crepúsculo. Imaginé que, al igual que el sol sepultado bajo un montón de espesas nubes, aquella carne reposaría muy pronto en lo más hondo de la cueva de la noche. Y aquello me reconfortaba.

Volví al día siguiente: la misma casa, la misma muchacha. Y no solamente porque me quedase dinero. La primera experiencia se había manifestado increíblemente pobre en relación al éxtasis del cual yo me había forjado la idea; y un nuevo ensayo se hacía indispensable para acercarnos ventajosamente al resultado previsto. Todo lo que hago en la vida real tiende siempre, a diferencia de los demás, a convertirse en fin de cuentas en la fiel reproducción de aquello que he visto en mi imaginación. «Imaginación» no es exactamente la palabra; «reminiscencias de la imagen primera» es lo que debería decir. Siempre he tenido el presentimiento de que todas las experiencias que me he visto llamado a hacer en mi vida no han sido más que pálidas repeticiones de una experiencia realizada anteriormente bajo la forma más brillante; nunca he podido deshacerme de esta creencia. Incluso tratándose, como aquí, del acto carnal: estaba persuadido de que en un momento y en un lugar, de los cuales había perdido el recuerdo (tal vez con Uiko) había gustado, en forma más aguda y aniquiladora, la voluptuosidad. Ahí estaba la fuente de todo el placer por venir, y mi goce presente no consistía en otra cosa que en beber de esta fuente con el hueco de mis manos.

Sí, me parecía haber asistido en alguna parte, en un lejano pasado, a una grandiosa e incomparable puesta de sol. ¿Era culpa mía si todas las que vi después me pareciesen más o menos marchitas?

Tratado un poco, el día anterior, como cualquier cliente, esta vez llevaba en el bolsillo un viejo libro comprado días antes en una tienda de compraventa. Era *Delitos y penas*, de Beccaria. Esta obra de un criminalista italiano del siglo XVIII

ofrecía el clásico «plato del día» en materia de racionalismo y vulgarización de ideas: yo abandoné su lectura al cabo de algunas páginas; pero me dije que el título tal vez interesaría a Mariko.

Ella me acogió con la misma sonrisa de la víspera. La misma sonrisa, ciertamente: el «ayer» no había dejado ninguna traza. Su gentileza para conmigo era la misma que se le puede dispensar a cualquiera con el cual uno recuerde haberse cruzado en cualquier calle. Después de todo, el cuerpo de aquella muchacha, ¿no era una encrucijada de calles?

Bebimos el sake en una pequeña salita, con la patrona. Yo no carecía de habilidad para ofrecer las copas según el ritual.

—¡De modo que ha vuelto usted! —dijo la patrona—. Es usted joven, pero conoce las maneras distinguidas.

—Pero dígame —añadió Mariko por su parte—, si viene usted todos los días, ¿no teme verse reprendido por su Prior? —Luego, ante mi expresión turbada (ella me había penetrado a fondo) añadió—: ¡No era nada difícil de suponer! Hoy día los jóvenes llevan el pelo largo. Cuando uno no lleva más que un centímetro en el cráneo, está claro: ¡ha salido de un templo! Sería muy raro que los más célebres bonzos de hoy no pasaran por aquí cuando fueron jóvenes... Bueno, ¿se canta?

Sin transición, se puso a cantar una majadería que trataba de los hechos y gestos de una mujer del puerto.

La segunda experiencia, en un ambiente que ya me era familiar, se desarrolló sin contratiempos y muy confortablemente. Esta vez me pareció realmente vislumbrar la voluptuosidad, pero no la que yo había imaginado; solamente la perezosa satisfacción de sentir que me adaptaba a la cosa.

Después de lo cual mi compañera me hizo una serie de recomendaciones de hermana mayor, llenas de sentimiento, y que por un instante me produjeron una impresión helada.

—Creo que sería mejor no venir por aquí muy a menudo —me dijo—. Usted es un muchacho serio, lo noto. Es preciso no caer en excesos, sino dedicarse a fondo a su trabajo... Desde luego, sus visitas me causan placer, y deseo que continúen... Pero... usted comprende, ¿verdad?, en qué sentido le digo esto... Es como si se lo dijera a mi hermano pequeño...

Estas bonitas frases debió de encontrarlas en alguna novela barata; porque todo aquello no le salía de muy adentro. Inventaba una historia cuyo héroe era yo, y esperaba verme manifestar las emociones que ella estaba fabricando. Ya que la presente situación, en su espíritu, no debía comportar más que una reacción decente: las lágrimas. Ella se habría encontrado entre los ángeles si me hubiese visto llorar.

Pero tuvo que desistir del intento. Bruscamente, yo alcancé cerca de la almohada el ejemplar de *Delitos y penas* y se lo puse bajo la nariz. Mariko lo hojeó cortésmente; luego, sin decir palabra, volvió a dejarlo en su sitio: ya se

había olvidado de él.

Yo deseaba que el desuno que había puesto a Mariko en mi presencia despertara en ella algún presentimiento. Deseaba que ella se acercara, por poco que fuese, a tener conciencia de que prestaba la mano a la destrucción del mundo; porque a mis ojos, esto no podía serle indiferente ni siquiera a aquella muchacha. Finalmente no pude contenerme más: «Dentro de un mes —sí, de un mes—, se hablará mucho de mí en los periódicos... Acuérdate de mí, entonces...».

Cuando me callé, mi corazón latió violentamente. Pero Mariko se echó a reír con una risa que sacudía su pecho. Luego se mordió la manga para contenerse, lanzándome unas miradas rápidas. Pero le volvía aquella risa loca que sacudía todo su cuerpo. Seguramente habría sido incapaz de explicarse a sí misma qué había de divertido en todo aquello. Se dio cuenta y se calmó.

—¿Qué hay de divertido en todo eso? —pregunté estúpidamente.

—¡Ah, qué embustero es usted! ¡Qué cosa más divertida! ¡No había visto nunca una persona tan embustera!

—No he dicho ninguna mentira.

—¡Oh, basta...! ¡Es demasiado divertido! Es para morirse de risa... ¡Y pensar que lo dice en serio...!

Y se echó a reír otra vez. Después de todo, tal vez sólo se reía así porque yo había tartamudeado de un modo estrafalario aquella frase en la que puse tanta convicción. Sea lo que fuere, ella no creía una palabra de todo aquello.

Mariko no sabía creer. Ni siquiera habría creído en un terremoto bajo sus pies. Si el mundo se hundiera, sin duda Mariko no se hundiría con él. Porque ella creía exclusivamente en lo que se producía según su lógica personal; y porque, según esta lógica, que el mundo se hundiese era algo que nunca podría llegar a ocurrir. Estaba totalmente fuera de duda que semejante cosa tuviese la menor posibilidad de penetrar en la mente de Mariko. En esto se parecía a Kashiwagi, del cual era una réplica en mujer —un Kashiwagi que no pensaba—.

Agotada la conversación, Mariko, con el pecho desnudo, se puso a tararear con una voz que se confundía con el zumbido de una mosca. El insecto, después de haber descrito varios círculos en torno a ella, se posó sobre uno de sus pechos.

—¡Oh, me hace cosquillas! —se limitó a decir Mariko, sin intentar hacer el menor gesto para cazar la mosca pegada a su piel; y yo no estuve poco sorprendido de poder constatar que la muchacha no sentía manifiestamente ningún desagrado ante aquella caricia del insecto.

La lluvia resonaba sobre el saliente del tejado. Como si no cayese más que allí. Paralizada por el miedo, podría decirse, por haberse aventurado fuera de su sector y extraviado en tal parte de la ciudad. Su golpeteo estaba desasido de la vasta noche, como yo lo estaba del lugar donde me hallaba; formaba parte de un mundo perfectamente localizable, como el que delimitaba la débil claridad de la

lámpara de cabecera.

Dicen que a las moscas les gusta lo podrido: ¿había Mariko entrado ya en descomposición? ¿Su impotencia para creer en nada era un signo de descomposición? ¿Era porque Mariko vivía en un universo rigurosamente personal que el insecto, curiosamente, la visitaba? Era difícil de decir.

De repente, Mariko se durmió. Se movía menos que una muerta, y sobre su pecho, cuya redondez acusaba la luz de la lámpara, la mosca permanecía igualmente inmóvil, como si ella también se hubiese dormido de repente.

No volví más a la Casa Otaki. Lo que allí tenía que hacer ya estaba hecho. No había más que esperar a que el Prior se enterara del uso que yo había hecho del dinero para los cursos y me echara del templo. Pero yo no moví un dedo para ponerle sobre la pista. Confesarme no era necesario; él lo descubriría todo sin necesidad de ello.

Yo no me explicaba demasiado bien por qué esperaba tanto, en cierto modo, de la energía del Prior; por qué me empeñaba en esperar el recurso de su autoridad; por qué quería hacer depender mi determinación final de la expulsión decidida por él. Yo no sabía gran cosa de todo ello. Sobre todo cuando hacía ya mucho tiempo, según he dicho antes, que había penetrado a fondo su fundamental debilidad.

Aquella mañana, muy temprano, antes de que el monasterio se abriese al público, el Prior fue a dar una vuelta cerca del Pabellón de Oro: acontecimiento excepcionalmente raro. Nosotros estábamos todos ocupados en barrer; él nos dirigió algunas banales palabras de agradecimiento antes de subir, dentro de su blanca sotana de aspecto tan frío, la escalera de piedra que conduce al Pabellón de Sekikatei. Probablemente iba allí a prepararse té y a buscar soledad para ponerle orden a su espíritu.

Acabada la limpieza, cada cual emprendió el camino del edificio principal, excepto yo, que corté por el Sekikatei para irme detrás de la gran biblioteca, donde me quedaba un sector por barrer.

Subí las gradas bordeadas por la cerca de bambú del Pabellón de Oro y desemboqué junto al Sekikatei. Había estado lloviendo hasta el atardecer del día anterior y los árboles estaban mojados. En cada hoja de arbusto colgaba una gota de rocío donde se reflejaban los últimos fulgores rojos de la aurora; eran como pequeñas bayas rosadas nacidas allí a destiempo. Las telas de araña, tendidas de una gotita a otra, estaban también delicadamente teñidas de rosa y se estremecían.

Experimenté una extraña emoción al ver con qué exacta minuciosidad las cosas de la tierra daban asilo a los colores del cielo. La humedad misma que bañaba el recinto del monasterio venía enteramente de lo alto del cielo. Cada

cosa tenía su gota de rocío, como una gracia recibida de lo alto, y exhalaba un olor mezclado de podredumbre y de frescor nuevo. Porque los objetos ignoran el medio de rechazar nada.

Como se sabe, la Torre del Señor del Norte está unida al Sekikatei. Su nombre proviene del texto: «Aquí está la residencia de la Señal del Norte a quien la nación estrellada rinde homenaje». La actual construcción no es la misma que en los tiempos en que Yoshimitsu hacía sentir su autoridad. Reformado hace ciento y pico de años, es un pabellón de forma circular según el gusto que se tenía por las casas de té. El Prior debía de hallarse allí, puesto que no le vi en el Sekikatei. No tenía ningún deseo de encontrarme cara a cara con él; de modo que me deslicé a lo largo de la valla con paso vivo y doblando la espalda para no ser visto.

La Torre del Señor del Norte estaba abierta de par en par. Al fondo distinguí el dormitorio, desplegado a lo largo del muro, y el cuadro de Maruyama Okyo. El dormitorio estaba aún adornado con un pequeño relicario budista traído de la India, en blanca madera de sándalo labrada, obra maestra de delicadeza y a la cual los años habían cubierto de una oscura pátina. También veía, a la izquierda, un estante de morera en estilo Rikyu, así como las pinturas de las puertas corredizas... ¡Pero ni rastro del Prior! De modo que me arriesgué a mirar por encima de la valla.

En medio de la penumbra, a la derecha del dormitorio, distinguí una especie de voluminoso paquete blanco. Terminé por reconocer que se trataba del Prior: se hallaba prosternado que ya no podía estarlo más, con la cabeza entre las rodillas y las mangas abatidas sobre su rostro.

Estaba inmóvil. Completamente inmóvil. Por contra, su imagen desencadenó en mi interior un revoltijo de impresiones diversas.

Mi primer pensamiento fue que había sufrido un ataque, bajo cuyos efectos se encontraba aún. Mi deber, entonces, era acudir a atenderle. Una fuerza contraria me contuvo. Por una u otra razón, y o no amaba al Prior; un día cercano tomaría cuerpo mi determinación de incendiar el Pabellón de Oro... De modo que mis atenciones serían una hipocresía. Sin contar que podían valerme el agradecimiento del Prior, o su afecto, en cuyo caso mi voluntad corría el riesgo de debilitarse.

Al observarle mejor, no me pareció enfermo. Sea cual fuere la cosa que estaba haciendo allí, aquella postura le despojaba de toda nobleza y de toda dignidad: tenía el degradante aspecto de un animal adormecido. Observé que sus mangas temblaban ligeramente, como si un invisible peso se mantuviera en equilibrio sobre sus riñones. Este invisible peso, ¿qué podía ser? ¿Angustia? ¿Conciencia de su propia debilidad?

Acostumbrado al silencio, mi oído captó un imperceptible murmullo, una plegaria, que no pude identificar. Y de repente me surgió una idea que dejó mi

orgullo hecho trizas: el Prior poseía tal vez una insondable vida interior de la cual nosotros no teníamos la menor idea, y ante la que las mezquindades, los pequeños pecados, las pequeñas negligencias que yo había desesperadamente ensayado no valían ni siquiera la pena de ser mencionadas. Comprendí entonces que la prosternación del Prior era la que se llama del « Jardín cerrado »: Cuando un bonzo vagabundo se ve negada la entrada en un monasterio, permanece todo el día frente al porche, acurrucado sobre su fardo, con la frente inclinada. ¡Que un sacerdote del rango del Prior imitase las prácticas de un bonzo vagabundo testimoniaba una sorprendente humildad! Pero ¿hacia quién? ¿A quién se dirigía con esa humildad? Como la de las hierbas del jardín alzándose hasta el cielo bañado por la aurora, y la de los árboles, la de las puntas de las hojas, de las telas de araña donde el rocío hallaba asilo, la humildad ¿no iba dirigida a las faltas y bajas ofensas a las cuales él escapaba, yendo hasta a reflejarse en su propia persona, en virtud de aquella postura de animal yacente?

« ¡Pero no. Es a mí a quien la destina! », pensé de repente. Estaba fuera de duda. Él sabía que yo iba a pasar por allí, y era en atención a mí que había tomado esta actitud... Perfectamente consciente de su debilidad, he aquí el medio que había encontrado para desgarrarme el corazón en silencio; despertar mi compasión y finalmente hacerme caer de rodillas. ¡No le faltaba ironía a la cosa!

Le estuve considerando, despistado; y la verdad es que había escapado a la trampa del enternecimiento por un dedo. Resistí con todas mis fuerzas, pero no puedo negar haber estado a punto de ceder... Entretanto, no tenía más que decirme « todo esto lo hace por ti » para que mis disposiciones volvieran a su cauce y yo mismo, más que nunca, me afirmara en ellas.

Fue en aquel momento cuando decidí llevar a término mi proyecto sin esperar a ser echado del templo. El Prior y yo vivíamos ahora en mundos diferentes y ninguno de los dos tenía influencia sobre el otro. Todos los obstáculos habían sido eliminados. A partir de entonces yo podía actuar sin tener que esperar una ayuda exterior, como quisiera y cuando quisiera.

Los tintes de la aurora se desvanecieron. Las nubes se elevaban hacia el cielo. El terso rayo de sol matinal se evaporó tras la galería de la Torre del Señor del Norte. El Prior seguía prosternado. Yo me apresuré a irme de allí.

El 25 de junio estalló la guerra de Corea. Con ello se verificaban mis presentimientos de que el mundo iba inevitablemente al hundimiento y a la ruina. Tenía que apresurarme.

CAPÍTULO X

Al día siguiente de mi visita al Gobancho me dediqué a hacer una pequeña experiencia: arranqué de la puerta norte del Pabellón de Oro dos clavos de cinco a seis centímetros de largo.

En los bajos, en el Hôsui-in, hay dos puertas para entrar, una al este y otra al oeste, las dos de doble hoja. El viejo guía que subía allí cada noche cerraba la puerta oeste por dentro y la este por fuera, dando una vuelta de llave. Pero yo sabía que se podía entrar incluso sin llave; porque por el lado norte había una puerta de tablas que parecía guardar desde atrás la maqueta de la cual ya he hablado y que se encontraba dentro. Esta puerta se caía de vieja, y quitando media docena de clavos se podía desmontar fácilmente. Todos los clavos estaban casi sueltos, de modo que podían ser arrancados con los dedos sin esfuerzo. Yo había probado con dos de ellos y la experiencia había sido concluyente. Los envolví en un pedazo de papel y los guardé ocultos en el fondo del cajón de mi mesa de trabajo. Dejé pasar algunos días. Nada pareció indicar que el hecho hubiese sido descubierto. Luego, una semana. Idéntica reacción. El 28 por la noche, en el curso de una nueva salida clandestina, volví a poner los dos clavos en su sitio.

El día que vi al Prior prosternado y había tomado, de una vez por todas, la decisión de no hacer depender las cosas más que de mí mismo, me fui a una farmacia próxima a la Comisaría de Nishi-jin, en el barrio Sembon-Imaidegawa, para comprar unos somníferos. Primero me dieron un frasco que parecía contener una treintena de comprimidos. Pedí más y por cien yens me llevé un frasco de cien. Luego, en una tienda vecina, compré por noventa yens una navaja con su estuche, cuya hoja medía de doce a quince centímetros.

Tanto a la ida como a la vuelta, pasé frente a la Comisaría de Nishi-jin. Varias ventanas estaban iluminadas. Vi a un inspector, con el cuello de la camisa abierto y una cartera bajo el brazo, lanzarse al interior. Nadie me prestó atención. Ocurría lo mismo que durante aquellos veinte años que acababan de transcurrir; aquello no hacía sino continuar. Una vez más, yo no contaba para nada. En todos los rincones de Japón había un millón, diez millones de personas que no llamaban

ninguna atención; yo formaba parte de ellas. Que aquellas personas quisieran vivir o morir, al mundo se le importaba una higa. Y seguramente había en ellos mucho que confortar. Así, confortándose a sí mismo, el inspector no se tomó la molestia de dirigir una mirada hacia mí. Sobre la puerta, la luz roja y turbia del farol hacía resaltar los caracteres de la inscripción: «Comisaría de policía de Nishi-jin». Faltaba una parte de la palabra «policía».

Durante el camino de regreso pensé en las adquisiciones que había hecho aquella tarde; mi corazón latía de gozo. Había comprado la navaja y los somníferos para el caso de que tuviera que decidir mi muerte. Pero mi alegría era tan intensa que me preguntaba si no era más bien la del hombre que va a fundar un hogar y que organiza de antemano su vida familiar. Incluso mucho después de mi regreso al templo no podía dejar de contemplar mi doble compra. Sacaba la navaja de su funda y pasaba mi lengua por la hoja, que se empañaba al instante. Notaba un frescor incisivo, luego una especie de agradable y remoto sabor: venía del corazón del delgado acero, de la inaccesible sustancia del metal, de la cual aquel sabor no era más que el pálido reflejo. Aquella límpida forma, aquel fulgor metálico semejante al añil de las profundidades marinas, he aquí lo que ocultaba ese sabor tan puro enroscado a la punta de mi lengua, tenaz, mezclado a mi saliva, y que acabó también por evaporarse. Y, feliz, pensaba en el día en que iba a sentirlo en mi carne, el día en que yo me sentiría totalmente anegado, embriagado por aquel sabor dulzón. Los cielos de la muerte me parecían llenos de luz y semejantes a los de la vida. Había olvidado mis sombríos pensamientos. Ya no existía angustia en este mundo...

Después de la guerra, en el Pabellón de Oro había sido instalada una alarma contra incendios automática, del modelo más reciente y muy ingeniosamente concebido: si el interior del Pabellón de Oro alcanzaba una temperatura determinada, un timbre de alarma sonaba inmediatamente en el pasillo de la cancillería. La tarde del 29 de junio, el dispositivo se estropeó; fue el viejo guía el que lo descubrió. Yo le oía dar cuenta de ello en el despacho del diácono, y a que me hallaba en la cocina. Interpreté el hecho como una exhortación del cielo.

Sin embargo, al día siguiente por la mañana, día 30, el ayudante del Prior telefoneó a la fábrica que nos había mandado el aparato para que vinieran a repararlo: el buen guía tuvo la bondad de decírmelo. Yo me mordí los labios: había perdido una ocasión única, que me había sido ofrecida la noche anterior.

Un obrero vino a reparar el aparato al atardecer. En torno a él se formó un círculo de cabezas llenas de curiosidad. Era un largo trabajo; el hombre meneaba la cabeza con aire de fastidio: los curiosos, uno después de otro, se fueron marchando. Cuando me pareció decente, yo hice lo mismo. No tenía más que esperar el final de la reparación y el timbre de control resonaría por todo el

templo —señal, para mí, de desesperación—... Esperé. La noche invadió como una marea el Pabellón de Oro, donde parpadeaba el pábilo del obrero que trabajaba. No sonó ningún timbre: el hombre había recogido todo y se había ido, dejando el resto del trabajo para mañana.

Pero faltó a su palabra: nadie vino el 1 de julio. En el templo no había ninguna razón especial para apresurar la reparación.

El día anterior yo había vuelto a Sembon-Imaidegawa para comprar bollos de manteca y dulces de alubias. En el templo no se tomaba nada entre las comidas, por lo cual, con algunos yens de la cuenta de mis gastos personales, a menudo me iba allá abajo para comprar algunos pastelillos.

Los que había comprado aquel día, sin embargo, no estaban destinados a satisfacer mi hambre. Ni los bollos de manteca a facilitarme la toma de somníferos. Si he de decir verdad, fue la aprensión la que me hizo comprarlos.

Había una relación entre aquella bolsa de papel —hinchada entre mis manos — y yo. Una relación entre el acto perfecto y solitario que me disponía a cumplir y aquellos insignificantes bollos... El sol se derramaba por entre las nubes que cubrían el cielo y cubría las hileras de casas, como una espesa y húmeda bruma. Una gota de sudor se deslizó furtivamente a lo largo de mi espinazo, como un hilillo frío que se hubiese soltado bruscamente. Yo no podía más de fatiga.

La relación entre los bollos y yo... ¿Cuál podía ser realmente? Situado ante el acto, mi espíritu encontraría sin duda su tensión y su necesaria concentración para alimentar el impulso; mientras que mi estómago, abandonado a su ordinaria soledad, seguiría reclamando su paga: así es como yo veía las cosas. Para mí mis vísceras eran como esos perros famélicos que nunca han podido ser amaestrados. Sí, lo sabía; mi alma podía muy bien estar llena de energía; pero mi estómago, mis entrañas, órganos perezosos, no harían más que su voluntad y se sumergirían una vez más en su tibieza quimérica de todos los días. Sabía que mi estómago soñaría. Bollos de manteca y dulces rellenos. Mientras mi espíritu soñaría en gozos, él, obstinadamente, soñaría en bollos y dulces rellenos... Por lo demás, cuando la gente intentara comprender por qué había yo cometido mi crimen, aquellos bollos le darían una clave muy conveniente. La gente diría: « Este muchacho se moría de hambre... ¡Es muy humano! » .

Y fue el 1 de julio de 1950. Como ya he indicado, era poco probable que la alarma contra incendios fuese reparada aquel día. Por la tarde pude estar seguro de ello, hacia las seis, cuando el viejo guía, una vez más, telefoneó a la fábrica en tono urgente. Le contestaron que lo sentían mucho, que estaban desbordados de trabajo y que hoy no podrían venir; pero que lo harían sin falta.

Aquel día acudieron un centenar de visitantes. Como las puertas se cerraban a

las seis y media, la gente ya empezaba a retirarse. El viejo guía, terminada su jornada y habiendo ya llamado por teléfono, permaneció de pie en el umbral de la cocina, la mirada vaga, fija en el cuadro del huerto.

Lloviznaba desde por la mañana, clareando un poco de vez en cuando. Pasaba una brisa ligera y el tiempo no era muy bochornoso a pesar de que ya estábamos en julio. Aquí y allá, por todo el huerto bajo la lluvia, se veían flores de calabaza. En el otro extremo, sobre los dorsos negros y relucientes de los surcos, las plantas de soja sembradas a principios del mes pasado empezaban a brotar.

Cuando el viejo guía le daba vueltas a alguna idea que le bullía en la cabeza, su mandíbula iba y venía haciendo entrechocar su dentadura. Cada día repetía a los visitantes las mismas explicaciones, pero cada vez tenía más dificultad para controlar las palabras, a causa de su mala dentadura, que él no se tomaba ni siquiera la molestia de hacer arreglar a pesar de que todo el mundo le aconsejaba que lo hiciese... Con los ojos clavados en el huerto, el viejo refunfuñaba para sí mismo. Y además con intermitencias: a un gruñido se sucedía un entrechocar de dientes, al que seguía un nuevo gruñido. Debía rezongar a causa del timbre de alarma, cuya reparación no acababa nunca. Apenas se le entendía, pero creo que se lamentaba de que ya fuese demasiado tarde para repararlo; el timbre de alarma, sin duda, ja menos que no fuese su dentadura!

Por la noche, el Rokuonji recibió la visita de alguien que venía muy raramente: el Padre Kuwai Zenkai, Prior del templo de Ryuho, en la prefectura de Fukai. Era un compañero de seminario del Padre Dôsen. De lo cual resultaba que había sido también amigo de mi padre. El Prior se hallaba ausente y fue prevenido por teléfono.

Hizo responder que estaría de regreso alrededor de una hora.

El Padre Zenkai había subido a Kyoto con la intención de pasar uno o dos días en el Rokuonji.

Mi padre me había hablado del Prior Zenkai en varias ocasiones; siempre lo había hecho —me acordaba muy bien—, con placer y una afectuosa veneración. Tanto en lo físico como en lo moral, era el tipo característico de sacerdote zen, viril y como tallado a hachazos. Con una estatura de casi dos metros, tenía la tez curtida y las cejas espesas. Su voz rugía como el trueno. Cuando uno de mis compañeros novicios vino a avisarme de que el Padre Zenkai, mientras aguardaba al Prior, deseaba hablar conmigo, yo vacilé, temiendo que su mirada clara penetrase lo que mi mente guardaba para aquella misma noche.

Lo hallé sentado en el gran salón, con las piernas cruzadas, bebiendo sake que el ayudante había tenido la previsión de hacerle servir y masticando algunas

raíces. Hasta entonces le había estado sirviendo mi compañero; yo me senté ocupando su puesto, erguido el busto, y me dispuse gustosamente a desempeñar mi papel de escanciador. Daba la espalda a la noche y a la bruma que descendía en silencio, de modo que el Padre Zenkai no tenía más que dos cosas tenebrosas en el campo que abarcaba su mirada: la noche en el jardín empapado de lluvia y mi rostro.

Pero él no era hombre que se dejase influenciar por esa clase de cosas. Era la primera vez que me veía; pero apenas me vio me dijo que me parecía mucho a mi padre; que la muerte de este último le había afligido profundamente, que yo ya estaba hecho un hombre... Y otras muchas cosas que iba desgranando, inagotablemente, con su voz sonora.

Había en él una simplicidad que no tenía el Prior, una fuerza de la cual mi padre estuvo desprovisto. Rostro curtido, desmesuradas fosas nasales, pliegues de carne doblando la encrespada maleza de las cejas y casi juntándose: se hubiera dicho una máscara de *obeshimi*, esos grandes diablos del teatro *Nô*. Sus rasgos no eran nada regulares: había en él demasiada fuerza, y esa fuerza, a la menor ocasión, aparecía al desnudo arruinando todo lo que pudiese haber de regular en su rostro. Sus pómulos también surgían abruptos, como aquellas vertiginosas rocas de los pintores chinos de la Escuela meridional.

Con todo eso y con su voz atronadora, había en la persona del Padre Zenkai una amabilidad que me alcanzó el fondo del corazón. No era una amabilidad corriente, banal, sino la que una gran raíz de rugosa corteza de un enorme árbol, a la entrada de un pueblo, ofrece a un viajero para que se repose. Una ruda amabilidad.

Yo permanecía atento, con miedo a que en aquella noche capital mi determinación se debilitase al contacto con aquella amabilidad. Por un momento tuve la sospecha de que tal vez el Prior había hecho venir al Padre Zenkai por mí; pero era poco probable que le hubiese hecho venir de tan lejos sólo por eso. No; el Padre Zenkai no era más que un singular huésped que el azar había traído aquella noche para que fuera testigo ideal del desastre.

El frasco de porcelana, de un tercio de litro, estaba vacío. Yo hice la reverencia ritual y me encaminé a la cocina. Cuando regresé con otro frasco, que había sido calentado hasta su grado conveniente de tibieza, me sentí, en el momento de servir, invadido por una impresión que nunca había conocido. Hasta entonces, nada me había inspirado jamás el deseo de hacerme comprender por los otros; pero esta vez deseaba ser comprendido por el Padre Zenkai, sólo por él. Mientras le escanciaba de nuevo el sake, seguramente observó aquella luz distinta —una luz de sinceridad— que había brillado en mis ojos.

—¿Qué opina usted de mí?—le pregunté.

—¡Hombre! Tienes todo el aire de ser un buen estudiante, un estudiante serio. A qué género de disipaciones te dedicas para tu propio capote, eso lo ignoro. Pero

dime, eso ya no debe ser como antes: sin duda vosotros no tenéis mucho dinero para dedicarlo a diversiones. Tu padre, el Prior y yo, cuando éramos jóvenes, ¡qué juergas nos corriamos!

—¿Tengo el aire de ser un estudiante como los demás?

—¡Seguro! Y eso es lo mejor... ¡Lo mejor! Porque la gente no sospecha de vosotros.

El Padre Zenkai no era nada vanidoso. Los preladados de alto rango tienen todos el mismo defecto: el de negarse, cuando se solicita su sagacidad sobre los más diversos asuntos —desde el carácter de las personas hasta los libros, cuadros, antigüedades diversas—, a formular una opinión decisiva por temor a que luego se burlen de ellos si se han equivocado. Naturalmente, existe también el sacerdote zen que resuelve la dificultad de inmediato y en forma dogmática, pero se las arregla para decir las cosas de una manera lo bastante imprecisa para que se pueda sacar una conclusión tanto en un sentido como en otro. El Padre Zenkai no era de éstos; me daba perfecta cuenta de que él decía las cosas tal como las veía o las sentía. Él no buscaba ningún sentido particular en los objetos que reflejaba su clara y firme pupila. ¿Significaban alguna cosa? ¡Muy bien! ¿Nada? ¡Tanto mejor! Y lo que hacía que yo encontrase maravilloso al Padre era, más que nada, que cuando él miraba cualquier cosa —a mí, por ejemplo—, la veía como cualquier otro podría verla, sin pretender singularizarse gracias a cualquier descubrimiento que su ojo hiciera. Para él, el mundo puramente subjetivo no tenía ningún sentido. Yo le comprendía y me iba sintiendo poco a poco más a mis anchas. En la medida en que los demás me encontraran « como todo el mundo », yo era como todo el mundo, y podía cometer resueltamente los actos más extraños: no por ello sería menos « igual a los demás », como los granos de arroz pasados por el tamiz.

Sin saber cómo, me sentí convertido en una especie de apacible arbusto plantado delante del Padre. Pregunté:

—¿Hay que vivir según la imagen que la gente se hace de uno?

—No es fácil. Pero si uno se arriesga a obrar de modo distinto, la gente se acostumbra a verle bajo ese nuevo aspecto. ¡La gente olvida enseguida, ¿sabes?!

—Pero ¿cuál de mis dos «yo» sobrevive al otro? ¿El que quiere la gente o el que me figuro ser yo?

—Los dos tardan muy poco en desaparecer sin dejar rastro. Uno puede esforzarse en seguir persuadido de que continúa siendo el que era; llega un momento en que se acaba. Mientras el tren corre, los viajeros no se mueven, pero al llegar al final hay que continuar a pie. Correr tiene un fin, y descansar también. La muerte parece ser el último reposo, pero ¿cuánto tiempo dura? Nadie puede decirlo.

—Quisiera que pudiera usted leer en mí —dije al fin—. Yo no soy el que usted imagina. Se lo ruego. Lea usted en el fondo de mi alma.

Apurando su copa de sake, el Padre Zenkai me miró intensamente. Un pesado silencio se abatió sobre mí, como la inmensa y negra techumbre del templo mojada de lluvia. Me estremecí. Y bruscamente, el Padre, elevando su voz risueña, sorprendentemente clara, dijo:

—¡No vale la pena! ¡Todo lo llevas escrito en la cara!

Tuve el presentimiento de haber sido penetrado hasta el fondo, hasta los más pequeños recovecos. Por vez primera en mi vida no sentía más que vacío en mi interior. Y como una sorda agua que lo llenara, el coraje para actuar brotó en mí, completamente nuevo.

El Prior regresó a las nueve. Como de costumbre, cuatro hombres salieron para hacer la ronda. No había nada anormal.

Los dos amigos bebieron sake juntos. Hacía las doce y media, uno de mis compañeros condujo al Padre a su habitación. El Prior tomó un baño, lo que en el lenguaje del templo se llama « abrir las abluciones » . A la una de la madrugada del 2 de julio, después que hubo pasado el vigilante nocturno y sus pasos se apagaron, la paz reinaba sobre el monasterio. La lluvia seguía cayendo sin ruido.

Una vez solo, permanecí sentado en mi cama valorando la masa de tinieblas posada sobre el Rokuonji. Iba creciendo insensiblemente en densidad y peso. Los montantes de madera y las tablas de la puerta de mi pequeña habitación adquirirían un aire solemne al contener aquella marea de la vieja noche.

Mi lengua probó a tartajear alguna cosa. Como siempre, una sola palabra llegaba a mis labios, en mi suprema excitación, como cuando se hurga en un saco y se saca, enredado junto con otros, el objeto que se buscaba. La densidad y el peso de mi universo interior eran semejantes al de las tinieblas, y las palabras eran izadas rechinando como cubos que subieran pesadamente dentro de los pozos profundos de la noche.

« Ya no tardará mucho —me dije—. Un poco más de paciencia. Y la llave oxidada de la puerta que separa mi universo interior del mundo exterior dará una maravillosa vuelta en la cerradura. Una corriente de aire se establecerá entre los dos mundos, y ventilará libremente todo lo que hay dentro de mí. El cubo subirá, ligero, balanceándose como una pluma, y el mundo entero se abrirá frente a mí con una vasta llanura, y mi calabozo caerá convertido en polvo... Todo eso ya está a la vista... Al alcance de mi mano, que para conseguirlo no tiene más que querer... » .

Me regocijaba, sentado en la sombra. Permanecí así durante una buena hora. Jamás en la vida había sido tan feliz. Y de repente me levanté.

Me deslicé furtivamente por detrás de la gran biblioteca, calzado con sandalias de paja que había preparado de antemano. Luego, pisando la escarcha, avancé a lo largo del foso, detrás del Rokuonji, en dirección a la carpintería. Sólo se veían piezas de madera, pero el serrín húmedo esparcía su olor por doquier. El lugar servía también para atar los haces de paja que eran comprados en

cantidades de cuarenta a la vez; pero no quedaban más que tres; el resto había sido utilizado.

Me los llevé y volví bordeando el huerto. En la cocina reinaba un silencio absoluto. La rodeé para pasar por detrás del apartamento del ayudante. La luz de los lavabos se encendió de repente. Yo me incliné. Alguien se estaba aclarando la garganta; el ruido pertenecía a la garganta del ayudante. Después orinó. Interminablemente.

Temiendo que la paja se mojara, la protegí con mi cuerpo. Sobre la espesura de los matorrales agitados por la brisa flotaba un hedor de letrinas que la lluvia hacía todavía más penetrante.

El rumor de la orina cesó; oí unos pasos inciertos y luego un golpe seco: había cerrado el tabique. El ayudante no parecía estar muy desvelado. Reemprendí la marcha, con mis manojos de paja, hacia la biblioteca.

Sólo disponía de una cesta de mimbres y de una pequeña y vetusta valija para guardar mis cosas personales. Puesto que mi intención era quemar todo lo que me pertenecía, al anochecer había empaquetado libros, vestidos y ropa blanca. Quisiera que se prestara mucha atención a estos minuciosos preparativos. Todo lo que podía hacer ruido en el curso del transporte, como los corchetes de mi mosquitero —o aquello que, incombustible, habría dejado pruebas, como el cenicero, el vaso, la botella de tinta—, lo metí dentro de un almohadón, atado con un pañuelo de seda y puesto aparte. Aún había que dar a las llamas una almohada y dos colchas. Todo fue transportado, pieza por pieza, y amontonado detrás de la biblioteca. Entonces me deslicé detrás del Pabellón de Oro para desmontar la puerta de la cual ya he hablado y que da al norte.

Los clavos se dejaron arrancar uno tras otro sin dificultad: se hubiese dicho que estaban hundidos en la arcilla. Sostuve con todo mi peso la puerta que caía, y la húmeda cara de la madera podrida me acarició la mejilla con sus blandas hinchazones. No era tan pesada como me había supuesto. La dejé en el suelo, apoyada a la pared. Ahora podía ver el interior del Pabellón de Oro: estaba repleto de tinieblas.

El paso era lo bastante ancho para poder entrar de lado. Me introduje en la oscuridad. Se me apareció una cara extraña que me hizo estremecer de espanto: era mi propio rostro iluminado por la cerilla, cuya imagen me devolvía el cristal de la vitrina que cubría la maqueta.

El momento no era nada propicio, pero me absorbí en la contemplación de la miniatura del Pabellón de Oro, que bajo la luz de la cerilla abarquillaba sus formas temblorosas, su fina arquitectura llena de inquietud. Luego, de golpe, fue engullida por la oscuridad; la cerilla se había consumido.

En el extremo quedaba un punto rojo de ceniza. Sin saber muy bien por qué,

imité —cosa extraña— al estudiante que había estado espiando en el Templo de Myoshin: aplasté la cerilla con el pie. Luego froté otra. Pasando frente a la Sala de Sutras y de los Tres Venerables Budas, alcancé el arca de las limosnas con tapadera de cañizo; las sombras de los barrotes vacilaban al compás de la llama. Detrás del arca había una estatuilla de madera de Ashikaga Yoshimitsu, clasificado entre los tesoros nacionales. El personaje estaba sentado, con su hábito de bonzo de mangas desmesuradamente anchas. Sostenía de través, de la mano derecha a la izquierda, un cetro. Sus ojos estaban inmensamente abiertos y su menudo cráneo pelado al raso. Su cuello desaparecía bajo el de los sagrados ropajes. La luz de la cerilla hizo brillar sus pupilas, pero no me impresionó. Sombrio y melancólico, el minúsculo ídolo era inútil que se pavoneara en la morada construida por el hombre: hacía ya mucho tiempo, estaba claro, que él había renunciado a ejercer la menor autoridad.

Abrí por el oeste la puerta que conduce al Sôsei. Esta puerta de dos hojas puede —como ya he dicho— abrirse desde el interior. Pese a la lluvia, había más claridad fuera. La puerta, mojada, ahogó un chirrido y dejó penetrar la noche azulada y traspasada de brisas. Yo me lancé fuera.

«La mirada de Yoshimitsu... Esa mirada de Yoshimitsu...». No pude dejar de pensar en aquella mirada durante todo el tiempo que empleé para dar la vuelta por detrás de la biblioteca. «Todo se desarrollará en presencia de esa mirada... De esa mirada que no puede ver nada... Esa mirada de testigo muerto...».

Corría. Algo hizo un ruido en el bolsillo de mis pantalones: la caja de cerillas. Parándome, introduje bajo la tapa de la caja una bola de pañuelo de papel y listo. Nada se balanceaba en mi otro bolsillo, que contenía el frasco de somníferos y la navaja envueltos en un pañuelo. Y naturalmente tampoco en el bolsillo de mi chaqueta, donde había amontonado los bollos, los dulces rellenos y los cigarrillos.

Luego puse manos a la obra como un autómatas. Fueron necesarios cuatro viajes para trasladar hasta el Pabellón de Oro, ante la estatua de Yoshimitsu, todos los objetos apilados detrás de la biblioteca. Empecé por el colchón y la mosquitera, cuyos corchetes ya había arrancado. Después las dos colchas; y enseñuida la valija y la cesta de mimbres. Finalmente los tres haces de paja. Lo amontoné todo revuelto, ajustando la paja entre la ropa de la cama y la mosquitera. La mosquitera parecía más combustible que todo lo demás y la desplegué a medias sobre los otros objetos.

Finalmente fui a buscar lo que no se quemaría. Pero esta vez llegué hasta el borde del estanque de agua, en la cara oriental del Pabellón de Oro. Justo frente a mí estaba el peñasco del islote Yohaku. Tuve grandes apuros para ponerme al

abrigo de la lluvia bajo las ramas de un grupo de pinos.

El cielo relativamente claro plateaba la superficie del estanque. Pero había tal abundancia de algas que parecían la continuación de la tierra firme; hacia falta, aquí y allí, una grieta para saber que debajo había agua. La lluvia no tenía bastante fuerza para rizar la superficie; sólo formaba como una humareda, un agua pulverizada que empujaba hasta el infinito los límites del estanque.

Cogí un guijarro y lo dejé caer en el agua. El ruido repercutió de forma tan desmesurada que el aire del contorno pareció desgarrarse de pronto. Yo me encogí y me quedé quieto, como si quisiera borrar con mi silencio aquel ruido que inconscientemente acababa de producir.

Introduje la mano en el agua. Las tibias algas la enlazaron. Dejé caer los corchetes de la mosquitera; luego el cenicero, como si se lo confiara a las ondas para que lo lavaran; y lo mismo el vaso y la botella de tinta. Uno tras otro, cada objeto desapareció en las profundidades. Junto a mí no quedaron más que la almohada y el pañuelo que habían sido su envoltorio. Sólo había que llevarlos ante la estatua de Yoshimitsu y prenderles fuego.

De repente sentí un hambre de lobo, y esta constatación, demasiado conforme con lo que había previsto, me dio hasta la obsesión el sentimiento de haber sido traicionado. Tenía un resto de bollo y dulces rellenos, mordisqueados la víspera: los atacué vorazmente después de haberme secado la mano con la chaqueta. No sentí siquiera su sabor, y mi estómago gritaba su hambre y no tenía ningún interés por el sabor de las cosas. No había más que masticar, con toda la boca, con aplicación. Mi corazón latía deprisa. Cuando hube acabado con todo bebí un sorbo de agua del mismo estanque con el cuenco de la mano.

Ahora me encontraba en el umbral mismo de mi acto. Los interminables preparativos destinados a conducirme hasta él habían terminado. Todos. Yo estaba de pie en el borde más extremo: no tenía más que precipitarme. Un gesto de nada y listo.

Que entre mi acto y yo se abriese un anchuroso remolino capaz de engullir mi vida entera, es algo que ni siquiera afloró en mi espíritu. Estaba ocupado en la contemplación del Pabellón de Oro y darle el último adiós.

Sus contornos esfumados por la escarcha se distinguían mal en medio de la noche. Se erguía completamente negro, como un bloque de noche cristalizada. Esforzando mi vista, apenas si pude vislumbrar en lo alto el Kukyôchô —que se adelgazaba de pronto—, el bosque de finos pilares del Hôsui-in y del Chôondô. Pero todos los detalles que en otro tiempo me habían emocionado, ahora se perdían en medio de las monocromas tinieblas.

Mientras tanto, a medida que se iba imponiendo en mi recuerdo la imagen de aquello que para mí había sido la Belleza, la sombra se veía, arrojada hacia atrás,

como un telón de fondo sobre el cual mi espejismo pudiese dibujarse a placer. En sus formas, la negra silueta disimulaba enteramente lo que para mí era lo Bello. Gracias al poder de los recuerdos, las finas partículas de la Belleza empezaron a brotar, a lanzar destellos en medio de las sombras, primero una, luego otra, y enseguida por todas partes. Finalmente, a la luz de aquella extraña hora que no podía saberse si pertenecía al día o a la noche, el Pabellón de Oro fue precisándose progresivamente hasta quedar recortado, sorprendentemente nítido, dentro del campo de mi mirada. Jamás como en aquel instante su fina silueta me pareció tan perfecta, tan luminosa incluso en sus menores repliegues. Era como si yo hubiese adquirido de pronto el agudo sentido de los ciegos. Su propia luz le daba transparencia hasta tal punto, que incluso desde lejos distinguía los ángeles músicos pintados en el techo del Chôondô, o los viejos fragmentos dorados de los muros del Kukyôchô. La elegante fachada formaba con el interior un todo armonioso e indisoluble. A la primera ojeada se podía distinguir todo: la estructura del conjunto, el impecable dibujo del motivo principal, los efectos decorativos obtenidos con la minuciosa insistencia de los detalles que daban consistencia al motivo principal, los efectos de contraste y de simetría. Las plantas del Hôsui-in y del Chôondô, de la misma anchura, a pesar de una ligera diferencia, estaban resguardadas bajo el mismo profundo alero, semejantes en cierto modo, en su superposición, a dos sueños gemelos, a dos idénticos recuerdos de voluptuosidad: si uno parecía turbado ante la amenaza de olvido, el otro le confortaba gentilmente, de modo que el sueño se convertía en realidad y la voluptuosidad en arquitectura. Pero se les había cubierto con el Kukyôchô, que rompía bruscamente aquel movimiento de mutua atracción y que, apenas se afirmaba, la realidad se derrumbaba y finalmente se sometía, subyugada por la noble filosofía de aquella tenebrosa y magnífica época. Y en todo lo alto del techo cubierto de alfajas, el Fénix de bronce dorado tocaba el firmamento de la Larga Noche de Ilusión.

Todo eso aún no había dejado satisfecho al arquitecto. En el flanco oeste del Hôsui-in había pegado el pequeño saliente del Pabellón de Pesca. Se hubiese dicho que el arquitecto juntó toda su fuerza artística para romper el equilibrio. El Sôsei oponía a la masa del edificio una resistencia de orden metafísico. Pese a que no se adelantaba mucho por encima del agua, parecía huir, huir infinitamente, lejos del corazón del Pabellón de Oro. Como un pájaro elevándose de aquellas bellas estructuras, escapaba a golpe de ala hacia el nivel del estanque, hacia todas las cosas bajas de este mundo. Su cometido era tender un puente entre el orden que regía aquel mundo y el mundo que era la negación del orden, como la concupiscencia. Sí, el alma del Pabellón de Oro empezaba en este Sôsei tan parecido a un puente roto por la mitad; edificaba inmediatamente el palacio de doble piso, y luego regresaba otra vez al puente derrumbado para huir. Porque la prodigiosa sensualidad que flotaba sobre el estanque era la fuente oculta que

había construido el Pabellón de Oro. Pero esta fuerza, una vez disciplinada y dentro de la espléndida obra incluida, se había visto en la imposibilidad de permanecer por más tiempo en ella; y, no pudiendo hacer otra cosa, se había escapado hacia su primera patria, al corazón mismo de los sitios bañados por una infinita sensualidad, hacia el estanque donde se miraba el Sôsei. Cada vez que yo había contemplado las brumas de la madrugada y las nieblas del atardecer estirándose perezosamente por encima de las aguas, me decía: «Aquí es realmente donde yace, sobreabundante, la fuerza sensual que edificó el Pabellón de Oro».

No más rivalidades, contradicciones ni desacuerdos: la Belleza había reinar la armonía entre las diferentes partes, ¡y de qué modo tan soberano! Como un libro sagrado donde minuciosamente, sobre el papel azul oscuro, cada carácter hubiese sido caligrafiado con un baño de purpurina de oro, así también todo eso había sido construido con purpurina de oro sobre el fondo de una inmensa tiniebla. Yo aún no sabía sin embargo si la Belleza se confundía con el mismo Pabellón de Oro o si era consustancial a la nada de la noche que envolvía al Pabellón de Oro. Acaso era las dos cosas a la vez. Detalle y conjunto al mismo tiempo, Templo de Oro y noche circundante. Ante esta idea, el enigma que durante tanto tiempo me había atormentado estaba a mitad de camino de su solución. Lo presentía. Al examinar de cerca la belleza de cada detalle — columnas, balastradas, batientes de las ventanas, puertas de madera labrada, aberturas ornamentadas, techo piramidal... (Hôsui-in, Chôondô, Kukyôchô, Sôsei) reflejos del estanque, archipiélago de islotes, pinos e incluso barcas amarradas—, jamás la Belleza estaba toda incluida en un solo detalle, no terminaba en él; sino que en todos y cada uno se hallaba emboscado, latente, el cebo de la belleza del detalle siguiente. La belleza de un detalle aislado no era más que una inquietud. Soñando con la perfección pero sin saber dónde terminaba, esa inquietud se veía imantada hacia la belleza vecina, que le era desconocida. Y estas recíprocas llamadas de una belleza que NO EXISTÍA EN NINGUNA PARTE, ni en un detalle ni en otro, era lo que constituía la profunda trama del Pabellón de Oro, que llamaba a la Belleza desde el límite de la no existencia. ¡La Belleza estaba estructurada de nada! Estas partículas incompletas ocultaban naturalmente un cebo de la nada, y la delicada arquitectura, hecha de la más fina madera, temblaba por una especie de presentimiento de la nada, como tiembla al viento una guirnalda de fiesta.

Eso no impedía que jamás la belleza del Pabellón de Oro hubiese dejado de existir. En todas partes, a través de todos los tiempos, despertaba los más puros ecos. Igual que un enfermo afligido por un constante zumbido en los oídos, en todas partes yo había percibido la música del Pabellón de Oro y me había acostumbrado a ella. A esta belleza habría que compararla con una campanilla de oro que durante cinco siglos y medio no había dejado de tintinear —o mejor a

una pequeña arpa...—.

... ¿Y si esta voz se callase para siempre?...

Yo estaba muerto de cansancio.

Distinguía aún, limpiamente, el Templo de Oro de mis sueños emplazado sobre aquel que se levantaba en medio de las sombras. Todavía no se había desvestido totalmente de su fosforescencia. La balastrada del Hôsui-in, bordeando el agua, se retiraba con una extrema modestia mientras que, bajo el saliente del tejadillo, la del Chôondô, sostenida por sus repisas indias, proyectaba como un sueño sus curvaturas hacia el estanque, como unos senos. La blancura del agua iluminaba el saliente de las techumbres, cuyo reflejo reproducía su inestabilidad. Cuando el Pabellón de Oro estaba inflamado por el poniente o inundado de luna, era el reflejo del agua el que le daba un extraño aspecto, algo que flotaba o que batía las alas. El temblor del agua distendía las robustas amarras de la compacta sombra y, en aquel mismo momento, uno se preguntaba si realmente el Pabellón de Oro no estaría hecho de materias en perpetua agitación, como el viento, las llamas o las olas.

Semejante belleza no tenía igual. Y ahora yo sabía de dónde me llegaba aquella extrema fatiga: esta Belleza tentaba su última suerte, me hacía sentir todo el peso de su fuerza, intentaba hacerme caer en las redes de aquella impotencia por la que tantas veces había yo sucumbido. Mis brazos y mis piernas perdieron sus resortes. No hacía ni un instante, el acto estaba a un paso de mí, al alcance de la mano; ahora, me batía en retirada; incluso estaba ya muy lejos.

«No tenía más que dar un paso, todo estaba preparado, —murmuraba—. Este acto que tanto he soñado, este sueño que tanto he vivido, ¿es indispensable que se cumpla? En el estado en que ahora me encuentro, ¿no se habrá quedado inútil?... Kashiwagi tenía sin duda razón cuando decía que lo que hacía cambiar el mundo no era la acción, sino el conocimiento... Hay también el conocimiento que empuja a la acción hasta el límite extremo de la esencia de la acción. El mío era de éstos, y es este género de conocimiento el que le quita a la acción toda su eficacia. Entonces, mis largos, mis meticulosos preparativos, ¿sólo los había hecho para LLEGAR A TENER FINALMENTE CONOCIMIENTO DE QUE YO NO PODRÍA ACTUAR...?

» ... Sí, es eso; mi acto no sería más que las “sobras”. Mi acto ha desbordado mi vida, mi voluntad, y ahora está delante de mí, allá, separado, como una máquina de acero enfriada que aguarda a ser puesta de nuevo en marcha. Es como si entre él y yo no existiese ninguna conexión. HASTA ESTE MINUTO, ha sido mío; pero a partir de ahora ya no lo es... ¿Cómo puedo atreverme a no seguir siendo yo...?» .

Me adosé al tronco de un pino. Su corteza fría y mojada actuó a modo de sedante. Sentí que aquel contacto, aquella sensación de frescor era yo. El mundo se inmovilizó y quedó como estaba. No más deseos: yo me hallaba en un

perfecto estado de satisfacción.

«¿Qué hacer con esa espantosa fatiga? —pensaba—. ¿Acaso tendré fiebre? Me he quedado sin fuerzas; incluso mis manos me niegan todo servicio. Seguramente estoy enfermo» .

El Pabellón de Oro aún mantenía su fosforescencia. Me evocó el maravilloso paisaje que Shuntokumaru descubre durante la Iluminación budista en la pieza del teatro *Nô* titulada *El sacerdote Yoro*. A través de la noche de sus ojos muertos, Shuntokumaru ve los reflejos del poniente jugando con el mar de Namba; y ve también, bajo un cielo sin nubes, encendido por el sol del crepúsculo, las islas Awaji, Eshima, la rivera de Suma y de Akashi, hasta el mar de Kii.

Mi cuerpo estaba como paralizado, mis lágrimas caían en oleadas interminables. Me habría quedado allí sin moverme hasta la mañana: descubierto, no habría tenido ni una palabra para disculparme.

Hasta aquí he insistido mucho sobre la apatía de mi memoria, desde los años de mi infancia. Pero hay que decir que un recuerdo repentino está cargado de un extraordinario poder de evocación. El pasado no se contenta con arrastrarnos hacia él. Entre todos nuestros recuerdos, hay algunos, desde luego pocos, que en cierto modo están dotados de poderosos resortes de acero, y cada vez que hoy los tocamos se sueltan inmediatamente y nos catapultan hacia el futuro.

Mientras mi cuerpo permanecía embotado, mi espíritu se divertía manipulando todos mis recuerdos. Reaparecían palabras en la superficie de mi memoria, y volvían a sumergirse; era como si las alcanzara con los dedos de mi espíritu y luego desapareciesen de nuevo. Estas palabras me hacían señas. Intentaban acercarse a mí, sin duda para estimularme.

«... Mira atrás, mira fuera: si nos volvemos a encontrar, ¡mata en el acto...!» .

Sí, era la primera línea del famoso pasaje de la Ilustración popular, en el *Rinzairoku*; lo que seguía llegó por sí solo: « ¡Si te cruzas con Buda, mata a Buda! ¡Si te cruzas con tu antepasado, mata a tu antepasado! ¡Si te cruzas con un discípulo de Buda, mata al discípulo de Buda! ¡Si te cruzas con tu padre y tu madre, mata a tu padre y a tu madre! ¡Si te cruzas con tu pariente, mata a tu pariente! Sólo entonces evitarás las trabas de las cosas, y serás libre...» .

Estas palabras me sacaron de la impotencia en que había zozobrado. De repente sentí en todo mi ser una sobreabundancia de energía. Una parte de mí se obstinaba en repetirme que lo que iba a hacer ya era inútil; mi nueva fuerza no dudaba de esta inutilidad. Porque era inútil, tenía que actuar.

Recogí la almohada y el pañuelo, los enrollé juntos, me los puse bajo el brazo y me levanté. Miré el Pabellón de Oro. El deslumbrador templo se apagaba. Gradualmente, las sombras iban mordiendo las balaustradas y el bosque de columnas perdía poco a poco su claridad. La luz desertó de las aguas del estanque, y los reflejos, bajo los aleros, se apagaron. Muy pronto cada reflejo se

encontró sumergido de nuevo en medio de una tiniebla negra como la tinta. Sólo quedó la silueta imprecisa, uniforme y negra, del Pabellón de Oro...

Eché a correr, di la vuelta al templo por el lado norte, sin un solo paso en falso; mis pies conocían el camino. Las sombras, a medida que me rozaban, se abrían ante mí; no tenía más que dejarme conducir.

Desde el Sôsei salté al interior del Pabellón de Oro. Había dejado totalmente abierta la puerta oeste, de doble hoja. Arrojé sobre el montón de objetos apilados antes el paquete enrollado bajo mi brazo. Mi corazón latía alegremente. Mis manos mojadas tenían un leve temblor y las cerillas estaban húmedas, la primera no se encendió; la segunda se partió. Lo conseguí a la tercera, y la llama, que yo protegía con la mano, fue a través de los intersticios de mis dedos a lanzar destellos en la sala.

Luego tuve que buscar el sitio exacto donde antes había puesto la paja, pues ya no sabía dónde estaba. Cuando lo hallé, mi cerilla se consumió. Encogido, esta vez froté dos cerillas juntas.

La llama hizo surgir de la paja apilada unas complicadas sombras y esparció por todos lados deslumbrantes colores de tierras desoladas, propagándose en todas direcciones con una minuciosa aplicación. Y luego, en medio de una oleada de humo desapareció. Pero resurgió lejos de mí, a una distancia que me sorprendió, hinchando la tela verde de la mosquitera. Era como si en torno a mí, de repente, todo fuese presa de una alegre agitación.

Entonces me sentí de nuevo sorprendentemente lúcido. No siendo inagotable mi provisión de cerillas, corrí hacia otro rincón y prendí fuego a una brazada de paja, frotando la cerilla con precaución. La nueva llama me reconfortó: había sido mi especialidad, años atrás, cuando hacíamos fuegos de campamento con los compañeros.

Dentro del Hôsui-in habían surgido inmensas sombras danzantes. En el centro, los tres Venerables Budas —Amida, Kannon, Seishi— se iluminaron con rojos fulgores. Las pupilas de Yoshimitsu llameaban y tras su espalda bailaba la sombra del idolo.

Apenas notaba el calor. Cuando vi que el fuego se desplazaba activamente hacia el arca de las limosnas, me dije que todo iba bien.

Había olvidado completamente la existencia de mis somníferos y mi navaja. Como una inspiración repentina, me atravesó el deseo de morir envuelto en llamas y en medio del Kukyôchô. Huí de la hoguera y subí las gradas de la estrecha escalera de cuatro en cuatro. Ni siquiera me sorprendí de que la puerta del Chôondô, en el primer piso, estuviese abierta. El viejo guía se había olvidado de cerrarla.

El humo me perseguía, me hacía toser. Sin embargo aún miré la estatua de Kannon, atribuida a Keishin, así como los ángeles músicos del techo. El humo invadía progresivamente el Chôondô. Escalé hasta lo alto del segundo piso y

probé de abrir la puerta del Kukyôchô. No lo conseguí. Estaba sólidamente cerrada.

Empecé a dar fuertes golpes a la puerta. Debía de hacer un ruido infernal: sin embargo, ningún ruido llegaba hasta mis oídos. Redoblé la violencia. Me parecía que allí dentro tenía que haber quien me abriese.

Lo que anhelaba encontrar dentro del Kukyôchô, en realidad, era un sitio para morir. Pero hostigado por la humareda, tenía la impresión de que todos mis furiosos golpes sobre la puerta eran otras tantas llamadas de socorro. De hecho, ¿qué había al otro lado del tabique? Solamente una pieza de apenas nueve metros cuadrados. En aquel momento y en forma punzante, comprendí claramente que la pieza, a esa hora debía de tener todas sus paredes recubiertas de una pátina de oro, mientras que las de fuera estaban casi todas descascaradas. No puedo explicar por qué aspiraba tan desesperadamente, esforzándome con golpes sobre la puerta, a entrar en aquella sala resplandeciente. Me decía que era preciso conseguirlo y que entonces todo sería perfecto. Pero primero era necesario encontrar el medio de entrar en la pequeña sala dorada...

Golpeé con todas mis fuerzas. No bastando mis puños, me lancé contra la puerta con todo el peso de mi cuerpo. Pero no cedió.

El Chôondô estaba ya lleno de humo. Bajo mis pies oía crepitar el fuego. Me asfixiaba, estaba al borde del desvanecimiento. Tosía sin parar. No dejé de golpear ni un solo momento. La puerta no cedió.

En el instante en que tomé clara conciencia de que había chocado con una negativa, di inedia vuelta y volví a bajar precipitadamente al Hôsui-in a través de torbellinos de humo, tal vez incluso de llamas. Llegué por fin a la puerta oeste y me aboqué fuera. Luego, sin saber dónde iba, me lancé a una desatinada carrera...

Corría. Sin tomarme el tiempo de respirar y a una velocidad tal que está por encima de la imaginación. Ni siquiera me acuerdo de los sitios por donde pasé. Debí de tomar por la Torre del Señor del Norte, salir por la puerta trasera, cruzar el Salón del Santo Protector Myoo, escalar la colina a través de las azalesas salvajes y los bambúes enanos y alcanzar la cima de Hidari Daimonji. Sí, allí fue seguramente donde me dejé caer, en medio de los bambúes enanos y a la sombra de los pinos rojos, intentando calmar los locos latidos de mi corazón. Era la colina cuya vertiente norte protege al Pabellón de Oro.

Lo que me devolvió la clara conciencia de las cosas fue el piar de los pájaros asustados. Uno de ellos rozó mi rostro con un rápido batir de alas.

Recostado sobre mi espalda, contemplé el cielo de la noche. Una multitud de pájaros pasó rozando la copa de los pinos y lanzando gritos agudos, mientras que por encima de mi cabeza, como si jugaran, revoloteaban hacia el cielo algunas

partículas de lo que parecían residuos de fuego.

Me senté y dirigí la mirada hacia el fondo del lejano valle, en dirección al Pabellón de Oro. Extraños ruidos llegaban hasta mí. Como explosiones de petardos. Como si una infinita multitud de personas reunidas hiciese crujir sus articulaciones.

No veía el Pabellón de Oro. Solamente volutas de humo, llamas que subían hacia el cielo. Nubes de chispas caían entre los árboles, y el cielo, por encima del templo, era como una constelación de granos de arena de oro.

Estuve contemplando este espectáculo largamente, con las piernas cruzadas. Cuando volví en mí descubrí que estaba lleno de ampollas y de arañazos y que mi sangre corría. También tenía sangre en los dedos: me había herido al golpear la puerta. Me puse a lamer mis llagas, como una bestia que ha escapado a sus perseguidores.

Hurgué en mi bolsillo y saqué la navaja y el frasco de somníferos envueltos en el pañuelo. Los tiré al torrente.

En el otro bolsillo, mi mano tropezó con el paquete de cigarrillos. Me puse a fumar. Me sentía con el espíritu de un hombre que, terminada su labor, echa un pitillo. Quería vivir.



YUKIO MISHIMA. Tokio (Japón), 1925 - Ídem, 1970. Seudónimo de Kimitake Hiraoka, novelista y dramaturgo japonés, fiel pintor de la dicotomía entre los valores tradicionales de Japón y la esterilidad espiritual de la vida contemporánea. Su temática audaz y descarnada, atenta a los aspectos más oscuros de las pasiones humanas, contrasta con la delicadeza y contención de su estilo. Probablemente el escritor nipón más conocido en el extranjero, trazó con doloroso detalle el desarrollo de la personalidad y el efecto devastador de las crueles paradojas de deseo y rechazo, de belleza y violencia, que la van conformando. De él dijo el galardonado Yasunari Kawabata: «No comprendo cómo me han dado el premio Nobel a mí existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos. Tiene un don casi milagroso para las palabras».

Nacido en Tokio dentro de una familia acomodada, no consiguió que le admitiera el Ejército para luchar durante la II Guerra Mundial, pero en cambio trabajó en una fábrica aeronáutica. Después de la guerra estudió Derecho y estuvo empleado un tiempo en el ministerio de Hacienda.

Su primera novela, *Confesiones de una máscara* (1949), en parte autobiográfica, tuvo mucho éxito y fue tan elogiada que le permitió dedicarse por entero a la escritura. *El pabellón de oro* (1956) retrata a un hombre obsesionado con la religión y la belleza; *El marino que perdió la gracia del mar* (1963) es un relato truculento sobre los celos adolescentes; y en su epopeya de cuatro volúmenes, *El*

mar de la fertilidad (1964-1970), que comprende *Nieve de primavera*, *Caballos desbocados*, *El templo del alba* y *La corrupción de un ángel*, analiza la transformación de su país en una sociedad moderna pero estéril.

Mishima, que fundó una sociedad para fomentar el patriotismo, la cultura física y las artes marciales, el *Tatenokai*, se suicidó ritualmente tras un intento de golpe de estado, en lo que se considera como su protesta final contra la decadencia moral y espiritual del Japón.

Notas

[1] Hidari Jingoro o Jingoro *el Zurdo*, el más célebre escultor de finales del siglo XVI y principios del XVII. Uno de los más característicos representantes de la escultura japonesa decorativa. Todo el mundo conoce el *Gato dormido* del Templo Toshôgu en Nickô. <<

[2] Son los dos Ni-ô, divinidades de aspecto terrorífico, en pie a los lados de la puerta exterior de los grandes templos budistas. <<

[3] Unkei y su hijo Tankei, son dos de los más grandes escultores de la época de Kamakura (siglos XIII y XIV), considerada a menudo como la edad de oro de la escultura japonesa. <<

[4] Kiyomizu: este templo del distrito Este de Kyoto es uno de los más atractivos por su paraje; también uno de los más impresionantes porque se apoya, en el vacío, sobre un bosque de gigantescos puntales. <<

[5] Intento de interpretación literal. Hôsuï-in: « Rectángulo del Agua de la Verdad» . <<

[6] Chôondô: « Gruta del Rumor Marino» . <<

[7] Kikyôchô: « Altura de la Conclusión » . <<

[8] Kano Masanobu (1434-1530): gran pintor de la época Muromachi (siglos XV-XVI), protegido de los shōgouns Ashikaga, y cabeza de todo un grupo de importantes pintores, conocidos generalmente por « la escuela de Kano» . <<

[9] Tan'yū Morinobu (1602-1674): uno de los pintores de la escuela de Kano (cf. con nota de p. 30) que siguieron los Tokugawa en Edo (Tokio). Pinturas murales del palacio Nijo, en Kyoto, y del castillo de Nagoya. <<

[10] La escuela de Tosa dio sus más grandes artistas (Yukimitsu, Mitsunobu...) durante el período Muromachi (siglos XV y XVI). Tosa Hôgen Tokuetsu: célebre pintor de principios de la época Edo. <<

[11] El zorro (Kitsune) pasa por ser un animal dotado de un poder maléfico, que despliega mil astucias y confunde el espíritu. A veces se emplea la expresión « estar poseído por el zorro» en vez de « perder la razón» . <<

[12] Ryoanji o Ryuanji, en el distrito Oeste de Kyoto, monasterio zen donde se halla el famoso Jardín de las Piedras. Es un cercado rectangular, con quince rocas talladas de varias formas que emergen en medio de una alfombra de arena blanca artísticamente distribuida. Ni hierba ni plantas. Única fronda a la vista: los árboles y las colinas más allá de los muros. <<

[13] Kawaramachi: gran arteria central y comercial de Kyoto. <<

[14] Se llama «literatura Gazan» al conjunto de escritos (poesía, etc.) compuestos en lengua china por los monjes durante las épocas de Kamakura y Muromachi (siglos XIII y XIV). <<

[15] El Pabellón de Plata (Ginkakuji) al nordeste de Kyoto, fue construido en 1479 por el *shogoun* Ashikaga Yoshimasa. El jardín que lo rodea es uno de los más hermosos de la antigua capital. <<

[16] Yin y Yang: los dos grandes principios, macho (Yang) y hembra (Yin) de la cosmología china. <<

[17] Nishi-jin: distrito de los tejidos de seda, al noroeste de Kyoto. Literalmente: Campo (Jin) del Oeste (Nishi), en recuerdo de los tiempos en que la guerra civil rugía a las puertas de la ciudad (siglo XV). <<